

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA JEREMÍAS, LIBROS SEIS.

Prólogo.

Después de las explicaciones de los doce Profetas, Isaías, Daniel y Ezequiel, finalmente nos dedicamos a Jeremías, dedicándote, hermano Eusebio, estos mismos pequeños comentarios, para que unas al hombre evangélico con el evangelista Mateo, a quien hace muchos años, a instancias tuyas, expuse con brevedad. Y dado que el volumen es larguísimo y en muchos aspectos se teje una historia manifiesta, te advierto con prudencia que no busques en esto una explicación extensa; especialmente sobre aquellos temas que ya se han dicho en otros Profetas y que son evidentes por sí mismos. Así intentaré escribir con la mano de los notarios, de modo que no falte nada en los sentidos, aunque falte mucho en las palabras. Te prepararé los hilos, la trama y la urdimbre, para que tú mismo confecciones la vestidura más hermosa; de modo que no solo puedas escuchar, sino también enseñar a otros. Sin embargo, el librito de Baruc, que comúnmente se une a la edición de los Setenta, y no se encuentra entre los Hebreos, y la Epístola de Jeremías, que es apócrifa, no consideré necesario discutirla, sino más bien ordenar el texto de Jeremías, confundido por el error de los copistas, y completar muchas cosas que faltan, a partir de las fuentes hebreas: para que tengas al nuevo y verdadero Profeta en lugar del corrupto y falsificado: despreciando la rabia de los detractores, que no solo calumnian las palabras, sino también las sílabas de nuestros escritos: creyendo saber algo si critican las obras ajenas: como recientemente surgió un calumniador ignorante, que piensa que mis Comentarios sobre la Epístola de Pablo a los Efesios deben ser criticados. Y no entiende, sumido en una gran estupidez, las leyes de los Comentarios, en los que se presentan muchas opiniones de diversos autores, ya sea con los nombres de los Autores tácitos o expresos, para que sea el juicio del lector decidir qué debe elegir principalmente: aunque en el primer libro de la misma obra he declarado que diré cosas propias o ajenas: y que los mismos Comentarios son tanto de los antiguos Escritores como nuestros. Lo que no vio su precursor Grunnius, quien hace tiempo intentó criticar. A quien respondí con dos libros, donde lo que este presenta como suyo, ya fue purgado por otro calumniador: para no mencionar los volúmenes contra Joviniano, en los que lamenta que la virginidad sea preferida al matrimonio, y el matrimonio a la digamia, y la digamia a la poligamia.

Ni recuerda el más necio, y abrumado por las gachas de los escoceses, que en la misma obra dijimos: «No condeno a los digamos, ni siquiera a los trigamos, y si es posible a los octogamos: añadiré algo más, incluso recibo al fornicador arrepentido: todo lo que es igualmente lícito, debe ser ponderado con igual balanza.» Lea la Apología de la misma obra, que hace muchos años Roma recibió con alegría contra su maestro: y entonces se dará cuenta de que blasfema con palabras ajenas; y es tan ignorante, que ni siquiera tiene insultos propios: sino que usa la rabia de enemigos ya sepultados contra nosotros. Pero ya es hora de abordar la obra propuesta.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I---Vers. 1 y ss.) Palabras de Jeremías, hijo de Helcías, de los sacerdotes que estuvieron en Anatot, en la tierra de Benjamín: que vino la palabra del Señor a él en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, en el año decimotercero de su reinado. Y fue en los días de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la consumación del undécimo año de Sedequías, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la deportación de Jerusalén, en el mes quinto. Los demás profetas, como Isaías, Oseas, Joel, fueron antes de la cautividad de las diez tribus de Israel, o de las dos tribus, Judá y Benjamín. Otros después de la cautividad: como Daniel, Ageo y

Zacarías. Jeremías y Ezequiel profetizaron cuando la cautividad era inminente: pero uno de ellos en la tierra de Judá: el otro en Babilonia. Jeremías, siendo aún joven, comenzó a profetizar en el año decimotercero de Josías, hijo de Amón, rey de Judá. Y profetizó en su imperio durante diecinueve años: y después bajo Joacim, su hijo, durante once años: y bajo Sedequías, que fue el último de los reyes de Judá, durante once años, hasta el quinto mes, cuando Jerusalén fue capturada por los babilonios. Joacaz y Jeconías, tres meses cada uno (de los cuales uno fue llevado a Egipto, el otro a Babilonia con su madre) se cuentan en los años mencionados: por lo tanto, desde el comienzo de su profecía hasta la cautividad de Jerusalén, en la que él mismo fue capturado, profetizó durante cuarenta y un años: además del tiempo cuando fue llevado a Egipto. Y allí profetizó en Tafnes, como se contiene en este mismo volumen. En lugar de las palabras de Jeremías, los Setenta pusieron, la Palabra de Dios que vino a Jeremías: en el sentido de que las palabras de Jeremías son la palabra del Señor. Era del linaje de los sacerdotes, que habitaban al norte de Jerusalén a tres millas, en la aldea de Anatot. Y admirable es la clemencia del Señor, que ya cercana la cautividad, y con el ejército babilonio rodeando Jerusalén, no obstante, provoca al pueblo al arrepentimiento, prefiriendo salvar a los convertidos, que perder a los delincuentes. En lugar de deportación, que todos los demás tradujeron con una voz concordante, los Setenta pusieron cautividad. Después del comienzo de la profecía de Jeremías, en el trigésimo quinto año de su profecía, Ezequiel en Babilonia comenzó a profetizar a los que fueron capturados con él.

(Vers. 4, 5.) Y vino la palabra del Señor a mí, diciendo: Antes de que te formara en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del útero, te santifiqué: Profeta para las naciones te di. No porque antes de la concepción, como sospecha la herejía, Jeremías existiera: sino porque el Señor sabía que iba a existir, para quien las cosas no hechas ya están hechas, según lo que dice el Apóstol: Que llamó a las cosas que no eran, como si fueran. Lo que se santifica en el vientre, debemos entenderlo según lo que dice el Apóstol: Pero cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar a su Hijo en mí; para que lo predicara entre las naciones. Juan el Bautista también es santificado en el vientre, y recibe el Espíritu Santo, y se mueve en el útero, y habla por la boca de su madre. Lo que dijo, Profeta para las naciones te di, quiere decir que en el mismo Profeta leeremos después, que no solo profetizó a Jerusalén, sino también a muchas naciones circundantes. Algunos entienden este pasaje sobre el Salvador, que fue propiamente el Profeta de las naciones; y por medio de los Apóstoles llamó a todas las naciones. Este verdaderamente antes de ser formado en el útero virginal, y antes de salir del vientre de su madre, fue santificado en el vientre; y conocido por el Padre, pues siempre está en el Padre, y en quien siempre está el Padre.

(Vers. 6.) Y dije: Ah, ah, ah, Señor Dios, he aquí que no sé hablar, porque soy un niño. LXX: Y dije, oh Señor Dios, no sé hablar, porque soy joven. Detesta el oficio que por su edad no puede sostener, con la misma modestia con la que Moisés dice ser de voz tenue y débil. Pero él, como de gran y robusta edad, es reprendido; a este se le concede el perdón por su juventud, que se adorna con modestia y pudor.

(Vers. 7, 8.) Y el Señor me dijo: No digas, Soy un niño, porque a todo lo que te envíe, irás, y todo lo que te mande, hablarás. No temas ante ellos: porque yo estoy contigo, para librarte, dice el Señor. No consideres la edad, dice; pues por otro profeta aprendiste: Las canas del hombre son su sabiduría: que sea solo tu voluntad ir; me tendrás como compañero, con quien, ayudándote, completarás todo: abre tu boca y la llenaré. Ni consideres la multitud de aquellos a quienes y contra quienes hablarás: sino a mí, que estoy contigo, para librarte, dice el Señor. El Señor libera, no porque el Profeta esté libre de persecuciones y angustias, ya que leemos que sufrió mucho; sino para que, soportando todo, no ceda a la angustia.

(Vers. 9.) Y el Señor extendió su mano, y tocó mi boca: y el Señor me dijo: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca. Es notable que aquí se extienda la mano de Dios, que toque la boca del Profeta, y se le diga: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca; mientras que en Isaías está escrito: Y fue enviado a mí uno de los Serafines, y en su mano tenía un carbón que había tomado con unas tenazas del altar, y tocó mi boca y dijo: He aquí que este tocó tus labios, y quitará tus iniquidades, y limpiará tus pecados. Allí, porque era de edad sólida y perfecta, y él mismo confiesa simplemente que tiene labios inmundos, y habita en medio de un pueblo que tiene labios contaminados: se envía uno de los Serafines, que no con la mano, sino con las tenazas y el carbón toca su boca y quita las iniquidades, y limpia los pecados. Aquí, sin embargo, se extiende la mano misma de Dios, por la cual todo fue hecho, y que en otro lugar se llama brazo: no para quitar pecados, que por la juventud no había cometido muchos; sino para otorgar la gracia de hablar. Por otro lado, Ezequiel devora un libro escrito por dentro y por fuera, que contiene tanto los misterios divinos como la historia simple. La boca de Jeremías es tocada, y se le otorgan las palabras del Señor, para que reciba confianza para predicar. Y bellamente se extiende la mano, para que viendo la semejanza de los miembros humanos, no tema el tacto de la mano.

(Vers. 10.) He aquí que te he puesto hoy sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, y para perder y disipar, y para edificar y plantar. Lo que nosotros añadimos del hebreo, disipar, o deponer, no se encuentra en los Setenta. Y es de considerar que a las cuatro cosas tristes suceden dos alegres. Pues no se podían edificar cosas buenas, si no se destruían las malas: ni plantar las óptimas, si no se erradicaban las pésimas. Porque toda plantación que no plantó el Padre celestial, será arrancada: y la edificación que no tiene fundamento sobre la roca, sino que está construida en la arena, será socavada y destruida por la palabra de Dios. Aquella que Jesús consumirá con el espíritu de su boca, y destruirá con la presencia de su venida, toda doctrina sacrílega y perversa, la dispersará para siempre. Por otro lado, las cosas que se elevan contra el conocimiento de Dios, y confían en su propia sabiduría, que es necedad ante Dios, las disipará y depondrá: para que se edifiquen en su lugar las humildes, y en lugar de las superiores que fueron destruidas y arrancadas, se construyan y planten, las que convienen a la verdad Eclesiástica: y se cumpla lo que dice el Apóstol, Sois edificación de Dios, labranza de Dios. Muchos entienden este pasaje sobre la persona de Cristo: Jeremías significa excelso del Señor: quien destruyó los reinos del diablo, que le mostró en un monte alto: destruyó las potestades adversarias, borrando el documento de los errores en la cruz. De los cuales también en el Salmo después de la verdad histórica se habla figuradamente: ¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno. Por estos arrancados, destruidos, y perdidos, y llevados a lo bajo, se edifica y planta la Iglesia de Dios. Sobre la persona de Jeremías no hay duda. Leemos en lo que sigue que toma en su mano una copa llena de vino puro; y se le ordena dar de beber a todas las naciones circundantes.

(Vers. 11, 12.) Y vino la palabra del Señor a mí, diciendo: ¿Qué ves, Jeremías? Y dije, Veo una vara vigilante. Y el Señor me dijo: Bien has visto: porque yo vigilaré sobre mi palabra para hacerla. En lugar de vara vigilante, los Setenta tradujeron bastón de almendro. Debemos esforzarnos, por tanto, para que el lector latino entienda brevemente la etimología hebrea. SECED significa almendra: mientras que vigilia, o vigilante, o vigilar se llama SOCED. De ahí que en los posteriores, el leopardo vigilante se menciona con este nombre. Por lo tanto, de lo que se dice almendra, por la similitud de la palabra se aludió al entendimiento de vigilante: lo cual también está escrito en Daniel según Teodoción, que de los árboles de roble y lentisco, se decreta la escisión y serrado de los presbíteros adúlteros. De otro modo, también al principio del Génesis, de varón, que se dice IS, se llama mujer ISSA, como una especie de

virago, porque fue tomada del varón. En lugar de bastón de almendro, vara vigilante, Aquila y Símaco; Teodoción tradujo almendro. La vara vigila, considerando todos los pecados del pueblo, para golpear y corregir a los delincuentes. De ahí que el Apóstol escriba a los pecadores: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? Esta es la vara, o bastón, de la que David habla: Tu vara y tu bastón, ellos me consuelan. Y bellamente puso, me consuelan. Porque el Señor corrige para enmendar. Y así como la almendra, o el almendro, tiene una corteza muy amarga, y está rodeada de una cáscara durísima, para que, quitadas las partes más ásperas y duras, se encuentre el fruto dulcísimo: así toda corrección, y el trabajo de la continencia, parece amargo al presente: pero produce frutos dulcísimos. De ahí que también es un viejo dicho: Las raíces de las letras son amargas, los frutos dulces. Algunos entienden la vara vigilante y de almendro como el Señor, de quien dice Isaías: Saldrá una vara de la raíz de Jesé. De donde también la vara de Aarón, que se creía muerta, se dice que floreció en la resurrección del Señor.

(Vers. 13, 14.) Y vino la palabra del Señor por segunda vez a mí diciendo: ¿Qué ves? y dije, Veo una olla hirviendo: y su cara desde el norte. Y el Señor me dijo: Desde el norte se abrirán (o arderán) los males sobre todos los habitantes de la tierra. A algunos grados, a los pecadores se les otorgan tormentos; para que poco a poco lleguen a la salvación. Quienes no quieran ser corregidos por la vara, son enviados a la olla de bronce y hirviendo, de la que Ezequiel escribe más plenamente, que se enciende desde el norte, significando al rey babilonio y la ciudad de Jerusalén. Y bellamente se inserta: Desde el norte arderán los males sobre todos los habitantes de la tierra: o de la tierra de Judá, o ciertamente de toda la tierra, de los cuales está escrito en el Apocalipsis: ¡Ay sobre todos los habitantes de la tierra! Porque los santos no son habitantes de la tierra: sino extranjeros y peregrinos, de los cuales uno dice: Soy extranjero en la tierra; y peregrino como todos mis padres. Y otro: Son pocos y malos los días que peregrino en la tierra. De donde también Pedro escribe su Epístola Católica a los extranjeros y peregrinos de Ponto, Galacia y Capadocia. Y según los entendimientos místicos Salomón habla: El norte es un viento duro: pero se llama derecho por aquellos que se han endurecido con su frío, y han perdido el calor de la fe.

(Vers. 15, 16.) Porque he aquí que convocaré a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor, y vendrán y pondrán cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros alrededor, y sobre todas las ciudades de Judá. Y hablaré mis juicios con ellos sobre toda su maldad, que me dejaron, y ofrecieron libaciones a dioses ajenos y adoraron la obra de sus manos. No hay duda de que muchas naciones y los reyes de cada una de ellas estaban sujetos al rey babilonio, que, sitiada Jerusalén, pusieron alrededor, y especialmente en las salidas de las puertas, su trono y tiendas, para que ninguno de los que estaban encerrados pudiera salir: y no solo Jerusalén, sino también todas las ciudades de Judá fueron rodeadas por un sitio similar. Y cuando, dice, la ciudad sea capturada, entonces hablaré con ellos que mis juicios fueron rectos, y que cada uno recibió lo que merecía: no por los demás vicios, a los que está sujeta la condición humana; sino principalmente por la idolatría, por la cual, dejándome a mí, adoraron las obras de sus manos. Algunos interpretan este pasaje en un sentido positivo, que aquellos que fueron cocidos en la olla de bronce, purificados antes por los tormentos, después serán príncipes de Jerusalén: y después de que el Señor se haya compadecido de ellos, entonces les reprochará, porque al dejarlo a él, adoraron ídolos. Pero esta es una interpretación violenta y errónea: para que el intérprete ignorante no haga calumnia.

(Vers. 17.) Tú, pues, ciñe tus lomos: y levántate, y habla a ellos todo lo que yo te mande. Y a Job se le ordena que ciña sus lomos: y a los Apóstoles, que con los lomos ceñidos, que Elías y Juan el Bautista ceñían con cinturones de piel, tengan lámparas en sus manos, es decir, la

predicación del Evangelio. Cualquiera que vaya a hablar las palabras de Dios, debe ceñir sus lomos, sabiendo que toda la fuerza del diablo está en los lomos: y el justo dice en los Salmos: Mis lomos están llenos de ilusiones. Y cuando haya ceñido sus lomos, escuche lo que está escrito: Levántate, tú que duermes, y levántate: y te iluminará Cristo; para que siempre vigilante, y levantándose del sueño, hable lo que Dios le haya mandado.

No temas ante su rostro: porque no te haré temer su semblante. O como tienen los Setenta y otros intérpretes: no sea que te haga temer. Y el sentido según nuestra traducción es: No temas ante su rostro: porque con mi ayuda, no podrás temerles. Según los Setenta: No temas ante su rostro, ten confianza en mi mandato. Pues si no ofreces lo que tienes para dejar de temer, te abandonaré y te entregaré al temor, y de alguna manera pareceré hacerte temer, al dejarte en la angustia. Esto significa que siempre se debe amar la verdad: y no temer a la multitud de hombres, que no soportan la corrección, sino que tienden trampas a quien los corrige. Lo que sigue según los LXX: porque estoy contigo para liberarte, dice el Señor, no se encuentra en hebreo. Y el sentido es: Te libraré, no en el sentido de que nadie te aceche; sino en el sentido de que, soportando las acechanzas, no peques.

(Vers. 18, 19.) Porque hoy te he puesto (o He aquí que te he puesto en este día) como ciudad fortificada, y como columna de hierro, y como muro de bronce sobre toda la tierra: a los reyes de Judá, a sus príncipes, y a sus sacerdotes, y al pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, y no prevalecerán: porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte. La palabra divina describe por qué el Profeta no debe temer. Yo, dice, te he puesto, o te he dado hoy, es decir, en la vida presente, mientras se llama hoy, como una ciudad muy firme: no como una sola casa, ni torre, ni alguna muralla (Mat. V); sino toda una ciudad, que situada sobre un monte no puede ocultarse. De la cual está escrito: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 2). Y: Yo soy ciudad fuerte, ciudad que es atacada (Isa. XXVII, 3). Y, dice, como columna de hierro, de la cual escribe el Apóstol: Columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). De donde Pedro y Juan, que eran considerados columnas de la Iglesia, dieron la diestra a Pablo y Bernabé en comunión. Y esto no es suficiente, sino que dice, como muro de bronce, que no es corroído por el óxido, ni se deteriora por las lluvias; sino que con el tiempo se hace más fuerte. Serás así contra reyes y príncipes y el pueblo, no de cualquier lugar, sino de la tierra; aquellos que piensan en lo terrenal y no conocen lo celestial, que tienen la imagen terrenal y no la celestial. Estos, dice, pelearán contra ti, y no prevalecerán. ¿Por qué, pregunto? ¿Cuál es la causa de tanta fortaleza, que ni reyes, ni príncipes, ni sacerdotes, ni pueblos prevalezcan contra uno solo? Sigue: Porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte. Si alguna vez los reyes de Judá, que se interpreta como confesión, y sus príncipes y sacerdotes y pueblos, es decir, obispos y presbíteros y diáconos, y la plebe vil e innoble, quisieran levantarse contra un hombre santo, tenga la firmeza de la fe, y deje de temer: porque, con la ayuda del Señor, vencerá.

(Cap. II.---Vers. 1.) Y vino a mí la palabra del Señor diciendo: Ve y clama en los oídos de Jerusalén diciendo. Esto no se encuentra en los Setenta: pero se añadió bajo asteriscos de la edición de Teodoción, quien interpretó la palabra hebrea CARATH (), por la cual nosotros dijimos clama; o predica, como lee. Y significa tanto lectura como clamor y predicación por su ambigüedad. Y debemos entender los oídos de Jerusalén como los oídos de sus habitantes.

(Vers. 2.) Así dice el Señor: Me acordé de ti, compadeciéndome de tu juventud y del amor de tu desposorio: cuando me seguiste en el desierto, en tierra no sembrada. LXX: Así dice el Señor: Me acordé de la misericordia de tu juventud, y del amor de tu perfección. Esto se dice más plenamente en Ezequiel (Ezequiel I), cuando el Señor se une en matrimonio con

Jerusalén, y bajo la persona de esposa, la une a sus abrazos: o para mostrar un afecto más ardiente, la llama doncella y joven y desposada. Pues lo que aún no hemos poseído, más lo deseamos para poseerlo. Cuando, dice, me seguiste en el desierto; y como en un desposorio y dote, te distribuí los adornos de la Ley y los collares de palabras. Y todo esto no lo refiere a su mérito, sino a su misericordia, por la cual y el amor lo consiguió. Esto también que pusimos, en el desierto, en tierra no sembrada, no se encuentra en los LXX.

(Vers. 3.) Santo de Israel al Señor, primicias de sus frutos: todos los que lo devoran, pecarán: vendrán males sobre ellos, dice el Señor. Cuando Israel dice primicias de los frutos del Señor, muestra que el pueblo congregado de las naciones es después de las primicias; según lo que está escrito en otro lugar: Acuérdate de tu congregación, que poseíste desde el principio (Sal. LXXIII, 2). Las primicias siempre se deben a los sacerdotes, y no a los enemigos. Lo que sigue: Todos los que lo devoran, pecarán: vendrán males sobre ellos, dice el Señor, tiene este sentido: Así como los que devoran las primicias (Num. V), no siendo del linaje sacerdotal, son culpables de crimen: así los que contaminan a Israel, estarán sujetos a males: según lo que en el salmo vigésimo sexto dice el santo David: Cuando se acercan sobre mí los malvados, para devorar mis carnes: mis enemigos que me afligen, ellos mismos se debilitaron y cayeron (Sal. XXVI, 3, 4). Pues no por ejecutar la sentencia de Dios, estarán exentos de castigo, y vendrán males sobre ellos: porque es necesario que vengan escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vienen los escándalos! (Mat. XVIII).

(Vers. 4, 5.) Oíd la palabra del Señor, casa de Jacob, y todas las familias de la casa de Israel. Así dice el Señor: ¿Qué iniquidad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí: y anduvieron tras la vanidad: y se hicieron vanos? Este sentido lo testifica otro profeta: Pueblo mío, ¿qué te hice, y en qué te molesté? Respóndeme: porque te saqué de la tierra de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre (Miq. VI, 34). Se ponen ambos nombres, Jacob e Israel: no según las dos y diez tribus, sino según todo el pueblo: pues el mismo Jacob fue llamado después Israel (Gen. XXXII). Lleva la ofensa desde los padres, no porque los pecados de los padres se imputen a los hijos: sino porque los hijos, teniendo la semejanza de los padres, son castigados por su propio crimen y el de sus padres. A menudo leemos que por los santos padres, Dios se apiada de los hijos. Pero los padres del pueblo pecador abandonaron a Dios; y no brevemente, sino por largo tiempo: y en lugar de Dios siguieron la vanidad, es decir, los ídolos, que nada aprovechan a sus adoradores: y se hicieron semejantes a ellos según lo que está escrito: Sean semejantes a ellos los que los hacen; y todos los que confían en ellos (Sal. CXIII, 16).

(Vers. 6.) Y no dijeron, ¿Dónde está el Señor que nos hizo subir de la tierra de Egipto: que nos condujo por el desierto, por tierra inhabitable e intransitable: por tierra de sed y sombra de muerte, por tierra en la que no caminó hombre, ni habitó hombre? Por hombre, los LXX interpretaron hijo de hombre; y por sombra de muerte, se añadió de Teodoción, sombra de muerte. Aunque esto es manifiesto según la historia, debe considerarse según la anagogía, que mientras estamos en este mundo, y somos sacados de Egipto, ascendemos poco a poco, y primero atravesamos desiertos y tierra inhabitable, que el santo no debe habitar, y sin camino, para mostrar la dificultad del camino. Por tierra de sed, donde siempre deseamos más, y no estamos contentos con lo presente; y sombra de muerte: pues siempre estamos en peligro, y en todas partes el diablo tiende sus lazos: por tierra, en la que no caminó hombre, que es de edad perfecta en Cristo. Todos resucitaremos en un hombre perfecto, en la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Ni nunca en ella habita quien es hombre de Dios, o hijo de hombre; sino que siempre se apresura a cosas mayores. De lo cual es evidente, que no hay perfección en el camino: sino en el fin del camino y en la mansión, que se prepara para los santos en los cielos, y a quienes se dice: Los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la

casa de nuestro Dios (Sal. CXXXIII, 1). En vano, pues, la nueva herejía sospecha del antiguo, que aquí está la victoria perfecta, donde hay lucha y combate, y el resultado de lo futuro es incierto.

(Vers. 7.) Y os introduje en la tierra, del Carmelo, para que comierais su fruto y sus bienes: y al entrar contaminasteis mi tierra; y pusisteis mi heredad en abominación. Por el trabajo del durísimo camino, os di abundancia de todas las cosas. Esto significa el Carmelo, que en hebreo se llama CHERMEL (), y en nuestra lengua significa conocimiento de la circuncisión. Así como aquel pueblo contaminó y profanó la tierra santa, y fértil en todas las cosas, con idolatría: así nosotros, recibiendo el conocimiento de la verdadera circuncisión, comemos sus frutos; y si se introduce la negligencia, contaminamos la tierra de Dios, y hacemos abominable su heredad.

(Vers. 8.) Los sacerdotes no dijeron, ¿Dónde está el Señor? y los que tienen mi Ley, no me conocieron: y los pastores prevaricaron contra mí: y los profetas profetizaron en Baal, y siguieron ídolos. Después de tantos beneficios, convirtieron en desprecio los privilegios de la dignidad: para que los sacerdotes no buscaran al Señor: para que los doctores de la Ley ignoraran a aquel, que debían enseñar a otros: y los pastores por negligencia se hicieran prevaricadores: y los profetas que disputan entre los pueblos, no hablen a Dios, sino al ídolo, y veneren sus propias invenciones. Estas palabras deben usarse contra los maestros de nuestro orden, que devoran al pueblo de Dios como pan, y por malas obras no invocan al Señor.

(Vers. 9.) Por tanto, aún contendere con vosotros en juicio, dice el Señor: y con vuestros hijos discutiré. Para que no parezca golpear por poder, como con iguales contiene en razón; según lo que canta David y usa el Apóstol: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Sal. L, 6; Rom. III, 4). Lo que puso, aún, testifica que lo ha hecho muchas veces: y lo que añadió, con vuestros hijos, muestra la misma obstinación en los hijos de los malvados. Ocultamente significa que la antigua negación de Dios, también la siguieron sus hijos en la venida del Señor.

(Vers. 10, 11.) Pasad a las islas de Quitim, y ved: y envid a Cedar, y considerad con diligencia, y ved si se ha hecho cosa semejante: si ha cambiado alguna nación sus dioses (o sus dioses). Y ciertamente ellos no son dioses: pero mi pueblo ha cambiado su gloria por un ídolo (o por lo que no le aprovecha). Hace una comparación de lo que es incomparable, y compara al verdadero Dios con los falsos. Id, dice, a las islas de Quitim: que debemos entender como Italia, o las partes occidentales: porque la isla de Chipre, en la cual hay una ciudad con este nombre, está cerca de la tierra de Judá. De la cual también fue Zenón, príncipe de los estoicos. Cedar es una región de soledad y de ismaelitas, a quienes ahora llamamos sarracenos: contra la cual se teje una profecía en las partes extremas de este mismo profeta (Infra ad cap. XLIX), y de la cual David hace mención, diciendo: Habité con los que habitan en Cedar: mucho peregrinó mi alma (Sal. CXIX, 5). Y el sentido es: O id al occidente, o envid al desierto, y ved si alguna nación ha hecho lo que vosotros habéis hecho. Ninguna de ellas ha despreciado a sus dioses, ni ha cambiado los de madera y piedra, por comparación con los de oro: sino que siguiendo el antiguo error, ha mantenido lo que recibió de sus mayores. Y ciertamente esto, cuando ninguno de ellos es Dios: sino simulacros hechos por mano de hombre. Pero mi pueblo ha cambiado la verdad por la mentira: y ha preferido el ídolo a mí, que no le podrá aprovechar en tiempo de necesidad. Podemos decir esto también contra aquellos que siguen con mayor empeño los vicios que las virtudes; a quienes el Apóstol advierte diciendo: Hablo en términos humanos, por la debilidad de vuestra carne. Así como presentasteis vuestros miembros como siervos de la inmundicia y de la iniquidad para

iniquidad: así ahora presentad vuestros miembros como siervos de la justicia para santificación (Rom. VI, 19).

(Vers. 12, 13.) Asombraos cielos sobre esto: y sus puertas desoláos con gran desolación, dice el Señor. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva: cavaron para sí cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua. LXX: se asombró el cielo sobre esto, y se horrorizó fuera de medida y con gran desolación, y lo demás similar. El cielo al que se le dijo: Atiende cielo, y hablaré (Deut. XXXII, 1): y, Oye cielo, y escucha tierra (Isa. I, 2), viendo los mandamientos de Dios pisoteados, se horroriza, y no puede disimular su asombro. Pues toda criatura gime y se duele sobre los pecados de los hombres. Dos cosas adversas ha hecho el pueblo de Dios. Primero, dejar a Dios que es fuente de vida, y dio el mandamiento diciendo: Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto (Éxodo XX, 2). Segundo, lo que está escrito en el mismo lugar: No tendrás dioses delante de mí; por lo cual siguió a los demonios, que llama cisternas rotas, porque no pueden guardar los mandamientos de Dios. Y esto debe notarse, que la fuente es perpetua, y tiene aguas vitales. Las cisternas y estanques, en cambio, se llenan de torrentes, o de aguas turbias, tierra y lluvias. Las puertas del cielo las llama aquellas de las que está escrito en el salmo vigésimo tercero: Alzad, puertas, vuestras cabezas, y entrará el rey de gloria. Por lo cual los LXX tradujeron: Alzad puertas, príncipes vuestras: de las cuales se dirá más plenamente en su lugar. Lo que Aquila y Símaco interpretaron, cielos; y los LXX y Teodoción, cielo, no debe mover a nadie. Pues el hebreo SAMAIM () es de número común, y tanto cielos como cielo se llaman con el mismo nombre: como Tebas, Atenas, y Salona.

(Vers. 14.) ¿Es Israel un siervo, o un esclavo nacido en casa? Creo que por este lugar, envanecidos de orgullo, los judíos dijeron al Salvador: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? (Juan VIII, 33). Ignorando que todo el que hace pecado, es siervo del pecado: y cada uno sirve a aquel de quien es vencido. Nacidos, pues, del amigo de Dios Abraham, por su propio vicio se hicieron como hijos de Cam, a quien se le dijo: Maldito sea Canaán, siervo será de sus hermanos (Génesis IX, 25).

(Vers. 15.) ¿Por qué, pues, ha sido hecho presa? sobre él rugieron los leones, y dieron su voz: pusieron su tierra en desolación: y sus ciudades fueron quemadas: y no hay quien habite en ellas. La palabra divina pregunta, para que ella misma responda. Llama leones a los príncipes de Babilonia, que pusieron su tierra en desolación, y sus ciudades las destruyeron con fuego. O ciertamente según la anagogía, entendamos por leones a las potestades adversarias, o a los príncipes de los herejes, que desolando la tierra de la Iglesia, devastaron todas sus ciudades con incendio herético, y con aquel fuego del que está escrito: Todos adulteran, como horno sus corazones (Oseas VII, 4). Pues ellos verdaderamente dan su voz; y en este mismo profeta bajo la persona de la perdiz claman: Reúnen lo que no parieron: y hacen riquezas no con juicio (Jeremías XVII, 17). Por eso sus ciudades están devastadas y destruidas: porque no tienen habitante a Dios, diciendo la Escritura: Y no hay quien habite en ellas (Ibid., 4).

(Vers. 16, 17.) También los hijos de Menfis y Tafnes te violaron hasta la cabeza. ¿No te ha sucedido esto, porque dejaste al Señor tu Dios en el tiempo en que te conducía por el camino? Esto que dijimos, en el tiempo en que te conducía por el camino, no se encuentra en los LXX. Nombra dos ciudades principales de Egipto, Menfis y Tafnes, y dice que sus hijos violaron a Israel hasta la cabeza; en el sentido en que Isaías puso: Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él salud (Isaías I, 6). Pues tal fue la lujuria de los egipcios que son de grandes carnes, que no perdonaron miembro alguno: sino que todo lo violaron. Según la letra se refiere a los ídolos de Egipto; según la inteligencia espiritual, a los maestros de la doctrina

perversa, que contaminan la pureza de la Iglesia con su torpeza. Estas cosas le suceden porque dejó al Señor su Dios; y especialmente en el tiempo en que debía seguirlo como guía.

(Vers. 18.) Y ahora, ¿qué tienes tú en el camino de Egipto, para que bebas el agua de Sior? ¿Y qué tienes tú con el camino de los asirios, para que bebas el agua del río? Por Sior (), interpretamos turbia, que es lo que significa la palabra hebrea: por lo cual la edición común tiene Geón. Porque, pues, había puesto antes a los hijos de Menfis y Tafnes, que violaron a Israel hasta la cabeza: ahora nombra más claramente a Egipto mismo. Y no hay duda de que el Nilo tiene aguas turbias; y que el río de los asirios significa el Éufrates, diciendo la Escritura, que la tierra de la promesa es desde el torrente de Egipto, hasta el gran río Éufrates. Los que hayan dejado a Cristo, fuente de vida, y hayan cavado para sí estanques de herejes, que no pueden contener las aguas de las doctrinas, es necesario que estén sujetos a los leones, que reducen su tierra a desolación, y destruyen todas las Iglesias: y hasta la cabeza sean contaminados, y beban aguas turbias, y las corrientes del río asirio y del norte, de donde se encienden males sobre la tierra.

(Vers. 19.) Te reprenderá tu maldad (o te instruirá tu transgresión) y tu aversión te increpará. Reconoce y ve que es malo y amargo haber dejado al Señor tu Dios: y que no hay temor de mí en ti, dice el Señor Dios de los ejércitos. Es de notar que la maldad o transgresión, después de haber saciado al transgresor, y como las codornices hasta la náusea, instruye al que hace penitencia: a quien se le ordena que vea qué ha dejado y qué ha seguido; y cómo, despreciando lo bueno y dulce, ha elegido lo malo y amargo. Todo esto ha sucedido porque ha dejado al Señor su Dios, y el temor de Él no está en él. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX): quien no lo tiene, es entregado al mal y la amargura.

(Vers. 20.) Desde antiguo rompiste mi yugo (o el tuyo) rompiste mis cadenas (o las tuyas); y dijiste, No serviré. Pues en toda colina alta, y bajo todo árbol frondoso te postrabas como prostituta (o allí te extendías en fornicación). Habla a Israel como a una prostituta, que ha roto los lazos conyugales, y ha dicho, No serviré: se sobreentiende al señor, o al esposo: pero en toda colina alta, y bajo todo árbol frondoso se ha postrado en idolatría. Pues siempre los lugares amenos y elevados se dedican a los ídolos. Esto también puede decirse de aquel que desde el principio es cristiano, y en parte instruido por las Sagradas Escrituras, luego, por deseo de la literatura secular, que se significa en las colinas, y de la elocuencia amena [Al. en la elocuencia amena], que se muestra en los árboles frondosos, se postra ante los demonios: quienes bajo el pretexto de la erudición y la ciencia sublime, contaminan las almas de los creyentes y hacen que sus pies se dividan a todo transeúnte.

(Vers. 21.) Yo te planté como una viña escogida, toda semilla verdadera: ¿cómo te has convertido para mí en una viña extraña y perversa? LXX: Yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura, viña extraña [Al. extraña]? Por viña fructífera, o escogida, en hebreo se tiene SOREC (): que se pone en el cántico de Isaías (Isai. L). Es un tipo de vid óptima: con cuyo sarmiento el Señor dice haber plantado a Israel; y se maravilla de cómo la semilla verdadera y la viña escogida se ha convertido en amargura: y por eso se ha hecho viña extraña; y nadie esté seguro, si la plantación del Señor y la semilla verdadera y la viña Sorech se cambia tanto por su propio vicio, que por la amargura se aleja del Señor, y se convierte en viña extraña. Y en esto se debe considerar la clemencia del Salvador, que quien en el Evangelio dijo: Yo soy la vid verdadera (Juan XV, 1); también dio a sus discípulos [Al. disciplinas] y al pueblo que cree en Él, que sea vid escogida o verdadera, si quiere permanecer en lo que fue plantado.

(Vers. 22.) Aunque te laves con natrón, multipliques para ti la hierba Borith, estás manchada en tu iniquidad ante mí: dice el Señor Dios. Por la hierba BORITH (), que hemos traducido como está en hebreo, los LXX tradujeron πόαν para significar la hierba de los bataneros, que según el rito de la provincia de Palestina, nace en lugares verdes y húmedos: y tiene la misma fuerza para lavar las suciedades que el natrón. Nuestro natrón y la hierba del batanero son la penitencia. El sermón eclesiástico, que reprende e increpa y corrige a los delincuentes, tiene la semejanza de un natrón más mordaz. Quien está manchado con una leve suciedad de pecados, se purga con admoniciones más leves. Pero los pecados graves, que llevan a la muerte, no pueden ser lavados ni con natrón ni con hierba Borith: sino que necesitan tormentos más graves. Porque la obra de cada uno, de qué calidad sea, el fuego la probará, y en el fuego se revelará (1 Cor. III). Y añadió bellamente: Estás manchada en tu iniquidad ante mí: que aunque a los hombres les parezcas limpia, para mí no lo eres, que conozco las conciencias de cada uno. Por eso en otro lugar se dice: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. XLII, 2).

(Vers. 23.) ¿Cómo dices, No estoy contaminada, no he ido tras los Baales? Mira tus caminos en el valle. O valle, que en hebreo se dice GE, y los LXX interpretan πολυάνδριον, que en nuestro lenguaje puede decirse, sepulcro de multitud. En vano, dice, no quieres confesar tus crímenes, y alardeas de limpieza, estando contaminada con las suciedades de la idolatría; y niegas impudicamente haber adorado al ídolo Baal (Infra. XIX). Mira el valle de los hijos de Enón, que es regado por las fuentes de Siloé, y allí verás el santuario de Baal, a quien, dejando a Dios, has venerado. Y lo que se añade: sabe lo que has hecho, abre los ojos cerrados del que niega, para que vea lo que se avergüenza de mirar. Según la tropología, arguyamos con obras la impudencia de los que no quieren confesar sus vicios. Porque tales hombres, no caminan por el camino estrecho y angosto que lleva a la vida: sino por el ancho y espacioso, por el que entran muchos, que lleva a la muerte (Mat. VII). Por eso también se llama significativamente πολυάνδριον, ya sea según la historia, porque allí fue destruida y perdida por el mal de la idolatría, la multitud del pueblo.

(Vers. 24.) Corredor ligero desplegando sus caminos: onagro acostumbrado a la soledad, en el deseo de su alma atrajo el viento de su amor: nadie la apartará: todos los que la busquen, no fallarán. En sus menstruaciones la encontrarán. LXX: Al atardecer su voz aulló, extendió sus caminos sobre las aguas de la soledad, en el deseo de su alma era llevada por el espíritu: fue entregada: ¿quién la convertirá? Todos los que la busquen, no trabajarán: y en su humillación la encontrarán. En este lugar la edición de los LXX difiere mucho de la verdad hebrea: sin embargo, ambas tienen su sentido. Porque antes dijo, no estoy contaminada; y como hablaba a una mujer que se había comportado deshonestamente, describe su fornicación. Como, dice, la cierva ligera, que nosotros en género común llamamos corredor, y más significativamente Aquila, Symmachus, y Theodotion tradujeron δρομὰς κούφη, despliega sus caminos, y veloz se dirige a los pastos: y así como el onagro acostumbrado a la soledad, atrae en el deseo de su alma el viento o espíritu de su amor (porque con un solo nombre en hebreo RUA () se llama viento y espíritu), así también Israel, o Jerusalén, se dirigía con todo ímpetu al deseo de la lujuria, y ardía en todo amor de ídolos: y no hay quien pueda apartarla de este ímpetu con sus admoniciones: no porque la imposibilidad lo haya hecho de los profetas, sino por la malicia perversa del que desea. Cualquiera que, dice, la busque, no trabajará mucho. En sus menstruaciones y en su inmundicia la encontrarán. Por lo cual Aquila interpretó νεομηνίαν, esto es, calendas, Symmachus, mes, los Setenta y Theodotion, humillación. Según los LXX, este es el sentido: La prostituta Jerusalén, según aquella mujer que se describe en los Proverbios, aullaba con su voz al atardecer, y provocaba a los amantes a la lujuria, abría los caminos de su deshonestidad, y extendía sus pies a todo

transeúnte (Prov. V y VI). Había un lugar que tenía la amenidad de las aguas que fluyen, que se hace más deleitable cuando alrededor hay soledad, para que nadie vea a la que fornicaba. En el deseo, dice, de su alma πνευματοφορεῖτο, o era llevada por un espíritu perverso, o atraía el refrigerio del amor: o ciertamente cantaba las canciones de su deshonestidad. Fue entregada, dice, a sus vicios y lujuria: nadie podrá convertirla: todos los que quieran encontrarla, en la humillación de su deshonestidad la hallarán: para que nunca pueda saciarse con el amor de la voluptuosidad.

(Vers. 25.) Prohíbe tu pie de la desnudez, y tu garganta de la sed: y dijiste, Desesperé, de ninguna manera lo haré: amé a los extraños, y tras ellos caminaré. LXX: Convierte tu pie del camino áspero, y tu garganta de la sed: que dijo, Actuaré virilmente, porque amé a los extraños, y tras ellos caminé [Al. caminaré]. Al hacer la Pascua, se ordena tener calzado en los pies (Éxodo XII). Y el Apóstol (Efesios VI), predica los pies calzados de aquellos que se preparan para el Evangelio: para que mientras caminan por la soledad de este siglo, no queden expuestos a los animales venenosos, que deben ser pisoteados y aplastados con el pie evangélico. Prohibimos la garganta de la sed, cuando cumplimos los preceptos del Salvador que dice: El que tenga sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). Quien por desesperación de los males negó hacer lo que el Señor mandó, expuso la causa diciendo: Amé a los extraños, y los seguiré: pensando con una confesión impúdica evitar los crímenes. Según los LXX, el camino de los pecadores es áspero, que el Señor convierte en un camino llano. Cualquiera que siga a los herejes, sea notado con el elogio de estos versos; que haya dicho, Desesperé o actuaré virilmente en mi mal propósito, y me fortaleceré en mi error. Es necesario, pues, que quien sigue una doctrina ajena a la eclesiástica, ame a los extraños; y siga sus huellas, ya sean demonios, o príncipes de los herejes, que están alejados de Dios.

(Vers. 26, 27.) Como se avergüenza el ladrón cuando es descubierto, así se avergüenzan la casa de Israel: ellos y sus reyes, sus príncipes y sacerdotes, y sus profetas. Aunque el rostro de los ladrones es impudente y descarado, sin embargo, se avergüenza cuando es descubierto en el robo. Y así Israel, diciendo al leño, Padre mío eres tú: y a la piedra, Tú me engendraste; para llamar padres a aquellos que él mismo fabricó, se avergüenza cuando es descubierto en su idolatría. Y para que no pensemos que dice esto del pueblo: pone a los reyes y príncipes, y a los sacerdotes, y a sus profetas. Usemos este testimonio contra nuestros príncipes, y contra aquellos que en la Iglesia se consideran líderes, cuando sean descubiertos en pecados vergonzosos.

Volvieron hacia mí la espalda, y no el rostro. Quienes arrojan las palabras de Dios hacia atrás, ellos vuelven contra Él la espalda y no el rostro. Porque cuando el maestro ordena, es indicio de obediencia si escucha con la cabeza inclinada. Pero si vuelve la espalda, es señal de desprecio; como está escrito en otro lugar: Y volvieron hacia mí el hombro rebelde (Zacarías VII, 11). Tanto, dice Dios, despreciaron mis preceptos, que ni siquiera quisieron escuchar, sino que indicaron con el gesto del cuerpo la soberbia del ánimo.

Y en el tiempo de su aflicción dirán: Levántate, y sálvanos. Quienes no sintieron a Dios por los beneficios, lo sentirán por los tormentos.

(Vers. 28.) ¿Dónde están tus dioses, que hiciste para ti? que se levanten y te libren en el tiempo [Al. día] de tu aflicción. Petición impúdica, buscar ayuda en tiempo de necesidad y angustia de aquel a quien en paz despreciaron. Y debe leerse con el afecto del que increpa: que te libren tus dioses, que hiciste para ti: para que la necesidad pruebe qué pueden, a quienes adoraste seguro antes.

Según el número de tus ciudades eran tus dioses, oh Judá. O los mismos o singulares y diversos, cada ciudad adoraba a sus dioses: para que no parecieran tener consenso en la impiedad: sino que la superstición, luchando contra sí misma, siguiera un error diverso. Y lo que sigue, y según el número de las calles de Jerusalén sacrificaban a Baal, fue añadido por los LXX.

(Vers. 29.) ¿Por qué queréis contender conmigo en juicio? todos me habéis dejado, dice el Señor. La perversidad humana está inclinada a excusarse, para que lo que sufren con razón, parezca que lo sufren injustamente; y refieran su propia culpa al juicio de Dios. En vano, pues, dice, presentáis quejas, y una causa injusta en el juez, cuando es por vuestra impiedad lo que sufrís. Y lo que sigue: Y todos habéis obrado inicualemente contra mí, fue añadido por los Setenta.

(Vers. 30.) En vano he golpeado a vuestros hijos: no recibieron disciplina. Por lo cual los LXX pusieron no recibisteis. Y el sentido en hebreo es: Aquellos mismos que fueron golpeados, no quisieron recibir disciplina. En los Setenta, sin embargo: Por eso golpeé a vuestros hijos, para que con su muerte os instruyerais. Y para que no dijerais: no quisiste corregir a los pecadores, aprended con los golpes de vuestros hijos, que quise curaros con un remedio más severo.

Vuestro espada devoró a vuestros profetas. No a mis profetas, sino a vuestros profetas: no mi espada, sino vuestra espada los devoró, que soportasteis por vuestros pecados. Por otro lado, los LXX no tienen vuestro: sino que simplemente interpretaron devoró la espada a vuestros profetas; para mostrar que la espada hostil, o mi espada, por la cual se confunden vuestros pecados.

Como león devastador es vuestra generación. LXX: Como león devastador, y no temisteis. La espada, dice, que devoró a vuestros profetas; sin duda significa a Baal y a los adivinos de los ídolos, devastó todo como un león, que ávidamente desgarró la presa encontrada: y sin embargo, vuestra generación, que debería haber sido corregida con la muerte de unos pocos, toda perseveró en el crimen. Según los Setenta, sin embargo, este es el sentido: Así la espada del Señor, que mostró la espada de los adversarios, devoró y desgarró a vuestros falsos profetas, como un león, que ávidamente desgarró la presa encontrada, y sin embargo, ni con el castigo de vuestros profetas pudisteis convertirlos a mejores cosas.

(Vers. 31.) Ved la palabra del Señor: ¿Acaso me he convertido en un desierto para Israel, o en una tierra de oscuridad? ¿Por qué, pues, dijo mi pueblo, Nos hemos apartado, no vendremos más a ti? LXX: Escuchad la palabra del Señor: así dice el Señor: ¿Acaso me he convertido en un desierto para Israel: o en una tierra llena de espinas: porque dice mi pueblo, No serviremos, ni vendremos a ti? Y Moisés veía la voz de Dios (Éxodo XXXIII), y el apóstol Juan dice que vio y tocó la palabra de Dios (1 Juan I). Se maravilla, pues, de cómo el pueblo de Israel tuvo a Dios como un desierto, cuando siguió a los ídolos como si fueran la celebridad de las ciudades. La tierra serotina es la que no recibe las lluvias de las doctrinas, ni la disciplina del Evangelio; y está llena de espinas, porque no fue cultivada. El pueblo, pues, que una vez fue de Dios, es más criminal en esto, que se apartó del Señor, y no quiere volver más a su Señor. Gran ofensa es no querer aplacar a quien has ofendido.

(Vers. 32.) ¿Acaso olvidará la virgen su adorno, y la novia su faja pectoral? Mi pueblo me ha olvidado por días innumerables. Por esto aprendemos que Cristo es el esposo de la virgen Iglesia, que no tiene mancha ni arruga. Si Él es el esposo, son sus palabras, de quien habla Juan el Bautista: El que tiene la novia, es el esposo (Juan III, 29). Por tanto, pierde su adorno

quien se aparta del Señor, y pierde la inteligencia de las doctrinas, que se significa en el pecho. Por eso también el evangelista Juan se recuesta sobre el pecho del Señor (Juan XIII), y a los sacerdotes, entre otras cosas, se les separa el pecho de las víctimas (Núm. XVIII). Cuanto mayor es el número de tiempos en que olvidamos al Señor, tanto mayor es la pena del pecado, que ni la longitud de los siglos pudo domar.

(Vers. 33, 34.) ¿Por qué te esfuerzas en mostrar tu camino bueno para buscar el amor, que además enseñaste tus maldades a tus caminos: y en tus alas (o en tus manos) se encontró la sangre de las almas de los pobres e inocentes. No los encontré en fosas (o en trampas): sino en todos estos (o bajo todo roble). En vano, dice, te esfuerzas en defenderte con el arte de las palabras, y como mostrar tus obras buenas para merecer el amor: que además enseñaste a otros tus caminos, y fuiste ejemplo para todos de malas obras, y en tus alas [Al. malas], o en tus manos, se encontró la sangre de los inocentes, que sacrificaste a los ídolos, o cuyas almas perdiste con la similitud de los sacrificios. Pobres, lo hemos puesto del hebreo, que no se encuentra en los Setenta. A estos pobres e inocentes, dice, no los encontré muertos en fosas, lo que suele suceder a menudo por las emboscadas de los ladrones: sino en todos los que mencioné antes, o bajo el roble, que en hebreo se dice ELLA (): que también significa esto; para que el sentido sea: En todos estos, o bajo el roble, y el terebinto, bajo cuya sombra y frondas como en lugares amenos disfrutabas de los crímenes de la idolatría.

(Vers. 35, 36.) Y dijiste: Sin pecado y soy inocente: y por eso se aparte tu ira de mí. He aquí que yo contenderé contigo en juicio, porque dijiste, No he pecado: cuán vil te has hecho demasiado (o cómo te has despreciado demasiado) repitiendo tus caminos. Estas palabras deben usarse contra aquellos que no quieren reconocer sus pecados: sino que en tiempo de aflicción y angustia dicen que sufren injustamente lo que sufren: y provocan más la ira de Dios, pues es un pecado mayor no llorar lo que han hecho, sino presentar vanas excusas de los pecados. En juicio, dice, contenderé contigo porque dijiste, No he pecado: como si fuera algo mayor este pecado, tener una cosa en la conciencia, y otra en el discurso. Que la nueva herejía del antiguo escuche, que la ira de Dios es aún mayor, no querer confesar humildemente el pecado; sino jactarse impudicamente de la justicia:

(Vers. 37.) Y de Egipto te avergonzarás, como te avergonzaste de Asiria: porque también de esta saldrás, y tus manos estarán sobre tu cabeza: porque el Señor ha quebrantado tu confianza (o esperanza), y nada en ella tendrás próspero. Para evitar el ataque de los egipcios, recurrían a los asirios, cuyo auxilio fue inútil, pues leemos que fueron vencidos por los egipcios. Nuevamente, para huir de la ira del asirio, usaban la ayuda de los egipcios; que fueron superados por los asirios, narra la historia. Se les reprende, pues, por haber dejado la esperanza en el Señor, y usar la ayuda de los hombres, que toda está quebrantada y tan subvertida, que nada de utilidad pueden encontrar en ella. Por eso dice: Y de esta saldrás, esto es, de Egipto, como saliste de Asiria; y tus manos estarán sobre tu cabeza, y llorarás por haber esperado en vano el auxilio de los egipcios. Recordemos la historia cuando Tamar, corrompida y violada por su hermano Amnón, el más malvado, puso sus manos sobre su cabeza cubierta de ceniza, y así regresó a su casa (II Sam. XIII).

(Cap. III.---Vers. 1.) Vulgo se dice (por lo cual los LXX solo dicen que tradujeron). Si un hombre deja a su esposa, y ella se va de él y se casa con otro hombre: ¿acaso volverá a ella? ¿No estará esa mujer contaminada y profanada? (¿o esa tierra?) y tú te has prostituido con muchos amantes (o pastores). La palabra REIM (), que se escribe con cuatro letras RES, AIN, JOD, MEM, significa tanto amantes como pastores. Y si leemos REIM, significa amantes; si ROIM, pastores.

Sin embargo, vuelve a mí, dice el Señor (o volvías a mí, dice el Señor). En hebreo, incluso después de la fornicación, acepta al penitente y lo exhorta a volver a él. En los LXX, no incita al arrepentimiento, sino que reprende la impudencia de la prostituta, que después del adulterio se atreve a volver al marido. Y lo que dice: y esa mujer será contaminada, por lo cual en hebreo leemos tierra, deja un ejemplo y habla más claramente de la tierra de Israel, que se compara con una mujer adúltera. Usemos este testimonio contra aquellos que, dejando la fe del Señor y atrapados en los errores de los herejes, después de muchas fornicaciones y engaños del alma, simulan volver a la verdad original: no para despojarse del veneno del corazón, sino para insinuarse a los demás.

(Vers. 2.) Levanta tus ojos en dirección recta, y mira dónde no te has postrado. En los caminos te sentabas esperándolos como un ladrón en el desierto (o como un cuervo solitario). Por ladrón, o cuervo, en hebreo está escrito ARABE, que también puede significar árabes, un pueblo dedicado al bandidaje, que hasta hoy incursiona en los límites de Palestina, y asalta los caminos de los que descienden de Jerusalén a Jericó: de lo cual también el Señor se acuerda en el Evangelio (Luc. X). Levanta, pues, tus ojos, oh Jerusalén, y mira aquí y allá, y ve dónde no te has postrado en fornicación. Pues así como los ladrones suelen tender emboscadas a los viajeros al atardecer y en lugares desiertos, así tú, como la prostituta de los Proverbios, te sentabas en los caminos al atardecer, para matar con tu concubinato las almas de los fornicadores (Prov. VII): por lo cual toda la tierra está contaminada con tus fornicaciones (Ecles. IX). Y significativamente, según la anagogía, a aquellos que prometen abandonar los errores heréticos, se les ordena levantar los ojos en dirección recta. Pues a menos que comiencen a ver rectamente, no pueden condenar la perversidad anterior.

(Vers. 2, 3.) Y contaminaste (o mataste) la tierra con tus fornicaciones, y en tus males [o en tus maldades]: por lo cual se prohibieron las gotas de lluvia, y no hubo lluvia tardía (o tuviste muchos pastores en tu ofensa). La tierra fue matada, o contaminada, por la matanza de aquellos que perecieron en la fornicación de la idolatría. De donde se quitó toda bendición de las cosas, para que sufrieran la sequedad de la palabra de Dios. O tuvo pastores, por los cuales ofendió a Dios; para que quienes debieron ser maestros, para prohibir a otros del error, se convirtieran en autores de impiedad.

Tu frente se ha hecho como la de una prostituta, no quisiste avergonzarte. LXX: Tu rostro se ha hecho como el de una prostituta: te has hecho sin vergüenza ante todos. Porque arriba (Ad cap. II, 35) había dicho: No he pecado, y había pecado más al negar sus crímenes: por eso ahora la reprende como a una mujer descarada y de excesiva impudencia: para que no se dirija con rostro descarado a uno y otro, sino que no se avergüence de nadie. Usemos este discurso contra la asamblea de los herejes, que se glorían en sus errores.

(Vers. 4, 5.) Entonces al menos desde ahora llámame, Padre mío, guía de mi virginidad eres tú: ¿acaso te enojarás para siempre, o perseverarás hasta el fin? Que se avergüencen los herejes que no quieren convertirse a lo mejor, ni regresar al Padre Creador suyo, y escuchen: Al menos desde ahora llámame, Padre mío, guía de mi virginidad eres tú. Él desposó tu alma con sus abrazos, y enseña cómo debe orar y hacer penitencia. Cuanto más clemente es él, que muestra el camino de la salvación después de la fornicación: tanto más miserable es la prostituta, que no quiere recibir la salud después de las heridas.

He aquí que has hablado, y has hecho el mal, y has podido. En lugar de palabras de penitencia, con palabras de soberbia has blasfemado: y has llenado tu pensamiento de

maldad, y has mostrado contra el hombre tu fortaleza, para que puedas hacer lo que has tratado con palabras.

(Vers. 6 y ss.) Y el Señor me dijo en los días del rey Josías: ¿Acaso has visto lo que ha hecho la apóstata Israel? Se fue sobre todo monte alto, y bajo todo árbol frondoso, y allí se prostituyó. Y dije, cuando hizo todas estas cosas: Vuélvete a mí, y no se volvió. Y vio su hermana traidora Judá, que por haber fornicado la apóstata Israel, la había dejado y le había dado carta de repudio, y no temió la traidora Judá su hermana, sino que fue y se prostituyó también ella, y con la facilidad de su fornicación contaminó la tierra, y fornicó con piedra y madera: y en todas estas cosas no se volvió a mí su hermana traidora Judá de todo corazón, sino con mentira, dice el Señor. Los tormentos de unos son remedios para otros. Y cuando se castiga al homicida, recibe ciertamente lo que hizo; pero otros se disuaden del crimen. Así pues, con las diez tribus, que se llamaban Israel, capturadas por los asirios y trasladadas a Media (IV. Reg. XVII), las dos tribus de Judá y Benjamín, que debieron temer lo mismo y convertirse a Dios con toda su mente, superaron los crímenes de las diez tribus: y tanto siguieron a los ídolos, que en el Templo de Dios pusieron la estatua de Baal, que en Ezequiel se llama ídolo, colocado para el celo y la emulación del Señor (Ezequiel VIII). Habla bajo la figura de dos hermanas, porque de una son generadas de la estirpe de Abraham, Isaac y Jacob, y llama a la primera apóstata, y a la segunda traidora. Pues aquella se apartó completamente de Dios, adorando inmediatamente a los becerros de oro en Dan y Betel. Esta, en cambio, en la que estaba el Templo y la religión del verdadero Dios, imitando a su hermana, poco a poco se apartó del Señor (III Reg. XII). Y por eso se le llama traidora. Según la anagogía, es una profecía sobre los herejes: que mientras se creen distinguidos por la falsa ciencia del nombre, ascienden a la mente de la soberbia: y seducidos por los placeres de esta carne, bajo todo árbol frondoso y agradable exponen su fornicación. Que cuando se entregan al diablo para la destrucción de la carne, frecuentemente sucede que la casa de Judá, es decir, de la confesión y la verdadera fe, no se aterra con el ejemplo, sino que comete cosas mucho mayores; y con la facilidad de su fornicación contamina la tierra de la Iglesia, fornicando con piedra y madera, siguiendo dogmas que son adversarios de Dios. Pero si un hombre eclesiástico quiere corregir al errante, y cortar las carnes podridas, y atraer a la penitencia a aquellos que han seguido la falsedad: y sin embargo, ellos bajo la apariencia de la verdad eclesiástica siguen el antiguo error, se puede decir de ellos: En todas estas cosas no se volvió a mí su hermana traidora Judá de todo corazón, sino con mentira. Esta profecía se hace en tiempos de Josías, rey justo, bajo el cual Jeremías comenzó a profetizar.

(Vers. 11.) Y el Señor me dijo: Justificó su alma la apóstata Israel en comparación con la traidora Judá. Más justa, dice, es Israel en comparación con Judá: porque aquella pereció inmediatamente al principio, esta pudo corregirse con los tormentos de aquella. Que la nueva herejía del antiguo se fije en que Israel se dice justificada en comparación con Judá. Y no es de extrañar esto de las hermanas de una misma nación, cuando también Sodoma en comparación con Jerusalén recibe el nombre de justicia, diciendo el Señor por Ezequiel: Sodoma fue justificada por ti (Ezequiel XVI, 55): y el publicano en comparación con el fariseo se hace justo (Luc. XVIII).

(Vers. 12 y ss.) Ve, y clama (o lee) estas palabras contra el Norte, y dirás: Vuélvete, apóstata Israel, dice el Señor, y no apartaré (o afirmaré) mi rostro de vosotros (o sobre vosotros), porque soy santo (o misericordioso), dice el Señor, y no me enojaré para siempre. Sin embargo, reconoce tu iniquidad, porque has prevaricado contra el Señor tu Dios (o has actuado impiamente), y has dispersado (o derramado) tus caminos a los extraños bajo todo árbol frondoso, y no escuchaste mi voz, dice el Señor. La palabra hebrea CARATH (), significa tanto llama, como clama, y lee. Por lo cual Aquila y Símaco, clamita: los LXX y

Teodocio interpretaron lee. Pero el discurso se dirige al Norte y contra Babilonia y los asirios, a las diez y dos tribus: y se predica su regreso. Y no apartaré mi rostro, dice, de vosotros; o no afirmaré mi rostro contra vosotros, para que no os reciba con la austeridad del juicio, sino con el rostro de misericordia. Porque soy santo y misericordioso, para no recordar más vuestra iniquidad, ni recordar que os apartasteis del Señor, y que en lugar de él os deleitaron los ídolos, y os prostituisteis bajo todo árbol umbroso y frondoso. Esto puede decirse a los herejes y a los negligentes en la Iglesia, que diariamente son incitados a la penitencia por los hombres eclesiásticos: y a quienes propiamente puede aplicarse, Y no escuchasteis mi voz. Todo hereje habita en el Norte, y ha perdido el calor de la fe, ni puede escuchar aquello del Apóstol: Fervientes en espíritu (Rom. XII, 11). Y porque se entregó a los placeres, se apartó del Señor, y dispersó sus caminos con dogmas extraños, y siguió el placer. Pues ninguna herejía se construye sino por la gula y el vientre, para seducir a las mujercillas cargadas de pecados, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III), de las cuales verdaderamente se dice: Que devoran a mi pueblo como si fuera pan (Sal. XIII, 8): y a quienes Cristo señala, devorando las casas de las viudas (Mat. XII). Y cuando, dice, me haya compadecido de ti, no pienses que eres justo: sino recuerda siempre tu iniquidad, y sabe que has fornicado contra el Señor: y baja el cuello de la soberbia, para que quien ofendiste al Señor por arrogancia, le agrades por humildad. A lo que dijimos antes: Y no afirmaré mi rostro sobre vosotros, le conviene aquello profético: Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades (Sal. L, 11).

(Vers. 14 y ss.) Convertíos a mí, hijos que os apartáis (o vagáis y os alejáis) dice el Señor: porque yo soy vuestro esposo (o vuestro dominador), y os tomaré, uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os introduciré en Sion, y os daré pastores según mi corazón, y os apacentarán con ciencia y doctrina. Y cuando os hayáis multiplicado y crecido en la tierra, en aquellos días, dice el Señor, no dirán más, arca del pacto (o del Testamento) del Señor: ni subirá al corazón, ni se acordarán de ella, ni será visitada, ni se hará más. Los judíos creen que esto se cumplió después del regreso de Babilonia bajo Ciro rey de Persia, y Zorobabel hijo de Salatiel (Isa. I), aunque no todos regresaron, esto significa: tomará uno de cada ciudad y dos de cada familia. Pero mejor en la venida de Cristo, cuando las reliquias fueron salvadas, diciendo y exponiendo el Apóstol: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma seríamos y semejantes a Gomorra (Rom. IX, 29), entonces fueron introducidos en Sion, de la cual está escrito: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 2). Y se dieron pastores según su corazón, apóstoles y hombres apostólicos, y engendran multitud de creyentes, no en ceremonias judías, sino en la ciencia de Cristo y doctrina, y sembrada la predicación del Evangelio en todo el mundo, no tendrán confianza en el arca del Señor, que fue guardiana de la ley mosaica; sino que ellos mismos serán templo de Dios: ni según los errantes nazarenos, servirán sacrificios abolidos, sino que seguirán el culto espiritual. Otros entienden esto en el fin de los tiempos, cuando entrando la plenitud de los gentiles todo Israel será salvo (Rom. XI).

(Vers. 17.) En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono del Señor, y se congregarán a ella todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, y no andarán tras la perversidad de su malvado corazón. Ya no se sentará el Señor sobre el arca del Testamento y los querubines, a quien antes por aquel pueblo se decía: Tú que te sientas sobre los querubines, manifiéstate (Sal. LXXIX, 2): sino que todos los creyentes de mente perfecta serán el trono de Dios. O ciertamente mejor todo debe entenderse de la Iglesia: cuando se congregan todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, en la cual está la visión de paz: y no andan tras la perversidad de su malvado corazón, para hacer lo que desean, ni siguen sus errores; sino que dicen con el Profeta: Mi alma se adhirió a ti: me sostuvo tu diestra (Sal. LXII, 9).

(Vers. 18.) En aquellos días irá la casa de Judá a la casa de Israel y vendrán juntos de la tierra del Norte a la tierra que di a vuestros padres. Esto se cumple propiamente en la venida de Cristo, cuando de las doce tribus juntas creyeron en el Evangelio, dejando la tierra del Norte de durísimo frío: y apartándose del dominio del diablo, entonces recibieron la tierra de la promesa, que había prometido a sus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Recientemente publiqué un pequeño libro sobre la tierra de la promesa.

(Vers. 19.) Pero yo dije: ¿Cómo te pondré entre los hijos, y te daré la tierra deseable, una herencia gloriosa, de los ejércitos de las naciones? Y dije, me llamarás padre, y no dejarás de seguirme. Por herencia gloriosa, de los ejércitos de las naciones, que los Setenta tradujeron, herencia nombrada de Dios omnipotente de las naciones, Teodocio tradujo más significativamente, herencia ilustre de la fortaleza del más robusto de las naciones, significando a Cristo, que es el líder y Señor de todas las naciones, creyentes en su nombre y pasión. Él dijo a Israel: Me llamarás padre. Y: El que cree en mí, cree en el Padre (Juan II, 19). Él prometió: Te pondré entre los hijos: en el número de mis hijos, que me han creído del pueblo de las naciones; y a quienes di la tierra deseable. Pues a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I).

(Vers. 20.) Pero como si una mujer despreciara a su amante: así me ha despreciado la casa de Israel, dice el Señor. Es la voz de Cristo según el pueblo de los judíos, a quien había dicho: Te pondré entre los hijos: y te daré la tierra deseable: y me llamarás padre, y no dejarás de seguirme. Como, dice, una mujer desprecia, no a su marido, sino a su amante, si una vez se ha mezclado con él, viendo que él sirve a su lujuria, y en ella se ha cambiado la ley de la naturaleza, por la cual antes estaba sujeta a su marido, diciendo el Señor: Y hacia ti será su deseo: así la casa de Israel, es decir, el pueblo de los judíos, ha despreciado al Señor Salvador en su perdición.

(Vers. 21, 22.) Se oyó una voz en los caminos (o en los labios), llanto y lamento de los hijos de Israel, porque hicieron su camino iniquo, se olvidaron del Señor su Dios. Convertíos, hijos que os apartáis, y sanaré vuestras aversiones (o contriciones): por lo cual Símaco tradujo, conversiones. Dios recibe gustosamente a los penitentes, y corre al encuentro del hijo consumido por la necesidad y la miseria, y de inmediato lo viste con sus antiguas vestiduras, y devuelve la gloria al que regresa: así, siempre que regrese en llanto y lamento. Pues por su propia culpa hizo iniquo su camino, y se olvidó del Señor Dios y Padre suyo, a quienes el discurso profético habla: Convertíos, hijos que os apartáis. A quienes por eso llamo hijos, porque habiendo comprendido vuestros pecados, en llanto y lamento regresáis al padre. Y cuando, dice, os hayáis vuelto al Señor, sanará todas vuestras contriciones, o aversiones, por las cuales os apartasteis del Señor, o ciertamente conversiones. Pues aunque por nuestra propia voluntad volvamos al Señor: sin embargo, a menos que él nos atraiga, y fortalezca nuestro deseo con su protección, no podremos ser salvos. Entendamos esto también del pueblo de los judíos que vuelve al Señor: y de los herejes que abandonaron al Señor.

(Vers. 23.) He aquí que venimos a ti: porque tú eres el Señor nuestro Dios. Verdaderamente mentirosos eran los collados, y la multitud (o fortaleza) de los montes: verdaderamente en el Señor nuestro Dios está la salvación de Israel. Que diga esto el penitente, y dejando toda soberbia, y la multitud o altura de los montes y collados, por la cual se enorgullecía contra Dios: y postrado en humildad hable: Verdaderamente en el Señor nuestro Dios está la salvación de Israel.

(Vers. 24.) La confusión devoró el trabajo de nuestros padres desde nuestra juventud: sus rebaños y sus ganados, sus hijos e hijas. Todos los trabajos de los herejes, de los cuales está

escrito, Se agotaron los que escudriñan con escudriñamiento (Sal. LXIII, 7), desde su juventud a quienes engañaron, sus hijos e hijas, que progresaron en la herejía, o solo fueron retenidos por la lujuria, nuestra confusión los oprimió. De donde añaden:

(Vers. 25.) Dormiremos en nuestra confusión, y nos cubrirá nuestra ignominia: porque hemos pecado contra nuestro Dios, nosotros y nuestros padres desde nuestra juventud hasta este día: y no hemos escuchado la voz del Señor nuestro Dios. Esto lo diga Israel, que no escuchó a su Señor: esto todo hereje que hace penitencia; y sin embargo, es parte de la salvación, confesar y conocer sus pecados. Di, dice, tú primero tus iniquidades: para que seas justificado (Isa. XLIII, 26). Pues verdaderamente Israel dejó a Cristo el Señor su Dios, y pecó contra él, no solo en aquel tiempo cuando fue visto en la carne, sino también antes de su venida. De donde dicen, nosotros y nuestros padres desde nuestra juventud hasta este día, y no hemos escuchado la voz de nuestro Dios, que hablaba a nuestros padres: Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí: porque de mí escribió él (Juan V, 46).

(Cap. IV.---Vers. 1.) Si reverteris, Israel, dice el Señor, conviértete a mí. Por lo cual los LXX tradujeron: Si Israel se convierte, dice el Señor, a mí se convertirá. Y el sentido es, si a mí se ha vuelto, regresará de la cautividad. O de otra manera: cuando ofrezca lo que tiene: Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que parece tener se le quitará (Mat. XXV, 29). Por otro lado, según el hebreo, el sentido es: Si te vuelves a mí, Israel, y una vez deseando la salvación, dices que has pecado y no has escuchado la voz del Señor tu Dios, conviértete plenamente y cree en aquel a quien negaste, y entonces será una conversión plena.

Si quitas tus ofensas de mi vista, no te conmovrás. Cuando nos movemos y decimos: Mis pies casi resbalaron (Sal. LXXII, 2), no sufrimos esto por la debilidad de la naturaleza, sino porque ponemos ofensas e ídolos nuestros contra el Señor.

(Vers. 2.) Y jurarás: Vive el Señor en verdad, en juicio y en justicia; y las naciones lo bendecirán y lo alabarán. ¿Y cómo el Evangelio nos prohíbe jurar? Pero aquí (Mat. V), jurarás, se dice por confesión y para condenación de los ídolos, por los cuales juraba Israel. Finalmente, se quitan las ofensas y jura por el Señor. Y lo que se dice: Vive el Señor, en el Antiguo Testamento es un juramento, para condenación de los muertos, por quienes jura todo idólatra. Al mismo tiempo, se debe notar que el juramento tiene estos acompañantes: verdad, juicio y justicia; si faltan estos, no será juramento, sino perjurio. Y cuando, dice, Israel haga esto, y por los Apóstoles sea maestro de las naciones, entonces bendecirán o serán bendecidas en él todas las naciones, y lo alabarán porque la salvación ha procedido de Israel.

(Vers. 3 y ss.) Porque así dice el Señor al hombre de Judá y Jerusalén: Renovad para vosotros barbecho, y no sembréis entre espinas: circuncidaos al Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones, hombres de Judá y habitantes de Jerusalén: no sea que salga como fuego mi indignación, y se encienda, y no haya quien la apague, por la maldad de vuestros pensamientos (o invenciones). Por lo que nosotros dijimos, circuncidaos al Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones, Symmachus puso, purificaos al Señor, y quitad las maldades de vuestros corazones: entendiendo la circuncisión como purificación, y los prepucios como vicio. Esto se ordena a los hombres de Judá y Jerusalén, que siguen la verdadera fe y habitan en la Iglesia, para que no siembren entre espinas que el sermón evangélico significa, que ahogan la semilla de Dios, sino que primero hagan barbecho y remuevan todas las zarzas, y quiten los abrojos: para que las semillas puras reciban campos puros. Esto es lo que en otro lugar se dice: No echéis vuestras perlas delante de los cerdos, y no deis lo santo a los perros (Mat. VII, 6). Pues, ¿cómo puede oír la palabra de Dios y

concebir semillas y dar fruto, aquel cuyo ánimo está lleno de las miserias del mundo? Y lo que sigue: Circuncidaos al Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones, no se ordena a nadie más, sino al hombre de Judá y a los habitantes de Jerusalén, para que abandonen la letra que mata y sigan el espíritu que vivifica. Pues si no hacéis esto, dice, saldrá como fuego mi indignación, y se encenderá, y no habrá quien la apague. Por eso advierte y predice antes, para no verse obligado a hacerlo: lo cual también probamos en los ninivitas, a quienes se les predijo la sentencia, para que con el arrepentimiento evitaran la furia inminente. Todos estos males vendrán por la maldad de vuestros pensamientos, o invenciones. ¿Dónde están aquellos que dicen que no hay pecado en los pensamientos, cuando todos los vicios según la verdad evangélica proceden del corazón (Mat. XV)?

(Vers. 5, 6.) Anunciad en Judá, y haced oír en Jerusalén, hablad: tocad trompeta en la tierra, gritad fuertemente, y decid: Reuníos, y entremos en las ciudades fortificadas. Esto oiga Judá, esto Jerusalén, en la cual está la confesión de la fe, y en la cual habita la paz de Cristo, y a la cual se le dijo por Isaías: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion. Levanta tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Is. XL, 9): clama fuertemente, y así ordena: Entremos en las ciudades fortificadas. Se levantan las guerras de los herejes: que nos sostengan las fortalezas de Cristo. Levantad la señal de la cruz en la atalaya, en la altura de la Iglesia. Fortaleceos los que teméis, no os quedéis, sino corred al auxilio de Cristo. El mal, dice, yo lo traigo del norte y una gran destrucción, en verdad Nabucodonosor, que por eso se permite en este mundo, para que se compruebe vuestra fortaleza y victoria.

(Vers. 7.) Subió el león de su guarida, y el destructor de naciones se levantó: salió de su lugar, para poner tu tierra en desolación. Tus ciudades serán asoladas, quedando sin habitante. Este es, como dijimos, el verdadero Nabucodonosor, de quien también habla el bienaventurado apóstol Pedro: Nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Ped. V, 8). Subió de los abismos en los cuales ha de ser atado, y ruega que no sea enviado: y el destructor o devastador de naciones se levantó, de quien se dijo: Dominará sobre todos sus enemigos (Sal. IX, 5), y que se gloria ante el Señor: He recorrido toda la tierra, y la he pisoteado (Job II, 2). Pues, ¿quién es aquel a quien no toquen los venenos del diablo, sino aquel solo que puede decir: He aquí viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV, 30)? Este frecuentemente pone toda la tierra de la Iglesia en desolación, para que salidos de la Iglesia luchen contra la Iglesia. De quienes habla Juan el Evangelista: Salieron de nosotros; pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19). Las ciudades de la tierra de Judá son asoladas, y florecen los conciliábulos de los herejes. Si alguien, por tanto, es partidario y autor de doctrinas perversas, esto se puede decir: Subió el león de su guarida, y el destructor de naciones se levantó, y lo demás.

(Vers. 8.) Por esto ceñíos de cilicio: lamentad y aullad, porque no se ha apartado la ira del furor del Señor de nosotros, o como tradujeron los Setenta, de vosotros. De otra manera no podemos evitar al león y a la bestia más feroz, sino que hagamos penitencia y nos convirtamos al Señor, no solo de mente, sino también de obra. Pues mientras él devasta la Iglesia y la tierra de Judá, y también Jerusalén es saqueada, la ira de Dios es evidente.

(Vers. 9.) Y será en aquel día, dice el Señor: perecerá el corazón del rey, y el corazón de los príncipes, y se asombrarán los sacerdotes, y los profetas se consternarán. Devastando el destructor la Iglesia del Señor, y permaneciendo la ira del Señor contra nosotros, toda ayuda será inútil. Perecerá el corazón del rey, cuyo corazón debe estar en la mano de Dios, y el corazón de los príncipes, que se creían sabios. Pues Dios hizo necia la sabiduría del mundo, porque por ella no conocieron a Dios (I Cor. I). También los sacerdotes, que debían enseñar

la ley del Señor y defender a los pueblos sujetos a ellos del furor del león, infatuados por un cierto estupor, se volverán locos: así tradujeron los LXX, por estupor, expresando un exceso de mente. Y los profetas se consternarán, o como Aquila tradujo la palabra hebrea IETHMAU (), estarán locos. Pues, ¿quién no enloquecerá, no perderá el corazón: cuando vea a sus antiguos príncipes, reyes, sacerdotes y profetas bajo el león?

(Vers. 10.) Y dije: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios (por lo cual los LXX tradujeron: Oh Señor Dios), acaso engañaste a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: Paz tendréis? Y he aquí que llegó la espada hasta el alma. Porque antes había dicho: En aquel tiempo llamarán a Jerusalén trono de Dios, y se congregarán a ella todas las naciones en el monte del Señor en Jerusalén: y ahora dice: Perecerá el corazón del rey, y el corazón de los príncipes, y se asombrarán los sacerdotes y los profetas se consternarán, el profeta se turba, y piensa que Dios ha mentado: no entiende que aquello fue prometido para mucho después, y esto otro para un tiempo cercano, según lo que también el apóstol dice: ¿Acaso ha desechado Dios a su pueblo? De ninguna manera (Rom. XI, 1). La espada llega hasta el alma, cuando nada vital se reserva en el alma. Al mismo tiempo, también muestra que a menos que la espada preceda, que corte y purgue los vicios del alma, la paz y la promesa no seguirán.

(Vers. 11, 12.) En aquel tiempo se dirá a este pueblo y a Jerusalén: Viento ardiente (o de rocío) en los caminos que están en el desierto. Caminos del pueblo mío: no para aventar, y no para purgar. Espíritu lleno de estos vendrá a mí. Cuando la espada haya llegado hasta el alma, y la era haya sido completada: entonces vendrá un viento ardiente del desierto, que no la purgue y aviente, para que las pajas dispersas aquí y allá, el grano se guarde en los graneros: sino que un espíritu lleno, no vendrá al pueblo, sino a mí, para que mi trigo se disipe. Viento y espíritu se llaman con el mismo nombre en hebreo RUA (): y según la calidad de los lugares, debemos entenderlo como viento o como espíritu. Otros explican este lugar de tal manera que después de que la era haya sido purgada, las reliquias sean salvas. Por lo cual está escrito: Espíritu de plenitud vendrá a mí, diciendo el evangelista: Todos de su plenitud recibimos (Juan I, 16), y obtendremos la gracia del Espíritu Santo. Toma el viento ardiente, según la historia, como Nabucodonosor, que consume todo. Según la tropología, el poder adversario, que viniendo del desierto y de la soledad, donde no hay hospedaje de Dios, intenta destruir su Iglesia.

Y ahora yo hablaré mis juicios con ellos. Es una aposiopesi, según aquello de Virgilio (Eneida I): Quos ego... sed motos praestat componere fluctus. A punto de decir cosas prósperas, se detiene, y une cosas tristes con tristes. Estos son los juicios que Dios habla con su pueblo de antaño, para que sepan que soportan justamente lo que soportan.

(Vers. 13.) He aquí que subirá como nubes, y como tempestad serán sus carros: más veloces que las águilas sus caballos. ¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados! Ve lo que ha de venir como presente: y describe el ejército babilónico: cuyo estruendo de carros y ruedas se compara con la más feroz tempestad, y la velocidad de los caballos se une a las águilas. Cuando el profeta dijo esto, y como si señalara con el dedo a los enemigos venideros, el pueblo gime, y no siente lo futuro, sino lo ya hecho diciendo: ¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados! Esto mismo se refiere a la Iglesia, que diariamente el ejército del verdadero Nabucodonosor nos ataca, y los carros de Faraón, y toda su caballería supera el ímpetu de las águilas. Si lo entiende el hombre eclesiástico, creyendo en aquella sentencia: Cuando te conviertas y gimas, entonces serás salvo, dirá: ¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados! (Ezequiel XXXIII, 11).

(Vers. 14.) Lava de maldad tu corazón, Jerusalén, para que seas salva: ¿hasta cuándo morarán en ti pensamientos nocivos? Al pueblo que dice: ¡Ay de nosotros, porque hemos sido devastados!, responde el profeta, más bien Dios a través del profeta: Lava de maldad tu corazón, Jerusalén, con aquella agua de la que también Isaías habla: Lavaos, sed limpios (Isaías I, 16), agua del bautismo salvador, agua de penitencia. Habla a la metrópoli de los judíos, para que por la ciudad se entiendan los pueblos: ¿Hasta cuándo te sometes a pensamientos inicuos, que proceden de tu corazón? El corazón en las Escrituras santas debemos entenderlo como el sentido y el alma.

(Vers. 15.) Voz de uno que anuncia desde Dan, y que hace saber el ídolo (o dolor) desde el monte de Efraín. Según la ubicación de la tierra de Judá, el divino sermón ahora habla. Dan, la tribu junto al monte Líbano y la ciudad que ahora se llama Paneas, mira al norte: de donde vendrá Nabucodonosor. Describe que el ídolo Bel, o el dolor o la iniquidad viene del monte de Efraín. Después de la tribu de Dan, sigue la tierra de Efraín, por la cual se llega a Jerusalén. Dan se interpreta como juicio: Efraín, como abundancia. Vendrá, pues, el juicio del Señor sobre la tierra que delinque contra el Señor, con toda la abundancia del castigo.

(Vers. 16, 17.) Decid a las naciones: He aquí que se ha oído en Jerusalén, que vienen guardianes de tierra lejana y han dado sobre las ciudades de Judá su voz: como guardianes de campos se han hecho sobre ella alrededor, porque me provocó a ira, dice el Señor. Quiere que todas las naciones alrededor conozcan la sentencia de Dios: y que Jerusalén, flagelada, reciba disciplina. Con célebre, dice, en Jerusalén se narra el sermón, que los adversarios vienen de tierra lejana, y el clamor contra ella se levanta del ejército ululante, que tan diligentemente asedian la ciudad y cierran la ciudad con fortificaciones, que no los consideres tanto adversarios, como guardianes de campos y viñas. Todo esto ha sucedido, no por las fuerzas de los enemigos, sino por la culpa de Jerusalén: porque provocó a Dios a ira. Pues si en los cerdos no tienen poder las fuerzas adversarias, ¿cuánto más en los hombres, y hombres de la ciudad de Dios de antaño?

(Vers. 18.) Tus caminos y tus pensamientos te hicieron esto: esta maldad tuya, porque amarga, tocó tu corazón. Hace una apóstrofe a la ciudad de Jerusalén, que sus caminos y pensamientos, con los cuales pecó de obra y de palabra, le hicieron venir todo lo que le ha sucedido: y que su maldad, que por sí misma es amarga, tocó su corazón, y penetró en lo más interno de su alma. Por tanto, todo lo que nos sucede, nos sucede por nuestro propio vicio, que convertimos al dulce Señor en amargura, y lo obligamos a ser severo contra su voluntad.

(Vers. 19, 20.) Mi vientre, mi vientre me duele: los sentidos de mi corazón están turbados en mí: no callaré, porque mi alma oyó la voz de la trompeta, el clamor de la batalla. Se ha llamado destrucción sobre destrucción: y toda la tierra ha sido devastada. De repente mis tiendas han sido devastadas, de repente mis pieles. Donde nosotros según Symmachus pusimos, están turbados, y en hebreo está escrito, HOMA (); los Setenta y Theodotion pusieron μαίμάσσει: que hasta ahora no sé qué significa. Aquila, sin embargo, puso ὀχλίζει que también significa tumulto. Esto sobre la palabra, sobre la cual sé que hay gran disputa entre muchos. La voz del profeta, y a través del profeta de Dios hablando, se introduce: que duele sobre la destrucción de su pueblo, y como un hombre sus entrañas internas se desgarran. Como también el Salvador dolió sobre la muerte de Lázaro (Juan XI): y lloró sobre Jerusalén, para no ocultar el dolor en silencio (Luc. XIX): todo el clamor de la trompeta y el tumulto de las batallas, turban su afecto, mientras los males se acumulan sobre los males, y toda la tierra de las dos tribus es devastada. Mientras no pensaba, dice, mis tiendas de antaño y mis pieles, con el ejército babilónico furioso, han sido saqueadas: y mis antiguas moradas han caído en manos de los enemigos. Esto mismo lo dice Dios, cuando ve las turbas

de sedición y discordias en la Iglesia y en sus conventículos clamar perdiz [Al. por día], y el descanso de Dios convertirse en guerras. De donde sigue:

(Vers. 21.) ¿Hasta cuándo veré a los fugitivos, oiré la voz de la trompeta? O los que huyen del rey babilónico, o los que huyen de mí, y se apartan de mi servicio.

(Vers. 22.) Porque necio es mi pueblo, no me conoció: hijos insensatos son y sin corazón. Son sabios para hacer el mal: pero no supieron hacer el bien. La causa de la destrucción, devastación, huida y trompeta, porque necio se hizo el pueblo, no por naturaleza, sino por el estudio de la voluntad. Y esa necedad se prueba de aquí: porque no conocieron a Dios, y en lugar de hijos sabios, se hicieron hijos necios y sin corazón. Pues, ¿qué mayor necedad puede haber, que, conociendo el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor, Israel no conozca al Señor, y desprecie al presente a quien siempre deseaba ver? Y lo que se añade: Son sabios para hacer el mal: pero no supieron hacer el bien, aquí la sabiduría debe tomarse por malicia, según lo que también los hijos de este siglo son más sabios que los hijos de la luz: y se narra que el mayordomo de iniquidad hizo algunas cosas sabiamente (Luc. XVI); y se lee que la serpiente en el paraíso era más prudente que todas las bestias (Gen. III). Esa es, pues, la verdadera sabiduría que se une al temor de Dios. De lo contrario, donde hay insidias y tergiversación, no debe llamarse sabiduría, sino astucia y malicia. Por lo que nosotros dijimos, porque necio es mi pueblo, no me conoció, los Setenta tradujeron: porque los príncipes de mi pueblo no me conocieron: para que sea más culpa de los maestros que del pueblo de Dios que no tiene conocimiento.

(Vers. 23 y ss.) Miré la tierra, y he aquí que estaba vacía y sin nada: y los cielos, y no había luz en ellos. Vi los montes, y he aquí que se movían: y todos los collados estaban turbados. Miré, y no había hombre, y toda ave del cielo había huido. Miré, y he aquí que el Carmelo estaba desierto, y todas sus ciudades destruidas por la presencia del Señor, y por la presencia de la ira de su furor. El profeta ve en espíritu lo que ha de venir, para que el pueblo oyente se aterre, y, hecha penitencia, no soporte lo que teme. La tierra está vacía, con el habitante destruido. Los cielos no tienen luz, por la magnitud del terror, el pueblo no ve. Los mismos montes y collados tienen refugios inseguros, y por hipérbole parecen moverse y turbarse. Miró, y miró alrededor, y ni siquiera pudo encontrar un ave. Pues la ira de Dios la sienten también los elementos mudos, y los animales irracionales temen. Esto es verdad, ahora lo demuestra todo el mundo, que con la multitud de hombres muerta, también las aves, que suelen seguir a los habitantes, se han ido y han perecido. El mismo Carmelo que se alza sobre el gran mar, plantado de olivos y arbustos, y denso de viñas, llegará a tal soledad, que tendrá la vastedad de un desierto. Todas las ciudades también serán desiertas, y la causa de todos estos males es que por el vicio del pueblo pecador la ira del Señor se ha encendido. Todo lo que dijimos según la historia de Jerusalén y Judea, refirámoslo a la Iglesia de Dios, cuando haya ofendido a Dios, y haya sido devastada por vicios o persecución, y donde antes había un coro de virtudes y alegría, allí se encuentre la multitud de pecados y tristezas.

(Vers. 27, 28.) Así dice el Señor: Toda la tierra será desolada, pero no haré una destrucción total: la tierra llorará y los cielos se entristecerán, porque he hablado. He pensado, y no me he arrepentido; ni me he apartado de ello. La ira de Dios se mezcla con misericordia, toda la tierra es desolada, pero no se lleva a cabo una destrucción total para que haya quienes comprendan su clemencia. El cielo también parecerá triste desde arriba, y la misma tierra llorará, porque la sentencia del Señor ha llegado hasta el final, y no se ha arrepentido de lo que ha pensado y dicho. Se dice que Dios se arrepiente cuando se retira la sentencia

anunciada y la ira no llega hasta el final. Amenazó a través de Jonás, y la multitud de lágrimas y gemidos superó la espada inminente (Jonás III).

(Vers. 29.) Al sonido del jinete y del que lanza la flecha (o tensa el arco) huye toda ciudad (o región). Han entrado en lugares altos y han subido a las rocas. Lo que sigue: Y han entrado en los bosques, o cuevas, fue añadido por los Setenta. El discurso divino describe al ejército babilónico furioso, que por su temor todo el pueblo ha abandonado la ciudad y ha subido a lugares altos; y sin embargo, no ha podido evitar la ira del Señor. Todo lo que, como dijimos antes, se entiende en la historia contra Jerusalén, se refiere a la Iglesia, cuando ha ofendido a Dios y ha sido entregada a los adversarios, ya sea en tiempo de persecución o ciertamente por vicios y pecados.

(Vers. 30.) Pero tú, devastada, ¿qué harás? Por devastada, que en hebreo se dice SADUD (), que solo Aquila interpretó, otros tradujeron como miserable y lamentable, por su culpa, que ha ofendido al Dios clemente. Finalmente sigue:

Aunque te vistas de escarlata, y te adornes con un collar de oro, y pintes tus ojos con antimonio, en vano te arreglas: tus amantes te han despreciado: buscarán tu alma. Habla bajo la figura de una mujer adúltera: cuando has ofendido a Dios una vez, y como si hubieras dejado a tu Creador, en vano buscas adornos. Los demonios, tus amantes, te han despreciado, y no buscan la inmundicia del adulterio, sino la destrucción de tu alma. Esto mismo debe entenderse espiritualmente contra aquellos que han perdido los afectos conyugales y la castidad de la verdadera fe. Si te vistes de escarlata, es decir, si has asumido la fe de la sangre de Cristo: si te adornas con un collar de oro, es decir, si tienes la meditación del sentido y la inteligencia espiritual: y pintas tus ojos con antimonio, es decir, si tienes el estudio de los misterios y el conocimiento de los secretos de Dios, en vano te arreglas. Porque estos mismos adornos preparaste para tus amantes; y por eso el lecho estrecho no puede contener a ambos, ni Dios acepta los adornos con los que antes complaciste a tus amantes.

(Vers. 31.) Porque he oído una voz como de mujer que da a luz: angustias (o gemidos) como de parturienta. Voz de la hija de Sion que desfallece y extiende sus manos: ¡Ay de mí, porque mi alma desfallece por los muertos! A semejanza de una mujer que da a luz, es decir, que da a luz por primera vez, describe a la ciudad de Jerusalén lamentándose y clamando. Porque así como una mujer que da a luz, y aún no ha experimentado el dolor del parto, casi muere, y soportando angustias, apenas puede respirar, y con las manos extendidas se desploma, así también la hija de Sion, cuando vea a sus hijos muertos, estallará en estas palabras, y dirá: ¡Ay de mí, porque mi alma desfallece por los muertos! Se han comparado dos ejemplos en un solo capítulo, el de la mujer que da a luz y el de la que llora: para que todo lo que sufre una mujer en el parto, o por la muerte de sus hijos, lo sufra Jerusalén en su pueblo.

(Cap. V.---Vers. 1, 2.) Recorred las calles de Jerusalén, y mirad, y considerad, y buscad en sus plazas, si encontráis un hombre que haga justicia y busque la fe: y seré propicio a él. Pero si incluso dicen: Vive el Señor, jurarán en falso. Gran amor por la justicia, para que no, según la pregunta de Abraham y la respuesta de Dios por diez hombres justos, Dios libere la ciudad (Génesis XVIII); sino que si encuentra uno en Jerusalén, que está a punto de perecer, que haga justicia y busque la fe (o, como tradujo Símaco, la verdad), aun así Dios tenga misericordia de Jerusalén. Y porque podría suceder que se encontraran algunos en el pueblo que simularan el culto a Dios y juraran por Dios, previene esto, que Dios no se deleita con palabras vanas, sino con la verdad de la fe, y dice: No amo a los que juran por mí y juran en mentira, sino a aquellos cuyos corazones y labios están de acuerdo.

(Vers. 3.) Señor, tus ojos miran la fe: los golpeaste, y no dolieron; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina. Endurecieron sus rostros más que la piedra, y no quisieron volver. Después de las palabras del Señor, en las que había ordenado diciendo: Recorred las calles de Jerusalén, y lo demás, el Profeta habla al Señor: Señor, tus ojos miran la fe, que en hebreo se dice EMUNA (): no las obras de los judíos, en las que se regocijaban según las ceremonias de la Ley; sino la fe de los cristianos, por la cual hemos sido salvados por gracia. En este capítulo aprendemos que se infligen castigos para corregir los vicios. Finalmente dice, los golpeaste, y no dolieron; los quebrantaste, y rehusaron recibir disciplina. Porque Jerusalén es corregida por todos los tormentos y azotes, y sobre todo esto ni siquiera tuvieron vergüenza de sus vicios; sino que endureciendo la impudencia de su frente como una piedra, no quisieron convertirse a lo mejor.

(Vers. 4, 5.) Pero yo dije: Quizás son pobres y necios (o no pudieron) ignorando el camino del Señor, el juicio de su Dios. Iré, pues, a los grandes, y les hablaré: porque ellos conocen el camino del Señor, el juicio de su Dios. Aquí no se refiere a pobres y grandes por pobreza y riquezas, sino que compara al pueblo con los príncipes. Y el sentido es: Viendo la obstinación del pueblo infiel, y que con rostro endurecido, no quiso recibir disciplina, razonaba conmigo mismo: Quizás el vulgo ignora la doctrina de Dios, y por eso es excusable, porque por ignorancia no puede conocer los mandamientos de Dios. Iré, pues, a los sacerdotes, y a los que presiden al pueblo, y les hablaré: porque ellos han conocido la voluntad del Señor, y saben el juicio de su Dios. Esto lo dice con tono de duda, según aquello del Evangelio: Enviaré a mi hijo, quizás lo respetarán (Mateo XXI, 37), para mostrar, por la ambigüedad de la sentencia y la suspensión de las palabras, el libre albedrío del hombre.

(Vers. 6.) Y he aquí que estos han quebrado el yugo: rompieron las ligaduras, por eso los golpeó el león del bosque, el lobo al atardecer los devastó, el leopardo vigilante sobre sus ciudades; todo el que salga de ellos será capturado. Porque se han multiplicado sus transgresiones, se han fortalecido sus aversiones. Aquellos que pensaba que eran maestros, resultaron ser peores que los discípulos, y cuanto mayor es la autoridad en los ricos, mayor es la insolencia de los pecados. Porque han quebrado el yugo de la Ley, como dice el Apóstol: Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que seremos salvos por la gracia del Señor Jesús, como también ellos (Hechos XV, 10, 11): y rompieron las ligaduras de los mandamientos de Dios, y no de los fariseos, de los cuales se dice en el segundo salmo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros su yugo (Salmo II, 3). Porque hicieron esto, los golpeó el león del bosque, es decir, el reino babilónico; el lobo al atardecer los devastó, significando a los medos y persas: por lo cual en la Visión de Daniel, se pone un oso, que tenía en su boca tres órdenes (Daniel VII): el leopardo vigilante sobre sus ciudades, prefigurando el ímpetu de Alejandro, y su rápida incursión desde Occidente hasta la India. Llama leopardo por su variedad, y porque luchó contra los medos y persas con muchas naciones sometidas a él. Y había cuatro cabezas en la bestia, y se le dio poder. Y porque no profetiza sobre el futuro, sino sobre el pasado, como si ya estuvieran a punto de venir, cubre la historia, por eso calla sobre el imperio romano, del cual quizás se dice: Todo el que salga de ellos será capturado. Y da las razones por las cuales sufrieron esto: Porque se han multiplicado sus transgresiones, y perseveraron en las transgresiones. Por eso se dice: Y se han fortalecido sus aversiones. Lo que pusimos al principio, que la palabra hebrea SOCED () significa vigilancia, se muestra en el presente lugar: donde dijimos, el leopardo vigilante, en hebreo está escrito NEMER SOCED (). Según la tropología, los que se consideran grandes en la Iglesia, porque rompen el yugo y rompen las ligaduras, por eso son entregados a la ignominia de las pasiones, para que hagan lo que no conviene.

(Vers. 7 seqq.) ¿Sobre qué podré serte propicio? Tus hijos me han abandonado, y juran por aquellos que no son dioses: los he saciado, y han cometido adulterio, y en la casa de la prostituta se han entregado a la lujuria: caballos amantes de las mujeres, y se han convertido en emisarios para mí. Cada uno relinchaba tras la esposa de su prójimo. ¿No visitaré por estas cosas, dice el Señor: y en una nación así no se vengará mi alma? Catálogo de los pecados de Jerusalén: mientras dice que no sabe Dios por qué ocasión puede tener misericordia de ella: Tus hijos, dice, me han abandonado. No mis hijos, sino los tuyos: que juran por aquellos que no son dioses, Los he saciado, y han cometido adulterio. Que escuchen esto, los que, habiendo recibido riquezas del Señor, se entregan a la lujuria. Caballos amantes de las mujeres se han convertido. Por emisarios en hebreo está escrito MOSECHIM (), que todos con voz unánime tradujeron como atrayentes, es decir, que arrastran: para mostrar la magnitud de los genitales, según aquello de Ezequiel: como la carne de los asnos, su carne (Ezequiel XXIII, 20). Esto es lo que en otro lugar está escrito: Se han asimilado a los animales insensatos, y se han hecho semejantes a ellos (Salmo XLVIII, 13). Y muestra tanta locura de lujuria, que no solo llama apetito de placer, sino relincho, es decir, relincho, y mantiene la metáfora de los caballos furiosos por la lujuria. Cuando has hecho esto, ¿no eres digna de visita? Y nota que aquí la visita se pone por castigo y suplicios, según aquello que está escrito: Visitaré con vara sus iniquidades. Y en una nación así no se vengará mi alma (Salmo LXXXVIII, 33)? Después de que está atada por los pecados, ya no se llama pueblo de Dios, sino nación de la cual se ha apartado el alma de Dios, según aquello que está escrito: Vuestras lunas nuevas, y vuestros sábados, y vuestras fiestas, mi alma aborrece (Isaías I, 13). Lo que en el Antiguo Testamento se dice por afecto, en el Nuevo está escrito por verdad: diciendo el Salvador: Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18).

(Vers. 10, 11.) Subid a sus muros (o baluartes) y destruid: pero no hagáis una destrucción total. Quitad sus ramas (o sostenes) porque no son del Señor. Porque se ha rebelado contra mí la casa de Israel, y la casa de Judá, dice el Señor. Ordena a las naciones, de las que había dicho antes: Los golpeó el león del bosque, el lobo los devastó, y el leopardo en sus ciudades, que suban a los muros de Jerusalén, o baluartes, y la destruyan: pero no hagan una destrucción total, para que se salven los restos, y haya quien anuncie entre las naciones la gloria de Dios, y mezcla severidad con clemencia. Y lo que añadió: Quitad sus ramas, o sostenes, ordena quitar todas las ayudas, que por su culpa ha perdido, porque se ha rebelado contra Dios la casa de Israel, y la casa de Judá, significando las diez tribus y las dos. Que escuche esto la Iglesia, que pronto se destruyan los muros y baluartes de aquellos que no tienen esperanza en el Señor, y se rebelan contra él, pero que no se haga una destrucción total por la clemencia del juez, y no por los méritos de los delincuentes.

(Vers. 12, 13.) Han negado al Señor, y han dicho: no es él (o no son estas cosas) ni vendrá sobre nosotros el mal: no veremos espada ni hambre. Los profetas han hablado en vano: y no hubo respuesta (o palabra) en ellos. Por tanto, estas cosas les sucederán. Porque han negado al Señor, o han mentido al Señor, y han dicho: no es él, por cuyo juicio se hacen todas las cosas, sino que todo esto ha sucedido por casualidad: ni sucederán las cosas que nos amenazan las voces de los profetas, ni veremos espada, ni sufriremos hambre de asedio, y todo lo que han hablado los profetas, han hablado en vano, y todo ha pasado en vano, ni han tenido respuesta, es decir, oráculo, o la palabra de Dios no estuvo en ellos, por eso sufrirán lo que el siguiente discurso describe. Que escuche esto la Iglesia negligente, y que rechaza la providencia de Dios, que sufrirá espada y hambre, a menos que crea que vendrán las cosas que se dicen.

(Vers. 14.) Así dice el Señor Dios de los ejércitos, porque habéis hablado esta palabra: he aquí que yo pongo mis palabras en tu boca como fuego, y a este pueblo como leña, y los devorará. Dijisteis: Los profetas han hablado en vano, ni vendrán las cosas que amenazan: por eso, oh profeta, pongo mis palabras en tu boca, que tengan poder de fuego, y convertiré a este pueblo en leña, para que con tu discurso y profecía los incrédulos sean consumidos. Así se dice que Dios es fuego consumidor, para que consuma en nosotros, si sobre el fundamento de Cristo hemos edificado, madera, heno, paja (Deut. IV).

(Vers. 15 seqq.) He aquí que yo traigo sobre vosotros una nación de lejos, casa de Israel, dice el Señor: una nación robusta, una nación antigua, una nación cuya lengua no conocerás, ni entenderás lo que hable. Su aljaba es como sepulcro abierto, todos son fuertes. Y comerá tus cosechas y tu pan: devorará a tus hijos y a tus hijas: comerá tu rebaño y tus ganados: comerá tu viña y tu higuera, y destruirá tus ciudades fortificadas, en las que tienes confianza con espada. Sin embargo, en aquellos días, dice el Señor, no os haré una destrucción total. No mucho después, ni como falsamente creéis, los profetas os hablarán en vano, sino que ya traigo sobre vosotros una nación de los babilonios, que vendrá de lejos: una nación robusta, por lo cual en hebreo está escrito ETHAN (), una nación antigua, cuyo dominio una vez tuvo Nemrod el gigante (Génesis X). Cuyo idioma no conocerás, ni entenderás lo que hable: porque es consuelo de los malos, si tienes enemigos a quienes puedas rogar, y que entiendan tus súplicas. Lo que sigue: Su aljaba es como sepulcro abierto, y en la edición de los Setenta no se dice, significa la armadura babilónica. No hay duda de que el reino de los asirios, babilonios, medos y persas, es muy hábil en el arte de disparar. Y describe la devastación de la tierra de Judá, la matanza de muchos, el robo de ganado, la subversión de ciudades y murallas, que todo será capturado por la espada enemiga, y sin embargo, en tantos males no los destruirá hasta la exterminación; sino que salvará a los restos, ya sea de aquellos que fueron llevados a Babilonia, y dejados para la agricultura de la tierra de Judá, o de aquellos que después del ardor de la persecución, ya sea por huida o confesión, conservaron la fe del Señor.

(Vers. 19.) Y si dijereis: ¿por qué nos ha hecho el Señor nuestro Dios todas estas cosas? Les dirás: Así como me habéis dejado, y habéis servido a un dios ajeno en vuestra tierra: así serviréis a extraños en una tierra que no es vuestra. Gran necedad es no saber por qué han sufrido, cuando han pecado tanto: y breve respuesta a los que dudan: así como habéis servido a un dios ajeno, es decir, a Baal, o a dioses ajenos de todas las naciones en la tierra de Judá, así serviréis a dioses ajenos en una tierra que no es vuestra: sin duda en Babilonia y Caldea. Si os deleita la religión extranjera, ¿qué necesidad hay de adoptar un error lejano? Habitad con tales, más bien servid a aquellos cuyos dioses adoráis. Esto también puede aplicarse a los herejes, de los cuales está escrito: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19), que el Señor expulse de la Iglesia a los herejes, que durante mucho tiempo bajo su nombre han venerado las imágenes de sus mentiras, para que afuera adoren lo que antes veneraban dentro, para que la paja se separe del trigo.

LIBRO SEGUNDO.

877-878 Segundo, hermano Eusebio, dictamos rápidamente el libro de Jeremías, apartando un poco los oídos, para no escuchar el juicio de sangre, y lamentar las almas de los muertos, que por la opinión de virtudes caen diariamente en la soberbia, y se consideran semejantes a Dios, para que la igualdad, que la impía herejía de los arrianos niega en el Hijo, la otorguen a todos los hombres, y pongan su boca en el cielo, y no dejen nada más a la futura bienaventuranza de los Santos. A cuyo furor hemos respondido (Epístola 133, a Ctesifonte) como hemos

podido: y si el Señor da vida, responderemos más plenamente. Ahora el camino emprendido debe ser recorrido, y los comentarios dictados: sin extender la obra con demasiada longitud, ni quitar la inteligencia con excesiva brevedad, de los cuales uno carga los sentidos de los lectores, el otro impide el deseo de los estudiosos.

(Vers. 20, 21.) Anunciad esto a la casa de Jacob, y hacedlo oír en Judá diciendo: Escucha, pueblo necio, que no tienes corazón: que teniendo ojos no ves; y oídos, y no oyes. De muchas maneras, llamando a los pecadores a la salvación, llama necio al pueblo que ha dejado al autor de la sabiduría, y los compara con los ídolos, de los cuales está escrito: Tienen ojos y no ven: tienen oídos y no oyen. Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos (Salmo CXIII, 5, 6). Pero propiamente habla a Judá, y a la casa de Jacob: porque Israel ya hace mucho tiempo que se regocija en Asiria: y al mismo tiempo da a entender que incluso sin precepto, por sentido natural debemos entender lo que es recto.

(Vers. 22 seqq.) ¿No me temeréis, dice el Señor, y no os doleréis ante mi presencia? Yo que puse la arena como límite al mar, un precepto eterno que no pasará. Y se conmoverán, pero no podrán, y se hincharán sus olas, pero no lo pasarán. Este pueblo tiene un corazón incrédulo y exasperante: se apartaron y se fueron, y no dijeron en su corazón: Temamos al Señor nuestro Dios, que nos da la lluvia temprana y tardía en su tiempo; guardando para nosotros la plenitud de la cosecha anual. Narra los beneficios para acusar a los ingratos. ¿No me temeréis, dice, yo que os he dado tanto? No deseo el amor de los perfectos, sino el temor de los principiantes, yo que puse la arena como límite al mar; que refrené con mi mandato el poderoso elemento y las inmensas masas de las olas en las costas, según lo que está escrito: Puso un precepto, y no pasará (Sal. 148, 6). Me oyen y sienten, los que no tienen sentido para oír: y el pueblo que una vez fue mío, por su culpa se ha vuelto necio, no solo me desprecia, sino que también exaspera al dulce Dios. Se apartaron, dice, de mí, y me dieron la espalda, y se fueron apresuradamente; ni siquiera la conciencia silenciosa los retuvo para que dijeran en sus corazones: Temamos a aquel que nos da la lluvia temprana y tardía. Por todo esto muestra la buena plenitud de la cosecha anual, para lo cual la primera edición de Aquila y Símaco interpretaron semanas. En hebreo está escrito SABAOTH (), que por la ambigüedad de la palabra, significa tanto semanas como plenitud.

(Vers. 25.) Vuestras iniquidades han desviado esto, y vuestros pecados han impedido el bien de vosotros. Por lo tanto, si alguna vez el mar transgrede sus límites, y la lluvia se retira, no es que la mano del Señor se haya acertado para no hacer estas cosas, sino que nuestros pecados han desviado estas cosas que venían hacia nosotros, para que fueran a otros que no pecaron. Y han impedido, dice, el bien que ya venía a nosotros, según lo que está escrito literalmente: Mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Isa. 5, 6). Podemos, sin embargo, entender la lluvia temprana y tardía como la Ley y el Evangelio, y las diversas vocaciones desde la primera hora hasta la undécima, en las cuales a los obreros de la viña se les promete una sola recompensa de vida eterna (Mat. 20).

(Vers. 26.) Porque se han encontrado en mi pueblo impíos que acechan como cazadores: poniendo lazos y trampas para atrapar a los hombres: como una trampa llena de aves, así están sus casas llenas de engaño. ¿Por qué se apartaría de ellos la lluvia temprana y tardía, y no vendrían todos los bienes? Se presentan las causas: porque se han encontrado en su pueblo impíos. No dijo, inicuos y pecadores (como quiere la nueva herejía), sino impíos. La impiedad niega abiertamente a Dios: la iniquidad y el pecado, si confiesan su error, fácilmente inclinan a Dios a la misericordia. Lo que dijimos: Acechando como cazadores, y que no está en los LXX, Aquila y Símaco tradujeron JASIR (), como red de cazador, que

incluso el que parece bueno entre ellos y recto, tiende trampas como un cazador, mientras se cazan mutuamente hasta la muerte, y con las pérdidas y daños de otros, llenan sus casas, para que se cumpla aquella sentencia de los filósofos: Todo rico es o iniquo, o heredero de un iniquo. Y ojalá solo lo hicieran aquellos que parecen estar fuera, y a quienes el Señor juzga; y no se llenen en nuestros conventículos, a quienes posee la raíz de todos los males, la avaricia (Col. 3), de modo que no contemplemos los rostros de los que vienen a nosotros, sino sus manos.

(Vers. 27 seqq.) Por eso se han engrandecido y enriquecido: se han engrosado y engordado, y han pasado mis palabras de la peor manera: no han juzgado la causa: la causa del huérfano no la han dirigido: el juicio de los pobres no lo han juzgado. ¿Acaso no visitaré por estas cosas, dice el Señor, o no se vengará mi alma de una nación como esta? Si quisiera anotar cada cosa que se ha omitido en la edición de los LXX, sería largo. Los que tienden trampas y se alegran de la desnudez de otros, por eso se han engrandecido y enriquecido, porque hicieron las cosas anteriores. Se han engrosado y engordado, según lo que está escrito: Engrosado y engordado está, y ha recalcitrado el amado (Deut. 32, 15). Y han pasado mis palabras, porque con la conciencia de las riquezas dijeron aquello del Evangelio: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe, regocíjate (Luc. 12, 19). Pero han pasado para su mal, despreciando a todos los hombres, no han puesto el juicio de Dios ante sus ojos. Despreciaron al huérfano y a los pobres: por lo cual los LXX dijeron, viudas, lo que no está en hebreo; EBIONIM () propiamente significa pobres, no viudas. Y lo que sigue, ¿Acaso no visitaré por estas cosas, dice el Señor, o no se vengará mi alma de una nación como esta? ya se ha discutido antes.

(Vers. 30, 31.) Estupor y maravillas se han hecho en la tierra. Los profetas profetizaban mentira y los sacerdotes aplaudían con sus manos: y mi pueblo amó tales cosas: ¿qué, pues, haréis en su final? Antes había dicho: ¿Iré a los nobles y les hablaré? ¿Quizás ellos conocieron el camino del Señor, y he aquí que estos más bien rompieron el yugo juntos, rompieron las ataduras: ahora describe quiénes son los nobles, a saber, los profetas y sacerdotes: unos predicen el futuro, otros decretan lo que se debe hacer según la ley. Y he aquí, dice, mientras ellos profetizaban mentira, los sacerdotes aplaudieron con sus manos. Y para mostrar que el pueblo no está sin culpa, que es llevado por tales, está escrito: Y mi pueblo amó tales cosas: una vez mío; pero después de que amó tales cosas, dejó de ser mío. ¿Qué, pues, harán cuando llegue el tiempo final del juicio, o la necesidad de la cautividad? De ahí el estupor y las maravillas, que ni en los príncipes ni en el pueblo se encontró quien pensara rectamente.

(Cap. VI.---Vers. 1.) Fortaleceos, hijos de Benjamín, en medio de Jerusalén; y en Tecoa tocad la trompeta; y sobre Bet-haquerem levantad la señal, porque se ha visto el mal desde el norte y una gran destrucción. Nadie ignora que Jerusalén está situada en la tribu de Benjamín. También vemos diariamente que Tecoa es una aldea situada en un monte, separada doce millas de Jerusalén. Entre estos hay otra aldea, que en lengua siria y hebrea se llama BETHACHARMA, y también está situada en un monte (). Lo que dice, pues, es esto: porque desde el norte está por venir Nabucodonosor, y la cautividad cercana se avecina, oh habitantes de Jerusalén, tomad las armas, y en Tecoa tocad la trompeta; y en Bet-haquerem levantad la señal, dice, para que podáis resistir a los enemigos. Benjamín se interpreta como hijo de la derecha: Tecoa, trompeta: Bet-haquerem, villa de la viña. Refiramos todo esto a la Iglesia: para que si peca, y viene el ímpetu de la persecución, se prepare para resistir.

(Vers. 2, 3.) A la hija de Sion la he comparado con una mujer hermosa y delicada: y a ella vendrán pastores y sus rebaños: fijarán en ella tiendas alrededor: cada uno pastoreará a los

que están bajo su mano. Santificad sobre ella la guerra: levantaos y subamos al mediodía. Se describe la belleza de Jerusalén, que es la misma Sion: para insinuar que una cosa es toda la ciudad, y otra la fortaleza de la ciudad. Sion se interpreta como atalaya, y se compara a una mujer hermosa: y así como a ella acuden los amantes, así a esta se dice que vienen los pastores. Y bastante elegantemente en hebreo la palabra que se escribe con cuatro letras, RES, AIN, JOD, MEM, si se lee REIM (), significa amantes, si ROIM (), significa pastores, para que ya sea según la metáfora, se entiendan los amantes de una mujer hermosa, o según la destrucción de la ciudad, se entiendan los pastores: unos se apresuran a profanar a la prostituta, otros a sitiar y subvertir la ciudad. En los pastores y sus rebaños, entendamos a los príncipes y los ejércitos de los caldeos. Fijarán sus tiendas en el asedio de la ciudad alrededor: y cada uno pastoreará a los que están bajo su mano; sus propias tropas y números [o innumerables]. Estos príncipes, o pastores, dirán a sus rebaños: Santificad sobre Jerusalén la guerra: porque es el mandato del Señor. Levantaos, y subamos al mediodía: no por la noche y con emboscadas; sino luchemos a plena luz: porque nadie puede resistirnos.

(Vers. 4, 5.) ¡Ay de nosotros, porque el día ha declinado, porque se han hecho más largas las sombras de la tarde! Levantaos y subamos de noche, y destruyamos sus casas. Ellos dicen: Levantaos, y subamos al mediodía, y luchemos a plena luz. Estos responden: ¡Ay de nosotros, porque se han hecho más largas las sombras de la tarde! Según aquello de Virgilio (Eclog. I): Y ya a lo lejos humean las cumbres de las aldeas: Y caen más largas las sombras de los altos montes. Y el sentido es: Si sufrimos esto durante el día, ¿qué sufriremos en la noche? Y nuevamente los que antes dijeron: Santificad sobre ella la guerra, y levantaos, ahora se provocan a sí mismos a luchar, diciendo: Levantaos, y subamos de noche: para que los adversarios sepan que la victoria no es del tiempo, sino de las fuerzas: y destruyamos las casas, que en vano están rodeadas por la firmeza de los muros.

(Vers. 6.) Porque así dice el Señor de los ejércitos: Cortad madera y levantad un terraplén alrededor de Jerusalén. Por eso, dicen, estamos seguros de la victoria, porque es el mandato del Señor que ordena a los caldeos: cortad madera, y levantad un terraplén para las futuras fortificaciones. Por lo cual se muestra que antes de que venga la corona, no se tomará la ciudad de inmediato: sino por un largo asedio, como leemos después.

(Vers. 7.) Esta es la ciudad de la visita, toda calumnia en medio de ella. Como una cisterna hace fría su agua: así ha hecho fría su maldad. El Señor ha mandado que se corten los árboles, y que se levanten terraplenes alrededor: porque ha llegado el tiempo de su visita, para que reciba por sus pecados: cuyo mayor es la calumnia, para oprimir al inocente. Así como una cisterna, o estanque, hace fría su agua: así en medio de Jerusalén, la maldad que hay en ella ha perdido todo el calor de la vida. Y esto es notable, que los encendidos por el Espíritu Santo son llamados fervientes: pero los malos son fríos. De ahí que esté escrito (Mat. 24), que en los últimos días, cuando se multiplique la iniquidad, se enfriará el amor de muchos. Lo cual creo que también significa aquello: Me he asemejado a los que descenden al lago (Sal. 27, 1). Esto debe entenderlo el lector latino, para que baste decirlo una vez, que lago no significa estanque según los griegos, sino cisterna, que en lengua siria y hebrea se llama GUBBA (). En el presente lugar, por lago, que todos han traducido de la misma manera, en hebreo se dice BOR ().

(Vers. 8.) Iniquidad y devastación se oirán en ella ante mí siempre, debilidad y plaga. Corrígete, Jerusalén, no sea que mi alma se aparte de ti, no sea que te ponga desierta, tierra inhabitable. LXX: Impiedad y miseria se oirán en ella contra su rostro. Por todo dolor y flagelo serás corregida, Jerusalén, no sea que mi alma se aparte de ti: no sea que te haga una tierra desierta, que no sea habitada. Por esto aprendemos que el Señor castiga a todo hijo que

recibe. Y por eso Jerusalén es corregida con plagas y tormentos, para que se corrija, y no se aparte de ella el alma de Dios, y sea reducida a la soledad. Si alguna vez, pues, estamos sujetos a frecuentes angustias, recordemos para nuestra consolación este versículo: Por todo dolor y flagelo serás corregida, Jerusalén.

(Vers. 9.) Así dice el Señor de los ejércitos, hasta el racimo recogerán como en una viña las reliquias de Israel. Vuelve tu mano como vendimiador al cesto. LXX: Porque así dice el Señor de las virtudes: Vendimiad, vendimiad como en una viña las reliquias de Israel. Volved como vendimiador a su cesto. Algunos interpretan estas palabras en buen sentido, otros en mal sentido. En buen sentido, cuando Jerusalén haya sido devastada, queden salvas las reliquias. En mal sentido, que no quede ni un racimo, ni un pequeño racimo en la viña, todo será recogido: y lo que encuentres, como vendimiador, recógelo en el cesto; para que así como él lleva los racimos al lagar, tú lleves a los cautivos a Babilonia.

(Vers. 10.) ¿A quién hablaré, y a quién advertiré, para que oiga? He aquí que sus oídos son incircuncisos, y no pueden oír. No pueden oír, porque no quisieron circuncidar sus oídos: sin embargo, la imposibilidad no está exenta de castigo, que descende del desprecio y la infidelidad. Si alguien, pues, no recibe las palabras de Dios, ni tiene la inteligencia de sus preceptos, tiene oídos incircuncisos. Al mismo tiempo, es notable que la circuncisión se menciona en las Escrituras en tres formas, en el prepucio, en el corazón y en los oídos: de ahí que el Señor diga: El que tenga oídos para oír, que oiga (Mat. 11, 15). Por nuestra voluntad, pues, no recibimos la palabra de Dios; y por eso se nos convierte en oprobio, para que lo que se nos dio para salvación, por nuestra culpa se convierta en castigo.

(Vers. 11.) Por eso estoy lleno del furor del Señor, me he cansado de soportar. LXX: Y he llenado mi furor, y he soportado: y no lo he consumido. Según el hebreo, se dice desde la persona del Profeta, que prevé la ira venidera de Dios, y está lleno del furor y la ira del Señor, y ya no puede soportar: ni se atreve a interceder ante Dios por los pecadores. Según los LXX, sin embargo, se presenta un nuevo sentido, que el mismo Señor ha llenado, golpeando al pueblo pecador: y sin embargo lo ha retenido, y no lo ha derramado todo, para que queden salvas las reliquias: lo cual me parece contradictorio. Si ha llenado su furor, ¿cómo lo ha retenido para no completarlo?

(Vers. 12.) Derrama sobre el niño fuera, y sobre el consejo de los jóvenes juntos: porque el hombre con su mujer será capturado, el anciano con el lleno de días. Y pasarán sus casas a otros, campos y mujeres juntos. O el Profeta ordena en espíritu al caldeo venidero, que derrame el furor del Señor sobre los niños, y no perdone ni siquiera a la edad inocente: o ciertamente narra lo que ha sucedido sobre el consejo de los jóvenes juntos, que habían tomado las armas para resistir. Porque el hombre con su mujer será capturado, los nombres más dulces entre sí sentirán juntos la cautividad: el anciano con el lleno de días. Por lo tanto, la vejez no es la última edad, sino la de aquellos que están llenos de días, a quienes en nuestro idioma llamamos decrépitos, o ancianos. Sigue, Y pasarán sus casas a otros, por el mal de la cautividad, campos y mujeres juntos: para que la esposa pase a los enemigos y la posesión. Todo lo que entendemos según la letra sobre Jerusalén, refiramos según la inteligencia espiritual a la Iglesia, si ha ofendido a Dios.

(Vers. 13 seqq.) Porque extenderé mi mano sobre los habitantes de la tierra, dice el Señor. Desde el menor hasta el mayor todos se dedican a la avaricia, y desde el profeta hasta el sacerdote todos hacen engaño. Y curarán la contrición de la hija de mi pueblo con ignominia, diciendo: Paz, paz, y no había paz. Lo que en hebreo se dice: Extenderé mi mano sobre los pecadores, o los habitantes de la tierra, en los LXX siempre se escribe elevaré, que ambos son

gestos de quien golpea. Según lo que está escrito: Y aún la mano del Señor está extendida, o elevada (Isa. 5, 25). Los habitantes de la tierra siempre están en vicio. De ahí que en el Apocalipsis se diga frecuentemente. ¡Ay de los habitantes de la tierra! (Apoc. 8, 13). Desde el menor hasta el mayor todos se dedican a la avaricia; según aquello del Apóstol: La raíz de todos los males es la avaricia (1 Tim. 6, 10). Y desde el profeta hasta el sacerdote todos hacen engaño. Unos profetizando mentira, otros interpretando perversamente la ley de Dios. Porque dice el Profeta en otro lugar: Buscad la ley de los sacerdotes (Jerem. 18). Y cuando, dice, hacían tantas cosas, anunciaban prosperidad a mi pueblo: y como si quisieran curar la herida y la ignominia de mi hija, diciendo: Paz, paz; cuando no había paz en absoluto. Esto debe entenderse propiamente de los sacerdotes y doctores, que a los ricos y a aquellos que ven en el mayor honor, les prometen prosperidad, y predicán a un Dios clemente: preparándolos más bien para el castigo y la ira.

(Vers. 15.) Se confundieron, porque hicieron abominación: más bien no se confundieron con confusión, y no supieron avergonzarse. Esto debe leerse más cuidadosamente según el hebreo. Y cuando, dice, hicieron tantas cosas, ¿acaso se confundieron? ¿acaso se avergonzaron de sus crímenes? más bien aumentaron el pecado con desprecio, y no supieron avergonzarse. No supieron aquí se pone por no quisieron: o por el desprecio excesivo y el vicio del mal arraigado, ni siquiera pudieron entender.

Por lo cual caerán entre los que caen: en el tiempo de su visita caerán, dice el Señor. Porque, dice, no supieron avergonzarse: y no solo no tuvieron obra, sino ni siquiera conocimiento, y sentido de penitencia: por eso caerán los que antes estaban de pie entre aquellos que caen por sus vicios, y cuando llegue el tiempo de su visita y castigo, se asociarán con todos los que caen. Gran impiedad es, no solo no evitar, sino ni siquiera querer entender los pecados, y no tener ninguna distinción entre las obras buenas y malas.

(Vers. 16 seqq.) Así dice el Señor: Deteneos en los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál es el buen camino, y caminad por él, y hallaréis descanso (o purificación) para vuestras almas. Y dijeron: no caminaremos (o no iremos). Y puse sobre vosotros centinelas, escuchad la voz de la trompeta. Y dijeron, no escucharemos. Por eso escuchad (o escucharon) naciones: y conoce [o conoced] congregación (o los que apacentáis rebaños): o según Símaco, y conoced (el testimonio que hay en ellos) cuán grandes cosas haré con ellos. Escucha tierra. La parábola evangélica, si se entiende, proporcionará la inteligencia de este lugar: en la cual se dice que el buen comerciante vende todas las perlas para comprar con su precio una perla preciosísima (Mat. XIII): lo cual significa que a través de los Patriarcas y Profetas llegamos a aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV). Por tanto, hay que permanecer en los profetas, y contemplar diligentemente, y preguntar por las sendas antiguas o eternas, que han sido pisadas por las huellas de muchos santos, que en griego se llaman más significativamente τρίβοι, cuál es el buen camino en el Evangelio (Mat. VII), y caminar por él: este camino, cuando se encuentra, proporciona descanso o purificación a las almas de los creyentes. Pero ellos, al contrario, respondieron, no caminaremos por el camino del Evangelio: esto lo dice propiamente el Profeta sobre la perfidia de los judíos. E inmediatamente añade: Y puse sobre vosotros centinelas. No hay duda de que se indica el coro de los Apóstoles, según Ezequiel: Hijo de hombre, te he puesto como centinela para la casa de Israel (Ezeq. III, 17). Y os mandé que escucharais la voz de la trompeta, o los mandatos del Evangelio, o la doctrina de los Apóstoles, según aquello de Isaías: Sube a un monte alto, tú que anuncias a Sion: levanta tu voz como trompeta, tú que anuncias a Jerusalén (Is. XL, 9). Quienes dijeron: No escucharemos; y siendo invitados a la cena, no quisieron venir: por eso se dice: Escuchad, naciones. Lo cual siguieron también los Apóstoles, cuando

hablan en Licaonia: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios: pero ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna: he aquí que nos volvemos a las naciones (Hech. XIII, 46). Y conoce, congregación no judía, sino de todas las naciones: o los que apacentáis rebaños, obispos y presbíteros y todo el orden eclesiástico: o conoced el testimonio que hay en ellos. Porque el testimonio de Dios es fiel, proporcionando sabiduría a los pequeños (Sal. XVIII, 8). A quienes también el Señor habla: No temas, pequeño rebaño (Luc. XII, 31). Y: He aquí yo y los hijos que Dios me dio (Isa. VIII, 18). Conoced, pues, cuán grandes cosas haré al pueblo incrédulo. Y lo que se añade: Escucha, tierra, todo el mundo es llamado a escuchar: como también al principio de Isaías leemos: Escucha, cielo, y presta oído, tierra (Ibid., 1); lo que el Señor va a hacer con el pueblo de los judíos.

(Vers. 19.) He aquí que yo traeré males sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos (o aversión): porque no escucharon mis palabras, y rechazaron mi ley. Llama males a los castigos y penas de los que sufren, no sobre las naciones que son llamadas a la verdad del Evangelio, sino sobre el pueblo que respondió: No escucharemos. Y recibirá el fruto de sus pensamientos, o de su aversión, diciendo David: Comerás el trabajo de tus manos (Sal. CXXVII, 2). Y la causa es clara, porque no escucharon las palabras del Señor, y rechazaron su ley.

(Vers. 20.) ¿Para qué me traéis incienso de Saba, y caña aromática de tierra lejana? Vuestros holocaustos no son aceptos: y vuestras víctimas no me agradan. Que el incienso venga de Saba nadie lo duda: de donde también aquello de Virgilio: Y cien altares arden con incienso de Saba (Eneida I). Pero la caña, que en hebreo se dice CANE (), por la cual los LXX y Teodocio tradujeron cinamomo, el discurso profético testifica que viene de tierra lejana, para que entendamos la India, de donde por el mar Rojo vienen muchas especias. Este tipo de especia médica llaman κασίαν σύριγγος. Y el sentido es: En vano me traéis especias de olor suavísimo para preparar ungüentos, que están prescritos por la Ley, y encendéis holocaustos, si no hacéis mi voluntad en la Ley, según lo que se ha dicho antes: No escucharon mis palabras, y rechazaron mi ley. Esto conviene propiamente a aquellos que ofrecen sacrificios de robos y despojos de los pobres, y piensan que pueden redimir sus pecados con limosnas de iniquidad, diciendo la Escritura: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8), que no se reúnen de la iniquidad, sino del trabajo y la justicia.

(Vers. 21.) Por eso dice el Señor: He aquí que yo pondré ruinas en este pueblo: y caerán en ellas (o debilidad, y se debilitarán en ella) padres e hijos juntos, vecino y próximo, y perecerán. Vemos cumplido todo lo que el Señor amenazó a ese pueblo: pues diariamente caen en sus blasfemias, y no tienen nada fuerte en sí, sino que toda debilidad está en ellos. Los hijos siguen las blasfemias de los padres; y diariamente reciben aquella imprecación: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25); y no solo ellos, sino también sus vecinos y próximos, y todos los que siguen la Ley y los Profetas según la letra que mata, y no según el espíritu que vivifica, y todos perecerán juntos, porque todos han pecado juntos.

(Vers. 22, 23.) Así dice el Señor: He aquí que viene un pueblo de la tierra del norte, y una gran nación se levantará desde los confines de la tierra. Tomará arco y escudo (o zebynnam): es cruel (o impudente) y no tendrá misericordia: su voz sonará como el mar: y montarán a caballo, preparados como un hombre para la batalla contra ti, hija de Sion. Esto se profetiza propiamente sobre los babilonios, que vendrán contra el pueblo de Jerusalén: y se describe todo el orden de armamento, y el ímpetu de los combatientes, para que, con el terror de la voz, se arrepientan y aplaquen al Dios clementísimo. Finalmente, da ocasión de rogar, diciendo, contra ti, hija de Sion. Podemos abusar de este testimonio en tiempo de

persecución, cuando toda la rabia del diablo se levanta contra nosotros, y no hay misericordia: y como las olas del mar más vehementes, así oprimen a los que resisten.

(Vers. 24.) Hemos oído su fama: nuestras manos se han debilitado; la tribulación nos ha alcanzado, dolores como de parturienta. Responde el pueblo al que el Profeta, o más bien el Señor a través del Profeta, ha amenazado a los babilonios: que antes de que vengan, vencidos por el miedo, no puedan levantar las manos, y la angustia los haya atrapado como el dolor de una parturienta; dolor que afirman no haber sentido nada más grave.

(Vers. 25.) No salgáis al campo, y no caminéis por el camino: porque la espada del enemigo es terror alrededor. El Evangelio enseña (Mat. XXIV) que no se debe salir al campo, ni descender de la altura de los techos, sino escuchar aquello: Sálvate en el monte (Gen. XIX, 17). Al cual en Isaías y Miqueas (Is. II, Mich. IV) se nos manda correr y subir. Se ordena, sin embargo, según la letra, que no salgan afuera, ni abandonen los muros, sino que se defiendan con fortísimas fortificaciones.

(Vers. 26.) Hija de mi pueblo, cíñete de cilicio, y cúbrete de ceniza, hazte duelo amargo (o miserable) como por un unigénito (o amado), porque de repente vendrá el destructor (o miseria) sobre nosotros (o sobre vosotros). Porque había dicho antes: No salgáis al campo y no caminéis por el camino: porque la espada del enemigo, el terror está alrededor; y también había prohibido la huida, enseña qué deben hacer, a saber, convertirse a la penitencia, y tener esta armadura firmísima y segura. Donde nosotros dijimos, hazte duelo por un unigénito, en hebreo se escribe JAID (), que suena más a solitario que a unigénito. Pues si fuera amado, o querido, como los LXX tradujeron, se pondría IDID (), que también Dios impuso como nombre a Salomón. Nada hay más doloroso que perder un hijo único o solo (II Reg. XII). También aquello que interpretamos, porque de repente vendrá el destructor, o miseria sobre nosotros, los Setenta pusieron, sobre vosotros: cuando mucho más misericordiosamente Dios dijo: para que todo lo que vendrá sobre su pueblo, también testifique que vendrá sobre él. El destructor propiamente significa a Nabucodonosor o al diablo.

(Vers. 27 seqq.) Te he dado como probador en mi pueblo fuerte, y conocerás, y probarás su camino. Todos ellos son príncipes desviados (o desobedientes), caminando fraudulentamente (o perversamente). Bronce y hierro, todos están corrompidos, el fuelle ha fallado en el fuego (que los griegos llaman más significativamente φουσητήρα), se ha consumido el plomo, en vano ha fundido el fundidor (o platero). Porque sus maldades no han sido consumidas: llamados plata reprobada, porque el Señor los ha rechazado. Se da al profeta como probador fuerte al pueblo incrédulo, que en hebreo se dice MABSAR (), que suena como fortificado, según Aquila, o cerrado y rodeado, según Símaco y los LXX, como una ciudad fortísima, para que no tema ninguna insidia del pueblo; y cuando hayas probado, dice, y conocido el camino del pueblo delincuente, entonces entenderás que la plata mezclada con bronce no puede ser purificada de ninguna manera. Pues como el plomo se mezcla con los metales que están adulterados y violados, para que se separe la materia extraña, y si acaso no se purifica, todo el plomo se consume y se reduce a nada: así toda palabra de doctrinas, y el discurso profético perece en aquellos que desprecian escuchar (Sal. LVII). Digamos también sobre aquellos que como áspides sordos tapan sus oídos, para no escuchar las voces de los encantadores. Pues en vano ha fundido el platero o fundidor: porque sus maldades no han sido consumidas. Por lo cual no han sido llamados plata, sino plata reprobada: porque el Señor los ha rechazado. Los príncipes son aquellos que se apartan del Señor, o desobedientes, que caminan perversamente y fraudulentamente.

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Ponte en la puerta de la casa del Señor, y predica (o lee) allí esta palabra, y di: Escuchad la palabra del Señor todo Judá, que entráis por estas puertas para adorar al Señor. Esto no se encuentra en la edición de los LXX, sino que se ha añadido de Teodocio desde el hebreo. Se ordena al Profeta que se ponga en la puerta del Señor, por la cual entra la multitud del pueblo para adorar al Señor: para que por esta ocasión puedan escuchar lo que el Señor manda. Por lo cual entendemos la dureza del pueblo de los judíos, porque tuvieron a los Profetas como mentirosos y locos, mientras por ocasión y celebridad del lugar se ven obligados a escuchar las palabras del Señor; y no por esto, porque sean palabras del Señor.

(Vers. 3.) Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Haced buenas (o dirigid) vuestras vías y vuestros estudios (o invenciones), y habitaré con vosotros en este lugar (o os haré habitar en este lugar). El médico clementísimo desea sanar con medicina a todos los heridos. Cuando dice: Haced buenas, o corregid vuestras vías, muestra que son perversas, y que no tienen nada bueno en sí. Y porque es natural que cada uno ame su tierra natal, y no tenga nada más dulce que la patria, promete recompensas a los obedientes. Habitaré, dice, con vosotros, para haceros seguros de la habitación: o a vosotros mismos, según Símaco, os fundaré con firme habitación, quien dice: Y os confirmaré en este lugar.

(Vers. 4 seqq.) No confiéis en palabras mentirosas (o de mentira), diciendo: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es: porque si bendijereis (o dirigiereis) vuestras vías y vuestros estudios: si hicieréis juicio entre el hombre y su prójimo: al extranjero, al huérfano, y a la viuda no haréis calumnia (o no los oprimiréis) ni derramaréis sangre inocente en este lugar: y no andaréis tras dioses ajenos para mal vuestro; habitaré con vosotros (o os haré habitar) en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde siempre y para siempre. Esto que los Setenta añadieron al principio de este capítulo: En palabras de mentira, que no os aprovecharán en absoluto, no se encuentra en hebreo. Se ordenó entonces al pueblo de los judíos, y hoy a nosotros que parecemos estar en la Iglesia, que no tengamos confianza en el esplendor de los edificios, en los techos dorados, y en las paredes revestidas de mármoles. Y digamos: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es. Pues aquel es el templo del Señor, en el que habita la verdadera fe, la santa conversación, y el coro de todas las virtudes. Finalmente añade: Si enderezáis vuestras vías, y vuestro pensamiento no se va tras el error, y seguís la justicia, y no hacéis el mal, ni derramáis sangre inocente, no escandalizando a los sencillos; y no andáis tras dioses ajenos, adorando dogmas perversos, que habéis simulado en vuestro corazón para mal vuestro: o habitaré con vosotros en este lugar, que llamáis Templo de Dios, y en la tierra que di a vuestros padres, a saber, a los Apóstoles y a los hombres apostólicos: o ciertamente os haré habitar con firme estación desde el principio hasta el fin. Esto también puede convenir a aquellas vírgenes que alardean de castidad, y con rostro impúdico ostentan castidad, cuando su conciencia tiene otra cosa, y no conocen aquella definición apostólica virginal: Para que sea santa en cuerpo y espíritu. Pues ¿de qué sirve la castidad del cuerpo con el alma corrompida, si no tiene las demás virtudes que el discurso profético ha descrito?

(Vers. 8 seqq.) He aquí que confiáis en palabras de mentira (o mentirosas) que no os aprovecharán. Robar, matar, adulterar, jurar en falso, ofrecer a Baal, y andar tras dioses ajenos que no conocéis. Y venís, y os presentáis ante mí en esta casa, en la cual se ha invocado mi nombre, y decís: Hemos sido liberados (o hemos cesado): porque hemos hecho todas estas abominaciones. En vano tienen confianza en el templo, los pecados siguientes lo demuestran. Pues ¿de qué sirve entrar audazmente en el umbral de la casa de Dios, estar con el cuello erguido: y no solo tener el corazón, sino también las manos manchadas, con robo, homicidio, adulterio, perjurio, sacrilegio, y culto de aquellos dioses que no conoces? Nadie

duda que esto sucede espiritualmente en la Iglesia, cuando considerando la felicidad del tiempo presente, no cuentan sus pecados: y piensan que Dios no ve, porque la venganza no sigue inmediatamente; más bien se lanzan a tal locura, que se creen liberados, porque después de las malas obras también se apartaron del culto del Señor.

(Vers. 11.) ¿Acaso se ha convertido esta casa (o mía), en la cual se ha invocado mi nombre, en cueva de ladrones ante vuestros ojos? Yo, yo soy: yo he visto, dice el Señor. De este lugar en el Evangelio se ha tomado: Está escrito: La casa de mi Padre será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. XXI, 13); o, como está escrito en otro Evangelio, casa de comercio (Juan II, 16). La Iglesia de Dios se convierte en cueva de ladrones, cuando en ella se cometen robos, homicidios, adulterios, sacrilegios, perjurios, invención de herejías, y todos los crímenes: cuando los príncipes arden con las llamas de la avaricia, y las riquezas de los reyes de antaño, un manto vil o ciertamente no vil posee. Por eso añade: Yo, yo soy, yo he visto, dice el Señor. Mis ojos han contemplado lo que vosotros pensáis oculto: las tinieblas de los tesoros no escapan a mi conciencia. Quien siendo rico, se hizo pobre por nosotros, ahora se avergüenza de nuestras riquezas (I Cor. VIII), y dice: Ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestra consolación (Luc. VI).

(Vers. 12.) Id a mi lugar en Silo, donde habitó mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel. De lo pasado enseña lo presente: y a los que dicen: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es, y se alegran con el esplendor de la casa preciosa, recuerda la historia de Silo donde primero estuvo el tabernáculo de Dios, de la cual está escrito en el salmo: Y rechazó el tabernáculo de Silo (Sal. LXXVII, 60). Para que así como aquel lugar cayó en ruinas y cenizas, así también el Templo caiga, cuando sea habitación de pecados similares. Así como Silo es ejemplo del Templo, así el Templo lo es para nosotros, cuando llegue el tiempo de aquel testimonio: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8).

(Vers. 13 seqq.) Y ahora, porque habéis hecho todas estas obras, dice el Señor: y hablé a vosotros levantándome temprano y hablando, y no escuchasteis: y os llamé, y no respondisteis: haré a esta casa, en la cual ha sido invocado mi nombre, y en la cual tenéis confianza, y al lugar que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo: y os arrojaré de mi presencia, como arrojé a todos vuestros hermanos, toda la descendencia de Efraín [Al. Israel]. Esto que hemos puesto, levantándome temprano y hablando, no se encuentra en los Setenta. Dios se levanta temprano: no porque haya algún tiempo para Él sin amanecer; sino porque después del descanso nocturno, con las fuerzas del cuerpo restauradas, el alma de los hombres está más viva, y no ocupada en placeres ni en el deseo de comida, puede escuchar y hacer lo que se dice. Por eso también leemos en el salmo: Por la mañana escucharás mi voz: por la mañana estaré ante ti y veré (Salmo V, 4, 5). Y en Isaías: De noche, o al amanecer, mi espíritu se levantará hacia ti, Dios: porque tus preceptos son luz sobre la tierra (Isaías XXVI). Por eso también Pablo apóstol llama a los hijos de la luz (Efesios V), y no de la noche ni de las tinieblas, ni dormidos, como los demás que no sienten los mandamientos de Dios. Porque Dios los llamó, levantándose de noche, para liberarlos de las tinieblas, les amenaza con hacer al Templo en Jerusalén lo mismo que hizo al lugar de Silo, donde primero estuvo el tabernáculo: para que los pecados similares sean castigados con igual sentencia. Y así como el Señor arrojó la descendencia de Efraín, es decir, las diez tribus que se llamaban Israel, y tenían príncipes por Jeroboam hijo de Nabat de la tribu de Efraín, que también se llamaba tribu de José; así también testifica que arrojará a Jerusalén y a la tribu de Judá con Benjamín. Arrojo, pues, a Silo, y arrojará también al Templo: arrojó a las diez tribus, y arrojará también

a las dos. Todo lo que se dice a ese pueblo, entendámoslo también de nosotros, si hiciéramos lo mismo.

(Vers. 16.) Tú, pues, no ores por este pueblo: ni tomes por ellos alabanza y oración (o no ruegues, para que obtengan misericordia). Y no te opongas a mí: porque no te escucharé. Para que no parezca que el Profeta rogando no obtiene lo que pide, Dios ordena que no interceda por un pueblo pecador, y que no hace penitencia alguna. Pero lo que dice: Y no te opongas a mí, muestra que las oraciones de los santos pueden resistir la ira de Dios. Por eso también el Señor habla a Moisés: Déjame, para que hiera a este pueblo: y te haré a ti en una gran nación (Éxodo XXXII, 10). Y en los salmos se lee: Y se levantó Finees y aplacó, y cesó la plaga, y se le contó por justicia (Salmo CV, 30). Aarón también, tomando el incensario, se puso en medio entre el fuego y el pueblo que ardía; y la ira de Dios cesó. Y para que no pensemos que es crueldad de Dios, que ni siquiera permite que se le ruegue, da las razones por las que no escucha (Números XVI), diciendo:

(Vers. 17 seqq.) ¿No ves lo que hacen estos en las ciudades de Judá, y en las plazas de Jerusalén? Los hijos recogen leña, y los padres encienden el fuego: y las mujeres amasan la masa, para hacer tortas (o chavonas) a la reina (o milicia) del cielo, y liban a dioses ajenos, y me provocan a ira. ¿Acaso me provocan a ira? dice el Señor. ¿No es a sí mismos para confusión de su rostro? ¿Quieres, dice, oír, Profeta, por qué te dije; No ores por este pueblo? hacen estas cosas que siguen: Y dentro y fuera, y en las plazas, y en las salidas de Jerusalén, los hijos llevan leña, y los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la masa con grasa, para hacer CHAUONIM () que hemos interpretado como tortas, o preparaciones, para mostrar todo tipo de sacrificio a la reina del cielo, que debemos entender como la luna; o ciertamente a la milicia del cielo, para que entendamos todas las estrellas. Y después de esto liban a dioses ajenos: no porque existan, sino porque bajo sus nombres queman incienso a los demonios, y me provocan a ira haciendo estas cosas. Y no entienden los miserables que esta contienda no me daña a mí, a quien nunca cambia la ira: sino a sí mismos para confusión de su rostro, y para ignominia eterna. Por lo tanto, todo lo que hacemos, no dañamos a Dios, que nunca puede ser dañado: sino que nos preparamos para la destrucción, atesorando ira para el día de la ira. Por eso también puso los diversos oficios de los hijos, padres y madres o esposas, para que no haya edad que disienta de la impiedad.

(Vers. 20.) Por eso dice el Señor Dios: He aquí que mi furor y mi indignación se han derramado (o destilado) sobre este lugar, sobre los hombres, y sobre los animales, y sobre los árboles del campo, y sobre los frutos de la tierra: y se encenderá: y no se apagará. El que antes había dicho: ¿Acaso me provocan a ira? ¿cómo ahora dice: He aquí que mi furor, y mi indignación se han destilado sobre este lugar? Y el sentido es: Yo naturalmente no me enojo, pero ellos actúan de tal manera que me provocan a ira, y parezco cambiar mi naturaleza. Sientan, pues, al iracundo, lo que en cuanto a ellos, intentan hacer. Y bellamente, no dice, mi furor se ha derramado sobre este lugar, sino que se ha destilado: para significar un castigo moderado. Pero si en una gota de furor hay tanta dureza, ¿qué sucederá si toda la lluvia se derrama? Pero también la indignación destilada puede entenderse así, que lo que no quiso hacer por mucho tiempo, se ve obligado a hacer por la multitud de pecados. Y cuando Dios se haya enojado, tanto los hombres, como lo que es de los hombres, sentirán una destrucción similar. Y se encenderá, dice, sin duda el furor del Señor, y no se apagará: porque el pueblo no hace lo que podría apagarlo.

(Vers. 21 seqq.) Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios, y comed carne. Porque no hablé con vuestros padres: y no les mandé el día que los saqué de la tierra de Egipto, sobre el asunto de los holocaustos y

sacrificios. Sino que les mandé esta palabra, diciendo: Escuchad mi voz, y seré vuestro Dios; y vosotros seréis mi pueblo: y caminad en todo el camino que os mandé, para que os vaya bien. Habiendo reprobado el Templo, consecuentemente reprueba también los sacrificios: y los acusa indirectamente, de que no sacrifican por veneración a Él, sino por deseo de banquetes. Pero lo que dice: No hablé con vuestros padres: y no les mandé el día que los saqué de la tierra de Egipto, sobre el asunto del holocausto y sacrificios, se entiende claramente que primero dio el decálogo en tablas de piedra, escrito con el dedo de Dios, y después de la ofensa de la idolatría y el becerro de oro (Éxodo XXXI), después mandó que se le hicieran sacrificios a Él más que a los demonios: quitando la pura religión de los mandamientos de Dios, y concediendo el deseo de sangre de sacrificios y de carne.

(Vers. 24, 25.) Y no escucharon, ni inclinaron su oído: sino que anduvieron en las voluntades (o deseos) y en la perversidad de su corazón malo: y se hicieron hacia atrás, y no hacia adelante, desde el día que sus padres salieron de la tierra de Egipto, hasta este día. Yo diciendo: Escuchad mi voz, y seré vuestro Dios, y lo demás, no escucharon, ni inclinaron su oído, sino que hicieron los deseos de su corazón: y contra la sentencia del Apóstol, que olvidaba lo pasado, y se extendía hacia lo que estaba adelante, hicieron lo contrario: para que desearan lo pasado, y despreciaran lo futuro. Y lo que dice: Desde el día que sus padres salieron de la tierra de Egipto hasta este día, dice que todo el tiempo intermedio lo pasaron en ofensa al Señor. Por lo cual también fue necesaria la gracia del Evangelio, que los conservó no por su mérito, sino por la misericordia del Señor.

(Vers. 26.) Y envié a vosotros todos mis siervos los Profetas, día tras día, levantándome temprano y enviando: Y no me escucharon, ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su cerviz, y obraron peor que sus padres. Justa, pues, es la ira del Señor, que se ha destilado sobre el pueblo despreciador y de cerviz dura, y que no quiere escuchar las palabras de Dios. Cómo Dios envía a los Profetas de noche, o al amanecer, y en el día, lo hemos dicho antes.

(Vers. 27, 28.) Y les hablarás todas estas palabras, y no te escucharán: y los llamarás, y no te responderán. Y les dirás: Esta es la gente que no escuchó la voz del Señor su Dios, ni recibió disciplina. Pereció la fe, y fue quitada de su boca. No dudes, dice, que endurecieron su cerviz, y obraron peor que sus padres. He aquí que doy lugar a la penitencia: ni hablo para que se hagan, sino porque serán, por eso lo predigo. Al menos ahora hálales con mis palabras, y sin embargo no te escucharán, y los llamarás, y no te responderán. Serán tan soberbios, que cuando los llames a escuchar, ninguno se dignará responder. Y les dirás: Esta es la gente que no escuchó la voz del Señor su Dios, ni recibió disciplina. Bellamente, como ya he dicho antes, no llama a su pueblo, sino a la gente. Lo cual, aunque en el tiempo de los Profetas se hizo en parte, y en sombra precedió y en imagen; sin embargo, se cumple más plenamente en Cristo, cuando no quisieron recibir la disciplina, y despreciaron la voz de su Señor. Por eso se introduce elegantemente: Pereció la fe, que es propiamente de los cristianos; y fue quitada de su boca: toda confesión del Hijo de Dios y de la fe.

(Vers. 29.) Corta tu cabello, y arrójalos, y toma en dirección (o sobre los labios) el lamento: porque el Señor ha desechado, y ha dejado la generación de su furor. Y Job, al oír la muerte de sus hijos e hijas, leemos que se cortó el cabello (Job I): y entre los Antiguos esta era la costumbre de todos los que lloraban, cortarse el cabello. Pero ahora, por el contrario, dejar crecer el cabello es señal de luto. Pero todo lamento y lamentación profética se asume porque el Señor ha desechado, y ha dejado la generación de su furor. No hay duda de que significa al pueblo de los judíos. Y esto se refiere propiamente a los tiempos de Cristo, cuando pereció la fe, y fue quitada de la boca del pueblo que blasfemaba al Señor.

(Vers. 30, 31.) Porque los hijos de Judá hicieron el mal ante mis ojos, dice el Señor: pusieron sus abominaciones en la casa, en la cual ha sido invocado mi nombre, para contaminarla. Y edificaron los altos (o altar) de Tofet, que está en el valle del hijo de Enom, para quemar a sus hijos y a sus hijas en el fuego: lo cual no mandé, ni lo pensé en mi corazón. Que en el Templo de Dios los hijos de Judá pusieron la estatua de Baal, lo aprendemos al principio de Ezequiel. Los altos, que en hebreo se llaman BAMOTH (), o el altar de Tofet, que está en el valle del hijo de Enom, significa ese lugar, que es regado por las fuentes de Siloé; y es ameno y boscoso, y hoy en día ofrece las delicias de los jardines. Este error de la gentilidad ocupó todas las provincias, para que en las cimas de los montes y en los bosques más amenos sacrificaran víctimas, y se observara toda la religión de superstición perversa. TOPHET () en lengua hebrea se interpreta como latitud: y se dice que está escrito en el libro de Josué hijo de Nun sobre este lugar, que está en el valle del hijo de Enom, y en hebreo se llama GEENNOM Ge: () que significa valle: y ENNOM (), o es un nombre de hombre, o significa gracia. Y los hebreos dicen que de este lugar se llamó Gehena, porque todo el pueblo de los judíos pereció allí, ofendiendo a Dios. En este lugar también consagraron a sus hijos en el fuego a los ídolos, o ofrecieron holocausto, lo cual no les mandé, ni ninguna sanción de la Ley lo ordenó (IV Reyes XVII). Pero si Jefté ofreció a su hija virgen a Dios, no agrada el sacrificio, sino el ánimo del oferente (Jueces XI). Porque si un perro, o un asno, o cualquier animal inmundo hubiera sido el primero en salir al encuentro del padre al regresar de la matanza de los enemigos, no debería haberlo ofrecido a Dios.

(Vers. 32, 33.) Por eso he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se dirá más, Tofet, y valle del hijo de Enom, sino valle de la matanza: y serán sepultados en Tofet, porque no habrá lugar. Y los cadáveres de este pueblo serán para alimento de las aves del cielo, y de las bestias de la tierra: y no habrá quien las espante. Significa el tiempo del asedio, que sufrieron desde el año noveno del rey Sedequías hasta el undécimo (IV Reyes XXV); y que ya no se llamará el valle mismo gehena, es decir, valle de Enom, o de los hijos de Enom: sino por la matanza de muchos, valle de la matanza. Y habrá tal matanza, que en el lugar antes de religión, habrá sepulcros innumerables: y los que no puedan ser sepultados, serán desgarrados por las aves, y devorados por las bestias. Y no habrá quien las espante, temiendo cosas similares, y vencido por los deberes de enterrar. Pasamos por lo manifiesto, para que si hay lugar, nos detengamos en lo oscuro. Porque la magnitud del libro mismo puede causar fastidio a los lectores, cuánto más si se discute más extensamente por nosotros.

(Vers. 34.) Y haré cesar de las ciudades de Judá, y de las plazas de Jerusalén la voz de gozo, la voz de alegría, y la voz del esposo, y la voz de la esposa. Porque la tierra será desolación. Cuando el lugar de la idolatría se haya convertido en sepulcros: para que donde ofendieron a Dios, allí yacen sus cadáveres insepultos, de la ciudad que una vez fue [Al. que una vez] Jerusalén y de las otras ciudades, que estaban bajo su dominio, se quitará toda alegría, y todo se llenará de tristeza, gemido y desolación.

(Cap. VIII.---Vers. 1 seqq.) En aquel tiempo, dice el Señor, sacarán los huesos del rey de Judá, y los huesos de sus príncipes, y los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los profetas, y los huesos de los que habitaron en Jerusalén, de sus sepulcros. Y los extenderán [Vulg. pendent] al sol y a la luna, y a todo el ejército del cielo, que amaron, y a los que sirvieron, y tras los cuales anduvieron, y que buscaron, y adoraron. No serán recogidos, ni serán sepultados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra. Y elegirán más la muerte que la vida todos los que queden de esta mala generación, en todos los lugares que queden, a los cuales los eché, dice el Señor de los ejércitos. Todo lo que describe el discurso profético, lo vemos que ha sucedido en nuestro tiempo: no solo a Jerusalén, que sufrió esto por los caldeos y los romanos, sino a todo el mundo: de tal manera que las lágrimas se han secado, y todo se

ha llenado de huesos de muertos. Y porque solían, según la antigua costumbre, enterrar oro, y algunos adornos de mujeres o de hombres en los sepulcros, también esto lo rompía y desenterraba la avaricia, para que se expusieran al cielo y a la luz. Y por eso primero los huesos de los reyes de Judá, y de sus príncipes, de los sacerdotes también y de los profetas, y de todo el pueblo, que había estado en Jerusalén, se sacaban de las tumbas, expuestos al sol y a la luna, y a la vista de todas las estrellas: para que a quienes sirvieron, abandonando a Dios, se expusieran a sus vistas: y consumidos se disolvieran en estiércol y cenizas. Y si alguno de la multitud pudiera escapar, a cualquier lugar que llegara, preferiría la muerte a la vida: y consideraría el remedio del alma infeliz la destrucción.

(Vers. 4.) Y les dirás: Así dice el Señor: ¿Acaso el que cae [Al. cae], no se levantará? Y el que se aparta, ¿no volverá [o no se apartará]? Después de tantos males, los provoca a la penitencia a los que puedan quedar: o antes de que vengan las cosas que ha amenazado, los exhorta a la conversión, y da lugar a la penitencia. Pero lo que está escrito según el hebreo: Y el que se aparta, no se apartará, significa que el que se ha apartado de Dios, si quiere convertirse a lo mejor, puede también convertir la ira de Dios a lo mejor, y resistir al que viene, y evitar las plagas con oraciones.

(Vers. 5.) ¿Por qué, pues, se ha apartado este pueblo en Jerusalén con una aversión contenciosa? han tomado la mentira, y no han querido volver. Cuanto más, dice, los he provocado a la penitencia, tanto más se han alejado de mí no tanto por el deseo de pecar, como por superarme. Porque han tomado fuertemente la mentira, ya sean ídolos, o cualquier cosa perversa contraria a la verdad y la justicia, y no han querido volver. No dijo: no pudieron; sino que con todo empeño siguieron lo iniquo.

(Vers. 6.) Atendí y escuché: nadie habla lo que es bueno. No hay quien haga penitencia por su pecado, diciendo: ¿qué he hecho? Todos se han vuelto a su carrera, como caballo que se lanza con ímpetu a la batalla. Llamados a la penitencia, desprecian escuchar: ni les basta haber delinquido contra el Señor, y haber hablado blasfemias: sino que todos, como caballos, y con un curso ferviente lanzándose a la batalla, no reflexionan sobre su pecado, ni dicen, ¿qué he hecho? Por lo cual entendemos, o que se dice esto de todo el género humano, porque es propenso a los vicios, o del tiempo del Salvador, cuando todos se desviaron juntos se hicieron inútiles: no hubo quien hiciera el bien, no hubo ni siquiera uno (Salmo XIII). Por eso también él clama místicamente [Al. clamó]: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo (Salmo XI, 1). Pero si estas cosas son así, ¿dónde están los que dicen que está en nuestra voluntad estar libres de todo pecado? Nadie, dice, habla lo que es bueno (Mateo XI): porque incluso por palabra ociosa daremos cuenta en el día del juicio.

900 (Vers. 7.) El milano en el cielo conoció su tiempo: la tórtola, la golondrina y la cigüeña guardaron el tiempo de su llegada: pero mi pueblo no conoció el juicio del Señor. En lugar de milano, que Symmachus interpretó, los Setenta y Theodotion pusieron la palabra hebrea ASIDA (), Aquila, herodión. Nuevamente, en lugar de golondrina, Symmachus tradujo cigarra, que en hebreo se dice SIS (). En cuanto a lo que nosotros pusimos como cigüeña, tanto Aquila como Symmachus lo tradujeron como está escrito en hebreo, AGUR (), por lo cual los Setenta interpretaron como gorriones del campo. Sin embargo, el sentido es el mismo que se encuentra al principio de Isaías: "El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor: pero Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió" (Isaías I, 3); lo cual también las pequeñas aves conocen sus tiempos, y saben cuándo deben apresurarse hacia lugares cálidos, para evitar el rigor del invierno: y nuevamente al principio de la primavera regresar a las regiones habituales. Aquí debemos entender cielo como el aire que está arriba.

(Vers. 8.) ¿Cómo decís, somos sabios, y la Ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente, el estilo mentiroso de los escribas ha obrado mentira. Habla a los escribas y fariseos, que presumen del conocimiento de la Ley, y escribiendo, escriben iniquidad. Y lo que dice:

(Vers. 9.) Los sabios se han confundido, aterrorizados y capturados. Porque rechazaron la palabra del Señor, y no hay sabiduría en ellos: No porque sean sabios quienes hacen estas cosas; sino que los llama sabios, para que sean condenados bajo juicio: y al contrario, su sabiduría se demuestra como necedad, como dice el apóstol Pablo: "Tú que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo?" (Rom. II, 21). Y porque rechazaron la palabra del Señor: por eso no hay sabiduría en ellos. En vano, pues, presumen del conocimiento de la Ley, quienes destruyen la doctrina con sus obras.

(Vers. 10, 11.) Por eso daré sus mujeres (o esposas) a extranjeros: sus campos a herederos: porque desde el menor hasta el mayor, todos se dedican a la avaricia; desde el profeta hasta el sacerdote, todos hacen mentira (o iniquidad). Y curaban la herida de la hija de mi pueblo con ignominia, diciendo: Paz, paz, cuando no había paz. Recibieron la recompensa de sus obras: para que quienes rechazaron la palabra del Señor, ellos mismos fueran rechazados por Él. Sus esposas, dice, y sus posesiones las entregaré a los enemigos. Y para que no se piense que mi sentencia es cruel, el oyente reconozca las causas: Desde el menor hasta el mayor, todos se dedican a la avaricia (I Tim. VI). Porque la raíz de todos los males es la avaricia. Desde el profeta hasta el sacerdote, quienes deberían prohibir a otros pecar, son los primeros en estar sujetos a crímenes: y todos o hacen cosas iniquas, mientras saquean lo ajeno: o ciertamente mienten, de modo que no hay verdad en su boca. Y después de esto, como si fueran buenos médicos, deseaban sanar con palabras las heridas ajenas, quienes ellos mismos estaban heridos por todos los crímenes. Esto lo vemos diariamente también en nuestro pueblo, como dice el bienaventurado apóstol Pablo: "Tú que predicas que no se debe robar, ¿robas?" (Rom. II, 21), y lo demás. Quienes, cuando ven a pecadores y ricos, desean sanar la herida de la hija del pueblo de Dios, es decir, de la Iglesia; en ignominia ya sea de quienes son engañados, o de quienes engañan a otros, para que digan a los cubiertos de toda maldad: paz, paz, cuando no hay paz, y les amenaza la guerra de los pecados.

(Vers. 12.) Se han confundido, porque hicieron abominación: sin embargo, no se han confundido con confusión, y no supieron avergonzarse. Esto debe leerse interrogativamente, para que el sentido sea: ¿Se avergonzaron de sus crímenes, y entendieron las abominaciones que cometieron? De ninguna manera, sino que han caído en tal locura, que ni siquiera desean corregir sus vicios con confusión, ni confesar sus crímenes con esperanza de perdón.

Por eso caerán entre los que caen: en el tiempo de su visita caerán, dice el Señor. Estas son las recompensas de aquellos que no supieron avergonzarse: que aquellos cuya dignidad era más alta que la de los pueblos, se mezclen con las ruinas del pueblo. Porque desde el menor hasta el mayor, todos se dedican a la avaricia, y desde el profeta hasta el sacerdote todos hacen mentira: el tiempo de las visitas es la cercana cautividad.

(Vers. 13.) Los reuniré, dice el Señor. No hay uva en las vides, y no hay higos en la higuera: la hoja ha caído, y les di lo que ha pasado. Lo que es el tiempo de la visita, en el que caerán los delincuentes, lo enseña más claramente, diciendo: Los reuniré. No hay duda de que en Jerusalén, para que sean sitiados por los caldeos por largo tiempo, y soporten los males del hambre. Cuando, dice, los tiempos pasen, y el otoño suceda al verano, y en invierno caigan las hojas de los árboles, verán todo desde lejos, y de esto no tomarán alimentos. Porque no hay uva en las vides para ustedes, que no toman los frutos de las vides: y no hay higos en la

higuera para el pueblo sitiado, que ve los frutos de sus árboles devorados por los enemigos. Las hojas, dice, caerán cuando el verano y el otoño hayan pasado. Porque les di lo que veían pasar; y perderán con mayor dolor la abundancia de todas las cosas, que no les estaba permitido tocar.

(Vers. 14, 15.) ¿Por qué nos sentamos? Reunámonos, y entremos en la ciudad fortificada, y callemos allí, porque el Señor nuestro nos hizo callar, y nos dio a beber agua de hiel. Porque pecamos contra el Señor, esperábamos paz, y no había bien: tiempo de curación, y he aquí el miedo. Se introduce la voz del pueblo que responde, y confiesa sus vicios, y se exhorta mutuamente, para que entren en las ciudades fortificadas, o en una ciudad, Jerusalén: pues ya las demás habían sido capturadas. Y callemos, dice, allí, porque el Señor nuestro nos hizo callar: pues no tenemos confianza para suplicar, o seamos arrojados allí, o seamos echados como estiércol. Él mismo nos dio a beber agua de hiel: porque convertimos a Dios de dulce en amargo. Y para que bebiéramos tales aguas, la causa es clara: Porque pecamos contra el Señor, y esperábamos paz, quienes no habíamos hecho nada bueno: y pensábamos que el tiempo de la medicina había llegado para nosotros, cuando todo estaba lleno de miedo y terror. El cambio de personas, especialmente en los Profetas, hace difícil la comprensión: que si se devuelven a sus lugares, causas y tiempos, se harán claras las cosas que parecían oscuras.

(Vers. 16.) Desde Dan se oyó el ruido de sus caballos, por la voz de los relinchos de sus guerreros se conmovió toda la tierra. Y vinieron y devoraron la tierra y su plenitud, la ciudad y sus habitantes. Por lo tanto, no como los Setenta tradujeron antes, dijo el pueblo: Entremos en las ciudades fortificadas, sino en la ciudad fortificada, para significar Jerusalén. De hecho, ahora también añade: la ciudad y sus habitantes. Se describe a Nabucodonosor viniendo con su ejército desde Dan a través de Fenicia, en cuyo lugar nace el río Jordán, y lo que los Setenta pusieron en futuro, el hebreo lo menciona como ya hecho.

(Vers. 17.) Porque he aquí que yo enviaré serpientes áspides, a los cuales no hay encantamiento. Y os morderán, dice el Señor, incurablemente, con el dolor de vuestro corazón desfalleceréis. ¿Quiénes son aquellos que vienen de Dan, y cuyo ruido se oye, y que han reducido toda la tierra a la soledad, bajo otra figura el mismo discurso profético lo muestra, llamándolos serpientes muy malas, o mortíferas: y como Aquila tradujo, áspides, que en hebreo se llaman SAPHPHONIM (). Por lo cual, no entiendo qué quiso decir su segunda edición al llamarlos exploradores, a menos que sea por la similitud de la palabra. A los cuales no hay, dice, encantamiento. Pues en vano elevan oraciones a Dios, contra la antigua serpiente, el dragón tortuoso, quienes han despreciado los mandamientos de Dios. Usemos este lugar contra aquellos que, despreciando las palabras del Salvador, son entregados a los poderes adversarios.

(Vers. 18.) Dolor sobre dolor, en mí mi corazón está triste. Por lo cual, como dijimos antes, los Setenta unieron esto a la sentencia anterior, para poner: Y os morderán, dice el Señor, incurablemente: con el dolor de vuestro corazón desfalleceréis. En hebreo, sin embargo, no es tanto dolor, que en griego se dice ὀδύνη, como μειδιάμα que podemos interpretar como rictus de la boca contraído por el dolor y que tiene similitud con la risa. Estas cosas deben leerse enfáticamente desde la persona de Dios, lamentando la destrucción de Jerusalén, y no soportando sus miserias.

(Vers. 19.) He aquí la voz del clamor de la hija de mi pueblo desde una tierra lejana. Describe el llanto y el lamento de la ciudad de Jerusalén cuando los enemigos entran.

¿Acaso el Señor no está en Sion, o su rey no está en ella? O, el Señor mismo es rey. O ciertamente el Señor se refiere al Padre, el rey al Hijo, según lo que se escribe bajo el nombre de Salomón: Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXII, 1). ¿Por qué, pues, hay voz de clamor en Jerusalén, y el clamor mismo viene de una tierra lejana, la causa es manifiesta, que el Señor no está en ella, y su rey se ha alejado de ella.

¿Por qué, entonces, me provocaron a ira con sus esculturas, y con vanidades ajenas? Sin embargo, dice, el Señor se ha alejado de ellos; porque me provocaron a ira, a mí que era su Señor y rey, con el culto a los ídolos.

(Vers. 20.) Pasó la siega, terminó el verano: y no hemos sido salvados. Nuevamente habla el pueblo, que está encerrado en Jerusalén por un largo asedio, porque los tiempos han cambiado, y el ciclo del año ha pasado, y toda su esperanza ha sido vana, y ha pasado.

(Vers. 21.) Por la destrucción de la hija de mi pueblo estoy destruido, y contristado: el estupor me ha sobrecogido: Responde Dios, que en la aflicción de Jerusalén Él mismo parece afligido, y en similitud humana se conmueve con estupor.

(Vers. 22.) ¿Acaso no hay resina en Galaad, o no hay médico allí? ¿Por qué, entonces, no se ha cerrado la cicatriz de la hija de mi pueblo? No solo en este lugar, sino también en muchos otros testimonios de las Escrituras, encontramos que la resina de Galaad se pone por penitencia, y como medicina, y ahora Dios se maravilla de por qué las heridas de Jerusalén no han sido curadas, y aún no han cerrado las cicatrices la piel, porque no hay profetas, ni sacerdotes, que deban curarlas con medicina.

(Cap. IX.---Vers. 1.) ¿Quién dará a mi cabeza agua, y a mis ojos una fuente de lágrimas, y lloraré día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo? Si todo, dice, se convirtiera en llanto, y no hubiera gotas de lágrimas, sino abundancia de río, sin embargo, no podría llorar dignamente a los muertos de la hija de mi pueblo. Porque los males son tantos, que superan todo dolor por su magnitud. Esto puede entenderse tanto desde la persona del Profeta como desde la del Señor.

(Vers. 2.) ¿Quién me dará en el desierto un albergue de caminantes, y dejaré a mi pueblo, y me alejaré de ellos? LXX: ¿Quién me dará en el desierto una última morada, para que deje a mi pueblo, y me aleje de ellos? Es mejor, dice, habitar en la extrema soledad, que morar entre tantos crímenes de los hombres. Por eso también el Salvador hablaba en el Evangelio: ¿Hasta cuándo os soportaré? Y en otro lugar está escrito: En ese tiempo, quien entienda, se sentará y callará: porque el tiempo es malo (Lament. III, Miqueas II).

(Vers. 3.) Porque todos son adúlteros, una asamblea de transgresores. Y extendieron su lengua como un arco de mentira, y no de verdad: se fortalecieron en la tierra, porque de mal en mal salieron, y no me conocieron, dice el Señor. De mal en mal pasan los pecadores, cuando cambian un ídolo por otro ídolo, y de pecados pasan a pecados, o ciertamente de la maldad del asedio pasan a la cautividad. Y de los Santos se dice: Irán de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8). Pero de los pecadores: De mal en mal salieron. Y la causa de todas las miserias, porque no conocieron al Señor, y es una asamblea de transgresores, y arman su lengua como un arco extendido en blasfemia; y se fortalecieron en la tierra, para merecer oír: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III).

(Vers. 4 y ss.) Cada uno guárdese de su prójimo: y en todo hermano suyo no tenga confianza, porque todo hermano suplantaré con suplantación, y todo amigo andará fraudulentamente; y

el hombre se burlará de su hermano, y no hablarán la verdad. Porque enseñaron a su lengua a hablar mentira, o porque su lengua aprendió a hablar mentira, para que actuaran inicualemente, trabajaron, o actuaron inicualemente, y no dejaron de convertirse. Tu morada está en medio del engaño, en el engaño, o usura sobre usura, y engaño en el engaño; rehusaron, o no quisieron conocerme, dice el Señor. Este lugar debe usarse en tiempo de persecución y angustia, cuando la fe es rara o nula: cuando ni al hermano ni al prójimo se debe creer, y los enemigos del hombre son sus domésticos (Miqueas 7): cuando según el Evangelio: El padre entregará al hijo, y el hijo al padre, y se dividirán dos en tres, y tres en dos. Y lo que añade, Enseñaron a su lengua a hablar mentira, o su lengua aprendió a hablar mentira (Mateo X), muestra que la costumbre de mentir se convierte en cierta manera en naturaleza: y actúan con diligencia para actuar inicualemente. Y lo que sigue, Tu morada está en medio del engaño, en el engaño, el discurso se dirige propiamente al Profeta, porque habita en medio de un pueblo mentiroso; o como los Setenta tradujeron: Usura sobre usura, y engaño sobre engaño: y que diariamente aumentan los crímenes, y de ninguna manera se arrepienten de lo hecho antes, sino que lo acumulan con nuevos. Haciendo estas cosas, actúan con todo esfuerzo para no conocer al Señor, quien ordenó que no se hicieran estas cosas.

(Vers. 7.) Por eso dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo los fundiré, o los probaré con fuego. ¿Qué más haré ante la maldad de la hija de mi pueblo? o ¿qué haré ante la maldad de la hija de mi pueblo? Cada vez que estamos sujetos a angustias, recibimos males de Dios, y somos examinados por persecuciones, para que todo lo que en nosotros es material adulterada, sea quemado por los ardores de las tribulaciones y miserias: Porque la plata del Señor es probada con fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Sal. XI, 7).

(Vers. 8, 9.) Flecha hiriente es su lengua, habló engaño: en su boca habla paz con su amigo, y en secreto le pone trampas. ¿Acaso no visitaré por estas cosas, dice el Señor: o en una nación como esta no se vengará mi alma? Todo hereje que hiere los corazones de los oyentes y de los que no conocen lo escrito: Guarda tu corazón con toda diligencia (Prov. IV, 23), posee una flecha hiriente, y habla con engaño. Y aunque con su boca promete paz a su prójimo, en secreto tiende trampas. Sin embargo, en los versículos siguientes, en los que dice: ¿Acaso no visitaré por estas cosas, dice el Señor: o en una nación como esta no se vengará mi alma? frecuentemente en este Profeta se abusa, para que cuando haya enumerado cada una de las obras malas, añada que hace justamente lo que hace.

(Vers. 10.) Sobre los montes tomaré llanto y lamento, y sobre los hermosos del desierto llanto: porque están quemados, o han perecido porque no hay hombre que pase, y no oyeron la voz del poseedor, o de la sustancia, desde el ave del cielo hasta el ganado migraron y se fueron. Con el ejército babilonio sobrevenido, y devastando todo, se profetiza la soledad de la provincia, que habrá llanto en los montes, llanto en el desierto, o en los caminos de la soledad, que todo ha perecido y ha sido quemado, y no hay quien pase por la tierra, muertos todos, y no queda nada que pueda respirar y vivir. Por lo cual, en lugar de poseedor, los Setenta tradujeron sustancia, que en hebreo se dice MACNE (): y sustancia aquí no se toma por οὐσία, es decir, esencia, sino por riquezas, y bienes. Y lo que añade: Desde el ave del cielo hasta el ganado migraron y se fueron, esto muestra lo que hemos dicho a menudo, que toda la creación siente la ira de Dios, y no solo las aves del aire, sino también los peces del agua perecen. Según la tropología, se toma llanto sobre los montes, y lamentación sobre los hermosos del desierto, cuando los príncipes de la Iglesia pecan, y no se encuentra en ella la sustancia de Dios, ni se oye la voz del Señor poseyendo la Iglesia, por hombres santos y apostólicos; y desde el ave del cielo hasta el ganado, desde aquellos que pueden ascender a lo alto, hasta los irracionales y más simples que se han alejado del concilio de Dios.

(Vers. 11.) Y daré a Jerusalén en montones de arena, o en transmigración, y en guaridas de dragones, y las ciudades de Judá daré en desolación; porque no hay habitante. Cuando los hombres eclesiásticos y todos los doctores han perecido, entonces se da Jerusalén en transmigración, o en montones de arena, para que prevalezca en ella el discurso herético, y se convierta en guarida de dragones, y sus ciudades sean reducidas a la soledad, y no haya en ella habitación del discurso divino, y aquel que dice: Habitaré y caminaré entre ellos, y seré su Dios (Lev. XXVI, 12).

(Vers. 12 seqq.) ¿Quién es el hombre sabio que entienda esto, y a quién se le dirija la palabra del Señor para que lo anuncie: por qué pereció la tierra y fue quemada como un desierto, sin que haya quien pase por ella? Y dijo el Señor: Porque abandonaron mi ley que les di, y no escucharon mi voz, ni caminaron en ella, y se fueron tras la perversidad de su corazón, y tras los Baales, que aprendieron de sus padres. El Profeta pregunta si puede encontrar a algún sabio en Jerusalén, y a aquellos a quienes se les dirija la palabra de Dios, y que puedan anunciar la voluntad del Señor y explicar las razones por las cuales Judá ha sido reducida a la soledad, y con todos muertos, no queda nadie que pase por ella. E introduce al Señor respondiendo y dando las razones: porque abandonaron su Ley que les dio, no escucharon su voz, ni hicieron lo que se les mandó; sino que se fueron tras la perversidad de su corazón. Por tanto, no debemos confiar en nuestra voluntad, sino en el Señor. Porque el corazón es perverso en todo (Jeremías 17, 9). Y, de nuestro corazón salen los malos pensamientos (Mateo 15, 19). Y se fueron tras los Baales, dice, que aprendieron de sus padres. Baal es el ídolo de los sidonios, y es singular, mientras que Baalim es plural. Por tanto, no se debe seguir el error de los padres ni de los mayores, sino la autoridad de las Escrituras y el mandato del Dios que enseña.

(Vers. 15, 16.) Por eso, así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que alimentaré a este pueblo con ajénjo (o angustias), y les daré a beber agua de hiel, y los dispersaré entre las naciones que no conocieron ellos ni sus padres, y enviaré tras ellos la espada hasta que sean consumidos. Puede también profetizarse sobre el tiempo cercano, cuando fueron capturados por los caldeos: y propiamente sobre este tiempo, cuando fueron dispersados entre las naciones que no conocieron ellos ni sus padres: y divididos por todo el mundo, alimentados con ajénjo, o necesidades y angustias. Y recibieron a beber agua de hiel, lo que significa la magnitud de los males y el yugo eterno de la cautividad: o ciertamente, por ignorancia de la ley de Dios, recibirán al Anticristo en lugar de Cristo. Se envía la espada tras ellos, para que sean consumidos hasta la destrucción. O ciertamente, la espada que los divida, y no permita que tengan consenso en el mal, para que perezcan en lo que son malos.

(Vers. 17, 18.) Así dice el Señor de los ejércitos: contemplad (o entended) y llamad a las plañideras, y que vengan: y envid a las que son sabias, y que se apresuren (o hablen), que se apresuren, y tomen sobre nosotros (o sobre vosotros) el lamento: y que nuestros ojos (o vuestros) derramen lágrimas, y nuestras (o vuestras) pestañas fluyan con agua: porque se ha oído la voz de lamentación de Sion (o en Sion). Por la futura cautividad y destrucción de Jerusalén, manda llamar a las plañideras, que suelen en el luto, con voz lastimera y golpeando sus brazos, provocar al pueblo a las lágrimas. Pues esta costumbre permanece hasta hoy en Judea, que las mujeres con el cabello suelto y los pechos descubiertos, con voz modulada incitan a todos al llanto. Dios se une con afecto compasivo, o el Profeta; para que lo que el pueblo sufre, él mismo diga que lo sufre y siente. Y lo que añade: Porque se ha oído la voz de lamentación de Sion, enseguida sigue cuál es esa voz.

(Vers. 19.) ¿Cómo hemos sido devastados y confundidos vehementemente? Porque abandonamos la tierra, ya que han sido derribadas (o hemos rechazado) nuestras tiendas. Esta es la voz de los que lamentan en Sion: ¿cómo hemos sido devastados y confundidos vehementemente? Y enseguida se responden a sí mismos, y exponen las causas de su devastación diciendo: Porque abandonamos la tierra, por nuestro vicio y pecado: y han sido derribadas nuestras tiendas, que como transeúntes poseían antes. Que esto lo digan también en la persecución de las multitudes de creyentes de antaño: porque por eso fueron devastadas y confundidas, porque abandonaron la tierra del Señor, y desertaron sus tiendas.

(Vers. 20, 21.) Escuchad, pues, mujeres, la palabra del Señor, y que vuestro oído tome el discurso de su boca, y enseñad a vuestras hijas el lamento, y cada una a su vecina el llanto. Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas, ha entrado en nuestras casas: para destruir a los niños de fuera, a los jóvenes de las plazas. En el capítulo anterior había dicho: Llamad a las plañideras y que vengan, y a las que son sabias, enviad, y que se apresuren: ahora como si hablara a las presentes, en condenación de los sacerdotes y doctores y de todos los hombres: para que cesando ellos de la doctrina, estas escuchen la palabra del Señor, y tomen los discursos de su boca, y enseñen a sus hijas y vecinas el llanto y las causas de las lágrimas: Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas: ha entrado en nuestras casas. Lo cual aunque también pueda entenderse espiritualmente, ya que por todos los sentidos entra la muerte de los pecados a la destrucción del alma; sin embargo, también puede entenderse del ímpetu de los babilonios: que tanta es la fortaleza y velocidad de su combate, que no esperan abrir las puertas; sino que suben por las ventanas y techos, para devastar las casas de Jerusalén. Perecen, pues, los niños que están fuera, y salen de Jerusalén; y los jóvenes, a quienes también escribe Juan, que no entran por el camino estrecho y angosto, que lleva a la vida; sino que caminan por las plazas, de las cuales está escrito: Cuán ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mateo 7, 13).

(Vers. 22.) Habla estas cosas, dice el Señor, y caerá el cadáver del hombre (o cadáveres de hombres) como estiércol sobre la faz de la región (o campo) y como heno tras el segador, y no hay quien lo recoja. La palabra hebrea, que se escribe con tres letras DALETH, BETH, RES (pues no tiene vocales en medio), según la consecuencia y el arbitrio del lector si se lee DABAR (), significa discurso; si DEBER, muerte; si DABER, habla. Por eso los LXX y Teodocio lo unieron al capítulo anterior, para decir: Destruirán a los niños de fuera, a los jóvenes de las plazas con muerte. Aquila y Símaco tradujeron ὀλέθρον, es decir, habla: para que Dios mande al Profeta hablar lo que sigue: Así dice el Señor, y lo demás. Y el sentido es: Cuando la muerte haya subido por nuestras ventanas, y haya entrado en las casas de Jerusalén, y los niños y jóvenes de fuera hayan perecido en las plazas: entonces sus cadáveres, o cadáveres de muertos, serán como estiércol sobre la faz de la tierra, y como paja, que se deja tras el segador, y como inútil no se recoge. Con lo cual quiere mostrar que habrá tal matanza en Jerusalén y alrededor de la ciudad, que no habrá quien entierre a los caídos.

(Vers. 23, 24.) Así dice el Señor: No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni se gloríe el fuerte en su fortaleza, ni se gloríe el rico en sus riquezas. Sino en esto gloríese, el que se gloria en entender y conocerme: porque yo soy el Señor, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra. Porque en estas cosas me complazco, dice el Señor. Se quita toda soberbia de los hombres, mientras su sabiduría, fortaleza y riquezas se consideran en nada, y esta es la única gloria, que sepa y entienda que él es el Señor, que hace misericordia y juicio y justicia sobre la tierra: que todo se gobierna por la providencia y justicia de Dios: y lo que nos parece que no tiene razón, está lleno de justicia y razón. Porque estas cosas son las únicas que agradan a Dios, y en ellas está su voluntad. ¿Dónde están, pues, los que dicen que el hombre puede ser gobernado por su propio arbitrio, y que así se ha dado el poder del libre albedrío, que se quita

la misericordia y justicia de Dios? Por eso el Apóstol, tomando este testimonio, pone el ejemplo: El que se gloria, gloriése en el Señor (II Cor. 10, 17).

(Vers. 25, 26.) He aquí que vienen días, dice el Señor, y visitaré sobre todo el que tiene circuncisión en el prepucio, sobre Egipto, y sobre Judá, y sobre Edom, y sobre los hijos de Amón, y sobre Moab, y sobre todos los que están rapados en la sien, habitantes del desierto, porque todas las naciones tienen prepucio. Pero toda la casa de Israel son incircuncisos de corazón. Muchas de las naciones, y especialmente las que son vecinas de Judea y Palestina, hasta hoy se circuncidan, y especialmente los egipcios, edomitas, amonitas, y moabitas, y toda la región de los sarracenos, que habitan en el desierto, y de los cuales se dice: Sobre todos los que están rapados en la sien, habitantes del desierto. No debe, pues, gloriarse Judá, que está mezclado con las naciones antes mencionadas, porque no tiene prepucio, sino que ha sido circuncidado según la Ley de Dios, cuando también otros hacen esto que no guardan los mandamientos de la Ley, y desconocen al Dios de Israel. Ni aprovecha la circuncisión, que fue dada como señal, si no se cumplen los mandamientos del Señor; así como las sienes rapadas, que significan a la gente, no la fuerza de los cuerpos y la fortaleza de los combatientes. Y lo que sigue: Todas las naciones tienen prepucio: pero toda la casa de Israel son incircuncisos de corazón, tiene este sentido: Aunque además de los egipcios, edomitas, amonitas, y moabitas, los ismaelitas que habitan en el desierto, de los cuales una parte está circuncidada, todas las demás naciones en todo el mundo son incircuncisas de carne; toda la casa de Israel es incircuncisa de corazón, no de carne: y esa incircuncisión lleva a la muerte. Porque aquella es de la carne, esta es del espíritu.

(Cap. X.---Vers. 1.) Escuchad la palabra que el Señor ha hablado sobre vosotros, casa de Israel. Así dice el Señor: No aprendáis el camino de las naciones, y no temáis las señales del cielo, que temen las naciones: porque las leyes de los pueblos son vanas. Habla propiamente contra aquellos que veneran las cosas celestiales, y que están puestas como señales de los años, tiempos, meses y días, y piensan que por ellas se rige el género humano, y que las cosas terrenales se moderan por las causas celestiales. Y lo que dice: Las leyes, o estatutos, de los pueblos son vanas, demuestra que toda la sabiduría humana es fútil, y no tiene en sí ninguna utilidad.

(Vers. 3-5.) Porque el leño del bosque lo corta, obra de manos del artífice con el hacha: lo adornó con plata y oro, lo sujetó con clavos y martillos, para que no se deshaga (o no se mueva). Están hechos a semejanza de una palmera, y no hablarán: llevados serán (o se llevan), porque no pueden andar. No los temáis, porque no pueden hacer mal, ni bien. Descripción de los ídolos que veneran las naciones. El leño, dice, lo corta del bosque. La materia de los ídolos es, pues, vil y corruptible: Obra de manos del artífice. Si el artífice es mortal, mortales, pues, también son las cosas que fabrica. Lo adornó con plata y oro, para que con el brillo de ambas materias engañe a los simples. Este error ha llegado hasta nosotros, para que pensemos que la religión está en las riquezas. Lo sujetó con clavos y martillos, para que no se deshaga, o para que no se mueva. ¡Cuán grande es el poder de los ídolos, que no pueden mantenerse por sí mismos, si no están sujetos con clavos y martillos! Hechos a semejanza de una palmera, tienen la belleza de los metales y están decorados con el arte de la pintura: pero no poseen la utilidad para ofrecer algún fruto al artífice. Y no hablarán. Porque no tienen en sí vida alguna. De los cuales está escrito: Tienen boca, y no hablarán; tienen oídos, y no oirán. Llevados serán (Salmo 113, 5, 6). Más fuerte es el que lleva, que aquellos que son llevados; más bien en aquel hay sentido, en esto figura sin sentido. No los temáis, porque no pueden hacer mal, ni bien. Suelen algunos gentiles adorar a los demonios, para que no les hagan daño, y a otros para que les concedan beneficios: De ahí también lo de Virgilio (Eneida I): Una oveja negra para el invierno, una blanca para los vientos favorables. Todo lo

que hemos dicho de los ídolos, puede referirse a todas las doctrinas que son contrarias a la verdad. Y ellos también prometen grandes cosas, y fabrican una imagen de culto vano de su propio corazón. Se jactan de grandes cosas y para engañar a los simples, como si con sentidos áureos y discursos resplandecientes de plata, ciegan la vista de los inexpertos, y son exaltados por sus inventores, en los cuales no hay utilidad alguna, y cuyo culto es propio de las naciones, y de aquellos que desconocen a Dios.

(Vers. 6 seqq.) No hay nadie como tú, Señor: grande eres tú, y grande es tu nombre en fortaleza. ¿Quién no te temerá, oh rey de las naciones? Porque tuyo es el honor entre todos los sabios de las naciones, y en todos sus reinos no hay nadie como tú. Igualmente serán probados necios y sabios, la doctrina de su vanidad es leño. La plata envuelta (o producida) de Tarsis se trae, y el oro de Ofaz, obra del artífice y de la mano del fundidor. Jacinto y púrpura son su vestidura: obra de artífices (o sabios) son todas estas cosas. Pero el Señor es el Dios verdadero: este es el Dios viviente y rey eterno. Por su indignación se conmovió la tierra, y no soportarán las naciones su amenaza. Estas cosas no se encuentran en los LXX, pero en muchos lugares se han añadido de la edición de Teodocio, y aunque según la letra parecen claras, según la anagogía tienen gran dificultad. Porque no hay nadie como el Dios verdadero, de aquellos dioses que se fingen con arte herética. Todos le temerán, porque es el rey de las naciones. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Proverbios 9, 10): y de él progresamos a la verdadera caridad. Tuyo es, dice, el honor. En la verdad está el honor, en la mentira la deshonra: aunque los herejes según la sabiduría del mundo, que será destruida, se consideren sabios; sin embargo, en todos los reinos, en los que desgarran la Iglesia, no hay nadie como tú, dice la palabra divina: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes (1 Corintios 1, 19). Juntos son sabios y necios. Su doctrina según la calidad del ingenio, o es vil, y se compara al leño, o es semejante a la plata por la belleza del discurso. Se trae de Tarsis. Tarsis es o bien una región de la India, como dice Josefo, o ciertamente todo el mar se llama Tarsis, y tiene semejanza con el cielo; y sin embargo, está envuelta en el artificio de las palabras, o producida. Porque si quiere engañar, no podrá. Y el oro de Ofaz. El oro se llama con siete nombres entre los hebreos, uno de los cuales es OPHAZ (), que podemos llamar obryzum, para que brille en la superficie de los ídolos, que interiormente es leño y materia vil. Se cubren con jacinto y púrpura, para engañar con su superficie a los ojos, mientras promete el color del cielo y los reinos celestiales; y sin embargo, son obras de sabios, que en el mundo se consideran sabios: pero ante Dios son necios. Pero el Señor nuestro Dios, es el Dios verdadero. Por tanto, todas aquellas cosas son mentiras. Y él es el Dios viviente: por tanto, aquellas cosas que se fingen son muertas. Y él es el rey eterno. Las sombras de los herejes prevalecen por un tiempo, pero con el tiempo se corrompen. Por su indignación se conmovió la tierra: aquellos que tienen obras terrenales, y fabrican simulacros terrenales. Y no soportarán las naciones, no el pueblo del Señor, sino la multitud de las naciones, que no pueden soportar la amenaza de Dios.

(Vers. 11). Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos y la tierra, perezcan de la tierra y de debajo del cielo. A los dioses falsos, y que están compuestos artificialmente, se les deben decir estas cosas. Porque ellos no hicieron los cielos, ni la tierra. Los que son cooperadores de Cristo, son llamados dioses: y del Señor, por la doctrina eclesiástica, en gran parte fabrican la casa.

(Vers. 12 seqq.) El que hace (o hizo) la tierra con su fortaleza, prepara el mundo con su sabiduría, y con su prudencia extiende los cielos. A su voz da multitud de aguas en el cielo, y eleva (o saca) las nubes desde los confines de la tierra, convierte los relámpagos en lluvia, y saca el viento (o los vientos) de sus tesoros. Todo hombre se ha vuelto necio por su ciencia,

todo artífice se ha avergonzado de su escultura: porque es falso lo que ha fundido, y no hay espíritu en ellos: son vanos y obra digna de risa: en el tiempo de su visita perecerán. No es semejante a estos la parte de Jacob. Porque el que formó todo, él es, e Israel es la vara de su herencia, el Señor de los ejércitos es su nombre. El que hace la tierra con su fortaleza es Dios Padre. Lo hace, sin embargo, con su fortaleza el Señor Salvador. Porque Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Él mismo es también la prudencia, en la cual [o con la cual] extiende el cielo. Porque él dijo y fueron hechas, él mandó y fueron creadas (Sal. XXXII, 9); hablando al Hijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). A su voz da multitud de aguas en el cielo. Porque toda doctrina del Señor fluye de lo celestial, diciendo David: Lluvia voluntaria separarás, Dios, para tu heredad, y se debilitó, pero tú la perfeccionaste. Y eleva o saca las nubes desde los confines de la tierra (Sal. LXVII, 10). Las nubes, a las que Dios mandó que no llovieran sobre Israel (Isa. V), son sacadas desde los extremos de la tierra, de las cuales una nube decía: Porque pienso que Dios nos ha mostrado a los apóstoles como los últimos, destinados a la muerte, porque hemos sido espectáculo para este mundo, y para los ángeles, y para los hombres (I Cor. IV, 9). Convierte los relámpagos en lluvia. Porque cuando la lluvia de doctrinas viene del cielo, y sacia los corazones áridos de los hombres, entonces encontrarás resplandores y claros relámpagos de sabiduría. Y saca los vientos de sus tesoros; en los cuales están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia. Todo hombre se ha vuelto necio por su ciencia. Aunque Pablo, aunque Pedro, aunque Moisés y Abraham sean sabios, en comparación con Dios toda su sabiduría será considerada como nada: de donde también lo necio de Dios es más sabio que los hombres. Todo artífice se ha avergonzado de su escultura, que de su corazón ha forjado ídolos: y es falso lo que ha fundido. Pero si todo hombre es necio por su ciencia; es necio y falso todo lo que ha hecho (I Cor. I). Y no hay espíritu en ellos. Es de notar que en este capítulo, viento y espíritu, son llamados con un solo nombre en hebreo RUA (); llama Espíritu de santificación, que no puede encontrarse en las mentes de los herejes. Son vanos y obra digna de risa. ¿Quién no reirá al ver los ídolos de los herejes? O bien son rústicos lo que se dice, y es madera: o bien están compuestos con hermoso discurso, y se encuentra plata; o ciertamente simulados de su propio sentido, y en vano prometen la imagen de oro. En el tiempo de su visita perecerán. Por un tiempo vale la herejía, para que los elegidos se manifiesten y sean probados. Pero cuando venga la visita de Dios, y su ojo vea las necesidades, todo callará (I Cor. XI). No es semejante a estos la parte de Jacob: de aquellos que suplantaron a los judíos, y diariamente destruyen a los herejes. Pero la parte de los Santos es Dios: de quien el profeta dice: Mi parte es el Señor. Porque el que formó todo, él es (Sal. LXXII, 26): el que hizo todo y plasmó, tanto en el alma como en el cuerpo. E Israel es la vara de su herencia. Todo el que está dirigido en Dios, o percibe a Dios con el sentido, es el cetro de su herencia. Cuyo nombre es el Señor Omnipotente, o de las Virtudes: porque esto significa, el Señor de los ejércitos: lo que en hebreo está escrito, el Señor sabaoth.

(Vers. 17, 18.) Recoge de la tierra tu confusión, que habitas en el asedio; porque así dice el Señor: He aquí que arrojaré lejos a los habitantes de la tierra en esta ocasión, y los atribularé para que sean encontrados. LXX: Ha recogido de fuera su sustancia, que habita en la fortaleza. Porque así dice el Señor: He aquí que suplantaré a los habitantes de esta tierra, y los atribularé, para que sean encontrados. Se ordena a Jerusalén, que todo lo que tiene de sustancia fuera, lo recoja en la ciudad fortificada, y prepare alimentos para un largo asedio. Porque ya no amenaza como antes de un futuro y largo tiempo, sino ya de una cercana cautividad, que está por venir. Recoge, dice, tanto de fuera como de la tierra, esto es, de los campos tu sustancia, o confusión. Porque todo lo que tienes, es digno de confusión: aunque prepares estas cosas, sobre ellas conoce las palabras del Señor. He aquí que en esta ocasión, en este tiempo, arrojaré, o como una honda lanzaré lejos a los habitantes de esta tierra: por lo

cual LXX han interpretado suplantaré y haré caer. Por lo cual la palabra hebrea COLEA (), Aquila y Symmachus han interpretado σφενδονήσω. Y el sentido es: Como una honda con todo ímpetu los arrojaré, y así los haré ser sitiados: y así los atribularé y angustiaré, para que todos se encuentren en la ciudad, y no puedan escapar del mal.

(Vers. 19.) ¡Ay de mí por mi quebrantamiento, mi plaga es pésima! LXX: ¡Ay por tu quebrantamiento, tu plaga es pésima! Según el hebreo, Jerusalén misma habla, que está fuertemente afligida, y sufre una plaga incurable. Según LXX, el Profeta habla a Jerusalén, y la lamenta por su quebrantamiento y su plaga.

Pero yo dije, ciertamente esta es mi debilidad (o mi herida), y la llevaré (o me ha alcanzado). Jerusalén misma habla: todo lo que sufro, lo sufro por mi culpa: entiendo mi herida que me ha alcanzado, o soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra él.

(Vers. 20.) Mi tienda está devastada, todas mis cuerdas están rotas (o todas mis pieles están rasgadas), mis hijos han salido de mí (o mis ovejas), y no están [o no subsisten]: no hay quien extienda más mi tienda (o no hay lugar más para mi tienda) y quien levante mis pieles. Jerusalén lamenta la destrucción de su ciudad tan fácil, que no pienses en muros y murallas completamente derribados, sino en la remoción de una tienda y un campamento. Mi tienda, dice, esto es, mi habitación, ha sido repentinamente quitada. Todas mis cuerdas están rotas. Conserva la metáfora de la tienda, o todas mis pieles están rasgadas. Mis hijos han salido de mí, o mis ovejas, lo que añadido por LXX, no se sostiene según la historia. Porque en un largo asedio, ¿cómo podrían ser llevadas las ovejas y el ganado de Jerusalén, que incluso si hubieran estado, el hambre las habría consumido? Y no, dice, subsisten, o no están. Porque no fueron trasladados a Caldea: sino que gran parte de ellos fue asesinada y completamente destruida. No hay quien extienda más mi tienda: no hay quien me restaure, y ponga los cimientos de mis muros, que han sido derribados hasta el suelo.

(Vers. 21.) Porque los pastores han actuado neciamente, y no buscaron al Señor: por eso no entendieron, y todo su rebaño se dispersó. A través de la metáfora de los pastores y las ovejas, se describe la culpa de los príncipes y la dispersión del pueblo. Porque los príncipes actuaron neciamente, y no buscaron al Señor, a quien debían buscar con todo su corazón: por eso no vieron los males venideros, o no entendieron al Señor, y toda la multitud de Jerusalén se dispersó por todas partes.

(Vers. 22.) Voz de noticia, he aquí que viene, y gran conmoción desde la tierra del norte: para poner las ciudades de Judá en desolación, y morada de dragones (o guarida de avestruces). Y como Symmachus ha interpretado, de sirenas: por lo cual en hebreo está puesto THANNIM (). Palabras del Profeta: He aquí, dice, se oye el sonido y el estruendo del babilonio que viene, y gran conmoción, o terremoto desde la tierra del norte: para que todas las ciudades de Judá, con sus habitantes asesinados, sean reducidas a desolación, y haga habitar en lugar de hombres a los dragones, y a todos los animales venenosos, o avestruces, que también es un animal familiar de la soledad, y nace y se cría en desiertos. O ciertamente podemos entender sirenas, ciertos monstruos y fantasmas de demonios. Todo esto que el discurso pasado y presente ha descrito, lo referimos a los tiempos de persecución de la Iglesia, cuando las tiendas del Señor son derribadas, y toda la habitación de la Iglesia es reducida a desolación. Y para que todo esto venga, es culpa de los pastores, que actuaron neciamente, y no buscaron al Señor, ni lo entendieron, y por eso todo el rebaño se dispersó.

(Vers. 23.) Sé, Señor, que no es del hombre su camino: ni del hombre es, que camine y dirija sus pasos. Que se avergüencen los nuevos predicadores, que dicen, que cada uno es

gobernado por su propio arbitrio: cuando también aquí el Profeta dice: No es del hombre su camino (Sal. XXXVI, 23). Y David canta en un cántico lírico: Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre, y su camino le agrada mucho. O este es el sentido: lo que sufrimos de los babilonios, no es por su fortaleza, sino por nuestro mérito, y por tu indignación.

(Vers. 24, 25.) Corrígeme, Señor, pero con juicio, y no con tu furor; no sea que me reduzcas a nada. Derrama tu indignación sobre las naciones, que no te conocieron, y sobre las provincias (o generaciones) que no invocaron tu nombre, porque devoraron a Jacob, y consumieron su lugar, y su gloria (o pastos) disiparon (o redujeron a desolación). Este lugar también lo leemos en el salmo: Señor, no me reprendas en tu furor: ni me corrijas en tu ira (Sal. VI, 1; XXXVII, 1). Y el sentido es: Merecemos ciertamente todo lo que sufrimos, y merecemos mucho más de lo que padecemos. Sin embargo, esto te ruego, que como padre me corrijas, no como adversario: que me enmiendes como hijo, y no me castigues como enemigo (Hebr. XII); porque castigas a todo hijo que recibes, y por todo dolor y flagelo enmiendas a Jerusalén. Pero los enemigos, que no te conocieron, y las provincias o regiones, que no invocaron tu nombre, no deben sentir tu juicio, sino tu indignación (Sal. LXXXVII). Porque nos entregaste, para que fuéramos corregidos. Pero ellos agravaron su yugo: no perdonaron al anciano, y afligieron a los pequeños: nos comieron, y completamente nos devoraron y redujeron a tal desolación a Jerusalén, que tanto las casas públicas como privadas todas las destruyeron, y a tu pueblo mataron.

(Cap. XI.---Vers. 1-3.) Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor diciendo: Oíd las palabras de este pacto (o testamento), y hablad a los hombres de Judá, y a los habitantes de Jerusalén, y les dirás: Así dice el Señor Dios de Israel. No está puesto en el título, bajo qué tiempo, o bajo qué rey, y en qué año de él, esta profecía fue hecha: pero entendemos, o que esta está unida a la profecía y tiempo anterior, o ciertamente después de algún intervalo de tiempo esta palabra del Señor fue hecha al Profeta. Es de notar, sin embargo, que la palabra BERITH (), Aquila y Symmachus siempre la interpretaron como pacto, LXX y Theodotio como testamento. Pero ahora propiamente el discurso se dirige a Jerusalén y a los hombres de la tribu de Judá.

(Vers. 4.) Maldito el hombre que no escuche las palabras de este pacto, que mandé a vuestros padres: en el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciendo: Oíd mi voz, y haced todo lo que os mando, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Señor [o Dios]. No por privilegios de linaje, no por la injuria de la circuncisión y el ocio del sábado, sino por la obediencia, Dios se convierte en el Dios del pueblo de Israel, e Israel en su pueblo. Y aquí ciertamente habla como a siervos, para que agraden a Dios. En el Evangelio, sin embargo, el Señor a los discípulos: Vosotros, dice, sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV, 14 y 15). Y cuando sean mis amigos, de amigos pasan a hijos: Porque a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Por lo cual a amigos e hijos les manda: Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto (Mat. V, 48); ordenando semejanza, no igualdad. Y allí es la obediencia de los mandamientos, aquí la semejanza de Dios. Y lo que dice: En el día que los saqué de la tierra de Egipto, del horno de hierro, nos da la inteligencia, que el horno y el horno de hierro, y encendido, significa la magnitud de la tribulación y el castigo, no algún lugar de castigo, preparado con materia de hierro.

(Vers. 5.) Para que despierte el juramento, que juré a vuestros padres, que les daría una tierra que fluye leche y miel, como es este día. Los padres parecen recibir, cuando reciben los hijos; y la promesa a Abraham se cumple en los descendientes. Pero la tierra que fluye leche y miel,

debemos entenderla hiperbólicamente por la abundancia de todas las cosas, como es aquello (Virg. Eclog. III): Que les fluyan mieles, y el áspero arbusto lleve amomo. Y de nuevo: Y por todas partes contuvo los ríos de vino. O ciertamente, tropológicamente, entendamos la tierra que fluye leche y miel, como la Iglesia de Cristo, en la cual los pequeños y lactantes somos educados por la fe, para que podamos tomar alimento sólido.

Y respondí y dije: Amén, Señor. Por lo cual los Setenta, Han traducido: Sea, Señor (porque esto significa amén). El Señor había dicho, juré a vuestros padres que les daría una tierra que fluye leche y miel, como hoy se comprueba con los hechos (Éxodo III). El Profeta, amando a su pueblo, anticipa la voz del Señor, y desea que sean verdaderas, y permanezcan para siempre las cosas que han sido dadas. Por eso dice: Verdaderamente, Señor, has cumplido lo que prometiste; o sea, Señor, esto es, que siempre permanezca lo que diste.

(Vers. 6.) Y el Señor me dijo, vocifera (o lee) todas estas palabras en las ciudades de Judá, y fuera de Jerusalén, diciendo: Oíd las palabras de este pacto y hacedlas. El Dios clementísimo frecuentemente predice lo que vendrá, para que finalmente el duro corazón para creer se ablande. Predice tanto en la ciudad de Jerusalén, como fuera en el campo, para que aquellos cuyo peligro es común, tengan el mismo arrepentimiento.

(Vers. 7, 8.) Porque testificando testifiqué a vuestros padres en el día que los saqué de la tierra de Egipto, hasta este día. Levantándome temprano [Vulg. levantándome] testifiqué, y dije: Oíd mi voz; y no escucharon, ni inclinaron su oído, sino que se fueron cada uno en la perversidad de su corazón malo, e hice venir sobre ellos todas las palabras de este pacto, que mandé que hicieran. Hasta aquí en los Setenta no se encuentra, lo que sigue, y no hicieron, ha sido puesto por ellos, y asociado con el final del capítulo anterior, en el cual está escrito: oíd las palabras de este pacto, y hacedlas; y no hicieron. Pero lo que significa levantarse temprano, y frecuentemente inculcarles las palabras de Dios a través de los Profetas, y sacarlos de Egipto, y advertirles muchas veces y decir: oíd mi voz; y ellos se fueron tras la perversidad de su corazón, y después devolverles lo que merecen y recibir, ya lo hemos dicho antes.

(Vers. 9, 10.) Y el Señor me dijo: Se ha encontrado conjuración en los hombres de Judá, y en los habitantes de Jerusalén han vuelto a las iniquidades de sus padres anteriores, que no quisieron escuchar mis palabras. Y estos también se fueron tras dioses ajenos, para servirles. Han invalidado la casa de Israel, y la casa de Judá mi pacto, que hice con sus padres. Por conjuración, que hemos interpretado según Symmachus, Aquila y LXX y Theodotio han traducido συνδεδσμδν, que podemos decir coligación. De donde también Atalía, cuando en el Templo descubrió que se le preparaban insidias, habló con la misma palabra: Conjuración, conjuración (IV Reyes XI, 14). Pero la Escritura usa propiamente esta palabra, cuando no por un pecado fortuito y repentino, sino con insidias preparadas y conjuración, se tiende al delito, y con igual mente y un solo propósito hacen eso, para despreciar los mandamientos de Dios. Y dice que tanto los padres como los hijos con una mente y un mismo propósito, despreciando a Dios, veneraron ídolos, tanto Israel como la casa de Judá, esto es, tanto las diez tribus como las dos, cuyo dominio estaba en Jerusalén, para que aquellos cuyo desprecio de Dios fue uno, sea igual el castigo en soportar la cautividad.

(Vers. 11, 12.) Por lo cual así dice el Señor: He aquí que yo traigo sobre ellos males, de los cuales no podrán salir, y clamarán a mí, y no los escucharé. Y irán las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén, y clamarán a los dioses, a los que liban; y no los salvarán en el tiempo de su aflicción. Dios no escucha en el tiempo de necesidad y angustia: porque ellos tampoco quisieron escuchar la voz del Señor. Lo que también le sucedió a Saúl. Porque

temiendo los ejércitos de los filisteos, no mereció recibir la palabra del Señor, se volvió a la pitonisa, para aprender de los ídolos, lo que con la insistencia de la oración y las lágrimas debió extorsionar del Señor (I Reyes XXI). Por lo cual aprendemos, aunque el Señor no escuche, no debemos cesar, ni recurrir a los demonios, que no pueden ayudar a sus adoradores; sino al auxilio del Señor que pronto se aplaca, y cambia su sentencia, si también aquellos, a quienes se ha enojado, se cambian. Todo lo que ahora se dice, se refiere a la tribu de Judá, y a la ciudad de Jerusalén, a quienes les espera la cautividad.

(Vers. 13.) Según el número de tus ciudades eran tus dioses, Judá, y según el número de las calles de Jerusalén pusiste [pusisteis] altares de confusión para ofrecer libaciones a Baalim. Leamos los libros de los Reyes y de las Crónicas (IV Reyes XXI, II Crónicas XXXIII), y encontraremos que Judá y Jerusalén hicieron cosas mucho peores que Israel, de modo que tantas ciudades tenían, tantas especies de ídolos poseían: y tantas eran las calles y las cabeceras de las vías en la ciudad de Jerusalén, tantas tenían altares para su confusión, en los cuales inmolaban víctimas a los ídolos Baalim.

(Vers. 14.) Tú, pues, no ores por este pueblo, y no tomes para ellos alabanza y oración: porque no escucharé en el tiempo de su clamor hacia mí, en el tiempo de su aflicción. Se le ordena a Jeremías que no quiera interceder ante el Señor por ellos, sobre quienes ya se ha consumado la sentencia: para que no parezca que su oración es débil y no es escuchada por sus propios crímenes. No ores, dice, por ellos, ni tomes alabanza, para que, replicando la clemencia de la historia antigua, con la cual siempre me he compadecido de ellos, y alabando, intentes cambiar mi sentencia. Porque aunque hagas esto, no escucharé a aquellos que se ven obligados a rogarme en tiempo de necesidad. De esto aprendemos que es en vano que alguien ruegue por otro, cuando aquel no merece recibir lo que se ruega a Dios.

(Vers. 15, 16.) ¿Qué es lo que mi amado ha hecho en mi casa con tantos crímenes? ¿Acaso las carnes santas quitarán de ti tus maldades, en las cuales te has gloriado? Olivo fértil, hermoso, fructífero, y espléndido llamó el Señor tu nombre: al sonido de una gran voz se encendió fuego en él, y se quemaron sus ramas. Llama amado y muy querido al pueblo de Judá, que en su Templo colocó y veneró ídolos, y cree que aplaca la ira de Dios si inmola muchas víctimas, y se gloria en la multitud de sacrificios, que no pueden quitar las maldades de los pecados. Compara a Jerusalén, o a todo el pueblo de los judíos, con un olivo hermoso y fructífero, que elevado por la soberbia, no actuó humildemente, ni entendió a su Creador y Señor; sino que, enaltecido por la soberbia y hablando grandemente, fue encendido por el fuego del Señor; de modo que se quemaron y redujeron a nada sus ramas, o sus arbustos, es decir, todo el pueblo fue destruido por la espada de los adversarios. Este sentido también está en otro lugar (Cap. II), donde se dice a Jerusalén: Yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera: ¿cómo te has convertido en amargura de una vid extraña? Cuando se destruyen sus muros, y el jabalí del bosque la devasta, y todas las bestias devoran sus frutos (Salmo LXXVIII), digamos este capítulo a los príncipes de las Iglesias: ¿Qué es lo que mi amado ha hecho en mi casa con tantos crímenes? O ciertamente a los ricos, que, aunque despojan a otros y no quitan las maldades de su corazón, piensan que merecen la clemencia de Dios: ¿Acaso las carnes santas quitarán de ti tus maldades, en las cuales te has gloriado? Pero ahora se recitan públicamente los nombres de los oferentes, y la redención de los pecados se convierte en alabanza: ni recuerdan a aquella viuda en el Evangelio, que al echar dos monedas en el tesoro, superó las ofrendas de todos los ricos (Marcos XII).

(Vers. 17.) Y el Señor de los ejércitos, que te plantó, ha hablado sobre ti el mal, por las maldades de la casa de Israel y de la casa de Judá, que hicieron para provocarme, ofreciendo

libaciones a Baalim. Olivo, dice, fértil, hermoso, fructífero te llamó tu Señor, y te plantó. Pero porque al sonido de una gran voz, descendió sobre ti la llama de Dios, y consumió todas tus ramas, por eso quien te plantó, ahora ha hablado sobre ti el mal: no por la iniquidad de la sentencia, ni por la súbita maldad del discurso; sino por las maldades que hicieron para provocarme, ofreciendo libaciones a Baalim. Y aunque Dios puede hacer lo que quiere, da razones para que no parezca que actúa injustamente, según aquello que está escrito: Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Salmo L, 6).

(Vers. 18 y siguientes.) Pero tú, Señor, me lo mostraste, y lo conocí: tú me mostraste sus intenciones, y yo como un cordero manso, que es llevado al sacrificio, y no sabía que habían tramado planes contra mí. Pongamos madera en su pan, y erradiquémoslo de la tierra de los vivientes, y que no se recuerde más su nombre. Pero tú, Señor de los ejércitos, que juzgas con justicia, y pruebas los riñones y el corazón: vea yo tu venganza sobre ellos: porque a ti he revelado mi causa. Este es el consenso de todas las Iglesias, que bajo la persona de Jeremías, entienden que esto es dicho por Cristo, que el Padre le mostró cómo debía hablar, y le reveló las intenciones de los judíos, y él, como cordero llevado al sacrificio, no abrió su boca, y no conoció, se sobreentiende el pecado; según aquello que dice el apóstol: Quien no conoció pecado, por nosotros se hizo pecado: y dijeron: Pongamos madera en su pan, es decir, la cruz en el cuerpo del Salvador. Él es quien dice: Yo soy el pan que descendió del cielo: y erradiquémoslo, o destruyámoslo de la tierra de los vivientes (Juan VI, 51). Este fue el crimen que tramaron en su mente, para borrar su nombre para siempre. Pero al contrario, según el sacramento del cuerpo asumido, el hijo habla al Padre, e invoca su juicio, mientras alaba la justicia, e invoca a Dios, inspector de los riñones y el corazón, para que él devuelva al pueblo lo que merece, y dice: Vea yo tu venganza sobre ellos, es decir, sobre aquellos que perseveran en el crimen, y no sobre aquellos que se convierten al arrepentimiento. De ellos dice en la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Y revela al Padre y abre su causa: porque sin ningún mérito propio, sino por el crimen del pueblo fue crucificado, diciendo: He aquí viene el príncipe de este mundo, y no encuentra en mí nada (Juan XIV, 30). Los judíos y nuestros judaizantes entienden que esto es dicho por la persona de Jeremías: quien por la profecía de los futuros, y los males inminentes de la cautividad, confirman que sufrió esto por parte del pueblo. Pero no sé cómo pueden aprobar que Jeremías fue crucificado, cuando la Escritura no lo menciona: a menos que hayan pensado en hacerlo, y no lo hicieron.

(Vers. 21 y siguientes.) Por eso dice el Señor a los hombres de Anatot que buscan tu vida, y dicen: No profetizarás en el nombre del Señor, y no morirás en nuestras manos. Por eso dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo visitaré sobre ellos: los jóvenes morirán a espada: sus hijos e hijas morirán de hambre, y no habrá remanente de ellos. Porque traeré el mal sobre los hombres de Anatot, el año de su visita. Esto parece contradecir la sentencia anterior, en la que quisimos aprobar que lo dicho fue por la persona de Cristo, y no por Jeremías, quien propiamente habitaba en el pueblo de Anatot, que está a tres millas de Jerusalén. Pero si entendemos la etimología del pueblo ANATOT (), que se interpreta como obediencia, se mostrará claramente que los hombres de Anatot, que alguna vez obedecieron los mandamientos del Señor, se refieren a todos los judíos, y especialmente a los habitantes de la ciudad de Jerusalén, sobre quienes vino la sentencia final: para que perecieran por los males del asedio, la espada, el hambre y la peste. Pero para liberarnos de toda molestia de interpretación, sigamos la regla: Que todos los Profetas en tipo del Señor Salvador realizaron muchas cosas, y lo que se cumplió en el tiempo presente en Jeremías, esto se profetiza en el futuro sobre el Señor.

LIBRO TERCERO.

El dragón de Lerna, según las fábulas, surgía con muchas serpientes de su cabeza central: y Escila, el monstruo del estrecho siciliano, con rostro de doncella, pero rodeada de perros, desgarraba los naufragios de los desdichados: unido en la misma costa al canto mortal de las Sirenas, que para evitarlas, se dice que Ulises el Homérico cerró sus oídos, y evitó el mal insuperable con prudente consejo. Esto yo deseaba hacer, y declinar la rabia de los herejes, y junto a Ismenia, cantando para mí y los míos, y revolviendo aquello profético: Cuando el pecador se levantó contra mí, enmudecí y callé sobre los bienes (Salmo XXXVIII, 2, 3), el diablo no permitió que yo, contento con la quietud deseada, me dedicara a la explicación de las santas Escrituras, y a transmitir a los hombres el conocimiento de mi lengua, de los hebreos y griegos; sino que actúa día y noche, abiertamente y por insidias, mezclando lo falso con lo verdadero, o mejor dicho, cubriendo todas las mentiras con miel engañosa, para que quien escucha la dulzura de las palabras, no tema el veneno del corazón: promete paz, para ejercer guerras más graves: sonríe, para morder: ofrece la mano, para matar de improviso al simple Abner (II Reyes III). Sin duda esto es lo que también decía el Apóstol: No ignoramos sus astucias (II Cor. II, 11). Aquí calla, en otro lugar acusa: envía al mundo entero cartas primero doradas, ahora maldicientes, e interpreta nuestra paciencia, que viene de la humildad de Cristo, como señal de mala conciencia. Y él mismo, mudo, ladra a través del perro Albino, grande y corpulento, y que puede más bien golpear con los talones que con los dientes. Pues tiene descendencia de la gente escocesa, de la vecindad de los británicos: quien según las fábulas de los poetas, debe ser golpeado con una clava espiritual, como Cerbero, para que con su maestro Plutón, guarde silencio eterno. Pero esto en otro momento. Ahora abordaré el tercer libro de Jeremías, en el cual intentaré, hermano Eusebio, reducir los vastos campos de la explicación a la estrecha senda de los Comentarios.

(Capítulo XII.---Vers. 1 y siguientes.) Justo eres tú, Señor, si disputo contigo (o porque te satisfaré): sin embargo, hablaré de tus juicios. ¿Por qué prospera el camino de los impíos, les va bien a todos los que prevarican y actúan inicuaamente? los plantaste y echaron raíz, prosperan (o engendraron hijos, y dan fruto): tú estás cerca de su boca, y lejos de sus riñones. Esta disputa es contra todos los que actúan inicuaamente, y se comprende brevemente en la sentencia del salmo setenta y dos, en el cual el Profeta dice: ¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los de limpio corazón! Pero en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies, casi resbalaron mis pasos: porque tuve envidia de los pecadores viendo la paz de los pecadores, etc. (Salmo LXXII, 1, 2). Pero se dice propiamente contra los herejes, que aunque sean impíos, su camino prospera; y engendran hijos a quienes han engañado en la herejía: y prevarican, y actúan inicuaamente, de modo que despojan a la Iglesia, y mientras perseveran en la perversidad de su sentencia, se jactan de haber sido plantados por Dios, y de haber echado raíz, engendrado hijos y dado fruto: que aunque repiten a menudo el nombre de Cristo, no tienen a Dios como habitante, según aquello de Isaías: Este pueblo me honra con los labios: pero su corazón está lejos de mí (Isaías XIX, 13).

(Vers. 3.) Y tú, Señor, me conoces: me has visto, y has probado mi corazón contigo. Reúnelos como rebaño para el sacrificio, y santificalos en el día de la matanza. No hay escándalo, dice, en que los impíos, o todos los herejes florezcan por un tiempo: Tú, Señor, me conoces, y me has visto, y has probado mi corazón contigo. ¿A quién conoce así el Padre Dios como a su Hijo? Nadie conoce al Hijo sino el Padre: y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo XI, 17). Aunque, dice, prosperen, aunque engendren hijos, y den fruto los herejes, y tú estés cerca de su boca, y lejos de sus riñones, es decir, de su conciencia: sin embargo, no es pequeña la consolación, que como ganado se engordan para el sacrificio. Reúnelos en la ciudad de Jerusalén, o en sus conciliábulos: para que como víctimas sean sacrificados a la muerte, y entonces sean

santificados, cuando hayan sido degollados por la espada eclesiástica: porque la muerte de los herejes es la salvación de aquellos que habían sido engañados.

(Vers. 4.) ¿Hasta cuándo llorará la tierra, y se secará toda la hierba del campo por la maldad de los que habitan en ella? Se ha consumido el animal y el ave, porque dijeron: No verá nuestros últimos días (o No verá Dios nuestros caminos). Todo lo que sucede en el mundo, ya sea bueno o malo, no ocurre sin providencia ni por casualidad, sino por el juicio de Dios. La tierra ahora es estéril, la hierba se seca. ¿Quieres saber la razón? Las maldades de sus habitantes lo hacen: de modo que los animales sobre la tierra, y las aves del cielo se consumen, porque todas estas cosas fueron creadas para el uso de los hombres: quienes se han levantado en tal blasfemia, que dicen que Dios ignora sus caminos, y no sabe lo que cada uno va a sufrir. Pero lo que dice, ¿hasta cuándo?, significa que la ira de Dios permanece, porque el ánimo de los pecadores no se inclinaba al arrepentimiento.

(Vers. 5.) Si corriendo con los de a pie te cansaste, ¿cómo podrás competir con los caballos? Si en tierra de paz confiaste, ¿qué harás en la soberbia (o en el tumulto) del Jordán? Si, dice, te fatigó la frecuente cautividad de las naciones vecinas, de los moabitas y amonitas, de los filisteos y edomitas: ¿qué harás ante la larga cautividad, que te llevará hasta Caldea? Y compara a los de a pie con los jinetes, porque en verdad, y según la historia, todo persa, y todo caldeo, y los ejércitos de aquellas regiones se enorgullecen de su caballería. Estas naciones, que mencioné antes, debido a la dificultad de los lugares, no son tan aptas para la batalla como para el latrocinio. Y mantiene la metáfora y dice: Si corriendo con los de a pie te cansaste de fatiga, ¿qué harás si quieres igualar tu carrera con los caballos? Y si en tu tierra tuviste alguna confianza, ¿qué harás cuando cruces el Jordán, y soportes sus corrientes?

(Vers. 6.) Porque también tus hermanos y la casa de tu padre han luchado contra ti, y han clamado tras de ti con voz fuerte: no les creas cuando te hablen bien. Tanto, dice, serás cubierto por las gravísimas olas del Jordán, y la multitud de jinetes que vienen de lejos te devastará, que también tus hermanos edomitas, y la casa de tu padre, que nacieron de la estirpe de Lot, Moab y Amón, también ellos en tiempo de necesidad y angustia lucharán contra ti, y se burlarán de ti (Génesis XIX). Por lo cual, ten cuidado de no querer creerles, y de no tener esperanza en la consanguinidad, por la cual te atacarán con mayor odio que los enemigos. Esto también puede aplicarse al Salvador, que sus hermanos, y la casa de su padre lucharon contra él, y clamaron con voz fuerte diciendo: Crucifícalo, crucifícalo: no tenemos otro rey sino César (Juan XIX, 15).

(Vers. 7, 8.) Dejé mi casa, abandoné mi heredad: entregué mi alma amada en manos de sus enemigos. Mi heredad se ha convertido para mí como un león en la selva: dio contra mí su voz, por eso la odié. Quien en el Evangelio dijo: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31). Y de nuevo: Se os dejará vuestra casa desierta (Lucas XIII, 35), aquí también en el Profeta amenaza lo mismo; y lo que va a hacer, dice que ya lo ha hecho. Porque la heredad del Señor es Israel, y la cuerda de su heredad. Pero lo que dice: Entregué mi alma amada en manos de sus enemigos, es aquello de: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). Y la heredad que una vez fue del Señor, el pueblo de los judíos, se convirtió contra él como un león en la selva: cuando con igual voz clamó contra él en la pasión. Y porque dio contra él su voz: por eso la odió, y la rechazó, y la que una vez fue amada y muy querida, ahora se llama odiosa.

(Vers. 9.) ¿Es acaso mi heredad para mí un ave de muchos colores? ¿Es acaso un ave teñida por completo? Venid, congregaos todas las bestias de la tierra: apresuraos a devorar. LXX: ¿Es acaso una cueva de hiena mi heredad para mí? ¿O una cueva alrededor de ella sobre ella?

Id, congregad todas las bestias del campo: y vengan y cómanla. Llama ave de muchos colores, teñida por completo, según la letra, al pavo. Tanta, dice, fue la belleza de Israel, y tantas fueron las virtudes de Jerusalén, que no había nada bueno que no se viera en ella. Porque mi heredad, que una vez fue mía, es decir, el pueblo de Israel, se ha convertido para mí como un león en la selva, y dio contra mí su voz, y la odié con todo odio: por eso venid y congregaos contra ella todas las bestias de la tierra, la multitud de diversas naciones, y devoradla, que no conoció a su Señor. Pero si, como tradujeron los Setenta y otros intérpretes, se lee: ¿Es acaso una cueva de hiena mi heredad para mí?, refirámoslo a la inmundicia de la bestia nocturna, que vive de los cadáveres de los muertos, y suele desenterrar cuerpos de las tumbas, y no hay inmundicia de la que no se alimente. Así es Israel, ofendiendo a su Señor, y entregado a las mordeduras de todas las bestias.

(Vers. 10.) Muchos pastores han destruido [o corrompido] mi viña, han pisoteado [o contaminado] mi parte: han convertido mi porción deseable en un desierto de soledad [o inviable]. La han puesto [o ha sido puesta] en disolución. Que escuchen esto quienes quieren ser príncipes de los pueblos, que no solo por sí mismos, sino también por los rebaños que les han sido confiados, rendirán cuentas en el día del juicio. Porque por ellos la parte del Señor es pisoteada y contaminada, de modo que donde una vez hubo un albergue, ahora es morada de bestias. Otros, sin embargo, no entienden a los prelados del pueblo y sacerdotes, sino a los príncipes de los enemigos, que destruyeron Jerusalén, es decir, la viña del Señor.

(Vers. 11, 12.) Y brilló sobre mí: toda la tierra está desolada por la desolación, porque no hay nadie que reflexione en su corazón. Sobre todos los caminos del desierto vinieron devastadores, porque la espada del Señor devoró desde un extremo de la tierra hasta el otro: no hay paz para toda carne. LXX: Por eso la tierra está disipada por la disolución, y lo demás. Lo que hemos puesto, y brilló sobre mí, según el hebreo se conecta con el versículo anterior, para que el sentido sea: La pusieron en disolución, es decir, mi herencia: Y brilló sobre mí, desprovista de mi ayuda. Según los LXX, Dios habla, diciendo que por Él la tierra está disipada y reducida a soledad, porque no hay nadie que reflexione en su corazón, ni hay paz para toda carne. Pues la sabiduría de la carne es enemiga de Dios; y los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Según el hebreo, toda Judea está desolada porque no hay nadie que reflexione en su corazón sobre Dios, ni queda nadie que pueda escapar. Pues por todos los caminos de la soledad vinieron devastadores, es decir, un ejército hostil, y la espada del Señor devoró de un extremo al otro; ni hubo descanso para los que huían de la ciudad. Por eso se dice: No hay paz para toda carne.

(Vers. 13.) Sembraron trigo, y cosecharon espinas: recibieron herencia, y no les servirá. LXX: Sembrasteis trigo, y cosechasteis espinas: sus clérigos no les servirán. Esperaban cosas mejores, dice, y vinieron las peores: esperaban prosperidad, y sufrieron adversidades: recibieron del Señor abundancia de todas las cosas, que no les servirá. Según los Setenta, todos los herejes siembran como trigo, y cosechan espinas, esperando el Señor que dieran fruto, y no hicieron justicia, sino clamor. Esto se dice también de los eclesiásticos, que con mala conducta desperdician las palabras del Señor y su doctrina. De ellos se dice: Sus clérigos no les servirán. Pues, ¿qué les podrá ayudar el nombre de obispo y presbítero, o el resto del orden eclesiástico, cuando más bien se ven agobiados por sus dignidades, y los poderosos sufren tormentos poderosamente; y cuando más se les ha confiado, tanto más se les exigirá (Sab. VI)?

(Vers. 14, 15.) Seréis confundidos por los frutos (o por vuestra gloria) a causa de la ira del furor del Señor (o por el oprobio ante el Señor). Así dice el Señor contra todos mis vecinos

malvados, que tocan la herencia que distribuí a mi pueblo Israel: He aquí que los arrancaré de su tierra y arrancaré (o expulsaré) la casa de Judá de en medio de ellos. Y cuando los haya arrancado, me volveré (o regresaré) y me apiadaré de ellos, y los haré regresar (o habitar) a cada uno en su herencia, y a cada uno en su tierra. Se dice a aquellos a quienes sus clérigos y el orden eclesiástico no les servirán, que se confundan por su gloria y por el oprobio ante el Señor. Y lo que añade: contra todos mis vecinos malvados, según la letra, los vecinos de la Tierra Santa son los idumeos, los filisteos, Moab y Amón: según la topología, todos los herejes, que bajo el nombre de Cristo son considerados, y son más vecinos que habitantes de la Tierra Santa, que tocan la herencia de Dios y la devastan: se dice de ellos que serán quitados de en medio de la tierra; y la casa de Judá será quitada de en medio de ellos. Que cuando hayan sido arrancados, y liberados de las fauces de los herejes, alcanzarán la misericordia de Dios, y serán devueltos a su herencia y a su tierra.

(Vers. 16, 17.) Y será, si aprenden las vías de mi pueblo, para que juren en mi nombre, vive el Señor: como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, serán edificados en medio de mi pueblo. Pero si no escuchan, arrancaré a esa nación con arranque y destrucción, dice el Señor. Si trasladados de la herejía a la Iglesia, aprenden las vías del pueblo de Dios, y juran en el nombre del Señor, y no en el nombre de los ídolos, que de su corazón inventaron, serán edificados por el Señor, y serán parte de su pueblo. Pero si trasladados a la Iglesia, mantienen los restos de doctrinas perversas, y no escuchan las palabras del Señor, esa nación será arrancada de en medio del pueblo de Dios, con arranque y destrucción perpetua: para que no se les deje lugar alguno para el arrepentimiento. Esto lo vemos a diario, y lo probamos con hechos, que por eso los herejes simulan la verdad de la fe, para engañar a los simples, y no se convierten ellos a la fe, sino que arrastran a los fieles a la infidelidad.

(Cap. XIII.---Vers. 1 seqq.) Así dice el Señor a mí: Ve y adquiere para ti un cinturón (o faja) de lino, y lo pondrás sobre tus lomos, y no lo meterás en agua (o no pasará por agua [Al. saltará]). Y adquirí el cinturón según la palabra del Señor, y lo puse alrededor de mis lomos. Y vino la palabra del Señor a mí por segunda vez, diciendo: Toma el cinturón (o faja) que adquiriste, que está alrededor de tus lomos, y levantándote ve al Éufrates, y escóndelo en una grieta de la roca. Y fui, y lo escondí en el Éufrates, como me había ordenado el Señor. Y sucedió que después de muchos días, el Señor me dijo: Levántate y ve al Éufrates, y toma de allí el cinturón (o faja) que te ordené que escondieras allí. Y fui al Éufrates, y cavé, y tomé el cinturón del lugar donde lo había escondido, y he aquí que el cinturón (o faja) estaba podrido, de modo que no servía para nada. Y vino la palabra del Señor a mí, diciendo: Así dice el Señor: Así haré que se pudra la soberbia (o injuria) de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén, y este pueblo malvado, que no quiere escuchar mis palabras, y caminan en la perversidad (o en la dirección) de su corazón malvado: y se fueron tras dioses ajenos, para servirles y adorarles: y serán como este cinturón, que no sirve para nada. Porque así como el cinturón se adhiere a los lomos del hombre: así adheriré a mí toda la casa de Israel, y toda la casa de Judá, dice el Señor, para que fueran para mí en pueblo, y en nombre y en alabanza, y en gloria, y no escucharon. El cinturón, o faja, que se une a los lomos de Dios, es el pueblo de Israel, que en semejanza de lino fue tomado de la tierra, y sin lavar, no tuvo suavidad ni blancura, y sin embargo por su misericordia se adhirió a Dios. Y cuando pecó, pues este lino y cinturón es racional, fue llevado más allá del Éufrates, es decir, a los asirios, y allí escondido, es decir, absorbido de algún modo por la multitud de grandes e innumerables naciones, y considerado como nada. Pero después de mucho tiempo, el mismo Profeta, en figura de Dios, libera al pueblo de la cautividad. Que no obstante, después del regreso, no cumplió los mandamientos de Dios; sino que siguió a dioses ajenos, y al final incluso puso sus manos sobre el Hijo de Dios, y pereció en perdición eterna. Todo hombre santo es

también el cinturón de Dios, que tomado de la tierra y del barro de la tierra, se une a la compañía de Dios, y de algún modo cubre con mayor diligencia lo que en su Iglesia parece obscuro, y lo rodea, para que no quede expuesto a las mordeduras de gentiles y herejes. Si ese cinturón toca el agua, y cruza las corrientes del Éufrates, de modo que se empape de los humores de la región de Asiria, pierde su antigua fortaleza, y se pudre, y se disuelve. Y aunque vuelva al uso de Dios, no puede tener su antigua belleza, no por la dureza de Dios, sino por su propio vicio: porque no quieren escuchar sus palabras, y caminan en la perversidad de su corazón, o lo que les parece recto, eso hacen. Pero el mismo discurso divino explica por qué puso esta semejanza, diciendo: Porque así como el cinturón se adhiere a los lomos del hombre: así adherí y adherí a mí toda la casa de Israel, y toda la casa de Judá, es decir, las diez y dos tribus, para que fueran para mí en pueblo nombrado y en alabanza y en gloria; y por todo esto no me escucharon, sino que siguieron sus vicios. Tenga cuidado, pues, quien pueda decir: Pero para mí adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28), no sea que por negligencia se separe de sus lomos, y cruce el Éufrates, y sea entregado al poder del rey de Asiria, y no en la roca más sólida, sino en la grieta de una roca corrupta y viciada, es decir, sea ocupado por las inmundicias y vicios de los herejes, y llegue a tal putrefacción, que no pueda volver al uso y al cinturón del Señor.

(Vers. 12 seqq.) Dirás, pues, a ellos (o al pueblo) este discurso. Así dice el Señor Dios de Israel: Toda vasija (o odre) se llenará de vino. Y te dirán: ¿Acaso no sabemos que toda vasija (o odre) se llenará de vino? Y les dirás: Así dice el Señor: He aquí que llenaré a todos los habitantes de esta tierra, y a los reyes que se sientan de la estirpe (o hijos) de David sobre su trono, y a los sacerdotes y profetas y a todos los habitantes de Jerusalén de embriaguez: y los dispersaré, hombre de su hermano, y padres e hijos juntos, dice el Señor: No perdonaré (o no desearé) y no concederé, ni me apiadaré, para no destruirlos. La palabra hebrea NEBEL (); la primera edición de Aquila, vasija; la segunda, el mismo nebel; Symmachus, cráter; LXX, odre; Theodotion, vaso, han interpretado: que todo no se llena de aceite, ni de agua, ni de miel, ni de leche, ni de otra materia líquida cualquiera, sino de vino, y de embriaguez: mostrando que somos un vaso frágil según el Apóstol que dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7); ni puede ser que no se cumpla en nosotros lo que está escrito: Porque no habita en mi carne el bien. Y de nuevo: Porque no hago el bien que quiero: sino el mal que no quiero, eso hago (Rom. VII, 18). Y luego: Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte (Ibid., 19)? Pero con esta embriaguez, por la cual olvidamos los preceptos de Dios, y con vicios y pecados se llena toda la condición humana, dice el Profeta: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2), no en comparación con Dios (como quieren los antiguos y nuevos herejes, y los defensores de los herejes), sino en su conocimiento: Porque el hombre ve en la cara, Dios en el corazón (I Reg. XVI, 7); y lo que a veces nos parece limpio, a sus ojos se descubre sucio: no solo la plebe innoble y vil, sino los reyes de las Iglesias de la estirpe, o hijos de David, que se sientan reclinados con el cuello erguido, y el vientre extendido sobre su trono. También los sacerdotes, el segundo grado en el honor eclesiástico, y los profetas, que parecen tener conocimiento de las Escrituras, y todos los habitantes de Jerusalén, por la variedad de pecados se llenan: o Judá, como añadieron los Setenta. Y cuando estén ebrios, se dispersan de la sociedad de sí mismos, y los padres de los hijos y los hijos de los padres se separan, para que se contaminen con diversas herejías, y bajo el nombre de Cristo se enfrenten entre sí, y luchen contra su madre, que los engendró, la Iglesia. Por eso dice: No los desearé; sino que los odiaré con odio eterno: no perdonaré, y no concederé, ni me apiadaré: no por la crueldad de la sentencia, sino por la verdad del juicio. Porque los que mataron a mis pueblos, ellos mismos perecerán para siempre. Esto también puede entenderse simplemente según la historia, que los reyes, sacerdotes, y profetas, y todo

el pueblo de Jerusalén serán embriagados con el cáliz babilónico, y sepultados en los males de la cautividad.

(Vers. 15.) Escuchad y percibid con los oídos: No os elevéis, porque el Señor ha hablado. Porque antes había dicho, todo odre se llenará de vino: de modo que también los reyes, y sacerdotes, y profetas, y todos los habitantes de Jerusalén se llenen de embriaguez, por eso añade y dice: Escuchad y percibid con los oídos, tanto exteriormente como interiormente, tanto con la mente como con el cuerpo; y no os elevéis por la soberbia, pensando en vuestra fragilidad, y que no hay nadie que, por la calidad del pecado, carezca de esta embriaguez. Por eso se destruye, y se corrompe, y es indigno de la misericordia de Dios, elevándose contra Él por la soberbia.

(Vers. 16, 17.) Dad gloria al Señor vuestro Dios [Al. nuestro] antes de que oscurezca, y antes de que vuestros pies tropiecen en los montes oscuros (o tenebrosos). Esperaréis la luz, y allí habrá sombra de muerte, y serán puestos en tinieblas (o según el hebreo, y la pondrá en sombra de muerte, y en oscuridad). Pero si no escucháis, en secreto llorará vuestra alma [Vulg. mía] a causa de la soberbia (o injuria). A aquellos a quienes el discurso divino había dicho: Escuchad y percibid con los oídos, y no os elevéis, ahora los llama al arrepentimiento, para que antes de ser llevados a Babilonia, y sus pies tropiecen en los montes oscuros, o tenebrosos, den gloria a Dios. Por eso a menudo se dice a los pecadores: Dad gloria a Dios (Sal. LXVII, 35). Que Babilonia, y toda la región de los caldeos, sean llamados montes oscuros, o tenebrosos, lo leemos al principio de la Visión de Isaías contra Babilonia, donde está escrito: Levantad una señal sobre el monte oscuro (Isai XIII, 2), que en hebreo se dice NESEPHA (). Esto, pues, se ordena, para que antes de ser llevados a la cautividad, y sentir los males de la servidumbre, hagan penitencia. Y cuando esperen la luz, se sentarán en tinieblas. Pero si, dice, no queréis escucharme en secreto [Al. escondite], según Aquila, en tinieblas, llorará vuestra alma, o según los Setenta, a causa de vuestra soberbia; para que ni siquiera el gemido y el llanto sean libres, para no ofender los ojos de los vencedores. Podemos también interpretar este lugar así: El Salvador dice: Trabajad mientras es de día: vendrá la noche cuando nadie podrá trabajar más (Juan VI, 27). De este tiempo es también la profecía de Isaías: Porque las estrellas del cielo y Orión, y todo el ornato del cielo no darán luz, y se oscurecerán al salir el sol, y la luna no dará su luz (Isai. 13, 10). Sofonías también está de acuerdo en las mismas palabras, diciendo: Día de tribulación y angustia: día de miseria y perdición: día de tinieblas y torbellino: día de nube y oscuridad (Sofon. I, 15). Antes, pues, de que llegue el tiempo del juicio, y nuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos, es decir, las fortalezas adversarias, que están destinadas a tormentos y sufrimientos, hagamos penitencia, no sea que esperando la luz, seamos envueltos en las tinieblas de la noche; y sepamos que, si no lo hacemos, llorará el alma, ya sea de Dios, o del Profeta, a causa de nuestra soberbia, que no quiere escuchar las palabras de Dios: por eso el Profeta mismo dice:

Llorando llorará Jerusalén (o llorando llorará y el ojo mío derramará lágrima): porque fue capturado el rebaño del Señor (o no puedo disimular mi dolor con gemidos silenciosos). Toda la causa de los sufrimientos es que fue capturado el rebaño del Señor. Digamos a los judíos y a nuestros judaizantes, que solo siguen la historia simple y mortal, que si no escucháis en secreto, es decir, en misterio, o en las tinieblas, que Dios puso como su escondite (Sal. XVII), y según Salomón, para que entiendan la parábola y el discurso oscuro, llorará el alma del Profeta, o de ellos a causa de la soberbia, mientras resisten a Dios con contumacia. Por eso habrá llanto continuo y lágrimas perpetuas: porque fue capturado el rebaño del Señor por el verdadero Nabucodonosor y corrompido.

(Vers. 18, 19.) Di al rey y a la dominadora (o decid al rey y a los poderosos): Humillaos, sentaos, porque ha descendido (o ha sido quitada) de vuestra cabeza la corona de vuestra gloria. Las ciudades del Sur están cerradas, y no hay quien las abra. Toda Judea ha sido trasladada (o todo Judá) con una transmigración (o cautividad) completa. Se ordena al Profeta que hable al rey Jeconías y a su madre, a quien llama señora y dominadora, o reina, para que se humillen y se sienten en el polvo: pues han perdido la dignidad real, y serán entregados al rey de Babilonia. Las ciudades del Sur están cerradas, es decir, la tribu de Judá y Jerusalén, que está vuelta hacia el Sur junto al desierto, y no hay quien las abra, rodeadas de asedio. Toda Judea ha sido trasladada, o todo Judá con una transmigración completa: o ha recibido lo que merecía, y se ha cumplido en ella, como tradujeron los Setenta. Delira en este lugar quien entiende al rey, Cristo, y a los poderosos, los ángeles, o los apóstoles, para que asuman el cuerpo de humildad, y se sienten en el polvo, y pierdan el rey o los poderosos, de su cabeza la corona; y que la gloria de Judá haya sido trasladada, cuando en la pasión se cumplió: Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles, no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno. La palabra hebrea GEBIRA (). Aquila y Symmachus interpretaron dominadora y señora, que los Setenta pensaron que era GEBUROTH (), y dijeron poderosos.

(Vers. 20, 21.) Levantad vuestros ojos, y ved a los que vienen del Norte: ¿dónde está el rebaño que te fue dado, tu ganado ilustre? ¿Qué dirás cuando te visite? Pues tú enseñas [Vulg. enseñaste y educaste, más correctamente] a ellos contra ti, y educas en tu cabeza. Se ordena a los habitantes de Jerusalén que levanten sus ojos, y vean a los caldeos viniendo desde el Norte: y se pregunta a la misma ciudad, y se le dice: ¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu ganado ilustre? ¿Dónde está tu pueblo, que recibiste de Dios, dónde está aquella multitud tan grande e ilustre, que creías que toda la multitud de la provincia estaba congregada en un solo lugar? ¿Qué dirás cuando el Señor te visite con su vara, y te entregue a los enemigos de Babilonia, a quienes, contra ti, o en tu cabeza, o desde el principio tú misma enseñaste, para que a sus auxilios te refugiaras, y sus ídolos siguieras; que bajo la apariencia de tu amistad, aprendieron por qué camino debían venir a ti. Que lo escuche la Iglesia negligente, que ella misma enseña a sus adversarios, cómo pueden capturarla en cautividad espiritual, y desgarrar su rebaño con la crueldad de las bestias.

(Vers. 22.) ¿Acaso no te sobrevendrán dolores como a una mujer de parto? Y si dijeras en tu corazón, ¿por qué me han sobrevenido estas cosas? Por la multitud de tus iniquidades han sido reveladas tus vergüenzas, han sido contaminadas (o deshonradas) tus plantas. Sin que lo sepas, como a una mujer un parto repentino, así te atraparé una cautividad inesperada. Y si quisieras argumentar y preguntar por qué has sido entregada a los enemigos, escucha claramente, que esto te lo ha causado la multitud de tus iniquidades, para que, como a una mujer adúltera, al quitarle las vestiduras, se revele tu ignominia y se muestren públicamente tus fornicaciones. Por lo cual aprendemos que, mientras los pecados sean menores, el Señor actúa pacientemente y espera nuestro arrepentimiento. Pero si queremos añadir pecado sobre pecado y acumular iniquidades, se revelarán nuestras vergüenzas y se mostrarán a todos nuestras plantas, ya sea en este siglo presente o en el futuro. Porque nada hay oculto que no haya de ser revelado (Mat. X): cuando se cumplirá aquello de Daniel: Estos resucitarán para vida eterna, y aquellos para vergüenza y confusión perpetua (Dan. XII, 2).

(Vers. 23.) ¿Puede acaso el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas? Así también vosotros podréis hacer el bien, cuando hayáis aprendido el mal. Este testimonio lo usan contra la Iglesia quienes desean afirmar diversas naturalezas; y dicen que tal es la negrura o la variedad de los pecados, que no pueden pasar al blanco y a la belleza de un solo color: no atendiendo a lo que sigue: Y vosotros podréis [o podéis] hacer el bien cuando hayáis

aprendido el mal. Porque todo lo que se aprende no es de la naturaleza, sino del estudio y de la propia voluntad: que por el excesivo hábito y amor al pecado de algún modo se convierte en naturaleza. Pero lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mat. XIX, y Luc. XVIII): de modo que no parece que el etíope y el leopardo cambien su naturaleza; sino que aquel que obra en el etíope y en el leopardo, como dice el Apóstol: Todo lo puedo en aquel que me fortalece, Cristo (Filip. IV, 13). De donde también en otro lugar: Más que todos ellos he trabajado: no yo, sino la gracia de Dios que está en mí (I Cor. XV, 10). Y: ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. II, 20). Y de nuevo leemos escrito: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Por estas razones no se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas, ni el casto en su castidad, sabiendo que en todas estas cosas está la virtud de Cristo, no de aquellos que se glorían en sus virtudes.

(Vers. 24, 25.) Y los dispersaré como paja que el viento arrastra en el desierto. Esta es tu suerte y la parte de tu medida de mí, dice el Señor (o la parte de tu desobediencia contra mí). Porque por el excesivo hábito de los males no pudieron cambiar su naturaleza, no por defecto del creador, sino por el estudio del crimen arraigado, por eso como paja arrastrada por el viento los dispersaré en la soledad, según lo que está escrito en otro lugar: Como polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4). Y hace una apóstrofe a la misma Jerusalén: que esta es su suerte, y esta la parte que ella misma eligió, una medida colmada y rebosante (Luc. VI), o la parte de su desobediencia, por la cual no quiso someterse a Dios. Porque con la medida con que midiere, se le volverá a medir (Mat. VII).

(Vers. 26.) Porque te olvidaste de mí, y confiaste (o esperaste) en la mentira: por lo cual yo también desnudé (o desnudaré y revelaré) tus muslos, y tus partes traseras contra tu rostro, y aparecerá [Vulg. apareció] tu ignominia, tus adulterios, y tus relinchos, el crimen (o alienación) de tu fornicación: La causa de la dispersión de Jerusalén es que se olvidó de Dios, y confió, o esperó en mentiras. Quien confía en las cosas del mundo, olvidándose de Dios, olvida a Dios. Por lo cual se revelan sus muslos, o sus partes traseras, para que vea su ignominia: y lo que debería estar detrás, se haga delante: y vea lo que hizo, y aparezca su ignominia, no solo a ella, sino también a todos. Tus adulterios, dice, y tus relinchos no solo muestran la lujuria, sino la locura de la lujuria, al modo de las yeguas que ansían el coito, como dice Virgilio (Georg. III, 280, 281): . . . Hipomanes, que con este nombre llaman los pastores, un virus lento destila de la ingle. Roguemos a Jesús que ni en el presente ni en el futuro siglo revele nuestros muslos [o musleras], y nuestras partes traseras, sino que borre todas nuestras iniquidades, y no haga aparecer todos nuestros crímenes.

(Vers. 27.) Sobre las colinas en el campo vi tus abominaciones. ¡Ay de ti, Jerusalén, no serás purificada [o porque no estás purificada] después de mí, hasta cuándo aún? no solo en medio de la ciudad de Jerusalén, sino en toda colina y en todas las regiones vi tus ídolos, por lo cual se le dice: ¡Ay de ti, Jerusalén, porque no estás purificada después de mí, para que, mientras te jactabas de seguir mis huellas, y ventilabas la confesión de mi nombre, sin embargo, nunca fuiste purificada, porque te olvidaste de mí, y esperaste en mentiras. Por lo cual la increpa y le dice, ¿Hasta cuándo aún? y el sentido es, ¿cuánto tiempo te esperaré? ¿cuánto tiempo soportaré? ¿hasta cuándo me olvidarás para siempre, y despreciarás mis preceptos? Fornica en las colinas y en los campos, y nunca se purifica, quien con el cuello erguido por soberbia no se humilla bajo la poderosa mano de Dios, sino que confía en sus crímenes y vicios.

(Cap. XIV.---Vers. 1.) Lo que fue palabra del Señor a Jeremías sobre los discursos de la sequía. Todas las cosas consienten en la ira de Dios. Por lo cual el sol se pone sobre los pecadores al mediodía, y la luna y las estrellas y las demás cosas no dan su luz (Amós VIII).

Y se debe pensar que en el tiempo del asedio no hubo lluvias, para que los sitiados sufrieran la esterilidad del agua. Pues la ciudad se sirve de una sola fuente, la de Siloé, y esta no es perpetua, y hasta el presente día la esterilidad de las lluvias no solo causa escasez de frutos, sino también de bebida.

(Vers. 2 ss.) Lloró Judea [o Judá] y sus puertas cayeron [o quedaron vacías], y se oscurecieron [o se entenebrecieron] sobre la tierra, y el clamor de Jerusalén subió. Sus mayores enviaron a sus menores [o jóvenes] por agua: vinieron a sacar [o a los pozos] y no encontraron agua, trajeron sus vasijas vacías, se confundieron y afligieron [o se avergonzaron], y cubrieron sus cabezas por la devastación de la tierra [o y las obras de la tierra, porque fallaron], porque no vino [o no había] lluvia sobre la tierra: se confundieron los labradores, cubrieron sus cabezas. En tiempo de sequía, cuando la multitud sufre hambre de oír y aprender la palabra de Dios, llora Judea, jactándose de tener antes el culto de Dios, y la confesión de la verdadera fe, y sus puertas o se vacían, o caen, que debemos referir a los sentidos, por los cuales se concibe la disciplina del alma. Entonces todo se oscurece y se envuelve en tinieblas; y ya no reina en Jerusalén la razón y el discurso de la doctrina; sino el clamor y la confusión. También los mayores que deberían ir ellos mismos a sacar las aguas, envían a los jóvenes, en quienes no hay canas de sabiduría, y por eso vienen a los pozos, y no encuentran aguas, que la historia narra que los patriarcas encontraron (Gén. XXVI). Traen sus vasijas vacías, los jóvenes, no porque no hubiera aguas; sino porque ellos no pudieron encontrarlas. Se confundieron, y se afligieron, o se avergonzaron y cubrieron sus cabezas; porque no podían decir con el Apóstol: Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplamos la gloria del Señor (I Cor. III, 18). Por la devastación de la tierra, o y las obras de la tierra fallaron, por las cuales vamos al conocimiento de Dios. Y la causa es evidente: porque no vino, dice, lluvia sobre la tierra. Se mandó, pues, a las nubes que no llovieran sobre ella lluvia (Is. V). También los labradores, de los cuales uno dice, Sois labranza de Dios, edificio de Dios sois (II Cor. III, 9). Y en otro lugar: Somos colaboradores de Dios, cubren su cabeza, y se confunden, entendiéndolo que sin la gracia y ayuda de Dios en vano se esfuerzan.

(Vers. 5, 6.) Porque también la cierva [o las ciervas] en el campo parió [o parieron] y dejó [o dejaron] porque no había hierba. Y los onagros se detuvieron en las rocas, aspiraron el viento como dragones, sus ojos fallaron, porque no había hierba [o heno]. Gran esterilidad, cuando también las ciervas en el campo paren, y dejan sus crías, porque no hay hierba o heno; para que las que con el olor de sus narices extraen a las serpientes de las cavernas, y matan a los animales venenosos, no usen del alimento de la gracia. También los onagros de los cuales está escrito en Job: ¿Quién dejó libre al onagro en el desierto? (Job XXXIX, 5) dejando las llanuras y los campos, se detienen en las rocas, y no pueden correr, y aspiran el viento a semejanza de los dragones, y sus ojos fallan, y no pueden ver la luz clara, privados de los alimentos racionales. Esta sequía ocurre a menudo en las Iglesias, cuando se encuentran ciervos y onagros en los pueblos, y por la escasez de maestros se consumen: hay quienes pueden aprender, y no hay quienes puedan enseñar.

Si nuestras iniquidades respondieran [o resistieran] a nosotros, Señor, hazlo por tu nombre, porque muchas son nuestras aversiones [o nuestros pecados]. A ti hemos pecado, esperanza de Israel: su Salvador en tiempo de tribulación. Si dudamos por qué no descenden las lluvias sobre la tierra, por qué todo se marchita por la sequedad, escuchemos. Nuestras iniquidades nos resistieron; por eso, Señor, no según nuestras obras, sino según tu santo nombre vence nuestras muchas aversiones. A ti hemos pecado, a quien no engañan los secretos del corazón, y te esperamos, que eres la verdadera esperanza y expectativa de Israel: y los salvas en tiempo de tribulación, según lo que está escrito: Al Señor clamé en mi tribulación, y me escuchó (Sal. CXIX, 1). Digamos también nosotros en tiempo de sequía, y escasez de aguas:

A ti hemos pecado, y hemos hecho el mal ante ti (Sal. L), esperamos tu venida, que salvas a Israel, no por su mérito, sino por tu clemencia.

(Vers. 9.) ¿Por qué serás como un colono en la tierra, y como un viajero que se detiene para pasar la noche? ¿por qué serás como un hombre errante, o [Vulg. como] un fuerte, que no puede salvar? LXX: ¿Por qué te has hecho como un extranjero en la tierra, y como un indígena que se desvía para pasar la noche? ¿serás como un hombre dormido, y como un hombre que no puede salvar? Los judíos entienden este lugar así: ¿Por qué te apartas de tu pueblo? y como un viajero por el refrigerio de una hora, no te importa qué hospedaje uses, sino que, a punto de pasar a otros, no salvas a tu pueblo, y abandonas el templo que una vez fue ilustre? Pero los nuestros creen que se dice de la futura dispensación de Cristo, que será peregrino en la tierra, y usará de la tierra como de un hospedaje por poco tiempo, y como un hombre que pasa y fuerte, dejando a Israel, se dirige a la multitud de las naciones; para que de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, del Templo a la Iglesia pase. Pero lo que se dice según los Setenta: ¿Serás como un hombre dormido, y como un hombre que no puede salvar? pone una similitud, y no la realidad, según lo que está escrito; Levántate, ¿por qué duermes, Señor? (Sal. XLIII, 23) no porque el Señor duerma, de quien se dice: No dormitará, ni dormirá el que guarda a Israel (Sal. CXX, 4); sino que a aquellos a quienes abandona les parece dormir. Por lo tanto, en lo que sigue no está escrito: hombre dormido que no puede salvar; sino como hombre, en ambos casos se escribe antropomórficamente.

Pero tú estás en nosotros, Señor, y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros, no nos abandones [o no te olvides de nosotros]. Tú que entre los judíos serás como un extranjero y viajero, y hombre errante, y dejando la antigua morada, habitas en nosotros; y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros (Prov. XXXI), para que seamos llamados cristianos, por eso no nos abandones, y no te olvides de nosotros, a quienes sobre tu futura venida, las bocas de todos los profetas han cantado.

(Vers. 10.) Así dice el Señor a este pueblo, porque amó [o amaron] mover sus pies, y no descansó [o no perdonaron y al Señor no le agradó [o y Dios no se complació en ellos]; ahora recordará sus iniquidades, y visitará sus pecados. Diciendo el pueblo: ¿por qué te has hecho como un extranjero, y viajero y errante, para abandonar tu morada? Responde el Señor al pueblo que una vez fue suyo: ¿Quieres saber la razón? escucha lo que se dice: Porque el pueblo amó mover sus pies, y no los quitó del grillete de los pecados, o no descansó, y no pudo estar de pie: por eso también lo abandoné, y no hay complacencia en él para mí. Quien, pues, ha diferido mucho, y por paciencia no quiso castigar a los pecadores, porque permanecieron en el crimen; recordará sus iniquidades; y como a enfermos, y que no sienten a Dios, visitará sus pecados, para que dejen de pecar. Notemos, sin embargo, en las Escrituras sagradas que siempre se mueven los pies de los pecadores, y a los Santos se les dice con Moisés: Pero tú aquí quédate conmigo (Deut. V, 31). Y en otro lugar está escrito: Alabad, siervos del Señor, que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Sal. CXXXIV, 1, 2).

(Vers. 11, 12.) Y el Señor me dijo: No ores por este pueblo para bien. Cuando ayunen, no escucharé sus oraciones, y si ofrecen holocaustos y víctimas, no las aceptaré: porque con espada, hambre y peste los consumiré. Es necio orar por aquel que ha pecado de muerte, dice Juan: Hay pecado de muerte, no digo que se ruegue por él (Juan V, 16). Toda iniquidad es pecado, y hay pecado que no es de muerte. Los ayunos, y las oraciones, y las víctimas, y los holocaustos son útiles cuando nos apartamos de los vicios, y lloramos los pecados antiguos. Pero si permaneciendo en los crímenes, pensamos que con votos y sacrificios nos redimiremos, erramos gravemente, pensando que Dios es injusto. Porque quien ha sido

destinado a espada, hambre y peste, no puede ser liberado por ninguna oración. Por lo cual también se le dice al Profeta, que no ruegue en vano lo que no puede obtener.

(Vers. 13, 14.) Y dije, ah, ah, ah, Señor Dios, [o que eres, Señor Dios] los profetas les dicen, no veréis espada, y no habrá hambre en vosotros: sino que os dará paz verdadera en este lugar. Y el Señor me dijo: falsamente profetizan los profetas en mi nombre: no los envié, ni les mandé, ni les hablé. Visión mentirosa, y adivinación fraudulenta [Vulg. y fraude], y seducción de su corazón profetizan para vosotros. Oigan esto los maestros, que prometen prosperidad a los pecadores y a los que permanecen en sus vicios, que dicen a los ricos: No veréis la espada de los tormentos de Dios, y no habrá hambre en vosotros. Os saciaréis, pues, con las palabras de Dios; y os dará el Señor paz verdadera en el lugar de la Iglesia, o Jerusalén. Pero lo que dijo, según el hebreo, tres veces ah, ah, ah, respondió a lo anterior [o propio], donde el Señor había amenazado, diciendo: Con espada, y hambre, y peste los consumiré: Porque, pues, los profetas, o más bien los falsos profetas prometieron falsamente: por eso el Señor habló por Jeremías: No escuchéis las palabras de los falsos profetas, que no han sido enviados por mí; sino que vinieron por su propia voluntad. Por lo cual no deben ser llamados profetas, sino adivinos, que hablan seducción al pueblo. Porque es mucho mejor corregir los pecados por el temor de los castigos, que someterse a la sentencia divina con la esperanza de prosperidad.

(Vers. 15, 16.) Por eso dice el Señor sobre los profetas, que profetizan en mi nombre, a quienes no envié, diciendo: No habrá espada ni hambre en esta tierra: con espada y hambre serán consumidos esos profetas. Y el pueblo, al que profetizaron [Vulg. profetizan], será arrojado en las calles de Jerusalén por el hambre y la espada, y no habrá quien los entierre: ellos y sus esposas, sus hijos e hijas, y derramaré sobre ellos su mal [o sus males]. Cuídense los falsos profetas, que prometiendo prosperidad, engañan al pueblo de Dios, no sea que también ellos perezcan, y el pueblo engañado sea destruido con igual muerte, y yacen en las calles de Jerusalén, y pisoteando los mandamientos del Señor, perezcan por hambre y espada, y no haya quien los entierre; ni cubra su ignominia con el polvo del arrepentimiento. Porque también los profetas y el pueblo, sus esposas e hijos e hijas, y toda su generación sin ningún embalsamador [o prometedor] serán estiércol. ¡Cuántos yacen en las calles de Jerusalén! ¡cuántos vemos insepultos recibiendo sus males, que, derramando el Señor, sufren!

(Vers. 17.) Y les dirás esta palabra: Derramen [o derramen vuestros ojos] mis ojos lágrimas [o derramen vuestros ojos lágrimas] día y noche, y no cesen [o no cesen], porque con gran quebranto ha sido quebrantada la virgen hija de mi pueblo, una plaga pésima y muy grave. Este lugar se entiende de dos maneras, o que el mismo Dios llora por su pueblo, y sus ojos no cesan de llorar, o ciertamente ordena que los ojos del pueblo fluyan con lágrimas, y no es leve lo que debe ser llorado; cuando la virgen hija de su pueblo ha sido quebrantada con gran quebranto y golpeada con una plaga intolerable. Otros piensan que esto se dice desde la persona del Profeta.

(Vers. 18.) Si salgo al campo, veo a los muertos por la espada; y si entro en la ciudad, veo a los debilitados por el hambre (o por el dolor del hambre). También el profeta y el sacerdote se han ido a una tierra que no conocían. Justa causa de llanto, porque la virgen ha sido quebrantada, la hija herida, y el pueblo destruido. Pues si, dice, quiero salir, veré a los muertos; si entro en la ciudad, veré a los debilitados y apenas adheridos a sus huesos, por la necesidad del hambre. ¿Y qué maravilla es decir esto del pueblo y de la plebe ignoble? cuando también los profetas y sacerdotes, que profetizaban prosperidad a otros y que debían abrir los mandamientos de la Ley, ellos mismos han ido a una tierra que no conocían y han

soportado el mal del cautiverio. Que escuchen esto nuestros profetas y sacerdotes, que ni dentro ni fuera hay seguridad alguna por su negligencia: que escandalizan a los que están fuera y permiten que los que están dentro mueran de hambre; y que quienes fueron autores del pecado, sean compañeros de los tormentos.

(Vers. 19.) ¿Acaso has rechazado completamente a Judá, o tu alma ha aborrecido a Sion? ¿Por qué entonces nos has herido de tal manera que no hay sanidad? Esperábamos paz, y no hay bien; y tiempo de curación, y he aquí turbación. El profeta se maravilla de que el Señor haya rechazado tan repentinamente a Judá y Jerusalén, el reino de las dos tribus, en el cual estaba la religión de Dios y las ceremonias del Templo; y que haya herido con tal plaga que no se pueda aplicar medicina alguna. Esperábamos, dice, paz y tiempo de curación, y no hay bien; sino al contrario, turbación: de modo que donde antes había culto a Dios y tranquilidad, allí todo se llenó de sediciones y tumulto hostil. Por tanto, si alguna vez nuestra Sion y nuestro Judá son rechazados, y el alma de Dios los aborrece, no nos maravillemos, sino más bien digamos lo que sigue:

(Vers. 20.) Reconocemos, Señor, nuestras impiedades y la iniquidad de nuestros padres, porque hemos pecado contra ti. Y nosotros, dice, y nuestros padres con la misma locura, hemos descuidado los preceptos de Dios: y se ha cumplido en nosotros la medida de nuestros mayores; de modo que lo que les faltaba a ellos, se ha completado con nuestra acumulación. Por eso se dice de Judá: Que la iniquidad de sus padres vuelva a la memoria ante el Señor: y que el pecado de su madre no sea borrado. Que sean siempre contra el Señor: y que se borre de la tierra su memoria (Salmo CVIII, 14).

(Vers. 21.) No nos entregues al oprobio por tu nombre, ni hagas que caiga sobre nosotros la afrenta. Recuerda el trono de tu gloria: no hagas nulo tu pacto con nosotros. No consideremos el trono de la gloria de Dios solo como el Templo de Judea, que a menudo ha sido destruido, sino todo lugar santo, en el cual, según lo que está escrito: Has derribado su trono hasta la tierra, entonces es derribado y destruido, cuando por la multitud de pecados ha ofendido a Dios; pero sin embargo, quien ha perecido por su culpa, es sostenido por la clemencia del Señor, que se transforma en severidad de sentencia, si el Señor hace nulo su pacto, por el cual nos prometió que seríamos salvos.

(Vers. 22.) ¿Acaso hay en los ídolos de las naciones quienes hagan llover, o pueden los cielos dar lluvias? ¿No eres tú, Señor Dios, a quien hemos esperado? Tú has hecho todas estas cosas. Después de muchos y variados discursos, vuelve al título de la profecía, en el cual está escrito: que vino la palabra del Señor a Jeremías sobre las palabras de la sequía. Por tanto, lo que dice es esto: porque las imágenes de los demonios no pueden hacer llover, ni los cielos por sí mismos dar su lluvia: por eso tú, Señor Dios nuestro, a quien siempre hemos esperado, en quien hemos puesto nuestras esperanzas y votos, da tu lluvia. Todo es tuyo; y cualquier bien que haya, sin ti, de quien es, no puede ser dado. Digamos esto también contra los herejes, que no pueden otorgar la lluvia de las doctrinas: y aunque prometan ser cielos, y se gloríen de que está escrito de ellos: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo XVIII, 1): sin embargo, no pueden dar las lluvias de la doctrina. Solo Dios es quien instruye a su pueblo, y otorga las diversidades de gracia a quienes lo esperan.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Y el Señor me dijo: Aunque Moisés y Samuel se presentaran ante mí (o contra mí), mi alma no estaría con este pueblo. Pues leemos que estos resistieron la ira del Señor por el pueblo, y ya impidieron la sentencia inminente. Aunque, dice, ellos se presentaran, ya sea en mi presencia o contra mí, a uno de los cuales Dios dijo: Déjame, y

heriré a este pueblo (Éxodo XXXII, 10): sin embargo, no escucharé: porque los crímenes del pueblo pecador han sido consumados.

Échalos (o envíalos) de mi presencia, y que salgan. Los pecadores no se alejan de Dios por el lugar, sino por la voluntad: aunque leemos que tanto Adán como Caín fueron expulsados de la presencia de Dios (Génesis III y VIII).

(Vers. 2, 3.) Y si te dicen: ¿A dónde iremos? Les dirás: Así dice el Señor. Quien a la muerte, a la muerte; y quien a la espada, a la espada; y quien al hambre, al hambre; y quien al cautiverio, al cautiverio. Y visitaré sobre ellos [o sobre vosotros] cuatro especies, dice el Señor, la espada para matar, y los perros para desgarrar [o ladrar], y las aves del cielo y las bestias de la tierra para devorar y dispersar. Las cuatro plagas a las que fue entregado el pueblo de los judíos, también las demuestra la profecía de Ezequiel, la espada, la pestilencia, el hambre, las bestias y el cautiverio (Ezequiel XIV). Entre las bestias, entiende también a los perros y las aves, a quienes fueron entregados los cuerpos para ser desgarrados, devorados y dispersados. Pues no podía ser que, al ser descuidado el Creador, no se levantara toda la creación contra los pecadores.

(Vers. 4.) Y los entregaré al fervor (o conmoción y angustias) de todos los reinos de la tierra, por causa de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Judá, por todo lo que hizo en Jerusalén. Leemos en el libro de los Días, que Manasés, después del cautiverio y el arrepentimiento, regresó a Jerusalén y reinó (II Crónicas XXXIII). Pero así como los méritos de los santos descienden a los descendientes, como David y otros, así también los crímenes de los pecadores, si los hijos y nietos hacen cosas similares, llegan a los descendientes. Lo que dice: Los entregaré al fervor, o conmoción y angustias de toda la tierra, se cumplió en parte bajo los babilonios, y ahora se cumple en su totalidad, cuando el peor rey, que llenó Jerusalén de sangre de justos de puerta a puerta, fue imitado por el pueblo impío. De esto aprendemos que, por el crimen de los reyes, príncipes y superiores, a menudo los pueblos son destruidos.

(Vers. 5.) ¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿O quién se entristecerá por ti? ¿O quién irá a rogar por tu paz? Pues nadie puede, si Dios está ofendido, rogar por los crímenes de los pecadores; porque ninguna criatura puede ser tan clemente como el Creador, ni tan ajeno a los extraños como el Señor a los suyos.

(Vers. 6.) Tú me has abandonado, dice el Señor: te has ido hacia atrás. Se da la razón por la cual nadie se compadecerá de Jerusalén, ni se entristecerá por ella, ni rogará por su paz: que cuando, según el Apóstol (Filipenses III), olvidando lo que queda atrás, debería extenderse hacia lo que está adelante, al contrario, se ha vuelto hacia atrás, y ha deseado las carnes de Egipto.

Y extenderé mi mano sobre ti, y te destruiré: me he cansado de ser rogado (o rogando): por lo cual los LXX tradujeron: no los dejaré más. La mano extendida es indicio de quien golpea: la destrucción de los pecadores significa la ira consumada. Lo que añade: Me he cansado de ser rogado, o rogando, tiene un doble sentido, que ya Dios ha desfallecido, perdonándoles frecuentemente, y está cansado de siempre llamarlos a la salvación.

(Vers. 7.) Y los dispersaré con un aventador en las puertas de la tierra (o de mi pueblo). He matado y destruido [Vulg. dispersado] a mi pueblo; y sin embargo no se han vuelto de sus caminos. ¿De qué sirve que se me ruegue a menudo, si no se vuelven de sus caminos perversos, ni hacen penitencia? Pues los he dispersado como con un aventador, para limpiar mi era. Y los he dispersado en las puertas de la tierra, para que de algún modo pisen los

umbrales del infierno. Y he matado y destruido a mi pueblo, para que, obligados por la necesidad de los males, eviten los males inminentes.

(Vers. 8.) Se han multiplicado para mí sus viudas más que la arena del mar: he traído sobre ellas al devastador al mediodía: he enviado sobre las ciudades repentinamente el terror. Con diversos remedios desea Dios salvar a los pecadores: para que quienes despreciaron al que halaga, teman al que amenaza. Las viudas se han multiplicado más que la arena del mar, al ser muertos los hombres; las madres, al perder a sus hijos, han sentido al devastador, no en la noche y por emboscadas, sino a plena luz: para mostrar la abierta violencia del adversario más fuerte. He enviado, dice, sobre las ciudades, sin duda de Judá, y del pueblo pecador, repentinamente el terror: para que cuanto más súbito fue el mal, tanto más difícil fuera el escape.

(Vers. 9.) Se ha debilitado (o ha rechazado, o ha quedado vacía) la que dio a luz siete (o muchos); su alma desfalleció: se le ha puesto el sol, cuando aún era de día (o mediodía). Se ha confundido y ha quedado avergonzada: y a sus restantes los entregaré a la espada en presencia de sus enemigos, dice el Señor. A menudo hemos dicho que la palabra hebrea SABA () significa tanto siete, como juramento, o muchos. Por eso hay diversa interpretación: Aquila, los Setenta y Teodoción, traducen siete: Símaco, muchos. La que era rica en hijos, de repente se ha quedado sin ellos, y ha perecido a plena luz, y se ha confundido en su soledad. Pero el resto, dice, del pueblo lo entregaré a la espada: para que nadie escape de la muerte y la ira de Dios. Otros lo refieren a la Sinagoga, que se ha debilitado, para que crezca la multitud de la Iglesia; según lo que está escrito: La estéril ha dado a luz siete, o muchos: y la que tenía muchos hijos, se ha debilitado (I Samuel II, 5). Por eso se le ha puesto el sol de justicia, en cuyas alas hay sanidad (Malaquías IV): y por eso ha sido cubierta de eterna confusión, perdiendo a su pueblo con la espada espiritual.

(Vers. 10.) ¡Ay de mí, madre mía, por qué me has engendrado hombre de contienda (o de juicio), hombre de discordia (o que es juzgado), en toda la tierra? Esto puede entenderse de Jeremías en sentido sinécdoque, que no en todo el orbe, sino en la tierra de Judá ha sido juzgado. Pero verdaderamente se aplica al Salvador, quien dice en el Evangelio: En juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39): de quien está escrito: He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel: y como señal de contradicción (Lucas II, 34). ¿Quién de los filósofos, quién de los gentiles, quién de los herejes no juzga a Cristo, imponiéndole leyes de nacimiento, pasión y resurrección de su sustancia? No es de extrañar que, según la verdad del cuerpo asumido, Cristo diga: ¡Ay de mí, madre mía!; cuando en otro lugar claramente se aplica a su persona lo que se dice: ¡Ay de mí porque he sido hecho como quien recoge paja en la cosecha, y como racimo en la vendimia, no teniendo espiga para comer las primicias (Miqueas VII, 1). Y para que no pensemos que la vileza de los gemidos se refiere al Verbo de Dios, quien es este que llora, inmediatamente sigue: ¡Ay de mí, alma mía; porque ha perecido al volver de la tierra: no porque dividamos las Personas, como hacen los impíos; sino que uno y el mismo Hijo de Dios, ahora según la carne, ahora según el Verbo de Dios, hable.

No he prestado, ni me ha prestado nadie: todos me maldicen. Por lo cual los Setenta: No he sido útil, ni me ha sido útil nadie. Teodoción: no he debido, ni me ha debido nadie. De todos estos, este es el sentido desde la persona de Cristo: Nadie se ha mostrado digno de recibir mis bienes; ni me ha prestado nadie en el cuidado de los santos y pobres, haciéndome deudor suyo. O no he sido útil, ni me ha sido útil nadie; pues nadie ha querido recibir tanto como yo deseaba dar. Ni me ha sido útil nadie; pues la salvación de la criatura es ganancia del Creador. O ciertamente no he debido, ni me ha debido nadie: Nadie me ha dado cuanto

deseaba recibir, ni me ha hecho deudor suyo en algo. Y lo que añade: Ni me ha debido nadie, tiene este sentido: ¿Cómo podría alguien deberme usura, quien no se ha dignado recibir el préstamo? Todos, dice, me maldicen. ¿Quién de los herejes y errantes no maldice a Cristo, creyendo perversamente, y blasfemando aún más perversamente?

(Vers. 11.) Dice el Señor, Si no son tus reliquias para bien: si no he acudido a ti en tiempo de aflicción, y en tiempo de tribulación y angustia contra el enemigo. Estas palabras pueden entenderse también desde la persona de Jeremías, quien fue obligado a profetizar en el peor tiempo, y ya inminente el cautiverio, y a sufrir duramente del pueblo incrédulo. A lo que dijo antes: ¡Ay de mí, madre! ¿por qué me has engendrado hombre que juzga? y soy discernido en toda la tierra y lo demás, responde el Señor: No consideres lo presente, sino lo futuro; pues tus reliquias y tu final serán para bien. De hecho, incluso en el presente, cuando tus enemigos querían oprimirte, estuve contigo, y fuiste protegido por mi auxilio. Esto puede referirse tanto a Jeremías como, según la dispensación de la carne asumida, al Salvador. Por lo que hemos interpretado según el hebreo: Todos me maldicen, hasta el lugar donde está escrito, en tiempo de tribulación contra el enemigo, en la edición Vulgata se encuentra escrito así: Mi fortaleza ha desfalecido en aquellos que me maldicen; sea, Señor, dirigiéndoles a ellos, si no he estado contigo en el tiempo de su aflicción, y en el tiempo de su tribulación, en bien contra el enemigo. Y el sentido es: Mi fortaleza ha desfalecido en aquellos que me maldicen. Pues no entienden mi virtud, que se perfecciona en la debilidad, y cuanto más me maldicen, tanto más mi fortaleza en ellos desfallece. Y el profeta o el Señor añade, y dice: Sea, Señor, dirigiéndoles a ellos, esto es, que me sucedan las maldiciones que hablan los enemigos; y que ellos sean dirigidos a bien, si no en el tiempo de su tribulación y angustia, cuando el enemigo los devastaba y se apresuraba a capturarlos, estuve en tu presencia, y rogué por ellos, y dije: Padre, perdónalos: porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Pero también encontramos a Jeremías a menudo rogando por el pueblo en este libro.

(Vers. 12.) ¿Acaso se unirá el hierro con el hierro del norte: y el bronce? Símaco, ¿Acaso dañará el hierro al hierro del norte, y el bronce? Los LXX y Teodoción, ¿Si conocerá el hierro y el revestimiento de bronce? La causa de la variedad es evidente: pues la palabra JARE (), que está escrita en el presente lugar, por la ambigüedad de la pronunciación significa tanto amistad, como malicia, que si se lee por la letra RES, que es similar a la letra DALETH, significa conocimiento y cognición. Lo que se dice, debe entenderse así: No te aflijas porque el pueblo enemigo es tuyo; pues al anunciar cosas duras, no puede amarte quien es duro. O los babilonios, que vienen del norte, y son hierro durísimo, no podrán unirse en amistad con este pueblo más duro y semejante al bronce indomable. O el hierro durísimo, esto es, el pueblo de Israel indigno del conocimiento de Dios, que ha llegado a tal malicia, que está rodeado de un metal más duro, el bronce.

(Vers. 13, 14.) Tus riquezas y tus tesoros los daré al saqueo, gratis (o sin precio) en todos tus pecados y en todos tus confines. Y traeré a tus enemigos (o te haré servir a tus enemigos) de una tierra que no conoces: porque se ha encendido un fuego en mi furor: sobre vosotros arderá. Toda tu sustancia, dice, la entregaré a tus enemigos sin precio alguno, por los pecados que cometiste en todos tus confines. Por eso traeré a tus enemigos, o te haré servir en la tierra de Caldea: porque mi fuego, que una vez se encendió en mi furor, arderá en ti, y no podrá extinguirse. Pues tú has proporcionado la materia de tu ardor, para que mi fuego consuma en ti lo que hay en ti, madera, heno y paja; y por tanto, no está la causa del ardor en el Señor, sino en aquellos que han proporcionado el combustible para el incendio.

(Vers. 15, 16.) Tú sabes, Señor, acuérdate de mí, y visítame, y protégeme de los que me persiguen. No me tomes en tu paciencia, sabe que he soportado por ti el oprobio. Fueron

halladas tus palabras, y las comí (o de aquellos que rechazan tus palabras, consúmelos). Y tu palabra fue para mí (o será para mí) en gozo y alegría de mi corazón, porque tu nombre fue invocado sobre mí, Señor Dios de los ejércitos. Esto que dijimos, Tú sabes, no se encuentra en los LXX. Feliz es aquella conciencia que soporta el oprobio por Dios. Por eso dice: Fueron halladas tus palabras, que hablaste por mi boca. Y las comí, esto es, se convirtieron en alimento para mí; o según Símaco: Las recibía, para que se convirtieran en alegría para mí, las que antes fueron en oprobio. Por eso también los babilonios confiesan cumplidas las cosas que Jeremías predijo que sucederían: O este es el sentido: Sentí angustias: sufrí miserias del pueblo perseguidor; pero sin embargo me alegré, por haber obedecido tus preceptos: y por tu nombre soporté cosas duras.

(Vers. 17, 18.) No me senté en el consejo de los que se divierten, y me glorié (o temí) ante la mano de tu rostro: solo me senté, porque me llenaste de amargura [Vulg. amenaza]. ¿Por qué se ha vuelto mi dolor perpetuo (o por qué los que me entristecen se fortalecen) y mi herida incurable se niega a sanar (o mi herida es fuerte, de dónde seré curado)? Se ha vuelto para mí como un engaño de aguas infieles (o como agua engañosa que no tiene fe). Los hebreos creen que esto se dice en nombre de Jerusalén: que se sentó sola, y fue llenada de amargura, y su dolor se volvió perpetuo; y como las aguas pasan, así las palabras de los Profetas, que le prometían prosperidad, pasaron engañosamente. Sin embargo, es mejor que aceptemos que esto se dice en nombre del Profeta, en los discursos del hombre santo, que no se sentó en el consejo, o en el secreto de los que se divierten, porque temió la mano de Dios que se le avecinaba: o más bien se gloriaba de no tener compañía con los malvados. Solo, dice, me senté, según lo que está escrito: No me senté con el consejo de la vanidad, y no entraré con los que obran iniquidad. Odié la asamblea de los malignos, y no me sentaré con los impíos (Salmo XXV, 4, 5). Y en otro lugar, Soy solitario, hasta que pase. Ante la mano, dice, de tu rostro, solo me senté (Salmo CXL, 10), mientras te temo, mientras siempre espero tu mano que se avecina sobre mí. No quise sentarme en el consejo de los que se divierten, sino que devoraba mi amargura, para prepararme alegría en el futuro. No tuve intervalos en mi dolor, sino que fui abatido por una miseria continua, de modo que no esperaba remedios. Porque prevalecieron los que me entristecían, y mi herida se volvió fuerte. Pero en esto tuve consuelo, que fue como agua engañosa, y que pasa. Porque así como las aguas que pasan mientras fluyen, parecen y se desvanecen: así también todo el ímpetu de los enemigos, con tu ayuda, ha pasado. Ojalá el Señor nos conceda también a nosotros no sentarnos en el consejo de los que se divierten, y de aquellos que no piensan en el futuro: ni ceder [Al. retroceder] ante las adversidades, sino siempre temer el juicio de Dios, y decir con el Profeta: Solo me senté: porque estoy lleno de amargura. Que se regocije, por tanto, en el tiempo presente, no el consejo de los sabios, sino el secreto y oculto de los que se divierten; que para mí sea bueno adherirme a Dios, poner mi esperanza en Dios, saciarme de oprobios, y esperar el juicio de mi juez: que cuando llegue el fin, mostrará con obras que toda tristeza y amargura ha pasado como aguas que fluyen.

(Vers. 19 y ss.) Por esto dice el Señor: Si te conviertes, te convertiré: y estarás ante mi rostro. Y si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca. Ellos se convertirán a ti, y tú no te convertirás a ellos. Y te haré para este pueblo como un muro de bronce fuerte; y pelearán contra ti, y no prevalecerán, porque yo estoy contigo, para salvarte: y te libraré, dice el Señor. Y te librar[é] de la mano de los malvados, y te redimiré de la mano de los fuertes (o pestilentes). Es evidente que lo anterior no lo dijo Jerusalén, sino el Profeta. A quien el Señor respondió, si conviertes al pueblo de sus pecados, yo también te convertiré de la tribulación a la alegría, y estarás ante mi rostro, como los Ángeles están en la presencia de Dios, viendo diariamente su rostro. Y si separas lo precioso de lo vil, serás como mi boca. No pienses,

dice, que no hay recompensa por la buena obra: si separas a mis santos del número de los pecadores con tus palabras, serás como mi boca, y estarás unido a mis preceptos. Ellos deben ser tus imitadores, y no tú de ellos. Ni temas, y digas: ¿Por qué se ha vuelto mi dolor perpetuo, y mi herida fuerte, o incurable, para que me desespere de poder ser curado? Porque te haré como un muro de bronce y muy fuerte, para que resistas con toda fuerza al adversario; y me tendrás como ayudador y te libraré de la mano de los malvados, o pestilentes, y te redimiré, ya sea con mi sangre, o en el presente con mi ayuda. Consideremos cuánta recompensa tiene la palabra del maestro, si logra liberar a alguien del error, y sacarlo del número de los pecadores.

(Cap. XVI.---Vers. 1 y ss.) Y vino la palabra del Señor a mí, diciendo: No tomes [Vulg. No tomarás] esposa, y no tengas [Vulg. tendrás] hijos e hijas en este lugar. Porque así dice el Señor, sobre los hijos e hijas que nacen en este lugar, y sobre sus madres, que los engendraron, y sobre sus padres, de cuya estirpe nacieron en esta tierra, morirán de muertes de enfermedades [Al. enfermos]: no serán llorados, ni serán sepultados, serán como estiércol sobre la faz de la tierra, y serán consumidos por la espada y el hambre, y sus cadáveres serán alimento para las aves del cielo y las bestias de la tierra. Si en el tiempo de la inminente cautividad se prohíbe al Profeta tomar esposa, para que no tenga tribulación de la carne; y sobre su propio dolor también se atormenta con las miserias de la esposa y los hijos, ¡cuánto más el Apóstol ordena (I Cor. VII), porque el tiempo es corto, y la consumación se avecina, que incluso los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran! De donde es superflua la reprensión del nuevo hereje (Joviniano), que enseñamos que la digamia y la trigamia no descienden de la ley, sino de la indulgencia. Porque una cosa es hacer lo que es bueno en sí mismo, otra cosa es concederlo para que no hagamos cosas peores [Al. hagas]. Porque él mismo da las razones por las que quiere que las jóvenes viudas se casen, añadiendo: Porque algunas de ellas ya se han vuelto atrás tras Satanás (I Tim. V, 15). Al mismo tiempo, el preceptor de la continencia y la castidad perpetua, y blasfemando igual a Dios, alaba los matrimonios triples y cuádruples, que yo no llamaría tanto matrimonios, como consuelos de miserias y la última tabla de los naufragos [Al. naufragios]: a menos que tal vez conceda indulgencia a sus Amazonas, para que hasta la decrepitud experimenten las guerras de las pasiones. La razón por la que el Profeta es impedido de tomar esposa es clara, porque con el asedio cercano, la pestilencia, la espada y el hambre, todos perecerán, y será tal el número de los muertos, que el oficio de sepultura será superado, sino que yacerán como estiércol, para ser desgarrados por las aves y las bestias. Y esto es notable, que languidecer por enfermedades y larga debilidad es ira de Dios. Por eso también Joram, hijo de Josafat, es consumido por la enfermedad (II Par. XXI). Y el Apóstol enseña que enferman y languidecen, y mueren, los que violan lo sagrado (I Cor. XI).

(Vers. 5 y ss.) Porque así dice el Señor: No entres en la casa del banquete, ni vayas a llorar, ni los consueles, porque he quitado mi paz de este pueblo, dice el Señor, la misericordia y las compasiones. Y morirán grandes y pequeños en esta tierra, no serán sepultados, ni serán llorados, y no se cortarán, ni se hará calvicie por ellos. Y no partirán entre ellos pan al que llora para consolarlo sobre el muerto, y no les darán a beber del cáliz para consolarlos sobre su padre y su madre. Y no entrarás en la casa del banquete [Vulg. entrarás], para sentarte con ellos, y comer y beber. El Apóstol ordena que con aquellos que se apartan de Dios, ni siquiera se tome comida (I Cor. V). Y más aún, Ni siquiera digáis ave a tal (II Juan X). Y el Salvador prohíbe a los Apóstoles que saluden a nadie en el camino (Luc. X). Por eso también Eliseo prohíbe a Giezi, que va a sanar al niño, la salutación (IV Reg. IV). Es costumbre llevar alimentos a los que lloran y preparar un banquete, que los griegos llaman *περίδειπνα* y que nuestros vulgares llaman parentales: porque se celebran justas para los padres. Y en otro

lugar la Escritura divina dice: Dad vino a los que están en luto (Prov. XXXI, 6); para que olviden el dolor. Por lo tanto, se ordena al Profeta que no consuele a ninguno del pueblo, que no se mezcle en los banquetes de los enemigos de Dios, que no celebre justas sobre los funerales de los difuntos. Porque una cosa es morir por la ley común de la naturaleza, otra cosa es ser muerto por el juicio de Dios. He quitado, dice, mi paz de este pueblo, y no son dignos de misericordia: y no perdonaré a ninguna edad, sino que grandes y pequeños perecerán por igual, de modo que también carecerán de sepultura. Ni se cortarán, dice, ni se hará calvicie [Al. Hagan] por ellos. Esta fue una costumbre entre los Antiguos, y hasta hoy permanece en algunos de los judíos, que en los lutos se cortan los brazos, y se hacen calvos; lo cual también se lee que hizo Job (Job I y XXII). Por eso se dice al Profeta que no parta pan entre ellos, ni entre a consolarlos por el muerto, ni les dé de beber, ni entre en la casa del banquete, y no se mezcle con aquellos que están preparados para el juicio de Dios. Si esto se dice de los que lloran, ¿qué será de los herejes, cuyo discurso se extiende como cáncer, y diariamente derriban en la Iglesia los funerales de los engañados?

(Vers. 9 y ss.) Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que quitaré de este lugar ante vuestros ojos y en vuestros días la voz de gozo, y la voz de alegría: la voz del esposo, y la voz de la esposa. Y cuando anuncies a este pueblo todas estas palabras, y te digan: ¿Por qué ha hablado el Señor sobre nosotros todo este gran mal? ¿cuál es nuestra iniquidad, y cuál es nuestro pecado, que hemos pecado contra el Señor nuestro Dios? Les dirás: Porque me dejaron vuestros padres, dice el Señor: y se fueron tras dioses ajenos, y les sirvieron, y los adoraron, y me dejaron, y no guardaron mi ley. Pero vosotros habéis obrado peor que vuestros padres. Cuando la Iglesia peca, se quita de ella todo gozo y toda alegría, de la cual el Apóstol dice: Regocijaos: otra vez os digo regocijaos (Filip. IV, 4): La voz del esposo y la voz de la esposa, de quien está escrito: El que tiene la esposa es el esposo (Juan III, 29). Si, dice, el pueblo te pregunta por qué sufre esto, y busca las causas de sus miserias, les responderás: Porque me dejaron vuestros padres, dice el Señor, que os presiden en las Iglesias, y se fueron tras dioses ajenos, cuyo dios es el vientre, y la avaricia y la lujuria, y su gloria en su confusión, y les sirvieron. Porque de quien uno es vencido, de ese es también siervo. Y los adoraron: Porque cada uno adora lo que ama. Y me dejaron, y no guardaron mi ley. Es propio de los sacerdotes, no solo enseñar, sino también hacer la ley: para que no enseñen a los pueblos sujetos a ellos y al rebaño confiado, con palabras, sino con ejemplos. Y para que no digan, la sentencia es injusta: los padres comieron uva agria (Infra, XXXI), y los dientes de los hijos se embotan (Ezequiel XVIII), añade: Pero vosotros habéis obrado peor que vuestros padres; para que sobre aquellos que han pecado peor que sus padres, se traigan justos castigos.

(Vers. 13.) Porque cada uno anda tras la perversidad de su corazón malo, para no escucharme. Y os echaré de esta tierra a una tierra que no conocéis vosotros, ni vuestros padres, y allí serviréis a dioses ajenos día y noche, que no os darán descanso. Una vez abandonados por el Señor, hacen lo que no conviene, para ir tras los deseos de su corazón malo, del cual salen pensamientos malvados (Mateo XV), y por eso son separados de la Iglesia, para ir a una tierra lejana, que ni ellos, ni sus padres conocían antes de pecar, para que allí sirvan a dioses ajenos, que no son dioses, sino que son considerados como tales por el error de quienes los adoran. Pero lo que añadió: Día y noche, muestra la perpetua perseverancia de los pecadores en el crimen, mientras sirven a los vicios en los días, y a la lujuria en las noches. Que no os darán, dice, descanso. Sin duda se refiere a los falsos dioses, de los cuales dijo: Y serviréis allí a dioses ajenos. Por lo tanto, todo lo que pecamos, todo lo que hacemos día y noche, y perpetrarnos de malas obras, es el dominio de los demonios, que

nunca nos dan descanso, sino que siempre nos impulsan a aumentar los delitos, y a hacer un cúmulo de pecados.

(Vers. 14, 15.) Por tanto, he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se dirá más: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; sino, Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra del Norte, y de todas las tierras a las que los eché, y los haré volver a su tierra que di a sus padres. Manifiestamente se predice la futura restauración del pueblo de Israel, y después de la cautividad la misericordia; que según la letra se cumplió en parte bajo Zorobabel y el Sumo Sacerdote Jesúa y Esdras: según la inteligencia espiritual se describe que se cumplirá más verdadera y perfectamente en Cristo. Vendrá, dice, el tiempo cuando ya no se dirá, que el pueblo fue devuelto de Egipto por Moisés y Aarón, sino devuelto de la tierra del Norte, cuando Ciro, rey de los persas, liberó a los cautivos. Y de todas, dice, las tierras: lo cual no se cumplió en tiempos de Ciro, sino que se cumplirá al final, diciendo el Apóstol: Después que haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI, 25, 26). Podemos decir esto también de las persecuciones que le sucedieron a nuestro pueblo desde los días de Nerón, de quien escribe el Apóstol: Y fui librado de la boca del león (I Tim. IV, 17), hasta los tiempos de Maximino, cómo el Señor se compadeció de su pueblo, y los hizo volver a su tierra. Sin duda se refiere a la Iglesia, que dio a sus padres, los Apóstoles y hombres apostólicos.

(Vers. 16 y ss.) He aquí que enviaré muchos pescadores, dice el Señor, y los pescarán. Y después de esto enviaré muchos cazadores, y los cazarán de todo monte, y de todo collado, y de las cavernas de las rocas, porque mis ojos están sobre todos sus caminos. No están ocultos de mi rostro, y no fue oculta su iniquidad de mis ojos. Y primero les devolveré el doble de sus iniquidades y pecados, con los que contaminaron mi tierra con los cadáveres de sus ídolos, y llenaron mi heredad con sus abominaciones. Hay una interpretación diversa de este capítulo. Los judíos creen que se refiere a los caldeos, que se describen bajo el nombre de pescadores, y después a los romanos, que se comparan con cazadores, y que cazaron al pueblo infeliz de los montes, colinas y cavernas de las rocas. Esto dice el Señor que lo hizo: porque miró sus caminos, y les devolvió las iniquidades, con las que contaminaron la tierra, venerando ídolos, y con las abominaciones de los ídolos contaminaron su heredad. Pero los nuestros, más correctamente y mejor, creen que el Profeta profetizó esto sobre el futuro. Porque como dijo antes: Los haré volver a su tierra, que di a sus padres, ahora muestra cómo serán devueltos, que primero enviará a los Apóstoles, a quienes el Salvador dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19). Y después cazadores, que podemos entender como hombres eclesiásticos, o ángeles, que después que llegue el tiempo de la consumación, cazarán a los santos de los montes de las doctrinas excelsas, y de las colinas de las buenas obras, y de las cavernas de las rocas, los Apóstoles y hombres apostólicos. Porque no solo Cristo es la roca, sino que también al apóstol Pedro le concedió que se llamara Roca (I Cor. X, Mateo XVI). En cuyos sentidos descansando, se dice correctamente que son trasladados de la roca. Y muestra que ya sea los Apóstoles, o aquellos que después cazaron, tuvieron pecados, y recibieron el doble de sus iniquidades. Porque el siervo que conoce la voluntad de su señor, y no la hace, será azotado mucho (Lucas XII). Y se debe saber que en hebreo está puesto, primero, y en la edición de los Setenta se omite. Pero cuando dice: Devolveré primero el doble de sus iniquidades, y sus pecados, insinúa que después que reciban el mal, recibirán también el bien. Pero aquellos que después serán trasladados, contaminaron la tierra del Señor con los cadáveres de sus ídolos, y llenaron su heredad con sus abominaciones, para que todo el mundo sea sometido a Dios: y no se conserve por su propio mérito, sino por la misericordia de él. Lo que aquí hemos puesto del hebreo: No están ocultos de mi rostro, no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 19.) Señor, fortaleza mía, y mi fuerza, y mi refugio en el día de la tribulación (o de los males). Toda fortaleza humana, sin la virtud de Dios, que es Cristo, se considera débil y nada. Por eso se debe acudir al Señor, y decir: Señor, refugio has sido para nosotros, de generación en generación (Salmo LXXXIX, 1). Y en otro lugar: El que habita al amparo del Altísimo; morará bajo la protección del Dios del cielo (Salmo XC, 1). El día de la tribulación, o de los males, se debe entender como aquel del que también dice el Apóstol: Para librarnos de este siglo malo presente: Y, Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Gálatas I, 4).

(Vers. 20.) A ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra y dirán: Verdaderamente mentira poseyeron nuestros padres, vanidad que no les aprovechó. LXX: A ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra, y dirán: ¿Cómo poseyeron nuestros padres ídolos falsos, y no hay en ellos utilidad? Después que Israel fue expulsado, y trasladado por los pescadores y cazadores, consecuentemente se llama a la fe a la multitud de las naciones, y confiesa que ellos, o sus padres, estuvieron en el error anterior. Y los que dicen, ¿Cómo poseyeron nuestros padres ídolos falsos, en los cuales no hay utilidad? confiesen que son verdaderas las cosas a las que pasan, y apoyadas en todo auxilio.

¿Acaso hará el hombre dioses para sí, y ellos no son dioses? Y esto lo dicen las naciones [Al. se llaman], que vinieron al Salvador desde los confines de la tierra, ridiculizando la ignorancia tanto suya como de sus mayores, porque pensaron que los dioses podían ser hechos por el hombre, cuando es de Dios hacer hombres.

(Vers. 21.) Por tanto, he aquí que les mostraré en esta ocasión: les mostraré mi mano y mi poder, y sabrán que mi nombre es el Señor. La mano de Dios, por la cual todo fue hecho, y el poder, del cual dijo el Apóstol: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24), se muestra a las naciones, completada la pasión del Hijo. Y dijo bellamente: Les mostraré en esta ocasión: les mostraré claramente, y no como antes, en sombra e imagen, y en profecía de lo futuro, para que después de conocer, sepan mi nombre, y escuchen del Hijo: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII).

(Cap. XVII.---Vers. 1.) El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro en una uña de diamante, grabado sobre la latitud [o altitud] de su corazón (o en el pecho de su corazón), y en los cuernos de sus altares (o aras). De las naciones que se habían convertido al Señor se dijo antes: He aquí que les mostraré en esta ocasión, les mostraré mi mano y mi poder: ahora habla de Israel, que ha sido rechazado: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro en una uña de diamante, y lo demás. No sé por qué fue omitido por los Setenta; a menos que tal vez perdonaron a su pueblo: como también es evidente que lo hicieron en Isaías: Dejad, pues, al hombre cuyo espíritu está en sus narices, porque él es tenido por alto (Isaías II, 22); y muchas cosas de este tipo, que si quisiera enumerarlas todas, no diría en un libro, sino que necesitaría libros. Los pecados de las naciones han sido borrados, porque convertidos al Señor desde los confines de la tierra escucharon aquello: Alabad al Señor, todas las naciones; alabadle, todos los pueblos. Porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece para siempre (Salmo CXVI, 1, 2). Y de quienes dijo a Moisés: Déjame, para que destruya a este pueblo, y te haga a ti una gran nación (Éxodo XXXII, 10). Pero el pecado de Judá es indeleble, y, por así decirlo, de ninguna manera abolible, está escrito con un estilo de hierro en una uña de diamante, que en hebreo se llama SAMIR (); no porque haya alguna uña que se llame Samir; sino porque la piedra de diamante (que recibe este nombre por ser indomable e irrompible) tiene tal brillo y suavidad, que sin ningún impedimento se puede escribir en ella con un estilo de hierro: para que la dura materia del hierro escriba en la más dura tabla de diamante, y lo que está escrito dure para siempre. Pues

ellos mismos dijeron: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII). Por lo cual está grabado o esculpido en los cuernos de sus altares, o de sus aras, para que las obras sacrílegas permanezcan en eterna memoria. Si esto es así, ¿dónde queda lo que una anciana delirante inventa, que el hombre puede estar sin pecado si quiere, y que los mandamientos de Dios son fáciles?

(Vers. 2, 3.) Cuando sus hijos recuerden sus aras, y sus bosques y árboles frondosos en los montes altos, sacrificando en el campo, daré tu fortaleza y todos tus tesoros al saqueo, tus lugares altos por los pecados en todos tus confines. Y serás dejada sola de tu herencia, que te di, y te haré servir a tus enemigos en una tierra que no conoces, porque encendiste fuego en mi furor, que arderá hasta la eternidad. Y esto no se encuentra en los Setenta, por la misma razón que dijimos antes, para que no permaneciera sobre ellos una sentencia eterna. Serás dejada, dice, sola de tu herencia, que te di, y te haré servir a tus enemigos, en una tierra que no conoces, ya sea bajo los babilonios, o, como es más cierto, bajo los romanos. Pues ellos encendieron el fuego y provocaron al Señor clementísimo a la ira: cuyo fuego de su furor arderá eternamente. Me avergüenza la contienda de los nuestros, que acusan la verdad hebrea. Los judíos leen contra sí mismos, y la Iglesia no sabe qué es a su favor. Por lo cual nosotros, que somos hijos de los Apóstoles, recordamos las iniquidades del pueblo anterior, y testificamos que justamente las han padecido. Pero también los lugares altos, que en hebreo se llaman BAMOTH (), pueden ser entendidos contra los herejes, que han puesto en alto su boca, y su lengua ha pasado sobre la tierra. Que han irrumpido en tal locura, que han quedado solos sin la gracia del Espíritu Santo, y han perdido la herencia del Señor, a saber, la verdad de la fe anterior. Por lo cual se les prepara un incendio eterno, y la servidumbre de los demonios, que son enemigos y vengadores.

(Vers. 5, 6.) Así dice el Señor: Maldito el hombre que confía (o tiene esperanza) en el hombre, y pone la carne como su brazo, y su corazón se aparta del Señor. Será como un arbusto en el desierto, y no verá cuando venga el bien; sino que habitará en la sequedad en el desierto, en tierra salina e inhabitable. Si es maldito todo hombre que confía en el hombre, Pablo de Samosata y Fotino, aunque proclamen al Salvador santo y excelso en todas las virtudes, sin embargo, lo confiesen como hombre; por lo tanto, serán malditos los que tienen esperanza en el hombre. Pero si se nos opone que también nosotros creemos en aquel que dice: Ahora buscáis matarme, hombre que os ha hablado la verdad, que oí de Dios, esto no lo hizo Abraham: vosotros hacéis las obras de vuestro padre (Juan VIII, 40): responderemos aquello de los Apóstoles: Y si a Cristo según la carne alguna vez conocimos, ahora ya no lo conocemos. Finalmente, el mismo Apóstol al principio de su Epístola a los Gálatas escribe: Pablo Apóstol no de hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo, y Dios Padre, que lo resucitó de los muertos, y todos los hermanos que están conmigo (Gálatas I, 1, 2). Pues si la muerte fue absorbida en victoria (Oseas 13), ¿por qué no la humildad de la carne, que fue asumida por la salvación humana, ha pasado a la majestad de la divinidad, para que haya hecho de ambos uno; y no adoremos a la criatura, sino al Creador, que es bendito por los siglos? Maldito es, por tanto, no solo el que tiene esperanza en el hombre, sino el que pone la carne como su brazo, es decir, su fortaleza, y todo lo que haga, no lo atribuya a la clemencia del Señor, sino a su propia virtud. Pues quien hace esto, su corazón se aparta del Señor, afirmando que puede lo que no puede. Y será como un arbusto, que en hebreo se llama AROER (), o como lo interpretó Símaco, un árbol infructuoso en soledad. Y no verá cuando vengan los bienes, que verá la multitud de las naciones; sino que habitará en la sequedad en el desierto. Esto se dice del pueblo de los judíos que habitan en el desierto, y no dan fruto, y están en tierra salina, que no da frutos, e inhabitable, que no tiene como huésped a Dios, ni la protección de los ángeles, ni la gracia del Espíritu Santo, ni la enseñanza de los maestros.

(Vers. 7, 8.) Bendito el hombre que confía en el Señor, y el Señor será su esperanza (o confianza): y será como un árbol, que está plantado (o fructífero) junto a las aguas, que extiende sus raíces hacia la humedad, y no temerá cuando venga el calor: y su hoja será verde (o sus ramas frondosas): y en tiempo (o año) de sequía no estará ansioso (o no temerá) ni dejará de dar fruto. Aquello se dijo de los judíos y herejes, que tienen esperanza en el hombre, en su Cristo, a quien no consideran Hijo de Dios, sino un mero hombre que vendrá. Por el contrario, el hombre eclesiástico, que confía en el Señor, escucha aquello: Y sabed que el Señor es Dios (Salmo XCIX, 3). Confía en el Señor, y será comparado a aquel árbol, del cual también se canta en el primer salmo: Y será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae. Sobre las aguas, la gracia del Espíritu Santo, diversas donaciones. Que extiende sus raíces hacia la humedad: para recibir abundancia del Señor. Pero también podemos decir de otra manera, que hemos sido trasladados de la sequedad judía a la gracia eterna del bautismo. Y no, dice, temerá cuando venga el calor, ya sea tiempo de persecución, o día de juicio: Y su hoja será verde, o habrá en él ramas frondosas: para que nunca tema la sequedad, sino que siempre germine la gracia de todas las virtudes. Y cuando venga el tiempo, o año, de sequía, no temerá, cuando el Señor enojado mande a las nubes que no lluevan sobre Israel (Isaías V). Y lo que sigue: ni dejará de dar fruto, podrá explicar aquel lugar que está escrito en Marcos, que el Señor vino a la higuera, y no encontró en ella fruto, porque aún no era tiempo, y la maldijo para que no diera fruto jamás (Marcos XI). Pues quien confía en el Señor, y el Señor es su confianza, incluso en tiempo de sequía judía no temerá; sino que siempre dará fruto, creyendo en aquel que una vez murió por nosotros, y ya no muere (Romanos VI), y dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6).

(Vers. 9, 10.) Perverso es el corazón de todos [o de los hombres], e inescrutable, ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, que escudriño el corazón, y pruebo los riñones, que doy a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus invenciones. LXX: Profundo es el corazón sobre todo, y es hombre, ¿quién lo conocerá? y lo demás de manera similar. La palabra hebrea () ENOS se escribe con cuatro letras, ALEPH y NUN y VAU y SIN. Si se lee ENOS, se dice hombre, pero si ANUS, inescrutable, o desesperado: porque nadie puede encontrar el corazón de los hombres. Símaco interpretó este lugar así: Inescrutable el corazón de todos: pero ¿quién es el hombre que lo encontrará? Algunos de los nuestros, con buena intención, pero no según el conocimiento, suelen usar este lugar contra los judíos, que el Señor y Salvador es hombre según la dispensación de la carne asumida, y nadie puede conocer el misterio de su nacimiento, según aquello que está escrito: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8) sino solo Dios que escudriña los secretos, y da a cada uno según sus obras. Pero es mejor que simplemente entendamos que nadie conoce los secretos de los pensamientos sino solo Dios: pues había dicho antes: Maldito el hombre que tiene esperanza en el hombre. Y por el contrario: Bendito el hombre que confía en el Señor. Por lo cual, para que no pensemos que el juicio de los hombres es seguro, añadió, que casi todos los corazones son perversos, diciendo el Salmista: Líbrame de mis ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo (Salmo XVIII, 13): sin duda de los pensamientos. Y en Génesis: Y viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que toda la imaginación del corazón de ellos era de continuo solo mal (Génesis VI, 5). Y de nuevo: Porque la imaginación y el pensamiento del corazón humano son malos desde su juventud (Génesis VIII, 21). Por lo cual aprendemos que solo Dios conoce los pensamientos de ellos. Pero si se dice del Salvador: Y viendo Jesús sus pensamientos (Lucas IX, 17); y nadie puede ver los pensamientos de ellos, sino solo Dios; por lo tanto, Cristo es Dios, que escudriña los corazones, y prueba los riñones; y da a cada uno según sus obras (Salmo VII).

(Vers. 11.) La perdiz incubó (o reunió) lo que no puso. (Y como lo tradujeron los LXX: Clamó la perdiz, reunió lo que no puso.) Hizo sus riquezas no con juicio. En la mitad de sus días las dejará (o en la mitad de sus días lo dejarán) y al final será insensato. Dicen los escritores de historia natural, tanto de bestias y aves, como de árboles y hierbas (cuyos principales son entre los griegos, Aristóteles y Teofrasto, entre nosotros Plinio el Viejo), que esta es la naturaleza de la perdiz, que roba los huevos de otra perdiz, es decir, ajenos, y los incuba y cuida: y cuando las crías crecen, vuelan de ella, y abandonan al padre ajeno. Así son los ricos de este tipo, que roban lo ajeno, y sin pensar en el juicio de Dios, hacen riquezas no con juicio, que en medio del tiempo dejan, arrebatados por una muerte repentina, cuando se les dice: Necio, esta noche te pedirán tu alma, y lo que has preparado, ¿de quién será? (Lucas XII, 20) y nada más insensato que no prever el final, y considerar lo breve como eterno. Otros, tanto por la historia anterior, como por otra en la que dicen que la perdiz es muy belicosa e impura, hasta el punto de contaminar el alimento, interpretan bajo su nombre al diablo, que ha reunido riquezas ajenas diciendo al Señor: Todo esto te daré, si postrado me adoras (Mateo IV, 9). A quien sus riquezas, que mal había reunido, lo dejarán; y por los Apóstoles se convertirán al Señor: y quien se creía el más prudente, será juzgado por todos como insensato. Y lo que dicen los LXX: Clamó la perdiz, se refiere a la persona de los herejes, que este diablo perdiz clamó por medio de los príncipes de los herejes, y reunió lo que no puso, y reunió para sí una multitud de engañados, que después lo dejarán: y será comprobado como el más insensato por el juicio de todos.

(Vers. 12, 13.) Trono de gloria, altura desde el principio, lugar de nuestra santificación. Esperanza de Israel, Señor, todos los que te abandonan serán confundidos, los que se apartan, serán escritos en la tierra; porque abandonaron la fuente de aguas vivas, el Señor. Abandonada la perdiz por su insensatez, la esperanza de Israel, es decir, del pueblo de Dios y creyente en el Señor, él es quien hizo todo: cuyo trono es glorioso y excelso desde el principio, y lugar de santificación de todos los creyentes, para que el Señor no esté en un lugar, sino que donde él esté, el lugar sea santificado. Por el contrario, los que abandonan al Señor, serán confundidos con confusión perpetua, y los que se apartan, o se desvían de él, serán escritos en la tierra, borrados del libro de los vivientes. Pues así como, quien puede decir con el Apóstol: Pero nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III), está escrito en los celestiales: así quien abandona al Señor, o se desvía de él, será escrito en la tierra con aquellos que piensan en lo terrenal. Y la causa es manifiesta, por qué serán escritos en la tierra: porque abandonaron la fuente de vida el Señor, o la fuente de aguas vivas el Señor, que habla en el Evangelio: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba: el que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él (Juan VII, 37, 38).

(Vers. 14.) Sáname, Señor, y seré sanado: sálvame, y seré salvo: porque tú eres mi alabanza. Muchos médicos en el Evangelio (Mateo IX) habían curado a la hemorroísa, que había perdido toda su sustancia en ellos, y sin embargo, no pudo ser curada por ninguno, sino por aquel que es el verdadero médico, y cuya sanidad está en sus alas. Por lo cual ahora el Profeta, habiendo sufrido oprobios del pueblo, y frecuentemente rodeado de insidias, desea ser curado y salvado por aquel cuya verdadera alabanza, y verdadera medicina es.

(Vers. 15 y siguientes.) He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga. Pero yo no me he turbado siguiendo a ti, pastor (o no me he fatigado siguiéndote), y no he deseado el día del hombre: tú lo sabes. Lo que salió de mis labios, fue recto ante tus ojos (o está ante tu rostro). No seas para mí motivo de temor, mi esperanza tú en el día de la aflicción (o no seas para mí extraño, perdonándome en el día malo). Los que no creen que vendrán las cosas que han sido dichas, hablan al Profeta: ¿Dónde está la palabra del Señor?

Que venga: considerando la disimulación de la sentencia como dilación. Pero a ellos, dice, diciendo estas cosas, yo no me he turbado, ni me he fatigado siguiendo a ti, pastor, o siguiendo tus pasos. Ni he estado contento con este fin, sino que no he deseado el día del hombre, ya sea una vida más larga, o cualquier prosperidad de este siglo. Y llama a él testigo, a quien también como juez: Tú lo sabes. Sigue: Lo que salió de mis labios, fue recto ante tus ojos; para que nunca haya mentido, ni dicho cosas contrarias a la voluntad del Señor. No seas para mí, dice, motivo de temor, mi esperanza en el día de la aflicción. Lo cual es claro según el hebreo. Según lo que los Setenta tradujeron diciendo: No seas para mí extraño, perdonándome en el día malo, el sentido es: No me perdones en este siglo presente, que es malo; sino devuélveme según mis pecados, para que tenga descanso eterno. Pues sé que está escrito: Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo (Hebreos XII, 6). El día malo, o es todo el siglo, o el día del juicio, para aquellos que son atormentados por sus pecados.

(Vers. 18.) Sean confundidos los que me persiguen, y no sea yo confundido. Tiemblen ellos, y no tiemble yo. Trae sobre ellos el día de la aflicción, y con doble quebrantamiento destrúyelos. El Profeta imprecó contra ellos, que le reprochan la palabra del Señor, y dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que venga; para que sean confundidos los que lo persiguen, y se avergüencen y vuelvan a la salvación: para que tiemblen ellos mintiendo, y no él que predice la verdad. Y cuando venga el día de la venganza, con doble quebrantamiento destrúyelos, con hambre y espada.

(Vers. 19, 20.) Esto es lo que dice el Señor a mí: Ve y párate en la puerta (o en las puertas) de los hijos del pueblo: por la cual (o por las cuales) entran y salen los reyes de Judá, en todas las puertas de Jerusalén, y diles; Escuchad la palabra del Señor, reyes de Judá, y todo Judá (o Judea) y todos los habitantes de Jerusalén, que entráis por estas puertas. Porque, dice, desprecian escuchar tus palabras, ni vienen a ti para buscar cuál es la sentencia [o sabiduría] de Dios, tú ve al lugar más concurrido, ya sea la puerta del templo o de la ciudad, por donde entran y salen los reyes y toda la multitud, para que se vean obligados a escuchar, y predica la palabra del Señor a tiempo y a destiempo (I Tim. IV): y que no les quede excusa alguna de que no lo hicieron porque no lo escucharon.

(Vers. 20 y ss.) Esto dice el Señor: Guardad vuestras almas, y no llevéis cargas en el día de sábado, ni las introduzcáis por las puertas de Jerusalén. Y no saquéis cargas de vuestras casas en el día de sábado, y no hagáis ningún trabajo, y santificad el día de sábado, como lo mandé a vuestros padres: Y no escucharon, ni inclinaron su oído, y endurecieron su cerviz (y lo que no está en hebreo, sobre sus padres), para no escucharme, y para no recibir disciplina. Y será, dice, si me escucháis, dice el Señor, para no introducir cargas por las puertas de esta ciudad en el día de sábado: y si santificáis el día de sábado, para no hacer en él ningún trabajo, entrarán por las puertas de esta ciudad reyes y príncipes sentados sobre el trono de David: y subiendo en carros y caballos, ellos y sus príncipes, los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén, y esta ciudad será habitada para siempre. Y vendrán de las ciudades de Judá, y de los alrededores de Jerusalén, y de la tierra de Benjamín, y de las llanuras, y de las montañas [o montuosas], y del sur, trayendo holocausto y víctimas [o incienso] y sacrificio [o maná] e incienso, y traerán ofrenda [o alabanza] a la casa del Señor. Pero si no me escucháis, para santificar el día de sábado, y no lleváis carga, y no la introducís por las puertas de Jerusalén en el día de sábado, encenderé fuego en sus puertas, y devorará las casas de Jerusalén, y no se apagará. Para no desgarrar en vano el mandamiento del sábado restaurado por Jeremías, he decidido ponerlo todo, para que conozcamos todo a la vez. Guarda su alma quien no lleva las cargas de los pecados en el día de descanso y sábado: ni las introduce por las puertas de

Jerusalén, que debemos entender como virtudes. Y no saquéis, dice, cargas de vuestras casas. No deben ser llevadas, sino completamente desechadas. Y no hagáis ningún trabajo, ya sea servil, o aquel del que está escrito: La comida es para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquella (I Cor. VI, 13); sino aquel trabajo que debe hacerse, del que habla el Salvador; Trabajad por el alimento que no perece (Juan VI, 27). Santificad, dice, el día de sábado, para que llevemos toda nuestra vida en santificación, como lo hicieron nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob. Y cuando Dios mandó estas cosas, no inclinaron su oído, ciertamente de la mente, no de la carne; sino que endurecieron su cerviz, rechazando el yugo de la Ley, y por metáfora teniendo semejanza con animales indomables. Veamos cuál es la recompensa de aquellos que no llevan cargas en el día de sábado, y lo santifican. Entrarán, dice, por las puertas de esta ciudad reyes, cuyo corazón está en la mano de Dios, y que reinan sobre sus cuerpos (Prov. XXI), y príncipes sentados sobre el trono de David, para imitar el ejemplo de Cristo, y subiendo en carros y caballos, de los cuales está escrito; Los carros de Dios son decenas de miles, miles de miles de los que se alegran, el Señor está en ellos en Sinaí en el santuario (Sal. LXVII, 18). Y en otro lugar: Tu cabalgadura es salvación (Habac. III, 8). Todo hombre que confiesa a Dios, y que habita en Jerusalén, de la cual se ha dicho: En Salem [o Jerusalén], es decir, en paz, está su lugar, y su morada en Sion (Sal. LXXV, 2), y la Iglesia de Dios será habitada para siempre. Vendrán de las ciudades de Judá, y de los alrededores de Jerusalén, de las que ya hemos hablado, y de la tierra de Benjamín, que es hijo de la virtud y de la derecha, y de las llanuras, que en hebreo se dice SEPHELA (), y significa la comprensión llana de la historia, y de las montañas, es decir, de los dogmas elevados, y del Sur, de donde está escrito: Dios vendrá del Sur (Habac. III, 3). De donde el calor y la plena luz, y donde todo frío es expulsado: Trayendo, dice, holocaustos, consagrándose a Dios, y la víctima, o incienso, para decir: Sacrificio a Dios es un espíritu contrito (Sal. L, 19). Y, somos buen olor de Cristo en todo lugar (I Cor. II, 15). Y en otro lugar: Que mi oración sea dirigida como incienso ante ti (Sal. CXL, 2). Y sacrificio, por el cual los Setenta pusieron la misma palabra hebrea MANAA (), que por pésima costumbre, o más bien por negligencia de los escribas, se lee como maná en nuestros textos. Y el incienso, del cual está escrito: ¿Por qué me traéis incienso de Saba? (Jer. VI, 20). Y traerán ofrenda, que en hebreo se dice THODA (), y puede traducirse como acción de gracias, y que los Setenta tradujeron como alabanza. En la casa de David, sin duda en la Iglesia. Estas son las recompensas de aquellos que santifican el sábado, y no están agobiados por ninguna carga. Pero si no escucháis mis mandamientos, y hacéis lo que he mandado que no se haga: Encenderé fuego en sus puertas, es decir, de Jerusalén, aquel del que se dice: Todos los adúlteros son como un horno, sus corazones (Ose. VII, 4): que devora las casas, o barrios de Jerusalén, que los Setenta tradujeron como ἄμφοδα, Aquila y Símaco como βάρεις, es decir, casas con torres, y se llaman en hebreo ARMANOTH (). Y este incendio nunca se extinguirá, dice el Apóstol: La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará (I Cor. III, 13). Y de nuevo: Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (Ibid., 15). Pero si nuestros judaizantes rechazan la explicación topológica, o se verán obligados a ser judíos, y con la observancia del sábado circuncidar el prepucio, o ciertamente reprender al Salvador, que mandó al paralítico en sábado que llevara su lecho, diciendo el Evangelista: Por eso los judíos buscaban más matarlo, no solo porque quebrantaba el sábado, sino también porque decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Juan V, 18).

LIBRO CUARTO.

965-966 Siempre el diablo acecha la buena obra [Quizás envidia] y en todas partes pone trampas a los que caminan, narrando el Profeta sobre las insidias de sus secuaces: Junto al

camino pusieron tropiezo para mí (Sal. CXXXIX, 6), y el Evangelio (Mat. XIII, Marc. IV y Luc. VIII) instruyendo más plenamente sobre esto mismo, que las aves del cielo arrebatan y dispersan las semillas echadas [o arrojadas] junto al camino. ¿Por qué he usado este principio, hermano Eusebio, el siguiente discurso lo mostrará. Ocupado con las multitudes que confluyen de todo el orbe, y con los cuidados de los Santos Hermanos y del monasterio, dictaba los Comentarios sobre Jeremías en intervalos; para que lo que faltaba de ocio, sobrara de diligencia; cuando de repente la herejía de Pitágoras y Zenón, de la ἀπαθείας, y ἀναμαρτησίας, es decir, de la impasibilidad e impecabilidad, que en otro tiempo fue estrangulada en Orígenes, y hace poco en sus discípulos Grunnio, Evagrio Póntico, y Joviniano, comenzó a revivir, y no solo en las partes de Occidente, sino también en las de Oriente a silbar, y en algunas islas, especialmente en Sicilia y Rodas, a manchar a muchos, y a crecer día a día, mientras enseñan en secreto, y públicamente 967-968 lo niegan. A lo cual, después de mucho tiempo de silencio y devorando el dolor en silencio, fui obligado a responder por la insistente demanda de los hermanos: sin embargo, hasta ahora no he irrumpido en poner los nombres de los autores, prefiriendo que se corrijan a que se infamen [o imiten]. Pues no soy enemigo de los hombres, sino del error: quienes para devolverme la misma moneda y golpearme con el dolor [o sudor] genuino de ellos, componiendo las viejas calumnias de sus maestros, se han demostrado tan elocuentes [o bilingües] y miserables, que ni siquiera pudieron maldecir con sus propias palabras. Cuyas lamentaciones fueron refutadas en aquel tiempo con libros publicados contra ellos, que quienes deseen leer, verán claramente que son perros mudos según Isaías, que no saben ladrar: teniendo ciertamente la voluntad y la rabia de mentir, pero no teniendo el arte de fingir y ladrar (Isa. LVI). A quienes hablaré brevemente: O son buenas las cosas que enseñáis, o malas. Si son buenas, defendedlas libremente: si son malas, ¿por qué en secreto matáis a los miserables con error, y arrojáis la exposición de la fe recta para engañar a los simples? que si es verdadera, ¿por qué se oculta? si es falsa, ¿por qué se escribe? Pregunto, ¿cuál es esta locura? Mandando el apóstol (I Ped. III), que estemos preparados para dar razón a todo el que nos pida de la esperanza que hay en nosotros, y clamando el Profeta: Hablaba de [o en] tus testimonios ante los reyes, y no me avergonzaba (Sal. CXVIII, 46), estos huyen del público, y susurran en los rincones de los perdidos, y se duelen como por los suyos, lo que temen confesar como suyo. Y cuando hemos hablado en general contra los vicios y los herejes, se quejan de ser atacados; y pronuncian el mal de la conciencia con indignación disimulada por mucho tiempo. Que si debemos evitar parecer que dañamos la antigua relación, si cortamos con espada espiritual la herejía más soberbia, entonces debemos soportar las cruces de la fe traicionada, y decir con el Profeta: Me he vuelto en miseria, mientras se me clava una espina (Sal. XXXI, 4). Más bien, escuchen aquello del Apóstol: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hech. V, 29; Gal. I). Y de nuevo: Si agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo. Pero estas cosas las trataremos más plenamente en una obra propia, si no callan. Ahora sigamos el camino comenzado en Jeremías, y recorriendo brevemente el cuarto volumen sobre él, nos detengamos solo en lo que sea oscuro.

(Cap. XVIII.---Vers. 1 y ss.) La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Levántate y desciende a la casa del alfarero, y allí escucharás mis palabras. Y descendí a la casa del alfarero, y he aquí que él hacía su obra sobre la rueda [o piedras]. Y se deshizo el vaso que él hacía de barro con sus manos. Y vuelto [o de nuevo] hizo otro vaso, como le pareció bien a sus ojos hacerlo. Y vino la palabra del Señor a mí, diciendo: ¿Acaso no puedo hacer con vosotros como este alfarero, casa de Israel? dice el Señor. He aquí, como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, casa de Israel. De repente [o en resumen] hablaré contra una nación y contra un reino, para arrancar [o quitar] y destruir, y dispersar. Si esa nación se arrepiente de su maldad que hablé contra ella, también yo me

arrepentiré del mal que pensé hacerle. Y de repente [o en resumen] hablaré de una nación y un reino, para edificar y plantar. Si hace el mal ante mis ojos, para no escuchar mi voz, me arrepentiré del bien que hablé para hacerle. Aunque por todos los sentidos se llega al juicio y entendimiento del alma, oído, olfato, gusto, tacto, pero más se retiene en la mente lo que se ve con los ojos. Por eso se ordena al Profeta ir a la casa del alfarero, y allí escuchar los mandamientos del Señor. Y cuando, dice, fui y descendí a la casa del alfarero, él hacía su obra sobre la rueda, que los Setenta, seducidos por la ambigüedad de la palabra, tradujeron como piedras, ABANIM () según la calidad del lugar y la diversidad de la pronunciación, se llama tanto herramienta, es decir, rueda del alfarero, como piedras. Y cuando, dice, veía que se hacía un vaso de barro, de repente se deshizo, esto por la providencia de Dios, para que la mano del artesano, sin saberlo, figurara una parábola con su error. Y de nuevo aquel alfarero, que había perdido el vaso de barro, hizo otro como le pareció. Y enseguida el Señor al Profeta: Si el alfarero tiene este poder, para hacer de nuevo del mismo barro lo que se había deshecho: ¿no podré yo hacer esto en vosotros, que en cuanto a vosotros, parecéis haber perecido? Y para significar el libre albedrío, dice que anuncia tanto males a esa nación y reino, como a aquel; y de nuevo bienes: y sin embargo, esto no sucede como él predijo; sino que sucede lo contrario, para que también los bienes sucedan a los malos, si se arrepienten, y los males a los buenos, si después de las promesas se vuelven a los pecados. Y esto decimos, no porque Dios ignore que esto o aquello, la nación o el reino, hará, sino porque deja al hombre a su voluntad, para que reciba premios o castigos por su voluntad y mérito. Y no será inmediatamente todo del hombre lo que suceda; sino de su gracia que todo lo ha otorgado: así debe reservarse la libertad del albedrío, para que en todo sobresalga la gracia del dador; según aquello profético: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila [o vigila] el que la guarda (Sal. CXXVI, 1, 2). No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX).

(Vers. 11-13.) Ahora pues, di al hombre de Judá, y al habitante [Mss. habitantes, más correctamente] de Jerusalén, diciendo, Esto [o así] dice el Señor: He aquí que yo formo contra vosotros un mal y pienso contra vosotros un pensamiento: vuélvase cada uno de su mal camino, y enderezad vuestros caminos y vuestros estudios. Que dijeron, hemos desesperado [o nos fortaleceremos], pues seguiremos tras nuestros pensamientos, y cada uno hará la maldad [o lo que le plazca] de su corazón malo [o lo que plazca a su corazón malo]. Por eso dice el Señor: Preguntad a las naciones, ¿quién ha oído tales cosas horribles, que ha hecho en exceso la virgen Israel? El Señor completa la parábola que había enseñado tanto con palabras como con visión, y dice: He aquí que yo formo contra vosotros un mal, como el alfarero el barro: el mal según Isaías que dice: Haciendo paz, y creando mal (Isa. XLV, 7). No porque sea malo en sí mismo, sino porque a los que lo padecen les parece mal. Y pienso contra vosotros un pensamiento, es decir, infligir sentencia por mérito. Cambiad las obras, y enderezad vuestros caminos, para que también el castigo se cambie por prosperidad. Que, dice, dijeron lo contrario: Nos fortaleceremos, en malas obras, o según Aquila, hemos desesperado, y según Símaco, hemos desfallecido, lo cual ofende a Dios; para que no piense que puede salvarse, o que ha desfallecido en ánimo para aplacar a Dios. Y tras nuestros pensamientos, dice, iremos. ¿Dónde está entonces el poder del libre albedrío sin la gracia de Dios, y el juicio de la propia voluntad, cuando es una gran ofensa a Dios seguir sus pensamientos y hacer la voluntad de un corazón malo? Por eso añade, diciendo: Preguntad a las naciones, y a todas las naciones alrededor, ¿quién ha hecho, quién ha oído sirviendo a ídolos, lo que ha hecho en exceso la virgen Israel? Llama virgen, porque ha servido a un solo Dios, diciendo el Profeta: Conocido es Dios en Judá, en Israel grande es su nombre (Sal. LXXV, 2).

(Vers. 14.) ¿Acaso faltará de la roca del campo la nieve del Líbano: o podrán ser arrancadas las aguas que brotan, frías y fluyentes? LXX: ¿Acaso faltarán de la roca los pechos, o la nieve del Líbano, o declinará el agua violentamente llevada por el viento? Algo similar suena aquello de Virgilio (Eclog. I, 60 ss.): Antes que los ciervos pasten en el aire, Y los mares dejen desnudos en la orilla a los peces, Que de nuestro pecho se borre su rostro. Y en otro lugar (Eneida I, 611 ss.): Mientras los ríos corran al mar, mientras las sombras en las montañas Recorran, mientras el cielo alimente las estrellas, Siempre el honor y el nombre tuyo y tus alabanzas permanecerán. Como, dice, la nieve de las cumbres del Líbano no puede faltar; ni por ningún ardor del sol se derrite toda, y los ríos que fluyen de las montañas no se secan en las fuentes: así mi nombre, que por sí mismo es estable y perpetuo, no podrá ser cambiado, y sin embargo, mientras las demás cosas mantienen el orden de la naturaleza, mi pueblo se ha olvidado de mí. Pues sigue:

(Vers. 15.) Porque mi pueblo se ha olvidado de mí, libando en vano e hiriendo en sus caminos, en las sendas del siglo [o eternas] para que caminaran por ellas en un camino no trillado. Quien olvida a Dios, y lo abandona, que dice: Yo soy el camino (Juan XIV, 6); y liba a dioses ajenos, tropieza en sus caminos, no en los de Dios, sino en los suyos, y abandona las sendas antiguas y eternas que están trilladas por las huellas de todos los santos que adoran a Dios. Estos caminaron en un camino no trillado, y dejando el culto a Dios, veneraron ídolos, por lo cual se inflige el castigo que sigue:

(Vers. 16.) Para que su tierra se convierta en desolación, y en un silbido eterno, todo el que pase por ella, se asombrará y moverá su cabeza. Y porque abandonaron, dice, el culto a Dios, y siguieron las sendas perversas de la idolatría; por eso su tierra ha sido reducida a soledad y a maravilla de todos y a silbido, de modo que quienes vieron la tierra y la ciudad floreciente, ahora en desierto y ceniza colapsada, se asombran y se quedan atónitos, y la confusión del alma la indican con el gesto del cuerpo: esto es mover la cabeza, y demostrar el estupor de la mente con el silencio. Lo que entendemos más plena y correctamente que se ha cumplido después de la venida del Señor, cuando a ningún judío se le permite por ley entrar en la tierra y la Ciudad Santa; sino que cuando vienen a lamentarse, se asombran y lloran las profecías de los Profetas, cumplidas en obra.

(Vers. 17.) Como viento abrasador los dispersaré ante el enemigo, mostraré la espalda y no el rostro en el día de su perdición. Hasta hoy, la sentencia de Dios permanece sobre los judíos. Están dispersos por todo el mundo ante el enemigo, el diablo, o los enemigos, los demonios; y aunque día y noche en las sinagogas de Satanás invoquen el nombre de Dios, Él les muestra la espalda y no su rostro, para que entiendan que siempre se aleja de ellos y nunca se acerca. El día de la perdición judía es todo el tiempo después de la pasión del Salvador, hasta el fin del mundo: para que, después de que haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel sea salvo (Rom. XI).

(Vers. 18.) Y dijeron: Venid y pensemos contra Jeremías pensamientos, pues no perecerá la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del profeta. Venid y golpeémoslo con la lengua, y no atendamos a todos sus discursos. Este pensamiento fue entonces de los judíos contra Jeremías, o el Señor Salvador, y hoy es de los herejes contra sus siervos, para que levanten calumnias y prevengan a los hombres santos con acusaciones, sin pensar en lo que ellos dicen de verdad, sino en lo que ellos mismos traman de mentira; pues presumen que en sus sacerdotes, sabios y falsos profetas, la ley, el consejo y la palabra de Dios permanecen, como dice la Escritura: En el alma perversa no entrará la sabiduría (Sab. I, 4).

(Vers. 19 y ss.) Atiende, Señor, a mí: y escucha la voz de mis adversarios. ¿Acaso se devuelve mal por bien, porque cavaron una fosa para mi alma? Recuerda que estuve en tu presencia, para hablar bien por ellos y apartar tu indignación de ellos. Por eso da a sus hijos al hambre, y entrégalos a la espada. Que sus mujeres queden sin hijos y viudas, y sus hombres sean muertos a espada, sus jóvenes sean atravesados en la batalla, que se oiga el clamor desde sus casas. Jeremías sufre todo esto de parte del pueblo judío, en figura del Salvador, quienes después, con la llegada de Babilonia, fueron devastados. Pero se cumple más plena y perfectamente en Cristo, y con la ciudad destruida, fueron masacrados por la espada romana, no por idolatría, que en ese tiempo no existía, sino por la muerte del Hijo de Dios, cuando todo el pueblo clamó a una voz: ¡Quítalo, quítalo! No tenemos más rey que César (Juan XIX, 15). Y su imprecación se cumplió con la condenación eterna; Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25). Pues cavaron una fosa para Cristo, y dijeron: Quitemos de la tierra al viviente (Isa. LIII, 8). Él, que fue de tanta misericordia hacia ellos, que estando en la presencia del Padre, hablaba bien por ellos, para apartar su indignación de ellos, que incluso en la cruz decía: Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Pasamos por lo manifiesto, para detenernos en lo más oscuro, no interpretando los delirios de algunos y la cautividad de la Jerusalén celestial, sino persiguiendo la historia clara y la profecía más manifiesta, con toda confianza en las palabras y los sentidos.

(Vers. 22, 23.) Porque traerás sobre ellos al ladrón de repente, porque cavaron una fosa para atraparme, y escondieron lazos para mis pies. Pero tú, Señor, conoces todo su consejo contra mí para matarme. No perdones su iniquidad, y su pecado no sea borrado de tu presencia. Que caigan ante ti, en el tiempo de tu furor abusa de ellos. Si entendemos de Jeremías, refiramos al ladrón repentino a Nabucodonosor: si del Salvador, lo que es más verdadero y mejor, al ejército romano. Y para que no parezca injusta la sentencia de Dios, expone qué hicieron contra el Hijo de Dios, Cristo, y qué sufrieron. Lo que añade, no perdones su iniquidad, y su pecado no sea borrado de tu presencia, no es contrario a la sentencia anterior, en la que intercede al Padre por el pueblo; sino que, después de que el tiempo dado para el arrepentimiento pasó, y ellos perseveran en su crimen, el pueblo y los ancianos no son castigados tanto por sí mismos como por los demás, para que el pecado no castigado no perjudique a los demás con su ejemplo. Y lo que añade: Que caigan, o tropiecen, ante ti, es similar a lo de Isaías y el apóstol Pedro, Y no tropezaréis como en piedra de tropiezo, y roca de escándalo (Isa. VIII, 14; I Pet. II, 8). De lo cual también el Profeta en los salmos recuerda: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza de esquina. Esto es obra del Señor (Sal. CXVII, 22).

(Cap. XIX.---Vers. 1 y ss.) Así dice el Señor: Ve, y toma una vasija de barro del alfarero y de los ancianos del pueblo, y de los ancianos de los sacerdotes, y sal al valle del hijo de Ennom, que está junto a la entrada de la puerta de barro; y proclamarás allí las palabras que yo te hablaré, y dirás: Escuchad la palabra del Señor, reyes de Judá, y habitantes de Jerusalén. Por la vasija de barro, que en hebreo se dice BOCBOC (), los LXX tradujeron botellita, y por puerta de barro, Aquila, Symmachus y Theodotion pusieron la misma palabra hebrea HARSITH (): por lo cual los LXX, según su costumbre, añadieron CHI griego por la aspiración de la letra HETH, para decir Charsith por Arsith, como es el caso de Hebrón, Chebrón, y por Jericó, Jericó. La Escritura divina quiere que el pueblo sea enseñado no solo por los oídos, sino también por los ojos. Pues más se retiene en la mente lo que llega por la vista que lo que llega por el oído: Toma, dice, la vasija, o botellita de barro, y de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes, y sal al valle del hijo de Ennom, del cual hemos hablado antes, donde estaba el santuario de Baal, y el bosque, y el bosque regado por las fuentes de Siloé. Y el valle, dice, está junto a la puerta que en hebreo se llama HARSITH (), es decir, llamada de

barro. Y proclamarás, o leerás allí las palabras que yo te hablaré: para que allí se escuchen las que voy a decir. Y quiere que lo que va a decir sea escuchado tanto por los reyes de Judá como por los habitantes de Jerusalén, es decir, tanto por la estirpe real como por todo el pueblo, para que sean inexcusables los que no quisieron escuchar.

(Vers. 4-6.) Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traeré aflicción sobre este lugar: de modo que todo el que lo oiga le zumbarán los oídos, porque me han abandonado, y han hecho extraño este lugar, y han ofrecido libaciones en él a dioses extraños que no conocieron ellos, ni sus padres, ni los reyes de Judá. Y han llenado este lugar con sangre de inocentes, y han edificado altares a Baalim, para quemar a sus hijos en el fuego como holocausto a Baalim; lo cual no mandé, ni pensé, ni hablé, ni subió a mi corazón. Y algunos neciamente refieren este lugar a la Jerusalén celestial. Para no advertirlo siempre, basta con decir esto: debe evitarse tal explicación, es más, es una herejía, que subvierte lo manifiesto, e intenta introducir ciertos engaños en las Iglesias de Cristo. No hay duda de que en el Templo de Dios, pusieron el ídolo de Baal, o en el santuario que estaba en el valle del hijo de Ennom, donde también estaba el bosque de Baal y su altar, sobre el cual sacrificaron e incendiaron a sus hijos. Lo cual el Señor ni pensó, ni habló, ni subió a su corazón. No porque Dios no supiera lo futuro, sino que se dice ignorar lo indigno de su conocimiento, según aquello del Evangelio: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Luc. XIII 27). Pues el Señor conoce a los que son suyos (II Tim.). Y, El que ignora, será ignorado (I Cor. XIV, 38). O ciertamente, estas cosas deben ser entendidas de Dios de manera antropomórfica, como otras. Todo hereje abandona a Dios, y hace extraño el lugar de la morada de Dios, que ha contaminado con su fraude, y ofrece libaciones a dioses extraños, que ni él mismo conocía, ni sus padres, es decir, los Apóstoles y hombres apostólicos; los reyes de Judá, es decir, los patriarcas de los herejes, llenan el lugar que una vez fue de Dios, con la sangre de los engañados e inocentes. Pues si no es necio y simple, no se subvertirá rápidamente. Y edifican altares a Baalim, mientras dicen que discuten sobre cosas sublimes. Y queman a sus hijos al ídolo, a quienes han engendrado en la herejía. Todo esto dice el Señor que lo ignora, y que nunca subió a su pensamiento.

(Vers. 6.) Por eso, he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se llamará más este lugar Tofet, y valle del hijo de Ennom, sino valle de la matanza. LXX: Por eso, he aquí que vienen días, dice el Señor, y no se llamará más este lugar ruina y πολυάνδριον del hijo de Ennom, sino πολυάνδριον de la matanza. Qué es el valle del hijo de Ennom que en hebreo se dice GEENNOM (), de donde se cree que se llamó gehena, ya lo hemos dicho. Me sorprende lo que quisieron decir los LXX al poner διάπτωσις, es decir, ruina, por THOPHETH (), y por valle, πολυάνδριον, que significa multitud de hombres: a menos que sea porque allí el pueblo cayó, y se mató a una multitud de hombres, ya sea espiritualmente, en el error de la idolatría, o según la letra, por el ejército babilonio, lo cual se lee más claramente en lo que sigue.

(Vers. 7 y ss.) Y disiparé el consejo de Judá y Jerusalén en este lugar, y los subvertiré con la espada ante sus enemigos, y en manos de los que buscan sus vidas, y daré sus cadáveres como alimento a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, y pondré esta ciudad en estupor y en silbido. Todo el que pase por ella se asombrará, y silbará sobre toda su plaga. Y los alimentaré con las carnes de sus hijos, y con las carnes de sus hijas, y cada uno comerá la carne de su amigo, en el asedio y en la angustia, en la que los encerrarán sus enemigos, y los que buscan sus vidas. Aunque sabemos que esto sucedió al pueblo en la cautividad babilónica, se refiere más plenamente a los tiempos del Salvador, cuando fueron sitiados por Vespasiano y Tito, y su ciudad, en tiempos de Adriano, colapsó en cenizas eternas, para que quienes ofrecieron a sus hijos a los ídolos, ellos mismos después, impulsados por la necesidad del hambre, los convirtieran en alimento, y las carnes de todos fueran dadas a las aves del

cielo y a las bestias de la tierra: para que quienes abusaron de los dones del Señor en impiedad, y sacrificaron sus propias entrañas a los ídolos, hicieran de sus vientres sepulcros de sus hijos.

(Vers. 10, 11.) Y romperás la vasija ante los ojos de los hombres que irán, o saldrán contigo. Y les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Así romperé a este pueblo y a esta ciudad, como se rompe una vasija de alfarero, que no puede ser restaurada. Claramente no se dice de la cautividad babilónica, sino de la romana. Pues después de los babilonios, la ciudad fue restaurada, y el pueblo fue devuelto a Judea, y restituido a la abundancia anterior. Pero después de la cautividad, que ocurrió bajo Vespasiano y Tito, y después bajo Adriano, las ruinas de Jerusalén permanecerán hasta el fin del mundo, aunque los judíos crean que se les restituirá una Jerusalén dorada y engastada en gemas, y nuevamente los sacrificios, y las bodas de los santos, y el reino en la tierra del Señor Salvador. Aunque no seguimos estas cosas, no podemos condenarlas, porque muchos hombres eclesiásticos y mártires las han dicho. Y cada uno abunde en su propio sentido, y todo se reserve al juicio del Señor (Rom. XIV). Así como una vasija de barro, si se rompe, no puede ser reformada a su forma original: así el pueblo de los judíos y Jerusalén subvertida, no tendrán su estado anterior. Finalmente, hoy el nombre de la ciudad misma es vano, y desde Aelio Adriano se llama Aelia, y con la antigua habitación, también perdió su antiguo nombre, para abatir la soberbia de sus habitantes. Pero los nombres de la Santa Cruz y de la Resurrección, no significan la ciudad, sino el lugar: ni la antigua magnitud de las riquezas, por la cual pereció el pueblo de los judíos, sino la gloria de la santidad, que nuestra pobre Belén posee, no teniendo oro y gemas, sino el pan que en ella nació.

(Vers. 12.) Y en Tofet serán sepultados, porque no hay otro lugar para sepultar. Así haré a este lugar, dice el Señor, y a sus habitantes, y pondré esta ciudad como Tofet, y serán las casas de Jerusalén y las casas de los reyes de Judá, como el lugar de Tofet. Lo que se inserta en los LXX: Todas las casas de los reyes de Judá, como el lugar de Tofet, no se encuentra en hebreo. Y sigue:

(Vers. 13.) Todas las casas son inmundas, en cuyos tejados sacrificaron a todo el ejército del cielo, y ofrecieron libaciones a dioses extraños. Lo que dijo antes. No se llamará más este lugar Tofet, y valle del hijo de Ennom, sino valle de la matanza, ahora lo pone más claramente, que tanta matanza habrá en ese lugar, que allí el pueblo será sepultado en montones, y el lugar que una vez fue de religión, se convertirá en tumulto de muertos. La misma ciudad, que se alza sobre este lugar, se convertirá en Tofet, por lo cual los LXX tradujeron ruina. También las casas de Jerusalén, y los palacios de los reyes, se convertirán en ruinas similares. Y se da la causa, porque fueron inmundas, y contaminadas con el crimen de la idolatría, porque en sus tejados y techos, sacrificaron al sol, la luna y las estrellas del cielo, y quemaron incienso; y no contentos con este error, sacrificaron a los demonios, y ofrecieron libaciones a dioses extraños (Sofon. I).

(Vers. 14, 15.) Y Jeremías vino de Tofet, adonde el Señor lo había enviado a profetizar, y se paró en el atrio de la casa del Señor, y dijo a todo el pueblo: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traeré sobre esta ciudad, y sobre todas sus ciudades, todos los males que he hablado contra ella, porque endurecieron su cerviz, para no escuchar mis palabras. Después de que en Tofet, en presencia de los ancianos del pueblo, que había llevado consigo, Jeremías rompió la vasija, o botellita, y profetizó con las palabras del Señor para romper al pueblo y la ciudad de Jerusalén, regresa y se para en el atrio de la casa del Señor, y habla a toda la multitud, que no quiso ir al lugar de Tofet, que el Señor traerá sobre la ciudad de Jerusalén, y sobre todas sus ciudades, todos los males que ha hablado contra ella. Y para

que no pensemos que la sentencia es cruel, da las razones por las cuales traerá los males. Porque, dice, endurecieron su cerviz, para no escuchar mis palabras: ni siquiera después de muchas impiedades, queriendo hacer penitencia.

(Cap. XX.---Vers. 1, 2.) Y oyó Pasur hijo de Imer, sacerdote, que estaba constituido como príncipe en la casa del Señor, a Jeremías profetizando estas palabras. Y golpeó Pasur al profeta Jeremías, y lo puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín en la casa del Señor. Por Pasur, los Setenta tradujeron Pasjor, que se interpreta como negrura de boca, y por cepo, que nosotros hemos dicho, los Setenta y Theodotion tradujeron catarata, Symmachus βασανιστήριον o στρεβλωτήριον que ambos significan tormentos. Nosotros hemos dicho cepo en el sentido vulgar, que es un tipo de tormento que también leemos en los Hechos de los Apóstoles, cuando los apóstoles Pablo y Silas fueron puestos en la custodia de la cárcel (Hech. XVI). Este era el sumo sacerdote del Templo, y abusó perversamente de la dignidad del sacerdocio que se le había dado, no para enseñar y corregir con la palabra, sino para aterrorizar con torturas (Juan XIX). Por eso, tanto el Salvador como el apóstol Pablo son golpeados por orden del sumo sacerdote (Hech. XVI). No es de extrañar que hoy los siervos de Dios sean golpeados por Pasjor, y sean enviados a la cárcel, y reservados en horrible custodia. Esta potestad es dada por Dios; para que se muestre la fe de los profetas. Sin embargo, no es mayor el que golpea, sino más fuerte el que es golpeado. Y el profeta acepta pacientemente el juicio de Dios, no reclama contra los golpes, sino que considera al que manda. EMMER (), significa palabra, de la cual a menudo se genera negrura, no por el vicio del padre, sino por el crimen del degenerado. El tormento con el que el profeta es torturado parece estar en la parte derecha, que se interpreta como Benjamín; y en la puerta superior, que no indica la verdad, sino el poder injusto del sumo sacerdote.

(Vers. 3.) Y cuando amaneció al día siguiente, Pasur sacó a Jeremías del cepo, y Jeremías le dijo: No te llamó el Señor Pasur, sino terror por todas partes. Y aquí tanto el nombre del sumo sacerdote como el tipo de tormento han sido interpretados por todos de la misma manera que antes. Se cambia el nombre del sumo sacerdote, para que por el nombre se demuestre el castigo futuro. No tendrás, dice, la negrura de boca, ni el poder de la iniquidad; sino que serás llevado cautivo a Babilonia, pues eso significa terror por todas partes o alrededor: para que temblando e incierto de tu propia salvación, mires a tu alrededor, y temas a los adversarios que vienen contra ti. Por terror, lo que está escrito en hebreo es MAGUR [Al. Magor] (), los LXX y Theodotion tradujeron μέτοικον, es decir, migrante, la segunda edición de Aquila peregrino, la primera circunspecto, Symmachus abducido o congregado y coaccionado, lo han interpretado.

(Vers. 4-6.) Porque así dice el Señor: He aquí que te entregaré al terror, y a todos tus amigos, y caerán a espada de sus enemigos, y tus ojos lo verán: y entregaré a todo Judá en manos del rey de Babilonia, y los llevará a Babilonia, y los herirá con espada. Y entregaré toda la riqueza (o fortaleza) de esta ciudad, y todo su trabajo y todo su precio (o gloria), y todos los tesoros de los reyes de Judá en manos de sus enemigos, y los saquearán, y los tomarán y los llevarán a Babilonia. Pero tú, Phasur, y todos los habitantes de tu casa, iréis en cautiverio, y llegarás a Babilonia, y allí morirás, y allí serás sepultado, tú y todos tus amigos, a quienes profetizaste mentira. Según la interpretación anterior, en la que el nombre de Phasur [Al. Phaschor] fue cambiado para llamarse Magur [Al. Magor], todos igualmente lo tradujeron para significar ya sea terror, o peregrinación, o elevación y traslado, y congregación. Y amenaza que él con sus amigos será capturado y entregado en manos de los enemigos, y todo el pueblo de la tribu de Judá será entregado en manos del rey de Babilonia, y otros serán muertos a espada, y otros llevados en cautiverio, y todas las riquezas tanto de la ciudad como

de los tesoros reales serán capturadas por los enemigos, y Phasur mismo con toda su parentela y familia será llevado en cautiverio, y morirá en Babilonia, porque engañó a su pueblo con mentiras, prometiéndoles prosperidad en lugar de la verdad y la tristeza. Al mismo tiempo, se debe observar la paciencia y prudencia del Profeta, que enviado a la cárcel guarda silencio, y vence la injuria con el silencio, sin embargo, no disimula lo que sabe que vendrá, para que al menos así el falso profeta sacerdote deje de pecar, y suplique la clemencia de Dios.

(Vers. 7, 8.) Me sedujiste, Señor, y fui seducido, (o me engañaste, Señor, y fui engañado). Fuiste más fuerte que yo y prevaleciste (o obtuviste y pudiste). Me he convertido en objeto de burla todo el día, todos se burlan de mí; porque ya hace tiempo que hablo, clamando iniquidad, y clamo devastación (o porque con mi palabra amarga me río de la transgresión, e invoco miseria). El Profeta dice que fue engañado por el Señor, porque al principio oyó: Te he puesto como profeta en las naciones (Jeremías I, 5). Y de nuevo: He aquí que te he puesto hoy sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, y para dispersar y disipar, y para edificar y plantar (Ibid., 10), pensó que no diría nada contra el pueblo de los judíos, sino contra diversas naciones circundantes. Por eso asumió la profecía con gusto; y sucedió lo contrario, que predicando la cautividad de Jerusalén, soportó persecuciones y angustias. Y lo que añadió: Me he convertido en objeto de burla todo el día, todos se burlan de mí: porque piensan que todo lo que predijo que vendría, fueron mentiras. Y el Profeta pensó que sucedería de inmediato lo que el Señor amenazaba, y el pueblo pensaba que no vendría más, porque no había venido de inmediato. Y clamo la devastación babilónica y la iniquidad de los enemigos por la cual mi pueblo será oprimido. Pero si seguimos a los Setenta en lo que dijeron: porque con mi palabra amarga me río de la transgresión, e invoco miseria, este es el sentido: Sé que la tristeza presente se cambiará en alegría futura, según lo que está escrito: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Mateo V, 5); y por eso soporto con gusto la miseria, la iniquidad y la aflicción, de tal manera que las deseo e invoco; y compenso la brevedad de la injuria con la eternidad de la felicidad.

(Vers. 9, 10.) Porque la palabra del Señor se ha convertido para mí en oprobio, y en burla todo el día. Y dije: No me acordaré de él (o no nombraré al Señor), ni hablaré más en su nombre. Y se convirtió en mi corazón como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos, y desfallecí (o me disolví), no pudiendo soportarlo. Porque oí las injurias (o vituperios) de muchos, y el terror en derredor (o de los congregados por todas partes), persiganlo, y persigámoslo. Clamando yo y diciendo que ya venía el ejército babilónico, y que toda la espada hostil saquearía, la palabra del Señor se convirtió para mí en oprobio y burla, mientras pensaban que la tardanza de la profecía era mentira. Por eso en mi mente decidí no hablar más al pueblo de Dios con palabras, ni nombrar su nombre. Lo cual, vencido por la vergüenza, aunque con pudor, pero neciamente había decidido, se convirtió, dice, en mi corazón como un fuego ardiente encerrado en mis huesos; o me disolví por todas partes, de tal manera que no podía soportarlo. Porque la palabra divina concebida en el alma, y no pronunciada por la boca, arde en el pecho. Por eso también Pablo dice: Si evangelizo, no es para mí gloria: porque la necesidad me apremia. ¡Ay de mí si no evangelizo!; porque si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa: pero si lo hago de mala gana, se me ha confiado una administración (I Cor. IX, 16, 17). Y en Atenas, viendo la ciudad entregada a la idolatría, se incitaba [Al. se incita] en espíritu, y ardía en toda su mente (Hechos XVII). Y poco después en el mismo volumen leemos: Cuando llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, Pablo se dedicaba por completo a la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo (Hechos XVIII). Pero también muchos Doctores en la Iglesia hasta hoy soportan cosas

similares, oyendo el vituperio de muchos congregados contra ellos en derredor, y diciendo: Persíguenlos, y persigámoslos.

(Vers. 11.) Todos los hombres [Al. De todos los hombres], que eran pacíficos conmigo [Al. para mí], y que guardaban mi lado: si de alguna manera se engañara, y prevaleciéramos contra él, y tomáramos venganza de él. Pero el Señor está conmigo como un guerrero fuerte. Cuando los adversarios se levantan, y los amigos de antaño y pacíficos se han convertido en belicosos, y quieren tendernos trampas, no nos preocupemos mucho; sino deseemos decir esto que el Profeta dice: Pero el Señor está conmigo como un guerrero fuerte.

Por eso los que me persiguen caerán y serán débiles (o por eso me persiguieron, y no pudieron entender). Serán confundidos [Vulg. serán confundidos] vehementemente, porque no entendieron el oprobio (o ignominia) eterno, que nunca será borrado. Porque me persiguieron, por eso no pudieron entender el discurso profético, y la ignorancia fue seguida de una confusión vehemente, y no entendieron la ignominia eterna, que los alcanzará, y no será borrada por ningún olvido. Digan pues lo que quieran los hombres de antaño pacíficos, y que guardaban mi lado, y querían engañar, siempre que el hombre justo y el doctor de la Iglesia después de la persecución obtengan tanta venganza, y tantas recompensas.

(Vers. 12.) Y tú, Señor de los ejércitos, probador del justo (o que pruebas lo justo) que ves los riñones y el corazón, vea yo, te ruego, tu venganza sobre ellos, porque a ti he revelado mi causa (Lucas VI). Solo el Señor es quien sabe probar la justicia, así como solo él es quien puede ver el interior del corazón. Por eso también Jesús, conociendo los pensamientos de los hombres, no por progreso, como algunos piensan, sino por naturaleza es Dios. Algo similar se dice en los salmos: No se justificará en tu presencia ningún viviente (Salmo CXLII, 2). Si el viviente en virtudes no se justificará, ¿cuánto más el que ha muerto por pecados? Y aunque el justo sabe que tiene a Dios como defensor, sin embargo, por la impaciencia de la fragilidad humana, lo que sabe que vendrá, ya desea verlo. A quien también reveló su causa, quien dice en otro lugar: Mía es la venganza, y yo pagaré, dice el Señor (Deut. XXXII, 35). Feliz es la conciencia cuya causa se revela al Señor (Hebr. X, 30), diciendo el Apóstol: Todo lo que se manifiesta, es luz (Efes. V, 13).

(Vers. 13.) Cantad al Señor, alabad al Señor, porque ha librado el alma del pobre de la mano de los malvados [Vulg. malos]. Quien es pobre de espíritu, y no tiene riquezas, que han recibido en este siglo su consolación, de las cuales también Pablo habla: Solo que nos acordemos de los pobres (I Cor. XIII), cuando ha obtenido la venganza del Señor, alaba al Señor en espíritu, y se gloria de haber sido librado de la mano de los malvados. Pero todo esto se hace, no por nuestro mérito, sino por su gracia que ha librado al pobre, y no tiene las riquezas de la soberbia que cae; sino la humildad del pobre liberado.

(Vers. 14 y ss.) Maldito el día en que nací, el día en que mi madre me dio a luz no sea bendito. Maldito el hombre (o el hombre) que anunció a mi padre diciendo, te ha nacido un hijo varón, y como con alegría lo alegró. Sea ese hombre como las ciudades, que el Señor destruyó, y no se arrepintió: oiga clamor por la mañana, y alarido al mediodía, que no me mató en el vientre, para que mi madre fuera mi sepulcro, y su vientre un embarazo eterno. ¿Por qué salí del vientre, para ver trabajo y dolor, y se consumieran en confusión mis días? Los que piensan que las almas estaban en los cielos, y que fueron precipitadas de un estado mejor a uno peor, usan este y otros testimonios similares, que ciertamente era mejor estar en los cielos, que habitar en lo terrenal, y asumir el cuerpo de humillación: buscando nuevos, o más bien ya viejos argumentos para su herejía. Pero nosotros, leyendo aquello del bienaventurado Job: Maldito el día en que nací, y la noche en que dijeron, he aquí un varón

(Job III, 3). Y: Maldito el hombre que anunció a mi padre, diciendo, te ha nacido un niño, adaptamos este testimonio, que ciertamente es mejor no ser, que vivir en suplicios, según lo que está escrito: La muerte es descanso para el hombre, a quien Dios ha cerrado su camino (Eclesiástico XXII, 11). Y de nuevo: ¿Por qué se da luz al miserable, y vida a los que están en amargura de alma? (Job III, 20). Y en el Evangelio leemos simplemente dicho: Mejor le fuera si no hubiera nacido (Mateo XXVI, 24): no porque haya quien no haya nacido; sino porque es mejor no ser, que ser mal. Porque es una cosa no ser en absoluto, y otra ser, sin ninguna interrupción ser atormentado, como preferimos la muerte tranquila a la miseria de la vida. Por eso también Amós llama al día de las tinieblas, día de aflicción (Amós, V). Y Jacob, porque vivió en trabajo y angustia, llama a los días de su vida pocos y malos (Génesis XLVII). Y el apóstol Pablo dice: Para librarnos de este siglo malo (Gálatas I, 4). Y de nuevo: Redimiendo el tiempo porque los días son malos (Efes. V, 16). Los hebreos cuentan el quinto mes en el que Jerusalén fue capturada y el Templo destruido, como el nacimiento de Jeremías, con ciertos argumentos inextricables e increíbles. Si pudieran probarlo, no sé cómo podrían interpretar el testimonio de Job: a menos que tal vez también ese día lo consideren como una prefiguración y profecía de la futura destrucción del Templo. Y lo que imprecó la similitud de las ciudades destruidas, creo que se dice de Sodoma y Gomorra, y todo el tiempo en luto, para que por la mañana haya clamor y alarido al mediodía. Y lo que añade: Que no me mató en el vientre, piensan que se refiere a Dios. Para que fuera, dice, para mí un embarazo eterno, todo lo cual se dice hiperbólicamente. Finalmente, expone las causas por las que prefiere la muerte a la vida, y no ser en absoluto, que ser mal, añadiendo: ¿Por qué salí del vientre para ver trabajo y dolor, y se consumieran en confusión mis días?

(Cap. XXI.---Vers. 1 y ss.) La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor, cuando el rey Sedequías envió a él a Phasur hijo de Melquías, y a Sofonías hijo de Maasías sacerdote, diciendo: Interroga por nosotros al Señor, porque Nabucodonosor rey de Babilonia pelea contra nosotros, si acaso el Señor hace con nosotros según todas sus maravillas, y se aleja de nosotros. Arriba el sumo sacerdote Phasur, o Phaschor, que golpeó a Jeremías, tenía por padre a Immer (Jeremías XX). Pero este Phasur es hijo de Melquías. Esto es para que nadie piense que es el mismo. Pero el rey Sedequías envía al Profeta, sin querer que el pueblo lo sepa, ni los príncipes, para que por un mensaje oculto a través de legados reconozca cuál es la sentencia del Señor sobre la ciudad de Jerusalén, y el pueblo de los judíos. Y lo que añade: Porque Nabucodonosor rey de Babilonia pelea contra nosotros, muestra que Jerusalén ya estaba sitiada, y Sedequías consulta al Profeta. Y es de notar, que en los Profetas, especialmente en Ezequiel y Jeremías, no se sigue el orden de los reyes y los tiempos: sino que se relata de manera desordenada, lo que según la historia ocurrió después, se refiere primero: y lo que ocurrió primero, después. Porque una cosa es escribir historia, y otra escribir profecía: como en el presente lugar, Sedequías, que fue capturado con la ciudad de Jerusalén, se escribe que envía a Jeremías, y en ese tiempo, cuando Jerusalén estaba sitiada, y después se narra la historia de Joacim su hermano, que fue rey antes que él: y de Joachin, es decir, Jeconías, que fue hijo de Joacim, sobre los cuales se dirá en lo siguiente.

(Vers. 3 y ss.) Y Jeremías les dijo: Así diréis a Sedequías: Así dice el Señor Dios de Israel: He aquí que yo volveré las armas de guerra (o armas bélicas) que están en vuestras manos, y con las que peleáis contra el rey de Babilonia, y los caldeos, que os sitian alrededor de los muros: y los reuniré (o las) en medio de esta ciudad, y os derrotaré con mano extendida, y brazo fuerte (o elevado) y con furor, y con indignación, y con gran ira. Y heriré a los habitantes de esta ciudad: hombres y bestias morirán de gran pestilencia. En vano, dice, queréis resistir a los caldeos que os sitian, y preparáis armas bélicas, cuyo uso solo tendréis en medio de la ciudad, para que parezcáis armados. Pero mientras ellos os sitian, yo os

derrotaré con mano extendida y brazo fuerte y con mi furor e indignación os heriré: para que vosotros y todo lo que respira, muráis de hambre y pestilencia en medio de la ciudad. Lo cual también leemos que sucedió. Porque sin ninguna corona, ni ruido de combatientes, la ciudad fue capturada por tal sitio, que no tenían a quienes vencer, sino solo a quienes capturar: Mejores, dice, fueron los heridos de espada, que los muertos de hambre.

(Vers. 7.) Y después de esto, dice el Señor: Entregaré a Sedequías rey de Judá, y a sus siervos, y a su pueblo, y a los que queden en esta ciudad de la peste, y de la espada, y del hambre, en manos de Nabucodonosor rey de Babilonia, y en manos de sus enemigos, y en manos de los que buscan su vida: y los herirá a filo de espada, y no se compadecerá, ni perdonará, ni tendrá misericordia. Esto que nosotros hemos traducido: En manos de Nabucodonosor rey de Babilonia, y en manos de sus enemigos, no se encuentra en los Setenta. Y en lugar de lo que nosotros dijimos: No se compadecerá, ni perdonará, ni tendrá misericordia, los Setenta tradujeron: No perdonaré, ni tendré misericordia. Y es mejor según el hebreo, que la sentencia cruel e inflexible parezca más del rey de Babilonia, que del Señor. Primero se profetizó sobre toda la ciudad: ahora se predice propiamente a Sedequías, y a su pueblo, que los que queden después de la peste, la espada, y el hambre, serán capturados por Nabucodonosor rey de Babilonia, y serán muertos a espada con sus amigos: y que no espere ninguna misericordia de él, cuyo pacto y parentesco abandonó con perjurio.

(Vers. 8 y ss.) Y al pueblo dirás: Así dice el Señor: He aquí que pongo delante de vosotros el camino de la vida, y el camino de la muerte. El que habite en esta ciudad, morirá a espada, de hambre, y de peste. Pero el que salga, y se entregue a los caldeos, que os sitian, vivirá, y su vida será para él como botín. Porque he puesto mi rostro contra esta ciudad para mal, y no para bien, dice el Señor. Será entregada en manos del rey de Babilonia, y la quemará con fuego. A los que fueron enviados por el rey, y vinieron al Profeta para suplicar que intercediera por ellos ante el Señor, les había respondido lo anterior, y lo que debían decir al rey Sedequías. Ahora exhorta a que respondan al pueblo, y da el consejo de que se entreguen a los caldeos, contra la voluntad real, lo cual no ignoraba que era peligroso para el Profeta. Por eso se imprecó la muerte y dice: Maldito el día en que nací (Jerem. XX, 14). Y, ¿Por qué salí del vientre, para ver trabajo y dolor? (Ibid., 18). No porque sea leve, dar consejo a los que aún no han sido capturados, de entregarse voluntariamente a la cautividad, como si a los que van a sufrir naufragio se les ordenara que antes del naufragio y de que el barco se disipe, tomen los remos y las tablas, y se entreguen a las olas: sino porque es más tolerable, de alguna manera vivir capturados, que ser consumidos por la espada, el hambre, y la peste. Hay quienes interpretan este lugar según la tropología, que es mejor entregarse a las disciplinas seculares, y especialmente a la filosofía, que permanecer en aquella Iglesia, en la que hay hambre de la palabra de Dios, y todo el pueblo, por la espada de los herejes, la penuria de doctrina, y la peste herética, muera.

(Vers. 11, 12.) Y a la casa del rey de Judá, escuchad la palabra del Señor, casa de David. Así dice el Señor: Juzgad de mañana el juicio, y librad al oprimido de la mano del calumniador, no sea que salga como fuego mi indignación, y se encienda, y no haya quien la apague, por la maldad de vuestras obras. Lo que sigue, "Por la maldad de vuestras obras", no se encuentra en los Setenta. Porque antes había dicho, "Y a este pueblo dirás, Así dice el Señor", ahora consecuentemente añade, "y a la casa del rey de Judá", para que se entienda, "dirás, así dice el Señor": porque tanto lo anterior como lo posterior se unen en común; para que el sentido sea: "Y a este pueblo dirás, Así dice el Señor". Pero propiamente el discurso se dirige a la casa real, por cuya culpa principalmente la ciudad es sitiada, para que enmiende su error con penitencia, y alcance la clemencia del Señor. Juzgad, dice, de mañana el juicio, no en las

tinieblas de la iniquidad, sino en la luz de la justicia. Y librad con fuerza al oprimido de la mano del calumniador, para que no toméis partido en el juicio, sino que el mandato de Dios prevalezca más en vosotros que el poder del perseguidor. Y si, dice, hacéis esto, de ninguna manera se encenderá en vosotros el fuego de mi furor, ni encontrará materia que consumir. En este lugar se demuestra la increíble clemencia de Dios, que de aquellos de quienes antes había dicho: "He puesto mi rostro contra esta ciudad para mal, y no para bien; será entregada en mano del rey de Babilonia, y la quemará con fuego", ya con la sentencia del Señor inminente, los provoca a la salvación. No porque ignore que la ciudad de Jerusalén será tomada; sino porque se reserva al hombre el libre albedrío, para que no parezcan perecer por ignorancia del futuro, sino por su propia voluntad. Así como el Salvador sabía que el Apóstol lo negaría, y que sería crucificado: pues esto lo había predicho a los Apóstoles muchas veces, y sin embargo los advertía, queriendo corregirlos hacia la penitencia; para que lo que después sufrieron, les sucediera por su propio vicio, no por la dureza del que amenaza.

(Vers. 13, 14.) He aquí que yo estoy contra ti, habitante del valle sólido y llano, dice el Señor, que decís, ¿quién nos herirá o atemorizará? ¿Y quién entrará en nuestras casas? Y os visitaré; lo que sigue, "según el fruto de vuestras obras", dice el Señor, no se encuentra en los Setenta. Y encenderé, dice, fuego en su bosque, y devorará todo a su alrededor. Por habitante del valle sólido y llano, los Setenta tradujeron, "He aquí que yo estoy contra ti, que habitas en el valle SOR () llano", por lo cual Símaco tradujo "piedra", Teodoción "asediada", y la primera edición de Áquila "sólida", la segunda "Tiro". Sor o Sur en lengua hebrea significa tanto Tiro como piedra y estrechada. Habla, pues, contra Jerusalén, que está rodeada por el asedio, o bien en semejanza de Tiro, como por un gran mar, así está rodeada por el ejército babilónico, y no puede escapar; o ciertamente que se cree inexpugnable y robusta como una piedra durísima por la solidez de sus muros y su magnitud, y dice: "¿Quién podrá atemorizarnos? ¿y quién entrará en nuestras casas?", cuando por el contrario Dios dice: "Yo os visitaré; no podréis escapar de mi mirada. Os visitaré para destrucción, y os devolveré el fruto de vuestra maldad. Y yo encenderé fuego en vuestro bosque. No el babilonio, como pensáis, no el rey de los caldeos; sino que toda esta ira mía lo cumplirá. Llama bosque a Jerusalén y a toda la región circundante, que no tiene árboles fructíferos de buenas obras, porque está preparada para el incendio. Y bellamente llama valle llano, porque es accesible a los enemigos: y no monte alto, que difícilmente puede ser ascendido, según lo que también se dice en Isaías: "Visión del valle de Sion" (Isa. XXII, 1). Todo lo que se profetiza a la casa real y a la ciudad metropolitana, refirámoslo al orden eclesiástico, y a los príncipes de las Iglesias, aquellos que se han entregado a la soberbia, las riquezas y la lascivia. Ni porque sea casa real será inmediatamente liberada de la destrucción, así como de la estirpe de David, muy pocos se encontraron que agradaran al Señor como David, Ezequías y Josías, y gran parte de los príncipes y de la estirpe real provocaron la ira del Señor sobre todo el pueblo.

(Cap. XXII.---Vers. 1 seqq.) Así dice el Señor: Desciende a la casa del rey de Judá, y allí hablarás esta palabra, y dirás: Escucha la palabra del Señor, rey de Judá, que te sientas sobre el trono de David, tú y tus siervos y tu pueblo, que entráis por estas puertas. Así dice el Señor: Haced juicio y justicia, y liberad al oprimido de la mano del calumniador, y no aflijáis ni oprimáis al extranjero, al huérfano y a la viuda injustamente, y no derramáis sangre inocente en este lugar. Porque si haciendo hacéis esta palabra, entrarán por las puertas de esta casa reyes sentados del linaje de David sobre su trono, y subiendo en carros y caballos, ellos y sus siervos, y su pueblo. Pero si no escucháis estas palabras, por mí mismo he jurado, dice el Señor, que esta casa será una desolación. Esta visión, o más bien este discurso del Señor, o se hace al Profeta antes de que Sedecías enviara mensajeros a él, o ciertamente después de que ordenara a los mensajeros qué debían referir al rey, se le ordena a Jeremías que no hable

al rey a través de mensajeros, sino que él mismo vaya al palacio y allí le hable. Y notemos al mismo tiempo la divina sabiduría, que a través de mensajeros ordena anunciar cosas tristes, mezcladas con cosas prósperas, si el rey quiere hacer penitencia. Pero aquí, porque se le ordena a él mismo que vaya, no anuncia cosas tristes, y la cautividad que ya está por venir; sino que advierte qué debe hacer para evitar la sentencia inminente de Dios. Es propio de los reyes hacer juicio y justicia, y liberar de la mano de los calumniadores a los oprimidos, y prestar ayuda al extranjero, al huérfano y a la viuda (que más fácilmente son oprimidos por los poderosos). Y para que les prestara mayor atención a los preceptos de Dios, añadió: "No aflijáis", para que no solo no los liberéis, sino que ni siquiera permitáis que otros los aflijan por vuestra connivencia. Y no derramáis sangre inocente en este lugar. Porque castigar a homicidas, sacrílegos y envenenadores, no es derramamiento de sangre, sino ministerio de las leyes. Si, dice, hacéis esto, oh reyes de Judá, mantendréis el poder original, y con pompa entraréis por las puertas de Jerusalén. Pero si no queréis hacerlo, oh casa real, no será tanto por la crueldad del Señor, como por vuestra voluntad, que toda la ciudad será reducida a desolación. Todo lo que se ha dicho a la casa real, entiéndanlo los obispos, sus compañeros presbíteros y diáconos, y todo el orden eclesiástico, que si hacen lo que se les ha mandado, y entre otras cosas no derraman sangre inocente, escandalizando a los más pequeños y golpeando las conciencias de cada uno, mantendrán la dignidad que les ha sido entregada por el Señor. Pero si no quieren hacerlo y desprecian, ellos mismos reducirán la Iglesia de Dios a desolación. Entran del linaje de David por las puertas de Jerusalén, y se sientan sobre su trono, que se interpreta "fuerte de mano", y suben en carros y caballos, cuando refrenan sus propias perturbaciones y las del pueblo, y entran en la Iglesia con paso compuesto, y con un coro de muchas virtudes, y de todas partes les cantan. Y para que creamos que esto es verdad, jura por sí mismo, porque según el Apóstol, no tiene otro mayor por quien pueda jurar (Hebr. VI).

(Vers. 6,-8.) Porque así dice el Señor sobre la casa (o a la casa) del rey de Judá, Galaad, tú para mí cabeza (o principio) del Líbano, si no te pongo en desolación, ciudades inhabitables. Y santificaré [o edificaré] sobre ti al hombre que mata, y sus armas: y cortarán tus cedros escogidos, y los arrojarán (o lanzarán) al fuego, y pasarán muchas naciones por esta ciudad, y cada uno dirá a su prójimo: ¿Por qué hizo el Señor así a esta gran ciudad? Y responderán, porque abandonaron el pacto del Señor su Dios, y adoraron a dioses ajenos, y les sirvieron. Galaad, que poseyó la media tribu de Manasés, la Escritura lo menciona más allá del Jordán. En ese monte alcanzó Labán a Jacob cuando huía, y el monte según el Génesis recibió el nombre de *σωπὸς*, es decir, "montón de testimonio", porque allí Jacob y Labán juraron, en un montón de piedras reunidas (Gén. XXXI). Es, pues, la cabeza, o principio del monte Líbano, que está todo plantado de cedros, según aquello de David que canta: "Y el Señor conmovió los cedros del Líbano" (Sal. XXVIII, 5). Y en otro lugar: "Vi al impío superexaltado, y elevado como los cedros del Líbano" (Sal. XXXVI, 35). Y en Zacarías leemos: "Abre, Líbano, tus puertas, y coma fuego tus cedros" (Zac. XI, 1). Por tanto, en el presente lugar, porque hablaba a la casa real, habla por metáfora al Templo, o a la casa de la estirpe de Judá, que está en lo alto, o porque del Templo, y del Santuario, se pedían los remedios de todos los pecados. Por eso también este mismo profeta menciona: "¿Acaso no hay resina en Galaad, o no hay médico allí? ¿Por qué no sube la curación de la hija de mi pueblo?" (Supra VIII, 21). Amenaza, pues, a la casa real, y a la ciudad de Jerusalén, y al Templo, que llama cabeza del Líbano, que será reducido a desolación con todas sus ciudades: no por el poder del rey de Babilonia, sino por el mandato del Señor, que dice: "Santificaré sobre ti al que mata". Santo se llama a Nabucodonosor, y a todo su ejército, porque ejecuta la sentencia de Dios. Y cortarán, dice, "tus cedros escogidos": a todos los poderosos y príncipes de la ciudad; "y los lanzarán al fuego", para que la llama que todo lo devora los consuma. Y cuando todo haya

sido destruido, pasarán muchas naciones por la ciudad, y el Templo, que antes no podían entrar; y cada uno hablará a su prójimo, ¿por qué hizo el Señor a la ciudad ilustre y grande tan repentina y tan grande destrucción? Y responderán, dice, los que sean preguntados, y expondrán las causas de las ruinas, diciendo: porque abandonaron el pacto del Señor su Dios, y en lugar de Dios veneraron ídolos. Que escuche esto también la casa real de nuestra ciudad, y sus príncipes, y los cedros, que elevan su cima hasta las nubes, y por soberbia dicen: "¿quién no verá?", que pronto serán consumidos por la llama del Señor, si no quieren obedecer sus preceptos. Otra es la santificación [o sacrificio] del que mata, y de sus armas: otra la de los sacerdotes, y de aquellos que sirven al Señor.

(Vers. 10, 11.) No lloréis al muerto, ni lamentéis por él: llorad con llanto al que sale: porque no volverá más, ni verá la tierra de su nacimiento. Porque así dice el Señor a Sellum hijo de Josías rey [del rey] de Judá, que reinó en lugar de Josías su padre, que salió de este lugar: no volverá aquí más; sino que en el lugar al que lo trasladé, allí morirá, y no verá más esta tierra. Josías, rey justo, tuvo tres hijos, Joacaz, y Jacim, y Sedecías, de los cuales el primero fue llevado cautivo a Egipto por el faraón Neco, y allí murió, y puso en su lugar como rey a Eliacim [o Joaquín] su hermano (IV Reg. XXIII, XXIV y XXV). Al morir este, reinó su hijo Jeconías, que fue llevado cautivo por Nabucodonosor rey de Babilonia, con su madre y los príncipes: en su lugar reinó su tío Sedecías, que, tomada Jerusalén, fue llevado a Babilonia. Se pregunta, pues, quién es este que no debe ser llorado, y que será llevado cautivo, y no volverá más, cuando tres fueron capturados y trasladados. Los hebreos piensan que esto se aplica a todos, es decir, tanto a Joacaz, como a Jeconías, y a Sedecías: y que todos los hijos de Josías se llaman Sellum, o Sellum (), que se interpreta "consumación", o "completación"; porque el reino de Judá terminó con ellos. Pero a mí me parece que esto se dice propiamente de Sedecías, de quien es la profecía del presente y del capítulo anterior, en el que verdaderamente el reino de Judá terminó, bajo el cual también la ciudad fue tomada: llevado a Babilonia, allí se escribe que murió. Este es Sellum, es decir, consumación, y completación, hijo de Josías, rey de Judá, que reinó en lugar de Josías su padre. Jeconías no fue hijo, sino nieto de Josías, hijo de Joaquín: para que desde el principio de la visión, cuando el rey Sedecías envió a Jeremías a Fashur hijo de Melquías, y a Sofonías hijo de Maasías sacerdote, hasta este capítulo, entendamos que todo se dice al rey, y sobre el rey Sedecías (Supra XXI).

(Vers. 12 seqq.) ¡Ay del que edifica su casa en injusticia, y sus aposentos no en juicio! Oprime a su amigo [Vulg. oprimirá y devolverá] en vano, y no le paga su salario. Que dice, edificaré para mí una casa ancha, y aposentos espaciosos, que abre para sí ventanas, y hace techos de cedro, y los pinta con cinabrio. ¿Acaso reinarás, porque te comparas con el cedro? ¿No comió y bebió tu padre, e hizo juicio y justicia entonces cuando le iba bien? Juzgó la causa del pobre y del necesitado para su propio bien: ¿no es por esto que me conoció? dice el Señor. Pero tus ojos y tu corazón están para la avaricia, y para derramar sangre inocente, y para la calumnia, y para el curso de la mala obra. LXX: Oh tú que edificas tu casa no con justicia, y tus aposentos no en juicio! En él trabaja el prójimo gratis, y no le paga su salario. Has edificado para ti una casa pequeña, aposentos ventilados, adornados con ventanas, y techados de cedro, y pintados con cinabrio. ¿Acaso reinarás, porque te esfuerzas contra Acáz tu padre? ¿No comerán, y no beberán, Mejor te era [o será] hacer juicio y justicia buena; no conocieron, no juzgaron el juicio del humilde, ni el juicio del pobre. ¿No es esto ignorarme a mí? dice el Señor. He aquí que tus ojos no son rectos, ni tu corazón bueno, sino para tu avaricia, y para derramar sangre inocente, y para la iniquidad y el homicidio, para hacerlos. He puesto ambas ediciones en su totalidad, para que se conozca más fácilmente la verdad hebrea y la dificultad de la edición Vulgata. Es, pues, un discurso contra Joaquín hijo de Josías rey de Judá, de quien hablamos antes, a quien el faraón Neco rey de Egipto puso en

lugar de Joacaz su hermano, a quien llevó cautivo a Egipto. Leemos, como narra la historia tanto de los Reyes como de las Crónicas (IV Reg. XXIII y XXIV, II Paral. XXXVI), que Joaquín hijo de Josías reinó once años en Jerusalén, y reinó cruelmente, y fue impío, y después murió; sin embargo, no se narra su sepultura, teniendo la Sagrada Escritura esta costumbre, de referir a todos los reyes tanto muertos como sepultos. A este, propiamente, lo narra muerto y no sepultado, de lo cual hablaremos más adelante [o en lo que sigue]. Lamenta, pues, al mencionado rey, que confía en la injusticia [o añaden su] y piensa que la dignidad real es perpetua, y se hace aposentos, y oprime a sus amigos, y no paga a los que trabajan, y cree que la edificación de su palacio es eterna. ¿Acaso, dice el discurso divino, podrás reinar para siempre, porque deseas compararte con el cedro alto, a tu padre Josías, rey justo? Tu padre, dice, comió y bebió, y disfrutó de las riquezas reales, y sin embargo no ofendió a Dios por tener riquezas, sino que agradó en que hizo juicio y justicia. Y por eso tanto en este mundo como en el futuro le fue y le irá bien. Juzgó, dice, la causa del pobre y del necesitado, y en refrigerio de aquellos a quienes escuchó, y propiamente en su propio bien. Todo esto le sucedió prósperamente, porque me conoció, dice el Señor. Pero tus ojos, oh Joaquín, se inclinan a la avaricia, y para derramar sangre inocente, a la calumnia, y al curso de la mala obra. Según los Setenta, no puedo entender qué sentido tienen. Pues aunque las demás cosas concuerdan en parte, aquello que se introduce: "¿Acaso reinarás, porque te esfuerzas en Acáz tu padre?", por lo cual en hebreo está escrito ARAZ (), y este discurso significa cedro, es evidente que no tiene sentido. También lo que sigue: "No comerán y no beberán", y las demás cosas que están tan dispersas y confusas entre sí, que sin la verdad de la lectura hebrea no tienen ninguna inteligencia. Podemos, sin embargo, tomar este lugar según la anagogía contra los herejes, que edifican para sí una casa no grande, y no tan amplia como la abundancia de la Iglesia, sino pequeña. Edifican, además, no con justicia y juicio, deseando arrebatarse lo ajeno. Por eso se dice: "Has edificado para ti una casa pequeña, aposentos ventilados", que son llevados por todo viento de doctrina, "y adornados con ventanas": pues no tienen edificación perpetua, ni firmeza sólida. "Y techados, dice, de cedro". Parecen tener una techumbre muy hermosa; pero a las lluvias y a la tempestad de las persecuciones pronto se pudren y caen. "Y pintados con cinabrio". Y ellos también prometen la pasión del Señor y la sangre; pero no reinan para siempre, porque se esfuerzan y provocan a la ira a Araz, es decir, al cedro su padre. Todo hereje nace en la Iglesia, pero es expulsado de la Iglesia, y se esfuerza y lucha contra su madre. Y lo que introduce: "No comerán y no beberán", se sobreentiende el Cuerpo y la Sangre del Salvador, y otras cosas similares. Y dice que todo error descende de ahí, porque ignoraron a Dios, ni tienen ojos rectos; sino que su corazón está inclinado a la avaricia para arrebatarse lo ajeno, y derramar la sangre de los engañados. Esto es hacer homicidio. Las cosas oscuras deben ser discutidas más ampliamente.

(Vers. 18, 19.) Por tanto, así dice el Señor a Joacim, hijo de Josías, rey de Judá. No lo llorarán, ¡ay hermano!, y ¡ay hermana!, no le lamentarán, ¡ay Señor!, y ¡ay ilustre! Será sepultado con la sepultura de un asno, podrido y arrojado fuera de las puertas de Jerusalén. Lo que hemos puesto del hebreo: no lo llorarán, ¡ay hermano!, y ¡ay hermana!, no se encuentra en los Setenta. Se dice propiamente contra Joacim, rey de Judá, y se revela el enigma que antes parecía oculto y ambiguo entre tres hermanos, para que no sea el discurso sobre Joacaz, ni sobre Sedecías, sino propiamente sobre Joacim, a quien la historia hebrea narra que fue asesinado por bandidos caldeos, sirios, amonitas y moabitas. Por eso también en los Reyes se escribe que murió, pero no se menciona su sepultura (IV Reyes XXIV). En el libro de las Crónicas leemos que fue encadenado y llevado a Babilonia (II Crónicas XXXVI), y no se refiere más sobre él. Y se dice acertadamente que será sepultado con la sepultura de

un asno, para significar con otras palabras que no será sepultado, es decir, que será desgarrado por bestias y aves. Esta es la sepultura del asno.

(Vers. 20 seqq.) Sube al Líbano y clama, y en Basán da tu voz, y clama a los que pasan, porque han sido destruidos todos tus amantes. Hablé contigo en tu abundancia, dijiste: no escucharé. Este es tu camino desde tu juventud: porque no escuchaste mi voz. Todos tus pastores (o amantes) serán pasto del viento: y tus amantes (o amigos) irán en cautiverio. Y entonces te avergonzarás y te sonrojarás de toda tu maldad. Tú que te sientas en el Líbano y anidas en los cedros, ¿cómo gemiste cuando te vinieron dolores como los de una parturienta? A través de la metáfora del Líbano y Basán, regiones y montañas más allá del Jordán, el discurso se dirige a Jerusalén, que en vano confió en Egipto, o al mismo Joacim, que en ese tiempo reinaba en Jerusalén y había sido constituido rey por los egipcios, que en vano espera la ayuda de los egipcios, y que ellos también serán vencidos por el rey babilonio y llevados en cautiverio (IV Reyes XXIII). Y lo que dice: hablé contigo, es decir, Dios mismo a través de los Profetas; o, hablaron contigo, para que se entienda, mis Profetas; y tú en tu abundancia dijiste, no escucharé: la acusa de soberbia, y de que abusó de la magnitud de sus riquezas en desprecio de Dios. Y narra que no solo en este tiempo, sino desde el principio cuando fue sacada de Egipto, no escuchó la voz de Dios; por lo que todos sus pastores y príncipes fueron dispersados aquí y allá, y sometieron sus cuellos al cautiverio babilónico. Y lo que añade: Tú que te sientas en el Líbano y anidas en los cedros, señala la arrogancia, que había crecido por la abundancia de todas las cosas, y que como una mujer parturienta, le vendrá un dolor repentino y un cautiverio súbito. Pero lo que nosotros dijimos: clama a los que pasan, y en hebreo está escrito MEABARIM (), los Setenta y Teodocio lo tradujeron, más allá del mar: Símaco, por el contrario, para significar que la voz del Profeta desde Jerusalén debe llegar hasta el monte Líbano y Basán.

(Vers. 24 seqq.) Vivo yo, dice el Señor: Porque si Chonías, hijo de Joacim, rey de Judá, fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaré, y te daré en mano de los que buscan tu vida, y en mano de aquellos cuya cara temes, y en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia (lo que no se encuentra en los LXX) y en mano de los caldeos. Y te enviaré (o te arrojaré) a ti y a tu madre que te dio a luz, a una tierra extraña en la que no nacisteis: y allí moriréis. Y a la tierra [Al. en la tierra], a la cual ellos levantan su alma para regresar, no volverán. Antes había dicho, a la casa del rey de Judá estas palabras: y luego, desciende a la casa del rey de Judá: de nuevo: así dice el Señor sobre la casa del rey de Judá, y en un orden inverso, después de haber hablado de Sedecías, que fue el último de los reyes en Jerusalén, regresa a Joacim, su hermano, que reinó antes que él. Cumplida esta profecía, ahora habla al hijo de Joacim, nieto de Josías, rey de Jerusalén Jeconías, que también es llamado por otro nombre Joachín, quien fue capturado por Nabucodonosor con su madre, príncipes y artesanos, y muchos nobles, llevado a Caldea, y allí murió. Por tanto, se dice que si como un anillo no se aparta de la mano del que lo lleva, y del dedo difícilmente se desliza: así esté en mi mano Jeconías; sin embargo, lo arrancaré y lo entregaré al rey babilonio, y allí con su madre y todos sus compañeros morirá, y no verá más la tierra de Judá, que desea. El miserable Grunnius, que abrió su boca para calumniar a los santos varones, y enseñó a su lengua a mentir, interpretó un libro de Sexto Pitagórico, un hombre muy gentil, al latín; y lo dividió en dos volúmenes, y bajo el nombre del santo Mártir Xystus, obispo de la ciudad de Roma, se atrevió a publicarlo: en los cuales no se hace mención alguna de Cristo, del Espíritu Santo, de Dios Padre, de los Patriarcas, Profetas, y Apóstoles, y este libro con su habitual temeridad e insania, lo llamó Anillo, que se lee en muchas provincias, y especialmente por aquellos que predicán la ἀπάθεια, y la impecabilidad. Así como el Señor amenaza con arrojar a Jeconías como un anillo de su mano y dedo: así ruego al lector que rechace el libro impío; y lo lea, si quiere,

como los demás libros de los filósofos, no como un volumen eclesiástico. Suelo en los comentarios y explicaciones, cuyo hábito es poner diversas opiniones de los intérpretes, mezclar este tipo de discurso: algunos dicen esto, otros opinan esto, algunos sienten así. Lo que el mismo miserable Grunnius, y después de muchos años los discípulos de Joviniano, y aquel me han calumniado y me calumnian, poniendo bajo nombres ajenos opiniones propias, lo hago por causa de benevolencia, para no parecer que lacero a alguien con nombre propio. Porque la benignidad se ha convertido en calumnia, ahora digo tanto a aquel que ha muerto, como a este que vive, y trata de restaurar su herejía, que su maestro Orígenes refiere este lugar a Cristo, que de la mano de Dios Padre como un anillo fue arrancado, y enviado a la tierra de cautiverio, al valle de lágrimas, y entregado a la cruz, y también su madre, sin duda la Sinagoga, capturada y arrojada; y no teme al mencionar esto, lo que sigue: Tierra, tierra, tierra, escucha la palabra del Señor. Así dice el Señor: Escribe a este hombre abominable, o estéril, y lo demás, entenderlo del Señor de la majestad. Pero esto lo escribe, para que sus discípulos no se atrevan a negarlo, en el quinto libro de los Stromata.

(Vers. 28.) ¿Es acaso este hombre Chonías [Al. Jeconías] un vaso de barro, y quebrado? ¿Es acaso un vaso sin ningún placer (o utilidad)? ¿Por qué han sido arrojados él y su descendencia, y lanzados a una tierra que no conocían? Por lo que nosotros dijimos, ¿Es acaso un vaso de barro y quebrado?, Símaco tradujo: ¿Es acaso basura, o desechos viles y arrojados? Por lo cual en los Setenta no se encuentra nada, sino que solo interpretaron esto: Jeconías ha sido deshonrado, como un vaso en el que no hay utilidad. Y cuando esto se dice de Jeconías, hijo de Joacim, ¿se atreve alguien a referirlo como un tipo de Cristo? Y por el hecho de que el Apóstol dice que el Señor Salvador es la imagen del Dios invisible (Colosenses I), primogénito de toda criatura, es decir, sabiduría, Verbo, verdad y vida y justicia, se le llama anillo, que será arrojado o arrancado de la mano del Señor, y entregado al rey Nabucodonosor. Han sido arrojados, dice, él y su descendencia, y lanzados a una tierra que no conocían: lo que de Jeconías se hizo nadie lo duda. Jeconías se interpreta como preparación del Señor, a quien en el presente lugar se le quita la primera sílaba, es decir, el nombre del Señor, y se le llama Chonías, para que se entienda, preparado para la perdición y destrucción.

(Vers. 29, 30.) Tierra, tierra, tierra, escucha la palabra del Señor. Así dice el Señor: Escribe a este hombre estéril, un hombre que en sus días no prosperará. Pues no habrá de su descendencia hombre que se siente sobre el trono de David y tenga poder más allá en Judá [Al. Judea]. Si quisiera notar cada lugar, cuánto los LXX han omitido o cambiado, sería largo, especialmente cuando un lector diligente puede considerar de ambas ediciones, qué ha sido cambiado, qué añadido, qué sustraído. Por estéril en hebreo está escrito ARIRI (), que la primera edición de Aquila, estéril: la segunda, ἀναύξητον, es decir, no creciente: Símaco, vacío: los Setenta y Teodocio, abominable, y repudiado lo interpretaron. Y surge la cuestión, ¿cómo puede sostenerse la profecía, de que de su linaje no se generará ninguno que se siente sobre el trono de David, ni habrá príncipe más allá en Judá, cuando el Señor y Salvador ha nacido de su linaje; sobre cuyo nacimiento Gabriel habla a María: He aquí concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Él será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lucas I, 31-33). Podemos entonces decir esto, porque lo que falta en los LXX, a saber, en sus días no prosperará, o no crecerá, ha hecho la cuestión para los ignorantes. Los Setenta tradujeron: Escribe a este hombre repudiado de los hombres: porque no crecerá de su descendencia hombre que se siente sobre el trono de David, príncipe más allá en Judá, lo que en hebreo se ha puesto dos veces; lo que pensando los que escribieron desde el principio, añadido en los libros griegos, lo sustrajeron. Respondamos

entonces que en los días de Jeconías no le sucedió hombre que se sentara sobre su trono; pero mucho después de su tiempo nació de su linaje quien obtuvo su trono. También puede resolverse así: No se sentará sobre el trono de David hombre y humano, sino que se sentará Dios, y su reino no será terrenal y breve, como fue el de David, sino perpetuo y celestial, diciendo la Escritura: Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lucas I, 32). Nació entonces de Joacim Jeconías, de Jeconías Salatiel, de Salatiel Zorobabel, y por orden se llega a Cristo. Pero en los días de Joacim no le sucedió un rey hijo, como él sucedió a su padre, sino que tanto Salatiel como Zorobabel estuvieron en cautiverio, y hasta Cristo nadie obtuvo el poder real. Esto, sin embargo, porque en hebreo está escrito: en sus días y en su tiempo, en el que él fue, no habrá hombre que se siente sobre el trono de David. Todos fueron cautivos, y ninguno de la descendencia de David en la tierra de Judá tuvo el principado. Por eso también Josefo refiere que de la tribu sacerdotal y de Leví fueron los príncipes a quienes sucedió Herodes, hijo de Antípatro prosélito, y después bajo Vespasiano, el reino de este linaje, o más bien la imagen del imperio, fue completamente destruido.

(Cap. XXIII.---Vers. 1 seqq.) ¡Ay de los pastores, que destruyen y desgarran el rebaño de mi pasto (o pastores, que destruyen y disipan las ovejas de mi pasto), dice el Señor. Por eso, así dice el Señor Dios de Israel a los pastores, que apacientan a mi pueblo: Vosotros dispersasteis mi rebaño, los echasteis, y no los visitasteis. He aquí que yo visitaré sobre vosotros la maldad de vuestras obras, dice el Señor. Y yo reuniré las reliquias de mi rebaño de todas las tierras a las que los eché, y los devolveré a sus campos (o los restituiré a sus pastos) y crecerán y se multiplicarán. Y levantaré sobre ellos pastores, y los apacentarán. No temerán más, ni se espantarán, y ninguno será buscado de su número, dice el Señor. A los pastores, o sobre los pastores, es el discurso profético. Y porque leímos escrito sobre Jeconías, penúltimo rey de Judea, que fue de la descendencia de David: Tierra, tierra, tierra, escucha las palabras del Señor, escribe a este hombre repudiado, o estéril, y no habrá de su descendencia hombre que se siente sobre el trono de David (Supra XXII, 29, 30), y toda esperanza del reino judío había sido cortada: pasa a los príncipes de la Iglesia, y la Sinagoga con sus pastores abandonada y condenada, el discurso se dirige a los Apóstoles, de quienes se dice: Y levantaré sobre ellos pastores, y los apacentarán, no temerán más, ni se espantarán, y ninguno será buscado de su número, dice el Señor (Ezequiel III, 24). Los Apóstoles, en efecto, apacentarán el rebaño eclesiástico con confianza y sin temor alguno, y las reliquias del pueblo de Israel serán salvadas de todas las tierras, y se convertirán a sus campos, o a sus pastos, y crecerán y se multiplicarán. Pero sobre los malos pastores, escribas y fariseos, el Señor visitará por la maldad de sus obras. Podemos también entender esto según la tropología, sobre los príncipes de la Iglesia, que no gobiernan dignamente las ovejas del Señor, que siendo ellos rechazados y condenados, el pueblo será salvado entregado a otros que sean dignos: y las reliquias serán salvadas. Los pastores pierden las ovejas, que enseñan herejía. Las desgarran y disipan, que hacen cismas. Las echan, que las separan de la Iglesia contra la justicia. No las visitan, que retraen la mano a los penitentes. De todos estos se compadecerá el Señor, devolviéndoles sus pastos originales, y quitando a los malos pastores.

(Vers. 5, 6.) He aquí que vienen días, dice el Señor, y levantaré a David un germen [Al. rey] justo (o un brote justo); y reinará un rey, y será sabio (o entenderá), y hará juicio y justicia en la tierra. En esos días será salvado Judá, e Israel habitará confiado. Y este es el nombre con el que lo llamarán (o lo llamará) el Señor nuestra justicia (o nuestra justificación). Lo que en hebreo se dice SADECENU (). Esto que en los Setenta se añadió mal, en los Profetas, debe ser completamente eliminado. Pues sigue otro capítulo, que fue omitido por ellos, al terminar el cual, el título es, a los Profetas, o contra los Profetas, sobre lo cual hablaremos en su lugar. Rechazados entonces los pastores de la sinagoga, es decir, los escribas y fariseos, y salvadas

las reliquias de Israel, y constituidos los Apóstoles del Evangelio en lugar de los primeros príncipes, se introduce al pastor de pastores, y príncipe de príncipes, y rey de reyes, y Señor de señores, a saber, Cristo nuestro Salvador, que propiamente es el germen justo, o brote justo, de quien leemos: En sus días brotará la justicia (Salmo LXXI, 7). Y en otro lugar: He aquí el hombre, cuyo nombre es Brote (Zacarías VI, 12), y bajo él brotará, y edificará el templo al Señor: para que así como en Isaías se le llama Emmanuel, es decir, Dios con nosotros (Isaías VII, 14): así en Jeremías reciba el nombre, nuestra justicia. Por eso también el apóstol dice: Que se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia y santificación y redención (I Corintios I, 30). A quien contrario el Anticristo, y su habitador el diablo, en Zacarías se le llama pastor necio (Zacarías XI). Y hará, dice, juicio y justicia en la tierra. Pues el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22). En esos días tanto las dos como las diez tribus de Judá, e Israel serán salvadas juntas. Y de las dos varas, según Ezequiel, se hará una vara (Ezequiel XXXVII). Y su nombre, si según los Setenta, lo llamará el Señor, será llamado Josedec, es decir, Señor justo: si según el hebreo, que dijeron, su nombre lo llamarán, se dirá, Señor nuestra justicia. Esto es lo que significa ADONAI SADECENU (), por lo cual Símaco traduce, Señor, justificanos.

(Vers. 7, 8.) Por esto he aquí que vienen días, dice el Señor. Y no dirán más, vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; sino vive el Señor, que sacó y trajo la descendencia de la casa de Israel de la tierra del Norte, y de todas las tierras, a las que los eché, y habitarán en su tierra. Todo este capítulo no se encuentra en los Setenta. Su sentido aquí es, que no será más por Moisés que el pueblo de Dios sea liberado de Egipto, sino por Jesucristo de todo el orbe, en el que había sido dispersado. Lo que en parte se cumple ahora en el mundo, y se cumplirá completamente, cuando de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur vendrán y se sentarán con Abraham, Isaac, y Jacob (Mateo VIII). Para que después de que haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel sea salvo (Romanos XI).

A los Profetas (o en los Profetas, o contra los Profetas). Este título, como dijimos antes, en la edición de los Setenta, se puso al final del capítulo anterior, donde leemos escrito: y este es el nombre, con el que lo llamará el Señor Josedec, en los Profetas. Lo que muchos ignorando, inventan varios delirios de explicación. Y mucho mejor sería confesar simplemente la ignorancia, que hacer a otros herederos de su impericia. Pero es un discurso contra los Profetas, más bien pseudoprofetas de Jerusalén y Samaria, a quienes ahora llama con el nombre común y vulgar de Profetas, de quienes está escrito en lo que sigue: Y en los Profetas de Samaria vi iniquidad; e inmediatamente: Y en los Profetas de Jerusalén vi cosas horribles. Cuando pone la conjunción, y, muestra que lo anterior fue dicho de los Profetas del Señor, que también ellos se hicieron semejantes a los pseudoprofetas.

(Vers. 9.) Mi corazón está destrozado dentro de mí, todos mis huesos han temblado, me he vuelto como un hombre ebrio y como un hombre embriagado por el vino ante la presencia del Señor y ante las palabras de sus Santos. Considerando el rostro del Dios omnipotente, es decir, del Padre, y considerando el rostro del Hijo, que según el Apóstol es llamado el resplandor de su gloria y la forma de la sustancia de Dios (Hebr. I), el Profeta se estremece tanto en alma como en cuerpo, y entiende que no es nada, según lo que se dice en otro lugar: Me he vuelto como una bestia ante ti (Sal. LXXII, 23). O bien ofrece a Dios la víctima de su conciencia y humildad, según lo que se lee en los Salmos: El sacrificio a Dios es un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia (Sal. L, 19). Los huesos que han temblado, o se han movido, entendamos que son aquellos de los que el mismo David canta: Todos mis huesos dirán, Señor, ¿quién es como tú? (Sal. XXXIV, 10). Se ha vuelto como un ebrio, y como un hombre embriagado, o adormecido por el vino, sin tener

inteligencia ni sabiduría. Porque el Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XCIII, 11). Si esto es así, ¿dónde están aquellos que predicán la justicia perfecta en el hombre? Y si responden que dicen esto de los santos, no de sí mismos, ciertamente no creo que haya nadie más santo que Jeremías, quien siendo virgen, Profeta, y santificado en el vientre, prefigura con su nombre al Señor Salvador. Jeremías se interpreta como, el excelso del Señor.

(Vers. 10.) Porque la tierra está llena de adulterios, porque a causa de la maldición la tierra ha llorado, se han secado los campos del desierto, y su curso se ha vuelto malo, y su fortaleza diferente. Esto que hemos puesto del Hebreo: porque la tierra está llena de adulterios, no se encuentra en los Setenta, quienes dijeron juramento en lugar de maldición. Y da las razones, que por causa de los adulterios, y las maldiciones, o el juramento superfluo, incluso perjurios, ha seguido la esterilidad de los frutos. Todo lo que entiendas de la tierra de Judá según la letra, refiérelo a la congregación de los creyentes, porque por los adulterios, y las mentiras, o perjurios, la esterilidad de las virtudes y dones de Dios está en las Iglesias.

(Vers. 11, 12.) Porque el Profeta y el Sacerdote están contaminados, y en mi casa he encontrado su maldad, dice el Señor. Por eso su camino será como un resbaladero en la oscuridad. Serán empujados y caerán en él, porque traeré sobre ellos el mal, el año de su visita, dice el Señor. Cuando en la Iglesia de Dios, y especialmente en sus príncipes se encuentran males, sepamos que se ha cumplido, el Profeta y el sacerdote están contaminados; en mi casa he encontrado su maldad, dice el Señor. La casa de Cristo es la Iglesia, de la cual también el Apóstol escribe a Timoteo: Para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). En el profeta, toma al maestro: en el sacerdote, la dignidad del ministerio. Que si consienten con mente perversa, su camino será resbaladizo y en tinieblas; ni tendrán al Señor hablando: Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que cree en mí no permanezca en tinieblas (Juan XII, 46). De donde el santo habla, huyendo de todas las tinieblas: Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor: has dado alegría en mi corazón (Sal. IV, 7). Pero cuando estén en tinieblas y en camino resbaladizo, es decir, en error herético, serán empujados a cada movimiento y caerán. Y el Señor trae sobre ellos males, no porque sean males, para que el Señor traiga males: sino males para aquellos que sufren castigos. De lo contrario, los mismos son tanto malos como buenos. Malos, según aquellos a quienes atormentan: buenos, según aquellos a quienes corrigen. Y esto debe notarse, que el año de la visita del Señor se llama corrección de los pecadores y tormento, según lo que está escrito: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no la apartaré de él (Sal. LXXXVII, 33, 34).

(Vers. 13.) Y en los profetas de Samaria he visto necedad; profetizaban en Baal, y engañaban a mi pueblo Israel. Yo creo que los profetas de Samaria, según los entendimientos místicos, se llaman propiamente herejes, y todos los que presumen de la ciencia de falso nombre. Así como los profetas de Samaria, todo lo que hablaban, profetizaban en Baal, es decir, en un ídolo consagrado a los demonios: así los herejes, todo lo que hablan en la Iglesia, o fuera de la Iglesia, para suplantar al pueblo de Israel, que antes veía a Dios, hablan en los demonios. Por eso dice significativamente: Y en los profetas de Samaria he visto necedad (I Cor. I, 24): porque no tienen a aquel de quien se dice, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios.

(Vers. 14.) Y en los profetas de Jerusalén he visto semejanza, adulterio y camino de mentira, y han fortalecido las manos de los malvados, para que no se convierta cada uno de su malicia. Se han vuelto para mí todos como Sodoma, y sus habitantes como Gomorra. No solo, dice, en las asambleas de los herejes se han encontrado estas cosas, sino también en los profetas de

Jerusalén, es decir, en los doctores de la Iglesia he visto semejantes, o terribles, adulterando la palabra de Dios, y entrando por el camino de la mentira, para que consientan con los engaños de los herejes, y fortalezcan las manos de los malvados, y unan sus males a sus crímenes, y a quienes debían corregir, los lleven a la perdición. Quienes hagan esto, no piensen que quedarán impunes. Porque serán ellos y aquellos a quienes favorecen, como Sodoma, y todos los que habitan con ellos, y no se apartarán de tales, como Gomorra. Exulte, pues, cuanto quiera la doctrina perversa, y gloriense los profetas de Jerusalén de haber obtenido por mentira, y fortalecido las manos de los malvados: su fin será como Sodoma y Gomorra.

(Vers. 15.) Por eso dice el Señor de los ejércitos a los Profetas: He aquí que los alimentaré con ajeno y les daré a beber hiel, porque de los profetas de Jerusalén ha salido la contaminación a toda la tierra. Usemos este testimonio contra aquellos que envían cartas llenas de mentiras y fraude y perjurio al mundo, para que contaminen los oídos de los oyentes, y dañen la reputación de los simples, para que se cumpla en ellos lo que está escrito: De los profetas de Jerusalén ha salido la contaminación a toda la tierra. Porque no les basta devorar su propia iniquidad, y dañar a los prójimos: sino que a quienes una vez odian, intentan difamar por todo el mundo, y sembrar blasfemias por todas partes.

(Vers. 16, 17.) Así dice el Señor de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan, y os engañan: hablan la visión de su corazón, y no de la boca del Señor. Dicen a los que me blasfeman, ha hablado el Señor, paz habrá para vosotros. Y a todo el que anda en la perversidad de su corazón, dijeron: no vendrán sobre vosotros males. Para que el pueblo no pensara que estaba exento de culpa si consentía con los Doctores perversos: No escuchéis, dice, las palabras de los Profetas, que os profetizan mentira, y os engañan. Porque la pena será igual para el maestro y el discípulo. No hablan de la boca del Señor, sino lo que han simulado en su corazón. Dicen a los que me blasfeman, es decir, a los herejes y perversos, o a los que rechazan mi palabra: ¿qué dicen? Ha hablado el Señor, paz habrá para vosotros. No temáis duros castigos, ni os asustéis con vanas amenazas: paz habrá para vosotros y tranquilidad, y todo lo que decimos y os anunciamos, ha hablado el Señor; ni vendrá sobre vosotros el mal, que teméis por mala conciencia; sino el bien que os ha hablado el Señor.

¿Quién ha estado en el consejo del Señor, y ha visto, y ha oído su palabra? ¿quién ha considerado su palabra, y la ha oído? Donde nosotros hemos interpretado, en el consejo, y en el Hebreo está escrito BASOD (): Aquila, secreto: Symmachus, palabra: los Setenta y Theodotion, sustancia, o subsistencia han interpretado. Y el sentido es: No creáis, oh pueblo indocto, a los Profetas, que os anuncian falsedades, que dicen, esto ha hablado el Señor, paz habrá para vosotros: no vendrá sobre vosotros el mal. ¿De dónde pueden conocer los secretos de Dios, o quién les ha anunciado, para que aprendan el consejo de Dios? ¿cómo ha llegado a ellos la palabra de la disposición divina? Algunos de los nuestros creen haber encontrado en este lugar, donde se describe la sustancia de Dios.

(Vers. 19, 20.) He aquí que el torbellino de la indignación del Señor saldrá, y la tempestad estallará sobre la cabeza de los impíos, y no se volverá la ira del Señor hasta que haga, y hasta que complete los pensamientos de su corazón. En los últimos días entenderéis su consejo. Los que antes decían: ha hablado el Señor, paz habrá para vosotros, y a quienes había reprendido porque no podían conocer lo que vendría, ni saber la sentencia de Dios, ahora muestra por lo contrario, que no saben nada. Porque en lugar de paz y seguridad, viene la tempestad babilónica, y viene no sobre cualquiera, sino sobre las cabezas de los impíos, ya sea de todo el pueblo, o de aquellos que anunciaban falsedades al pueblo. Ni como en

tiempos pasados la ira y el furor de Dios serán aplacados, sino que lo que ha predicho y amenazado muchas veces, se cumplirá en obra, y el pensamiento de él y su sentencia se comprobarán con los castigos de los impíos. Cuando, dice, llegue el tiempo final de la cautividad, y el vencedor exultante os haya sometido, y os haya atado las manos con el estruendo de las cadenas: entonces entenderéis su consejo, que ahora en vano pretendéis conocer.

(Vers. 21, 22.) No envié a los Profetas, y ellos corrían: no les hablé, y ellos profetizaban. Si hubieran estado en mi consejo, y hubieran hecho conocer mis palabras a mi pueblo, ciertamente los habría apartado de su mal camino, y de sus malas intenciones. Este sentido también lo explica el Apóstol a los Romanos: Y como no quisieron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer lo que no conviene, llenos de toda iniquidad, malicia, fornicación, maldad, avaricia (Rom. I, 28, 29), y otras cosas. Porque una vez que los falsos doctores se han entregado a las mentiras y perjurios y muertes de los engañados, no van paso a paso, ni con paso considerado, sino que corren precipitadamente a la perdición tanto suya como de aquellos a quienes han engañado. Ni el Señor les habla, sino que ellos hablan como si fuera de la boca del Señor, de quienes se dice: Si hubieran estado en mi consejo, es decir, si hubieran querido aceptar mi voluntad, y hubieran hecho conocer mis palabras a mi pueblo, no adulándolos y perdiéndolos con adulación, para decirles, no tenéis pecados; poseéis la justicia perfecta; la santidad y la castidad y la justicia se encuentran solo en vosotros: y yo no los habría entregado a la inmundicia y la ignominia, para que hicieran lo que no conviene, y siguieran sus malas intenciones. Contemplemos a los herejes, cómo una vez desesperando de la salvación, se entregan a la gula y a los placeres, comen carne, frecuentan los baños; huelen a musgo; ungidos con diversos ungüentos buscan la belleza de los cuerpos. Porque una vez que no esperan lo futuro, ni creen en la resurrección. Lo que no revelan con palabras, lo muestran con obras. Porque si creyeran, no harían estas cosas. Y en este lugar donde está escrito: si hubieran estado en mi consejo, Aquila, Symmachus, Theodotion, y los Setenta, han traducido de manera similar.

(Vers. 23, 24.) ¿Acaso soy un Dios de cerca, dice el Señor, y no un Dios de lejos? Si un hombre se oculta en escondites, ¿no lo veré yo? dice el Señor. ¿No lleno yo el cielo y la tierra? dice el Señor. LXX: Dios cercano soy, dice el Señor, y no Dios de lejos. Si un hombre se oculta en escondites, ¿no lo veré yo? dice el Señor; ¿no lleno yo el cielo y la tierra? dice el Señor. Aquila y Symmachus han interpretado de manera similar: ¿Acaso soy un Dios de cerca, o de vecino, y no un Dios de lejos? Los Setenta y Theodotion han traducido en sentido contrario, para decir: Dios cercano soy, dice el Señor, y no Dios de lejos. Lo que los anteriores afirman que Dios no solo conoce lo cercano, sino también lo que está lejos; ni lo presente, sino que ve lo futuro. Estos, sin embargo, consideran que Dios está presente en todas partes, y que no hay lugar donde Dios no esté presente. Porque a todos, y especialmente a los santos, Dios se acerca, como si una vestidura se adhiriera a la piel. Pero los pecadores, alejándose de él, perecerán. Este sentido también lo leemos en los salmos: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú: si desciendo al infierno, allí estás. Si tomo mis alas al amanecer, y habito en los confines del mar: incluso allí tu mano me guiará, y tu diestra me sostendrá (Sal. CXVIII, 1 y ss.). Amós también consiente en estas palabras, diciendo: Si descenden hasta el infierno, de allí mi mano los sacará; y si ascienden hasta el cielo, de allí los derribaré. Y si se esconden en la cima del Carmelo, de allí los buscaré y los sacaré. Y si se ocultan de mis ojos en lo profundo del mar, allí mandaré al serpiente y los morderá (Amós IX, 2, 3); y de nuevo en el salmo superior: Porque las tinieblas, dice, no se oscurecerán de ti; y la noche será iluminada como el día: como sus

tinieblas, así también su luz (Sal. CXXXVIII, 12). Pero lo que se dice frecuentemente en los Profetas, Así dice el Señor, se introduce siempre para que no se desprecien como palabras de los Profetas, sino que se recuerde constantemente que son palabras de Dios las que hablan.

(Vers. 25 y ss.) He oído lo que dicen los Profetas, profetizando en mi nombre mentira y diciendo: He soñado. ¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los Profetas que profetizan mentira, y profetizan seducciones? Que quieren hacer que mi pueblo olvide mi nombre: por los sueños que cada uno cuenta a su prójimo: como sus padres olvidaron mi nombre por Baal. Porque el título anterior es contra los Profetas, o a los Profetas, que entendemos claramente como falsos profetas (hay muchos tipos de profetizar: uno de ellos es el de los sueños, como fue en Daniel), por eso también se dirige el discurso profético a aquellos que creen en los sueños, y todo lo que ven, piensan que es una revelación divina, que propiamente se abre a los santos y siervos de Dios. Que si leemos que Faraón (Gen. XLI) y Nabucodonosor (Dan. II) reyes impíos vieron sueños que fueron verdaderos: no fue por mérito de ellos que los vieron; sino para que por su ocasión los santos varones José y Daniel brillaran, y los duros corazones e indomables de los tiranos sintieran la majestad del Señor por su propia conciencia. Hoy también hay soñadores en la Iglesia, y especialmente en nuestro rebaño, que presumen de sus errores como profecía del Señor, y frecuentemente repiten, he soñado, he soñado: a quienes el Señor reprende diciendo: ¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los que profetizan, profetizando mentira, y profetizando seducciones de su corazón? Esto lo hacen para que así como el antiguo pueblo, que salió de Egipto, olvidó el nombre de Dios; así también sus descendientes me olviden. Pero tal profecía no es en el nombre del Señor, sino en el nombre de Baal, que es propiamente un ídolo de los sidonios, o babilonio, y con un nombre cercano se llama Bel.

(Vers. 28, 29.) El profeta que tiene un sueño, cuente el sueño, y el que tiene mi palabra, hable mi palabra con verdad. ¿Qué tienen que ver la paja con el trigo? dice el Señor. ¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como un martillo (o hacha que rompe la roca)? A ellos les corresponde interpretar el sueño quienes merecen tener la palabra de Dios, y decir: Así dice el Señor; a quienes el Señor ha hablado, en quienes está la verdad, y no la mentira engañosa. ¿Qué quieren las pajas de los herejes con el trigo de la Iglesia? de lo cual Juan el Bautista habla más plenamente (Mat. III), que el Señor limpiará su era, y con el aventador dispersará las pajas con los vientos, y las dejará para ser quemadas por el fuego: pero el trigo lo guardará en los graneros, para que se convierta en pan celestial: y que cada uno de los creyentes diga: Gustad y ved que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 9). Y bellamente la doctrina perversa se compara con las pajas, que no tienen médula, ni pueden nutrir a los pueblos creyentes, sino que se deshacen en tallos vacíos. Y porque los herejes suelen siempre prometer prosperidad, y abrir los reinos de los cielos a los pecadores: para que digan, los reinos de los cielos están preparados para ti, puedes imitar la majestad de Dios, para que estés sin pecado; pues has recibido el poder del libre albedrío, y el conocimiento de la ley, por el cual consigues lo que deseas: y engañan con halagos a los miserables, y especialmente a las mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas por todo viento de doctrina, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad, y engañan a todos sus oyentes con adulaciones (Efes. IV); por eso el Señor comparando sus palabras con las pajas de los herejes dice: ¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como un martillo que rompe la roca? Porque mi palabra, dice, anuncia los castigos futuros, para disuadir a los hombres de pecar; y amenaza con el incendio a las pajas de los pecadores, para que los corazones duros de los herejes, indomables como el pedernal, sean quebrantados por el martillo de su palabra: quitando el corazón de piedra, para poner en su lugar un corazón de carne, es decir, blando, y que pueda recibir y sentir los preceptos de Dios. Algo similar dice el Señor a través de

Ezequiel (Ezeq. XIII), que los falsos profetas con sus halagos enlucen la pared sin mezcla, que luego será derribada por la lluvia violenta y la verdad del juicio. Y los falsos profetas cosen almohadillas bajo cada codo de la mano, para hacer que los pecadores descansen, y de ninguna manera mitiguen la ira de Dios con lágrimas. Por martillo, los Setenta tradujeron hacha, aquella de la que habla Juan el Bautista: Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles (Mat. III, 10). Esta hacha corta los árboles infructuosos, y este martillo rompe las piedras más duras. De ahí que también el profeta Nahum dice: Su furor, sin duda el de Dios, consumirá los principados: y las piedras serán quebrantadas por él (Nahum, I, 6). Esto contra los herejes. Sin embargo, de los hombres eclesiásticos está escrito, que el martillo y el hacha no se oyeron en la casa del Señor (III Reg. VI).

(Vers. 30 seqq.) Por tanto, he aquí que yo estoy contra los profetas, dice el Señor, que roban mis palabras cada uno de su prójimo. He aquí que yo estoy contra los profetas, dice el Señor, que toman sus lenguas y dicen, dice (o duermen el sueño). He aquí que yo estoy contra los profetas que sueñan mentira, dice el Señor, que cuentan esas cosas, y seducen a mi pueblo con sus mentiras y con sus milagros (o estupores y terrores), cuando yo no los envié, ni les mandé, que no han aprovechado a este pueblo, dice el Señor. Siempre la mentira imita a la verdad: y si no tiene alguna semejanza con lo recto, no puede engañar a los inocentes. Así como en el pueblo anterior mentían los profetas y decían: Así dice el Señor. Y, Vi al Señor; y, La palabra del Señor que vino a él, o a él: así los herejes toman los testimonios de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, y roban las palabras del Salvador cada uno de su prójimo, a los profetas y apóstoles, y evangelistas: y toman sus lenguas, para pronunciar con la boca los venenos del corazón, y duermen el sueño, de los cuales verdaderamente se ha dicho: Durmieron su sueño, y nada encontraron (Sal. LXXVI, 5). O según el hebreo: Y dicen dice, para que se entienda el Señor, o ciertamente, el discurso divino. Amenaza, pues, el Señor que él mismo vendrá contra tales maestros, que seducen a su pueblo con sus mentiras y con sus estupores y milagros. Pues prometen cosas grandes e increíbles e inmensas para seducir a los miserables: que no han aprovechado al pueblo de Dios. Y cumplen aquello apostólico, enseñando lo que no conviene por amor al lucro deshonesto: que suelen anunciar prosperidad a los malos, y lo contrario a los buenos.

(Vers. 33 seqq.) Si, pues, te preguntare este pueblo, o el profeta, o el sacerdote, diciendo: ¿cuál es la carga de Dios (o cuál es la asunción del Señor)? les dirás: Vosotros sois la carga (o asunción). Porque os arrojaré (o golpearé), dice el Señor. Y al profeta y al sacerdote y al pueblo, que dice, carga (o asunción) del Señor, visitaré (o castigaré) sobre ese hombre, y sobre su casa. Esto diréis cada uno a su amigo y a su hermano: ¿qué respondió el Señor, y qué habló el Señor? Y la carga (o asunción) del Señor no se mencionará más, porque la carga (o asunción) será para cada uno su palabra. La palabra hebrea MASSA (), Aquila la interpreta como ἄρμα, es decir, carga y peso: Symmachus, los Setenta y Theodotion, asunción. Dondequiera que, por tanto, es grave lo que el Señor amenaza, y lleno de peso y trabajo, e insoportable, también en el título se dice ἄρμα, es decir, peso. Pero donde el Señor promete prosperidad, o después de la amenaza promete cosas mejores, allí se dice Visión, o ciertamente palabra del Señor: y era evidente por el mismo título de la profecía de peso, o visión, y Palabra de Dios, qué tipo de vaticinio seguiría. Porque los profetas solían anunciar cosas tristes al pueblo pecador, y amenazar castigos, para retraerlos al arrepentimiento: pero el Señor clemente y misericordioso difería la sentencia por mucho tiempo, el pueblo engañado y seducido por el fraude de los falsos profetas, pensaba que no vendría lo que el Señor amenazaba, y convertían la verdad en juego y burla; y a los profetas que profetizaban, como burlándose, decían: De nuevo este ve la carga y el peso del Señor. Y así sucedía, que ya no se llamaba Visión, sino por juego y burla, se llamaba carga y peso. Por tanto, el Señor

ordenó que si el pueblo, o el profeta, o el sacerdote preguntaran a Jeremías, qué es el peso o cuál es la asunción del Señor, les respondiera y dijera: Vosotros sois la carga, y vosotros la asunción. Porque os tomaré y os arrojaré, os golpearé y os haré perecer. Pero si alguno de los profetas, o sacerdotes, o del pueblo, se atreviera a nombrar la carga y el peso del Señor: Visitaré, dice, sobre ese hombre, y sobre su casa; y lo borraré para siempre. Que cada uno diga, pues, a su prójimo y a su amigo, no qué es la carga del Señor, sino qué respondió el Señor, y qué habló el Señor. Olvidad lo antiguo: la carga, y el peso, o asunción en vuestra boca no resonará más: porque para cada hombre su palabra y su obra se considerará como carga y peso, según lo que está escrito: De tu boca serás justificado, y de tu boca serás condenado (Mat. XV).

(Vers. 37 seqq.) Y pervertís las palabras del Dios viviente: del Señor de los ejércitos, nuestro Dios. Esto dirás (o diréis) al profeta: ¿Qué te respondió el Señor, y qué habló el Señor? Pero si dijereis la carga del Señor. Hasta aquí no se encuentra en los LXX, y sigue: Por esto dice el Señor: Porque dijisteis esta palabra, carga (o asunción) del Señor, y envié a vosotros, diciendo: no digáis, carga (o asunción) del Señor: por tanto, he aquí que os tomaré (o asumiré) llevándoos, y os arrojaré (Vulg. dejaré) a vosotros y a la ciudad, que os di a vosotros y a vuestros padres, de mi presencia, y os daré en oprobio eterno, y en ignominia eterna, que nunca se borrará con el olvido. El Señor ordenó que de ninguna manera se dijera la palabra de carga, y peso, y asunción en el pueblo; sino de respuesta y palabra de Dios: lo cual porque el pueblo despreció cumplir, él mismo interpreta la palabra sobre ellos, y dice: Porque dijisteis lo que no quise, y esto cuando muchas veces envié profetas, y ordené que no dijerais: por tanto, cumpliré en vosotros con obra vuestra palabra de asunción, carga y peso. Porque os tomaré y os llevaré y os golpearé, y os haré caer de lo alto a la tierra. No solo a vosotros, sino también a vuestra ciudad, que di a vuestros padres. Y os daré, dice, en oprobio, y en ignominia eterna, que nunca se borrará con el olvido. Esto sabemos que se cumplió en el tiempo de la cautividad de Babilonia; pero más plenamente y perfectamente se cumple después de la pasión y resurrección del Salvador, cuando el Señor habló: Vuestra casa os será dejada desierta (Luc. XIII, 35): y hasta el fin su sentencia permanecerá. Digamos también de otra manera al menos según los Setenta: λῆμμα no solo significa asunción, sino también don, y regalo. Porque el pueblo siempre se prometía prosperidad, dice, que ya no deben decir esto. Pues son indignos de los dones y regalos de Dios, sino más bien deben ser rechazados y completamente abandonados por la ayuda de Dios. De las palabras y la interpretación de los nombres a menudo se muestran las cosas, como los nombres cambiados de Abraham, Sara, y Pedro, y los hijos de Zebedeo significan el cambio de las cosas: y en este mismo profeta (Supra XX), Phasur (o Phasor y Phascor) se dice terror, o traslado, y colono, o peregrino. Es de notar que las palabras, del Dios viviente, del Señor de los ejércitos, nuestro Dios, no las tienen los códices latinos y griegos; y los hebreos en sus volúmenes leen contra sí mismos, lo que propiamente significa el misterio de la Trinidad.

LIBRO QUINTO.

El quinto libro de los Comentarios sobre Jeremías, comenzará con dos cestas, hermano Eusebio, una de las cuales mostrará la dulzura de la fe recta, y la otra la amargura de la perfidia de los herejes. Aunque Ananías hijo de Azur se oponga a Jeremías, y Semeías el Nehelamita desee que el profeta sea enviado a la cárcel, y el sacerdote Sofonías jure en las palabras de los falsos profetas (Jerem. XXVIII, XXIX): sin embargo, la verdad puede ser encerrada y atada, pero no puede ser vencida, que está contenta con la escasez de los suyos, y no se aterra por la multitud de enemigos. Levanta, pues, las manos al cielo con Moisés, y suspende la antigua serpiente en el desierto, y de inmediato Amalec será destruido, y las mordeduras venenosas no prevalecerán, y el pueblo del Señor pasará seguro con Josué las

aguas del Jordán, y después de la vasta soledad, comerá el pan, que nació en nuestro pueblo de Belén (Éxodo XVII, Núm. XXI).

(Cap. XXIV.---Vers. 1 seqq.) El Señor me mostró, y he aquí dos cestas (o canastos) llenas de higos, colocadas delante del Templo del Señor: después de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, trasladó a Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, y a sus príncipes, y al artesano, y al cerrajero de Jerusalén, y los llevó a Babilonia. Una cesta tenía higos muy buenos, como suelen ser los higos de la primera cosecha: y la otra cesta tenía higos muy malos, que no se podían comer, porque eran malos. Y el Señor me dijo: ¿Qué ves, Jeremías? Y dije: higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que no se pueden comer, porque son malos. Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Así dice el Señor Dios de Israel: Como estos higos buenos, así reconoceré la transmigración de Judá, que envié de este lugar a la tierra de los caldeos, para bien. Y pondré mis ojos sobre ellos para bien, y los haré volver a esta tierra, y los edificaré, y no los destruiré: y los plantaré, y no los arrancaré. Y les daré un corazón para que me conozcan, porque yo soy el Señor; y serán mi pueblo, y yo seré su Dios: porque volverán a mí de todo su corazón. Y como los higos malos, que no se pueden comer, porque son malos: así dice el Señor, así daré [o clamaré] (o entregaré) a Sedequías, rey de Judá, y a sus príncipes, y a los que quedan en Jerusalén, que permanecieron en esta ciudad, y a los que habitan en la tierra de Egipto. Y los daré para ser objeto de horror y aflicción [o dispersión] en todos los reinos de la tierra, en oprobio, y en parábola, y en proverbio, y en maldición en todos los lugares a los que los arrojé. Y enviaré contra ellos espada, hambre y peste, hasta que sean consumidos de la tierra que les di a ellos y a sus padres. Algunos interpretan los dos canastos, o cestas de higos buenos y malos [o buenas y malas], en la Ley y en el Evangelio; la Sinagoga y la Iglesia; el pueblo de los judíos y el de los cristianos; el infierno y el reino de los cielos, de los cuales uno pertenece al castigo de los pecadores, y el otro a la morada de los Santos. Pero nosotros, sabiendo según el Apóstol Pablo (Rom. VII) que la ley es buena y santa, y el mandamiento bueno y santo, y que hay un solo Dios de ambos Testamentos, más bien lo referimos a aquellos que creyeron y no creyeron en la venida del Señor Salvador: para que aquellos que, incitados por los escribas y sacerdotes, clamaron diciendo: Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21), sean el canasto de higos malos; y los que después de su ascensión creyeron del pueblo, se refieran a los higos buenos y al mejor canasto y cesta. Sigamos la historia simple y verdadera, que el canasto de higos buenos se refiera a Jeconías, quien, siguiendo el consejo de Jeremías y el mandato de Dios, se entregó al rey de Babilonia: a quien el Señor también promete prosperidad: y los malos a Sedequías, quien, contradiciendo la sentencia de Dios, fue capturado, cegado y llevado a Babilonia, donde murió (IV Reg. XXV). Tanto puso Dios sus ojos para bien en aquellos que obedecieron su mandato (Infra. XLII), que los hizo volver a su tierra, y los edificó y no los destruyó, y los plantó y no los arrancó, y les dio un corazón para que lo conocieran, que él era el Señor, y fueran su pueblo, y él fuera su Dios: que incluso en el cautiverio puso sus ojos sobre ellos, y les permitió cultivar la tierra, construir casas, plantar huertos [o huertos] en la región de Babilonia: Daniel, por los milagros de las señales, de cautivo fue hecho príncipe de repente (Dan. V), y los tres jóvenes fueron liberados gloriosamente del incendio del horno (Dan. III): y cumplidos los setenta años, bajo Zorobabel y el sumo sacerdote Josué, y Esdras y Nehemías, gran parte regresó a Jerusalén: cuyo número se contiene en el volumen del mismo Esdras (I Esdras II). También debe notarse [o ciertamente] que esta Visión fue hecha al Profeta en tiempos de Sedequías, después de que Jeconías fue llevado a la transmigración: No dijo cautiverio, porque se entregó voluntariamente. Debemos entender por artesanos y cerrajeros, o intérpretes y doctores de la ley, o artesanos y cerrajeros [o cerradores] de oro y gemas, que es un arte muypreciado entre las naciones bárbaras. Los Setenta interpretaron

cerrajeros como prisioneros, para significar el mal del cautiverio; y añadieron de su propia cosecha, ricos, que no se encuentra en el hebreo. Compara el canasto que tenía higos buenos y muy buenos, con los higos de la primera cosecha, que en griego se llaman *πρώϊμα*, a saber, Abraham, Isaac, y Jacob, y Moisés, y Aarón, y Job, y otros hombres santos, de los cuales uno de los doce profetas habla: Como uva en el desierto encontré a Israel, y como higos en la higuera encontré a sus padres (Ose. IX, 10). De donde también nosotros somos llamados hijos de Abraham. Y al contrario se dice a los judíos: Si Abraham fuera vuestro padre, haríais las obras de él (Juan VIII, 39). Estos canastos, que tenían higos buenos y malos, no estaban fuera y fuera de la Iglesia, sino delante del templo del Señor, porque todo está abierto a su conocimiento: ni tienen tanta amargura esos higos que están fuera, como aquellos que después de la confesión de la fe han sido cambiados por transgresión. Ni tanta dulzura tienen los higos buenos, que no están en la presencia del templo de Dios: como fueron los filósofos del mundo, que con el bien natural y la inteligencia del Creador, no tanto parecieron seguir, como alabar las virtudes: cuanta dulzura tienen los higos, que están en el templo de Dios, de los cuales fueron los profetas y apóstoles, de los cuales un higo hablaba: Os di leche, no alimento sólido (I Cor. III, 2). Y: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálat. IV, 19). De donde se dice, que en la presencia del templo de Dios, los higos buenos fueron muy buenos; y los higos malos, fueron muy malos. Y para que no pensemos que ponemos nuestro propio sentido, la misma Escritura se revela. Como, dice, estos higos buenos: así reconoceré la transmigración de Judá, que envié de este lugar a la tierra de los caldeos para bien: significando a Jeconías y a los príncipes, que fueron capturados con él. Y al contrario del canasto, que tenía higos malos; y como los higos, dice, pésimos [o pésimas] que no se pueden comer, porque son malos: así daré a Sedequías, rey de Judá, y a sus príncipes, y a los que huyeron a Egipto, y a los que quedaron en esta ciudad para ser objeto de horror y aflicción en todos los reinos de la tierra (Infra XLII), cuando también en Egipto fueron capturados, y Nabucodonosor puso su trono en Tafnis, y el Señor envió contra ellos espada, hambre y peste, hasta que fueron consumidos de la tierra que dio a sus padres. Lo que dijo de los higos buenos: Les daré un corazón para que me conozcan, porque yo soy el Señor, es similar a lo apostólico: Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer (Filip. II, 13): que no solo nuestras obras, sino también nuestra voluntad se apoyan en la ayuda de Dios. Delira en este lugar el intérprete alegórico siempre, y queriendo hacer violencia a la verdad histórica, refiere a los cautivos de la Jerusalén celestial, y trasladados a la tierra de los caldeos: y de nuevo a su lugar original volverán, como Jeremías y los otros santos profetas; y otros que fueron pecadores, morirán en esta tierra y en el valle de lágrimas. He puesto toda la sección de esta visión junta, para no dividir el sentido en la exposición.

(Cap. XXV.---Vers. 1.) La palabra que vino a Jeremías sobre todo el pueblo de Judá (o sobre todo el pueblo de Judá) en el cuarto año de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá. Estas cosas son anteriores a la visión pasada: aquella fue hecha bajo Sedequías, después de que Jeconías fue trasladado a Babilonia; esta, en cambio, bajo Joacim, hijo de Josías, y padre de Jeconías. No era de interés (como ya dije antes) para los profetas [o profecías] conservar los tiempos, que las leyes de la historia requieren; sino escribir de cualquier manera que supieran útil para los oyentes y lectores. De donde también en el Salterio algunos buscan mal el orden de los salmos según el texto de la historia, lo cual no se observa en el poema lírico.

(Vers. 2.) Este es el primer año de Nabucodonosor, rey de Babilonia (lo cual no se encuentra en los LXX. Y sigue): Lo que habló Jeremías el profeta a todo el pueblo de Judá, y a todos los habitantes de Jerusalén diciendo. En el cuarto año del rey Joacim, hijo de Josías, padre de Jeconías, Nabucodonosor en Babilonia asumió el imperio, y así sucedió, que el año que fue el

primero de Nabucodonosor en Babilonia, fue el cuarto en Jerusalén del rey Joacim. De hecho, en el octavo año de su reinado, llevó a Jeconías con su madre y príncipes al cautiverio, quien solo había reinado tres meses después del asesinato de su padre Joacim. Joacim fue asesinado en el undécimo año de su reinado en Jerusalén (IV Reg. XXIV).

(Vers. 3.) Desde el año trece de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, este es el vigésimo tercer año, la palabra del Señor vino a mí, y os he hablado levantándome de noche y hablando, y no habéis escuchado. En el año trece del rey [o reinado] Josías, quien reinó en Jerusalén treinta y un años, Jeremías comenzó a profetizar, y profetizó bajo él diecinueve años, a quien sucedió en el reino su hijo Joacaz: quien fue llevado inmediatamente al cautiverio por Neco, rey de los egipcios, y su hermano Joacim obtuvo el reino (IV Reg. XXIII). En el cuarto año de su reinado, esta palabra del Señor vino a Jeremías, y por lo tanto era el vigésimo tercer año del profeta Jeremías, desde que comenzó a hablar al pueblo; y nunca dejó de predicar, sino que cada día, de madrugada y de noche, se levantaba y hablaba al pueblo. Y no, dice, habéis escuchado. Pero si, como quieren algunos herejes antiguos, la ley fue dada una vez como ayuda, y se establecieron preceptos que por nuestra voluntad podemos hacer o no hacer; ¿cómo es que el Profeta siempre se impone, y cada día repite los mandatos de Dios, que ciertamente una vez recibidos, habrían sido suficientes para aquellos a quienes fueron dados; sino para mostrar que siempre necesitamos la ayuda de Dios; y que nunca puede ser suficiente lo que una vez fue dado, a menos que cada día sea renovado por la admonición del Señor?

Y el Señor envió a vosotros todos sus siervos los profetas, levantándose de madrugada, y enviando: y no habéis escuchado. No por un solo profeta, sino por todos, Dios siempre advirtió a su pueblo, y como si él mismo estuviera en vigilias, y en guardias, se levantó de madrugada, para advertir a su pueblo. Y no, dice, habéis escuchado; para que cuanto más frecuente la advertencia, tanto mayores sean los pecados de los que desprecian.

(Vers. 4, 5.) Ni inclinasteis vuestros oídos para escuchar, cuando decía [Vulg. decía]: Volveos a mí cada uno de su mal camino, y de sus malos pensamientos: y habitaréis en la tierra que el Señor os dio a vosotros y a vuestros padres desde siempre y para siempre. Tal fue la dureza del pueblo, que ni siquiera asumió el hábito de escuchar, e inclinó su oído, especialmente cuando el Señor advertía, para que cada uno se volviera de su mal camino y de sus malos pensamientos. Y, oh infinita clemencia, no infligir castigo por el crimen, sino provocar al arrepentimiento, tanto de las malas obras, que significa el mal camino, como de los malos pensamientos, que incluso sin obra se consideran pecado. Y promete recompensa, si hacen lo que se les manda, para que habiten en la tierra, que fue dada a los padres, y que por los vicios de los hijos fue quitada. Y lo que dice: Desde siempre y para siempre, o, desde la eternidad y para siempre, muestra los dones perpetuos de Dios, si son dignos aquellos a quienes se les dio.

(Vers. 6, 7.) Y no vayáis tras dioses ajenos, para servirles, y adorarlos; ni me provoquéis a ira con las obras de vuestras manos, y no os afligiré. Y no me habéis escuchado, dice el Señor, para provocarme a ira con las obras de vuestras manos para vuestro mal. Y esto, dice, advertía junto con lo anterior, para que no sirvierais a dioses ajenos, y los adoraseis, y para que no haciendo esto me provocaseis a ira por las obras de vuestras manos, para que hiciera lo que no quería, y os afligiera, y no me habéis escuchado. Y lo que sigue, Dice el Señor, para provocarme a ira con las obras de vuestras manos para vuestro mal, no se encuentra en los Setenta.

(Vers. 8.) Por tanto, así dice el Señor de los ejércitos: por cuanto no habéis escuchado mis palabras, he aquí que yo enviaré y tomaré a todas las familias del norte, dice el Señor; y a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo. Porque me provocasteis a ira, e hicisteis mal para vuestra destrucción, y pisoteasteis con pie soberbio al que os llamaba al arrepentimiento, enviaré, dice, a todas las familias, o naciones del norte, y traeré al príncipe de ellas, Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo. Pero el Señor envía o a los ángeles, para que inciten a las naciones, o ciertamente mueve a tales familias, para que hagan la voluntad del Señor. Y lo que llama a Nabucodonosor su siervo, no es así llamado siervo como los profetas y todos los santos, que verdaderamente sirven al Señor; sino que en la destrucción de Jerusalén, sirva a la voluntad del Señor: según lo que también el Apóstol dice: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Que los caldeos estén en la parte del norte, según la ubicación de Jerusalén, no hay duda.

(Vers. 9.) Y los traeré sobre esta tierra, y sobre sus habitantes, y sobre todas las naciones que están en su alrededor; y los destruiré, y los pondré en asombro, y en silbido, y en desolaciones perpetuas. Estos son los premios de los que desprecian, y no quieren escuchar las palabras de Dios. Por lo tanto, cualquier mal que se nos traiga, nuestros pecados lo han hecho. Y todas las naciones como entonces fueron traídas contra Jerusalén: así hoy son traídas contra la Iglesia negligente, para que los destruya, y los ponga en asombro, y en silbido, y en desolaciones perpetuas, para que sean ejemplo de todos y maravilla. El silbido es indicio de milagro y asombro; y la desolación perpetua se encuentra en aquellos que no tienen a Dios como su protector.

(Vers. 10.) Y haré desaparecer de ellos la voz de gozo, y la voz de alegría; la voz del esposo, y la voz de la esposa; la voz del molino, y la luz de la lámpara. Y toda su tierra [Vulg. esta] será en desolación y en asombro. Esto se comprueba en la asamblea de los malvados incluso hoy; para que sus maestros no enseñen la palabra de Dios, sino que silben como serpientes. Y perece en ellos la voz de gozo, y la voz de alegría, para que nunca escuchen aquello del Apóstol: Regocijaos, otra vez os digo regocijaos (Filip. IV, 4). También la voz de la esposa, de la fe eclesiástica; y la voz del esposo, del Señor Salvador: Porque el que tiene a la esposa, es el esposo (Juan III, 29). La voz del molino, para que no se muelan en él los granos, y se den para alimentar a los pueblos: y la luz de la lámpara, es decir, la doctrina y el conocimiento [o doctrina y conocimiento] de los profetas. De hecho, también se dice de Juan el Bautista: Él era la lámpara que ardía (Juan V, 35). Y otro profeta: Lámpara, dice, es tu palabra, Señor, para mis pies, y luz para mis caminos (Sal. CXVIII, 105). Toda, dice, la tierra de los herejes será en desolación, y en asombro, cuando su último insensato sea demostrado.

(Vers. 11 seqq.) Y servirán todas estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando se hayan cumplido los setenta años, visitaré sobre el rey de Babilonia, y sobre aquella nación, dice el Señor, sus iniquidades, y sobre la tierra de los caldeos, y la pondré en desolaciones perpetuas. Y traeré sobre aquella tierra todas mis palabras que he hablado contra ella: todo lo que está escrito en este libro, todo lo que Jeremías profetizó contra todas las naciones. Así como Jerusalén después de setenta años recibe [o recibió] a sus antiguos habitantes, y cumplidos los castigos, porque obedeció la sentencia de Dios, disfruta de su antigua felicidad; así el rey de Babilonia que se elevó en soberbia, y pensó que reinó sobre las naciones por sus propias fuerzas, y no por la voluntad del Señor, será destruido por los medos y persas que vendrán. De hecho, hasta hoy solo quedan las ruinas de la ciudad de Babilonia. Y el Señor la puso en desolación perpetua, y cumplió todas las palabras, que se contienen en el volumen de este mismo profeta. Pues en lo que sigue, el discurso de Jeremías describe qué males sufrirá Babilonia.

(Vers. 14.) Porque les sirvieron cuando eran muchas naciones, y grandes reyes; y les pagaré según sus obras, y según los hechos de sus manos. Esto no se encuentra en los Setenta. Significa que Jeremías no solo profetizó contra Babilonia, sino contra las otras naciones, que estaban en el ejército babilónico, y lucharon contra el pueblo del Señor. De hecho, en lo que sigue se dice contra Egipto, y los filisteos, y Moab, y Amón, y Edom, y Damasco, y Cedar, y los reinos de Asor, y Elam, y finalmente contra Babilonia y la tierra de los caldeos.

(Vers. 15 y ss.) Porque así dice el Señor Dios de Israel a mí: toma este cáliz de vino de furor de mi mano, y lo darás a beber a todas las naciones a las que yo te envíe, y beberán, y se embriagarán, y enloquecerán ante la espada que yo enviaré entre ellos. Y tomé el cáliz de la mano del Señor, y lo di a beber a todas las naciones a las que el Señor me envió. La entrega del cáliz, y del cáliz de vino puro, que en griego se llama ἄκράτου, es indicio del furor del Señor, para que todas las naciones que lucharon contra el pueblo de Dios beban del cáliz del furor del Señor, del cual Isaías escribe contra Jerusalén: Has bebido y vaciado el cáliz de furor, el cáliz de ruina, por eso levántate (Isa. LI, 17). Este cáliz es bebido por todas las naciones para que vomiten y enloquezcan. Algunos intérpretes erróneos lo toman en buen sentido: como si fuera una poción purgante que expulsa toda la bilis y flema y humor nocivo del pecho, y restaura la salud original. También toman a Jeremías como el Salvador, que dio a beber a todas las naciones a las que fue enviado, para que, abandonada la idolatría, se dedicaran al culto de Dios. Lo cual es contrario a la Escritura sagrada, como lo mostrarán los siguientes versículos. No es por remedio, como él quiere, sino por castigo que se les da a beber el cáliz puro.

(Vers. 18.) A Jerusalén y a las ciudades de Judá, a sus reyes y a sus príncipes, para que los convierta en desolación, en estupor, en silbido, y en maldición, como es este día. Pensaba, dice, que solo a las naciones les daría a beber, y por eso me ofrecí alegremente a este ministerio; pero entre las demás naciones, incluso antes que las demás, di a beber a Jerusalén y a las ciudades de Judá, a sus reyes y a sus príncipes, para que los convierta en estupor, en desolación, en silbido, y en maldición, como se prueba con el ejemplo presente. Por eso dice también arriba: Me sedujiste, Señor, y fui seducido: prevaleciste y pudiste (Jer. XX, 7).

(Vers. 19.) Al faraón rey de Egipto y a sus siervos, y a sus príncipes, y a todo su pueblo, y a todos en general. Después de Jerusalén, bebió el faraón rey de Egipto y sus compañeros: bebieron los príncipes y todo el pueblo, y todos los que no son egipcios, pero habitan en sus regiones: a quienes los Setenta tradujeron συμμίκτους, es decir, mixtos, el vulgo no de la región egipcia, sino extranjero y advenedizo.

Y a todos los reyes de la tierra de Uz. Que en hebreo se llama US (יִשׁ), de la cual la historia narra que Job era: Había un hombre en la tierra de Uz, llamado Job (Job. I). Sin embargo, se debe saber que este versículo no se encuentra en los Setenta, y que Teodoción interpretó Us como isla.

(Vers. 20.) Y a todos los reyes de la tierra de los filisteos y de Ascalón, Gaza, Ecrón, y los restos de Asdod. Generalmente menciona a los filisteos, es decir, la tierra de los filisteos, y específicamente sus ciudades Ascalón, Gaza, Ecrón, Asdod; solo omitió Gat, que está contenida en los restos. Esto es lo que está escrito: Y los restos de Asdod: pues es vecina y contigua a Asdod, que en hebreo se llama ESDOD (אֶסְדּוֹד), región de la ciudad de Gat. Isaías escribe que los filisteos fueron capturados y devastados por los babilonios.

(Vers. 21.) A Edom, Moab, y a los hijos de Amón, y a todos los reyes de Tiro, y a todos los reyes de Sidón. Edom, en la que están los montes de Seir, y que en hebreo se llama EDOM (): Moab y Amón, son los hijos de Lot, cercanos al mar Muerto. Tiro y Sidón, en la costa de Fenicia, son ciudades principales, que también fueron superadas por el babilonio que venía, de las cuales Cartago es colonia. Por eso, los fenicios son llamados poenos por corrupción del lenguaje: su lengua es en gran parte similar al hebreo.

(Vers. 22.) Y a los reyes de las islas que están más allá del mar. Más allá de Chipre, Rodas, y las islas llamadas Cícladas. También estas fueron ocupadas por los babilonios.

(Vers. 23.) A Dedán, Temán, Buz, y a todos los que se cortan el cabello. Estas naciones están en el desierto, vecinas y mezcladas con las regiones de los ismaelitas, a quienes ahora llaman sarracenos, y de quienes se dice: que se cortan el cabello.

(Vers. 24.) A todos los reyes de Arabia: y a todos los reyes del Occidente, que habitan en el desierto. Esto no se encuentra en los Setenta. Después de Dedán, Temán, Buz, e ismaelitas, sigue el orden de las regiones.

Y a todos los reyes de Zimri. Esto tampoco se encuentra en los Setenta.

(Vers. 25.) A todos los reyes de Elam, y a todos los reyes de Media. Dado que Zimri sigue a Elam y a los reyes de Media, creemos que Zimri es una región de Persia, a menos que, dado que Arabia precede, estos reyes deban ser considerados de la soledad. Elam es una región de Persia más allá de Babilonia, de donde vienen los elamitas. También los medos y persas, por quienes Babilonia fue capturada y destruida. Ellos también bebieron el cáliz puro, ofrecido por Alejandro, rey de los macedonios.

Y a todos los reyes del Norte, de cerca y de lejos. Como había enumerado las regiones de Persia y Babilonia, Elam y Media: ahora menciona en general a todos los reyes del Norte, los que están cerca y los que están lejos. Por Norte, que en hebreo se dice SAPHON (), los Setenta tradujeron ἀφελιώτην, que podemos llamar Subsolano.

(Vers. 26.) A cada uno contra su hermano, y a todos los reinos de la tierra que están sobre su faz. Para no enumerar todas las regiones de la provincia oriental por partes, lo menciona en general como todos los reinos de la tierra que se mencionan en la tierra. Lo que dijo contra su hermano, se sobreentiende, les di una poción pura, para que todos enloquecieran, vomitaran, enloquecieran, y lucharan entre sí en batallas mutuas. Y lo que añadió:

Y el rey de Sesac beberá después de ellos: y en los Setenta no se encuentra, tiene este sentido: Todas las naciones alrededor estarán sometidas al imperio babilónico, y someterá todo a su poder, de modo que todas las naciones que el discurso anterior narró, le sirvan y beban de su cáliz. Por eso se escribe en la visión contra Babilonia: Cáliz de oro es Babilonia, embriagando a toda la tierra (Jer. LI, 7). Pero el último rey de Babilonia beberá esta poción, ofrecida por el conductor del carro, camello, y asno, Ciro, rey de los medos y persas. Cómo Babilonia, que en hebreo se llama BABEL (), se entiende como SESAC (), no será un gran esfuerzo para quien tenga al menos un pequeño conocimiento de la lengua hebrea. Así como en nuestro alfabeto griego se lee en orden hasta la última letra, es decir, Alfa, Beta, y demás hasta ω: nuevamente, para la memoria de los niños solemos invertir el orden de la lectura, y mezclar las primeras con las últimas, para decir Alfa, O, Beta, Psi: así también entre los hebreos la primera es ALEPH, la segunda BETH, la tercera GHIMEL, hasta la vigésima segunda y última letra THAU, cuya penúltima es SIN. Leemos entonces ALEPH, THAU,

BETH, SIN . Y cuando llegamos a la mitad, LAMED , la letra que encontramos es CHAPH : y para leer correctamente, leemos BABEL (): así, cambiando el orden, leemos SESAC (). Las vocales entre BETH y BETH, y LAMED , según el idioma hebreo, no se colocan en este nombre. Creo que el santo Profeta lo ocultó prudentemente, para no provocar abiertamente la locura de aquellos que sitiaban Jerusalén, y estaban a punto de tomarla. Lo que también leemos que el Apóstol hizo contra el imperio romano, escribiendo sobre el Anticristo: ¿No recordáis que cuando estaba aún con vosotros, os decía esto? Y ahora sabéis lo que lo detiene, para que se revele a su tiempo, se sobreentiende el Anticristo. Porque ya el misterio de la iniquidad está en acción: solo que quien lo detiene ahora, lo detenga hasta que sea quitado de en medio, y entonces se revelará aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la iluminación de su venida (II Tes. II, 3 ss.). Quien lo detiene, muestra el imperio romano: porque a menos que esto sea destruido y quitado de en medio, según la profecía de Daniel, el Anticristo no vendrá antes. Si hubiera querido decirlo abiertamente, habría incitado neciamente la persecución contra los cristianos y la rabia contra la Iglesia naciente. Hemos hablado más de lo que permite la brevedad de los Comentarios sobre este capítulo, que los griegos y latinos quizás desprecien, porque no se encuentra en sus códices. Pero ¿de qué servirá cuando en los siguientes versículos este mismo Profeta diga: ¿Cómo fue capturada Sesac, y fue tomada la gloria de toda la tierra? ¿Cómo se convirtió en estupor Babilonia entre las naciones? Los intérpretes alegóricos refieren todo este pasaje a todas las naciones que el diablo ha embriagado con el cáliz de los pecados más puros. Y también el último beberá los suplicios y tormentos, de los cuales el Apóstol escribe: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (II Tes. II, 8). Y en otro lugar dice: El último enemigo que será destruido es la muerte (I Cor. XV, 26). Es de gran fuerza poder trasladar los nombres de las diversas naciones bajo sus etimologías, y adaptar cada vicio a cada nombre.

(Vers. 27.) Y les dirás: así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Bebed y embriagaos, y vomitad, y caed, y no os levantéis ante la espada que yo enviaré entre vosotros. Después de que hayas dado a beber a todas las naciones, y cumplido el mandato del Señor, nuevamente les ordenarás estas palabras del Señor, y dirás: Bebed y embriagaos, y vomitad, y caed, y no os levantéis. Si beber y embriagarse, vomitar y caer es indicio de salvación, como si fuera una poción purgante que expulsa lo nocivo: ¿cómo sigue, y no os levantéis? ¿Cuál es la poción que los hace caer para siempre? Lo pone más claramente, es decir, ante la espada que yo enviaré entre vosotros.

(Vers. 28.) Y cuando no quieran tomar el cáliz de tu mano para beber, les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Bebiendo beberéis: porque he aquí que en la ciudad en la que se invocó mi nombre, yo comienzo a afligir, y vosotros seréis como inocentes inmunes (o seréis limpios del mundo)? no seréis inmunes (o no seréis limpios). Muestra sutilmente que el mandato de Dios, que no quisieron cumplir voluntariamente, lo recibirán por necesidad, y oirán: Bebiendo, beberéis. Quieran o no, la sentencia de Dios se cumplirá. Porque si la ciudad de Jerusalén, en la que fue conocido el nombre de Dios, como dice el Profeta: Conocido es Dios en Judá: en Israel es grande su nombre (Sal. LXXV, 1), bebió el cáliz puro de furor: cuánto más vosotros no seréis limpios, que por el nombre de Dios adoráis ídolos.

(Vers. 29.) Porque yo llamo a la espada sobre todos los habitantes de la tierra, dice el Señor de los ejércitos. Esta es la poción más pura, este es el cáliz del furor del Señor, que no se llama solo sobre Jerusalén, sino sobre toda la tierra, y todas las naciones alrededor. De lo cual dijo arriba: Y enviaré a Nabucodonosor rey de Babilonia mi siervo, y lo traeré sobre esta tierra, y sobre sus habitantes, y sobre todas las naciones que están alrededor de ella.

(Vers. 30, 31.) Y tú profetizarás a ellos todas estas palabras, y les dirás: El Señor rugirá desde lo alto, y desde su morada santa dará su voz. Rugiendo rugirá sobre su belleza, se cantará un celeuma como de pisadores contra todos los habitantes de la tierra. El sonido llegará hasta los extremos de la tierra: porque el juicio es del Señor con las naciones: él mismo es juzgado con toda carne: a los impíos los he entregado a la espada, dice el Señor. Primero digamos cómo se tiene la verdad de la interpretación. A todas las naciones, dice, profetizarás, y dirás que el Señor rugirá desde lo alto, es decir, dará indicio de su furor; según lo que está escrito: ¿Rugirá el león, y quién no temerá? El Señor ha hablado, y quién no profetizará (Amós III, 8)? Y desde su morada santa dará su voz, para aterrorizar a todos los que escuchan. Rugirá sobre su belleza, es decir, sobre el Templo. Y cuando él rugiere, como los que pisan en los lagares, se cantará un celeuma, y en el derramamiento de sangre mutua, se cantará un canto fúnebre: que Símaco llama κατάληγμα; Aquila, ἰασμὸν. El sonido de este celeuma y canto llegará hasta los extremos de la tierra, porque el juicio del Señor es con las naciones. Si el juicio del Señor es con las naciones, también son diversos los méritos de las naciones (Ose. IV). Para explicar ese lugar, como algunos quieren: El que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). Ha sido juzgado en que no creyó; pero aquellos que no creen entre sí, serán afligidos con diversos castigos. Él mismo es juzgado con toda carne, para que ninguno se vaya sin ser juzgado. A los impíos, es decir, a los que no creen en el Señor, los entrega a la espada eterna. Los intérpretes alegóricos, según los Setenta, explican este lugar de tal manera que lo refieren a la buena parte de la abierta amenaza del Señor. El Señor, dicen, desde lo alto dará respuesta, a aquellos a quienes salvará. Y desde su lugar santo dará su voz, y responderá con un discurso en su lugar. Ellos, como vendimiadores llenos de frutos, responderán a su sentencia: Sobre todos los habitantes de la tierra vendrá la destrucción: no sobre toda la tierra, sino sobre parte de la tierra, es decir, sobre aquellos que no creen. Habrá juicio en las naciones, y él mismo será juzgado con toda carne. Los impíos serán entregados a la espada.

(Vers. 32, 33.) Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que la aflicción saldrá de nación en nación, y un gran torbellino saldrá de los extremos de la tierra. Y los muertos del Señor en aquel día estarán desde un extremo de la tierra hasta el otro. No serán llorados: ni serán recogidos, ni sepultados: yacerán como estiércol sobre la faz de la tierra. Que se avergüencen los que intentan forzar el sentido de la Escritura sagrada, interpretando en buen sentido lo que está lleno de amenazas. De este lugar creo que también dijo el Señor: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino (Luc. XXI, 10); y las demás cosas que se contienen en la sentencia de su Evangelio. Entendamos que estas cosas se hicieron según la historia, cuando por el rey de Babilonia todas las naciones alrededor fueron subyugadas: y sintieron su imperio cruel. O según la profecía, que en mucho tiempo después se cumplirán en la consumación del mundo. Y se dice que son muertos por el Señor, no porque el Señor mismo los mate; sino porque en la destrucción de los malvados, se cumple la voluntad y el mandato del Señor.

(Vers. 34, 35.) Aullad pastores, y clamad, y rociad ceniza sobre vosotros, nobles del rebaño: porque se han cumplido vuestros días para ser muertos, y vuestras dispersiones, y caeréis como vasos preciosos. Y perecerá la huida de los pastores, y la salvación de los nobles del rebaño. Es de notar que en este único lugar los Setenta han puesto júbilo en mal sentido: por lo cual otros intérpretes han traducido aullido (como está escrito en hebreo). Entre pastores y nobles del rebaño, hay esta diferencia, que los pastores son de los racionales; los nobles y arietes se refieren a los ricos, que también son parte del rebaño. Lo que añade: Se han cumplido vuestros días para ser muertos: se cumplirán sus días cuando se hayan completado sus pecados; y se dispersarán y caerán, como vasos preciosos, para que rotos no puedan ser restaurados: y cuanto más preciosos fueron antes, tanto mayor será su daño en la ruptura: o

como arietes escogidos, para que sea una ofrenda grasa para los que desean devorar. Perecerá, dice, la huida de los pastores, cuando no hagan penitencia. Por eso se dice a los fariseos: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera (Luc. V, 7)? Y en los salmos leemos: Pereció la huida de mí (Sal. CXLI, 5). Y la salvación, dice, de los nobles del rebaño, o arietes: ἀπὸ κοινοῦ, se sobreentiende perecerá.

(Vers. 36.) Voz de clamor de los pastores, y aullido de los nobles del rebaño: porque el Señor ha devastado sus pastos. Y han enmudecido los campos de paz ante la ira del furor del Señor. Y aquí es de notar que en los Setenta júbilo se ha puesto por aullido. Entre pastores y arietes hay esta diferencia, que los pastores se consideran en la Iglesia, que presiden al rebaño con sabiduría y erudición y doctrina. Los arietes, sin embargo, que parecen ser príncipes en el pueblo, pero no tienen en sí doctrina ni sabiduría, y por su excesiva simplicidad están casi cercanos a la necedad. Cuando tengamos paz, y no entendamos ni los bienes ni las cosas hermosas de la paz, sino que nos entreguemos a la lujuria y al ocio, y a los placeres: entonces cesarán, o enmudecerán los bienes de la paz, y serán quitados de nosotros por la ira del furor del Señor, y se cumplirá lo que está escrito: Cuando digan, paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina (I Tes. V, 3), al venir, todo enmudecerá.

(Vers. 37, 38.) Abandonó como un león su guarida (o lecho). (Y más precisamente, su tabernáculo: esto es lo que significa SUCCHO en hebreo.) Porque su tierra se convirtió en desolación (o inaccesible) ante la ira de la paloma (o ante la espada grande) y ante la ira del furor del Señor. El Señor, de quien se dijo antes: rugirá desde lo alto, y desde su morada santa dará su voz. Rugirá sobre su esplendor, él abandonará su tabernáculo, del cual está escrito: Su lugar fue hecho en paz, o en Salem, y su morada en Sion (Salmo LXXV, 2): él abandonará su sede, y cumplirá lo que por este mismo Profeta dijo: Abandoné mi casa, dejé mi herencia (Jeremías XII, 7). Sin embargo, dejó su guarida como un león, para que todas las bestias tengan poder para devastar su tierra. Pues con el león como guardián y protector, nadie se atreve a acercarse. Dice: su tierra se convirtió, sin duda, ya sea del pueblo de los judíos, o ciertamente de todas las naciones, en desolación, y en inaccesible ante la ira de la paloma. No se sorprenderá de que la paloma del Señor se entienda como Nabucodonosor, quien ha leído que se le llama siervo del Señor. Por lo cual los Setenta tradujeron, espada grande. Aunque también podemos entender la paloma en la persona de Jerusalén, que se enoja y se entristece por haber perdido la protección de su león, y su tierra ha caído en desolación.

(Cap. XXVI.---Vers. 1 y siguientes.) Al principio del reinado [Vulg. del rey] Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra del Señor diciendo: Así dice el Señor: Ponte en el atrio de la casa del Señor, y habla a todas las ciudades de Judá, de las cuales vienen para adorar en la casa del Señor, todas las palabras que te mandé que les hables: No retengas la palabra, si acaso escuchan, y se convierten cada uno de su mal camino: y me arrepienta del mal (o descanse del mal), que pienso hacerles por las maldades [Vulg. maldad] de sus obras. Esta profecía es superior a la anterior: aunque fue hecha bajo el mismo rey. Pues aquella fue hecha en el cuarto año de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá: pero esta al principio del mismo rey, diciendo la Escritura: Al principio del rey Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra del Señor. Por lo tanto, no (como ya hemos dicho muchas veces) debe tejerse un orden histórico en los Profetas, ya que en el presente bajo el mismo rey se dicen primero las cosas posteriores, y después las anteriores. Pero quien va a decir la palabra del Señor, debe estar con Moisés (Deut. V), y escuchar con el Salmista: Los que están en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Salmo CXXXIV, 2). Y se le ordena que hable a todas las ciudades de Judá: aunque los Setenta no tradujeron ciudades, para que no pareciera indecoroso hablar en el atrio de la casa del Señor a ciudades que no estaban presentes: pero

cuando habla al pueblo, y a los ciudadanos, habla a las mismas ciudades. Hermosamente se coloca en el atrio y vestíbulo del Templo del Señor: para que por ocasión de la oración del Señor, y de adorarlo [Al. orarlo], se vean obligados a escuchar las palabras del Profeta. No retengas, dice, la palabra: aunque sea triste, aunque la rabia de los oyentes se levante contra ti, sin embargo, di lo que se te ha ordenado: no temiendo las persecuciones de aquellos que se levantarán contra ti, sino el mandato del Señor que ordena. Si acaso, dice, escuchan, y se convierten. La palabra ambigua, acaso, no puede convenir a la majestad del Señor, pero habla con nuestro afecto: para que se conserve al hombre el libre albedrío, no sea que por su presciencia, se vea obligado a hacer algo o no hacerlo por necesidad. Pues no porque Dios sepa que algo va a suceder, por eso va a suceder: sino porque va a suceder, Dios lo sabe, como presciente de lo futuro. Y sin embargo, debe saberse según este mismo Jeremías: y si el Señor ha predicho males, y el pueblo hace penitencia, él mismo también hará penitencia sobre lo que ha amenazado hacer. Y si ha prometido cosas prósperas, y el pueblo actúa negligentemente, Dios cambia su sentencia, y en lugar de bienes trae males. Algo similar es aquello en el Evangelio: Enviaré a mi hijo, acaso lo respetarán (Lucas XX, 13). Lo cual ciertamente se dice desde la persona de Dios todopoderoso. Finalmente, también en el presente dice: Si acaso escuchan, y se convierten cada uno de su mal camino: para que cuando ellos se hayan convertido, y me arrepienta de mi sentencia, y no haga lo que pienso hacerles. Pienso hacer por las maldades de sus obras, que si han sido cambiadas, también mi sentencia será cambiada. Leamos la historia de Jonás y Nínive.

(Vers. 4 y siguientes.) Y les dirás: Así dice el Señor: Si no me escucháis, y [Al. para que] andéis en mi ley, que os di, para que escuchéis las palabras de mis siervos los Profetas, que os envié levantándome de noche, y enviando, y no escuchasteis: daré esta casa como Silo, y esta ciudad la daré en maldición a todas las naciones de la tierra. Por lo tanto, está en nuestro poder hacer algo o no hacerlo: siempre y cuando lo que queramos, deseemos, cumplamos de buena obra, lo refiramos a la gracia de Dios, quien según el Apóstol nos dio tanto el querer como el hacer (Filipenses II). Pero si basta con andar una vez en la ley, que nos fue dada por Moisés, como sospecha la herejía necia, ¿cómo añadió: Para que escuchéis las palabras de mis siervos los Profetas? Que ciertamente fueron enviados después de la ley, y no una vez, sino frecuentemente: ni ociosamente y desde la seguridad, sino siempre y desde la preocupación. Envié, dice, a vosotros mis siervos los Profetas diariamente, y levantándome de noche: que si no queréis escuchar, daré esta casa, esto es, el templo de Dios como Silo, donde estuvo el tabernáculo. Y cuando el templo haya sido destruido, consecuentemente la ciudad será en maldición a todas las naciones de la tierra. Así como al construirse el templo en el área de Ornán, y en el monte Moria, esto es, de visión, en el cual se narra que Abraham ofreció a su hijo Isaac, cesó la religión de Silo, y después no se celebraron allí sacrificios: así al construirse la Iglesia, y ofrecerse en ella víctimas espirituales, cesaron las ceremonias de la Ley (II Crónicas III); y la ciudad de los judíos fue dada en maldición a todas las naciones [Al. reyes] de la tierra: de la cual el Señor nos liberó, diciendo el Apóstol: Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición (Gálatas III, 15).

(Vers. 7-9.) Y oyeron los sacerdotes, y los profetas (o pseudoprofetas), y todo el pueblo a Jeremías hablando estas palabras en la casa del Señor. Y cuando Jeremías terminó de hablar todo lo que el Señor le había mandado que hablara a todo el pueblo, lo apresaron los sacerdotes y los profetas (o pseudoprofetas), y todo el pueblo, diciendo: Muera este hombre: porque [Vulg. por qué] profetizó en nombre del Señor, diciendo: Como Silo será esta casa y esta ciudad será desolada, porque no hay habitante. Los sacerdotes, y los profetas, que los Setenta tradujeron más claramente como pseudoprofetas, se enojan con Jeremías, porque predica la verdad, y con el Templo destruido, y la ciudad desierta, la religión perecerá, y las

ganancias provenientes de la religión; por eso lo apresan, y con el pueblo consintiendo, lo destinan a la muerte: por haber dicho en nombre del Señor, como Silo será esta casa, y la ciudad será desolada, porque no hay habitante. Si alguna vez, por los mandatos del Señor, y la verdad de la fe, ya sea que los sacerdotes, o los pseudoprofetás, o el pueblo engañado se enojen con nosotros, no nos preocupemos mucho; sino sigamos la sentencia de Dios, pensando no en los males presentes, sino en los bienes futuros.

(Vers. 10.) Y se congregó todo el pueblo contra Jeremías en la casa del Señor, y oyeron los príncipes de Judá estas palabras, y subieron de la casa del rey a la casa del Señor, y se sentaron en la entrada de la puerta del Señor [Vulg. casa del Señor] nueva. Jeremías profetizaba en el templo del Señor, y había dicho: Daré esta casa como Silo, y esta ciudad la daré en maldición a todas las naciones de la tierra; y de inmediato, por los sacerdotes y profetas y el pueblo, al levantarse la sedición, toda la multitud se congrega contra el Profeta en el Templo, donde estaba el Profeta, y era retenido por las manos de los sacerdotes y profetas y del pueblo. Cuando lo oyeron los príncipes de la ciudad, que estaban en la casa real, pasaron, o subieron de la casa del rey a la casa del Señor. Y es de notar que ir a la casa del Señor siempre es un ascenso. Y se sentaron en la entrada de la puerta del Señor nueva. Pues era oficio de los príncipes sentarse en la puerta de la casa del Señor, y allí conocer la verdad del asunto y de la sedición. Y se llama puerta nueva, porque los que se sentaban en ella y presidían el juicio, resistían a la calumnia de los sacerdotes y pseudoprofetás.

(Vers. 11.) Y hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes, y a todo el pueblo diciendo: Este hombre merece la muerte: porque profetizó contra esta ciudad, como habéis oído con vuestros oídos. Sentados los príncipes de la ciudad en la puerta del templo y en la puerta nueva, que habían corrido desde el palacio del rey al templo, para que se apaciguara la sedición del pueblo, y congregada la asamblea del pueblo, acusan los sacerdotes y pseudoprofetás a Jeremías: y el Profeta habría perecido, en cuanto dependía de los sacerdotes y profetas, si los acusadores hubieran tenido el poder del juicio. De lo cual entendemos que fueron más crueles con el Profeta por la envidia de su santidad, quienes parecían dedicados a la religión, que quienes estaban a cargo de las necesidades públicas.

(Vers. 12 y siguientes.) Y dijo Jeremías a todos los príncipes, y a todo el pueblo, diciendo: El Señor me envió, para que profetizara sobre esta casa, y sobre esta ciudad todas las palabras que habéis oído. Ahora pues, mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y escuchad la voz del Señor vuestro Dios, y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros (o y el Señor descansará de los males que ha hablado contra vosotros). Pero yo, he aquí que estoy en vuestras manos: haced conmigo lo que es bueno y recto a vuestros ojos (o lo que os conviene). Sin embargo, sabed y entended, que si me matáis, sangre inocente traeréis sobre vosotros mismos, y sobre esta ciudad, y sus habitantes. En verdad el Señor me envió a vosotros, para que hablara en vuestros oídos todas estas palabras. Con el pueblo presente, sentados en la puerta de la ciudad los príncipes, y acusando los sacerdotes y profetas a Jeremías el profeta, y acusándolo de un crimen de muerte, Jeremías habla a los príncipes, y a todo el pueblo, que la facción de los sacerdotes y pseudoprofetás había incitado, prudentemente, humildemente y con constancia. Prudentemente, porque decía que había sido enviado por el Señor, para hablar contra el templo y la ciudad, y daba el consejo de que si querían escuchar su consejo, y hacer penitencia, el Señor también cambiaría su sentencia. Humildemente, en lo que dice: He aquí que estoy en vuestras manos: haced conmigo lo que es bueno y recto a vuestros ojos. Por otro lado, con constancia: En verdad el Señor me envió a vosotros, para que hablara en vuestros oídos todas estas palabras. Y con otras palabras dice: Si os enojáis porque he hablado contra el templo y la ciudad del Señor, y os preocupa la salvación de la ciudad y del templo: ¿por qué aumentáis pecados a pecados, y hacéis

culpables de mi sangre tanto a la ciudad como a sus habitantes? Si alguna vez, por las angustias de la necesidad, necesitamos humildad: asumámosla de tal manera que no abandonemos la verdad y la constancia. Pues es una cosa hacer una afrenta al juez con soberbia, lo cual es signo de necedad: otra cosa es evitar el peligro inminente, sin restar nada a la verdad.

(Vers. 16.) Y dijeron los príncipes, y todo el pueblo a los sacerdotes y profetas: Este hombre no merece la muerte, porque en nombre del Señor nuestro Dios ha hablado a nosotros. El pueblo que antes había sido engañado por los sacerdotes y pseudoprofetas, se une a los príncipes de la ciudad; y habla a favor de Jeremías, que no es culpable de muerte, sino que ha profetizado en nombre del Señor y de su boca. Pues el vulgo indocto cambia rápidamente de opinión al recibir una razón. Pero el dolor de los acusadores, especialmente de los sacerdotes y pseudoprofetas, no puede cambiarse. Y por eso, mientras ellos acusan, y perseveran en la acusación, el pueblo se cambia: porque el Señor les había dado esperanza de indulgencia, si mejoraban sus caminos, y escuchaban la voz del Señor su Dios, para que el Señor también cambiara su sentencia.

(Vers. 17 y siguientes.) Y se levantaron hombres de los ancianos de la tierra, y dijeron a toda la asamblea del pueblo hablando: Miqueas de Moreset fue profeta en los días de Ezequías, rey de Judá, y dijo a todo el pueblo de Judá, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Sion será arada como un campo, y Jerusalén será un montón de piedras, y el monte de la casa será como las alturas de un bosque. ¿Acaso Ezequías, rey de Judá, y todo Judá lo condenaron a muerte? ¿Acaso no temieron al Señor, y suplicaron al Señor? Y el Señor se arrepintió del mal que había hablado contra ellos. Así que nosotros hacemos un gran mal contra nuestras almas. Los príncipes de la ciudad y el pueblo entienden la verdad del juicio. Pero los ancianos, a quienes propiamente correspondía conocer lo antiguo, replican la historia y la profecía de Miqueas de Moreset, quien profetizó bajo el rey Ezequías, comparan la profecía de Jeremías, por la cual se le imputa el peligro de muerte; y muestran que él dijo cosas más graves, y sin embargo no sufrió nada del justo rey Ezequías: sino que, convertidos a la penitencia, el Señor cambió su sentencia en buena. Pues Miqueas dijo: Sion será arada como un campo, y Jerusalén será un montón de piedras, y el monte de la casa será como las alturas de un bosque (Miqueas III, 12). Por otro lado, Jeremías: Daré, dice, esta casa como Silo, y esta ciudad la daré en maldición a todas las naciones de la tierra (Jeremías XXIV, 9). Y dan el consejo, pensando que no sucederá lo que Miqueas predijo, porque durante mucho tiempo no se ha cumplido debido a la penitencia del pueblo. Y esto también que Jeremías ha dicho, no sucederá, si según su consejo mejoran sus caminos, y sus obras, y escuchan la voz del Señor su Dios, para que el Señor no traiga el mal que les ha amenazado. Y al mismo tiempo, rompen la rabia de los acusadores, y se mezclan con ellos diciendo: Así que nosotros hacemos un gran mal contra nuestras almas: no porque deban hacerlo, sino porque si lo hacen, no dañarán al acusado, sino a sus propias almas, que podrían haber liberado con el cambio de sentencia.

(Vers. 20 y siguientes.) También hubo un hombre que profetizaba en nombre del Señor, Urías, hijo de Semeías de Quiriat-Jearim, y profetizó contra esta ciudad, y contra esta tierra, según todas las palabras de Jeremías. Y oyó el rey Joacim y todos los poderosos, y sus príncipes estas palabras, y el rey buscó matarlo, y oyó Urías, y temió, y huyó y entró en Egipto. Lo que sigue: Y envió el rey Joacim hombres a Egipto, Elnatán hijo de Acbor, y hombres con él a Egipto, no se encuentra en los Setenta. Luego se añade: Y sacaron a Urías de Egipto, y lo llevaron al rey Joacim, y lo mató con la espada, y arrojó su cadáver en las sepulturas del vulgo ignoble. Sin embargo, Ahicam hijo de Safán fue grande con Jeremías, para que no fuera entregado en manos del pueblo, y lo mataran. Se pregunta por qué, cuando

Urías hijo de Semeías de la ciudad de Quiriat-Jearim, profetizó lo mismo que Jeremías, aterrorizado por el miedo, huyó a Egipto, y de allí fue traído de vuelta, fue asesinado: Jeremías pudo escapar, quien ciertamente no huyó, sino que perseveró audazmente en la primera sentencia, fue liberado, tanto por el juicio del vulgo y de los príncipes, como por el consejo de los ancianos contra los acusadores, sacerdotes y pseudoprofetías. A lo cual se debe responder brevemente: no se puede conocer el juicio de Dios, mientras en la misma causa, y con la misma sentencia, uno es castigado, y otro liberado. A menos que podamos responder que Urías fue asesinado para condenación de los acusadores, y del pueblo: pero Jeremías fue reservado al juicio de Dios, para que predicara a los restos del pueblo infeliz, y los llevara de vuelta al arrepentimiento. Lo cual también leemos en los Hechos de los Apóstoles, que el apóstol Santiago (Hechos XII) sufrió inmediatamente la sentencia de Herodes, y fue coronado con el martirio; pero el bienaventurado Pedro y los demás apóstoles fueron reservados para la doctrina del Señor. Y debe observarse la constancia profética, que ni siquiera traído de Egipto, Urías cambió su sentencia: sino que viendo que se le amenazaba con la muerte, habló sin embargo lo que el Señor le había mandado. Y que temió, y huyó, y entró en Egipto, no es indicio de infidelidad, sino de prudencia: para que no nos ofrezcamos en vano a los peligros. De lo contrario, también leemos que el Señor Salvador escapó de las manos de los perseguidores (Lucas IV, Juan VIII); y que ordenó a los apóstoles: Cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra (Mateo X, 23). También se pregunta cómo el rey Joacim de Judá, de un pequeño imperio, debilitado, y ya a punto de perecer, tuvo el poder de enviar a Egipto, y de sacar de allí a Urías. Lo cual se resuelve fácilmente, si consideramos que fue constituido príncipe por el rey de Egipto Neco, y que esta profecía fue hecha al principio de su reinado. Aunque Jeremías fue liberado por la ayuda del Señor, sin embargo, también se le cuenta como mérito, por quien el Señor liberó a su Profeta: a Ahicam hijo de Safán, lo cual leeremos más adelante, cuando Jeremías es liberado del peligro de muerte por el consejo y la ayuda del eunuco Abdemelec (Jeremías XXXVIII).

(Cap. XXVII.---Vers. 1.) En el principio del reino de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra a Jeremías de parte del Señor, diciendo. Esto no se encuentra en la edición de los LXX. Y muchos piensan que es el principio del capítulo siguiente, lo cual no es así, sino que debe unirse al anterior, para que creamos que todo lo dicho y hecho ocurrió al principio del reino de Joacim. Por eso tuvo la potestad de enviar a Egipto, como a un rey amigo. Sin embargo, me parece que los LXX omitieron este título para no repetirlo, ya que al principio habían puesto: En el principio del rey Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, vino esta palabra a Jeremías de parte del Señor, diciendo.

(Vers. 2.) Así dice el Señor a mí: Hazte coyundas y cadenas. O bien κλοιούς, que en hebreo se llaman MUTOTH (), y en lenguaje vulgar se llaman Boias.

(Vers. 3, 4.) Y las pondrás en tu cuello, y las enviarás al rey de Edom, y al rey de Moab, y al rey de los hijos de Amón, y al rey de Tiro, y al rey de Sidón por mano de los mensajeros que vinieron a Jerusalén a Sedecías, rey de Judá. Y les ordenarás que hablen a sus señores: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel. Esto diréis a vuestros señores. La visión anterior fue hecha al profeta al principio del reino de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá. Pero esto bajo Sedecías, quien fue el último en reinar en Jerusalén, y bajo quien la ciudad fue capturada y destruida. Se le ordena a Jeremías que ponga coyundas, o yugos de madera, que en hebreo, como dijimos, se llaman MUTOTH, en su cuello, y las envíe a los reyes de Edom, Moab, los hijos de Amón, Tiro, Sidón, por los embajadores que vinieron a Sedecías: y les ordene anunciar a sus señores que deben servir al rey Nabucodonosor; y escuchar lo que el siguiente discurso del profeta prosigue. Y para que quizás los embajadores y los reyes de estas

naciones no respondan, ¿por qué no ordenas esto a tu pueblo? También habla de manera similar al rey Sedecías, y a los sacerdotes y profetas. Este lugar siempre es interpretado alegóricamente por el intérprete (Orígenes), y huyendo de la verdad histórica lo interpreta sobre la Jerusalén celestial, que sus habitantes deben asumir voluntariamente los cuerpos, y descender a Babilonia, es decir, la confusión de este mundo que está en el maligno, y servir al rey babilónico, sin duda al diablo. Que si no quieren hacer esto, no llevarán cuerpos pesados; sino que perecerán por la espada, el hambre y la peste; y no serán hombres, sino demonios. Que él diga esto, para que sus defensores no nos calumnien. Sin embargo, sigamos la historia simple y verdadera, para no envolvernos en algunas nubes y engaños.

(Vers. 5.) Yo hice la tierra, y al hombre, y a los animales que están sobre la faz de la tierra con mi gran poder, y con mi brazo extendido, y la di a quien me agradó a mis ojos. Aunque esta Escritura habla ἀνθρωποπάθως, como nosotros los hombres podemos hablar y entender: sin embargo, el poder de Dios y su brazo es aquel de quien también el Apóstol habla: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 14). Y Isaías: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isai. LIII, 1). También escribe el evangelista Juan: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3). También David en su cántico dice: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Sal. XXXII, 6). Pero lo que dice: La di a quien me agradó a mis ojos, significa que todo ha sido otorgado al género humano por la gracia de Dios. Yo, dice, hice la tierra, y al hombre, y a los animales (Sal. XXXV). Orden contrario. En Génesis primero se hacen los animales, y el hombre es el último (Gén. I), pero aquí primero nombra al hombre, y luego lo que está sujeto al hombre.

(Vers. 6, 7.) Ahora, pues, yo he dado todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo: además, también le he dado las bestias del campo para que le sirvan. Y le servirán todas las naciones, y su hijo y el hijo de su hijo. ¿De qué infelicidad es Israel, cuando en comparación con él Nabucodonosor es llamado siervo de Dios? Está escrito en el Evangelio: El mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron (Juan I, 10). Por tanto, el creador entrega su criatura a quien él quiera. Finalmente, también el diablo, en cuyo tipo precedió Nabucodonosor, confiesa: todas estas cosas me han sido entregadas. Pero lo que añade: Además, también le he dado las bestias del campo para que le sirvan, debemos entenderlo simplemente como todo tipo de animales; pues con el hombre también se le entregan aquellas cosas que le están sujetas; o ciertamente entendamos las bestias como naciones salvajes, que también ellas sirvan, las que antes no sabían servir. A su hijo, y al hijo de su hijo, según el hebreo llama Belsasar, y Evilmerodac, de quienes escribe Daniel.

Hasta que venga el tiempo de su tierra y de él. Hermosamente, para que no se pensara que el imperio de Nabucodonosor era perpetuo, dice que él mismo será capturado por los medos y persas. Esto es lo que significa: Hasta que venga el tiempo de su tierra y de él: pero esto tampoco se encuentra en los Setenta.

Y le servirán muchas naciones, y grandes reyes. No dijo, todos: esto propiamente pertenece al imperio de Cristo, aunque según Símaco no se lee: Le servirán muchas naciones, y grandes reyes; sino que lo someterán a servidumbre muchas naciones, y grandes reyes, para que él también sirva a los medos y persas, a quienes antes todas las naciones habían servido. Esto que hemos puesto del hebreo: Le he dado para que le sirvan, y le servirán todas las naciones, y su hijo, y el hijo de su hijo, hasta que venga el tiempo de su tierra y de él: y le someterán a servidumbre muchas naciones y grandes reyes, no se lee en la edición de los Setenta (como ya hemos dicho).

(Vers. 8.) Pero la nación y el reino que no sirva a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y cualquiera que no doble su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, con espada, hambre y peste visitaré sobre esa nación, dice el Señor, hasta que los consuma en su mano. No solo el Señor somete a las naciones pecadoras a Nabucodonosor, sino que el Apóstol habla de los pecadores: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20). Y en otro lugar: He entregado a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V, 5). También aconseja obedecer a las potestades, no solo por ira, sino también por conciencia, para que no seamos condenados por ellas.

(Vers. 9 y ss.) Vosotros, pues, no escuchéis a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros augures, ni a vuestros hechiceros, que os dicen: No serviréis al rey de Babilonia, porque os profetizan mentira, para alejaros de vuestra tierra, y os expulsen, y perezcáis. Pero la nación que someta su cerviz bajo el yugo del rey de Babilonia, y le sirva, la dejaré en su tierra, dice el Señor: y la cultivará, y habitará en ella. Delira también en este lugar el intérprete alegórico, y exhorta a los que están en la Jerusalén celestial, a no escuchar a sus profetas, ni a sus adivinos, ni a sus soñadores, ni a sus augures, ni a sus hechiceros: sino que más bien sirvan a Nabucodonosor, y asuman el cuerpo de humildad, los vagidos de los infantes, y las cunas de los niños. Si hacen esto, cumplido el servicio, y la condición de la mortalidad humana, volverán a su tierra, y habitarán en ella, y trabajarán en lo que antes trabajaron. Y dice sospechar que aquellos que despreciaron los preceptos de Dios, serán demonios y espíritus inmundos, y no recuperarán su sede original. Pero nosotros simplemente exponemos, y que hay profetas en las naciones, que simulan predecir el futuro con espíritu divino: y adivinos, de los cuales también hay un proverbio vulgar: Dicen que los sabios adivinan: y soñadores que imitan a José y Daniel: y augures, que por el vuelo de las aves y las voces de los oscinum, anuncian qué hacer o no hacer: y hechiceros, que podemos llamar veneficos, o sirvientes de las fantasías de los demonios, que en hebreo se llaman CASSAPHE (). Todos estos, dice, os engañan y os suplantán, para que no sirváis al rey de Babilonia. Pues es mucho mejor asumir la servidumbre voluntariamente, y tener un amigo a quien servir, y cultivar la tierra natal, que servir por la fuerza y la necesidad como cautivos.

(Vers. 12, 13.) Y hablé a Sedecías, rey de Judá, según todas estas palabras, diciendo: Someteos bajo el yugo del rey de Babilonia, y servidle, y a su pueblo, y viviréis. ¿Por qué morirás tú, y tu pueblo, por la espada, el hambre y la peste: como ha hablado el Señor a la nación que no quiera servir al rey de Babilonia? No escuchéis las palabras de los profetas, que os dicen: No serviréis al rey de Babilonia, porque os hablan mentira, porque no los envié, dice el Señor: y ellos profetizan en mi nombre falsamente, para que os expulsen, y perezcáis tanto vosotros, como los profetas que os profetizan. Después de todas las naciones, pasa a Sedecías, rey de Judá; y con las mismas palabras que amenazó a las naciones, habla: pues no merece el privilegio de la nación israelita, quien ha pecado igual o más que las otras naciones. Finalmente, porque el pueblo rebelde despreció escuchar, fue consumido por la espada, el hambre y la peste. Sin embargo, se debe observar en la Sagrada Escritura, que por falsos profetas llama a los profetas, que profetizan en el nombre del Señor falsamente. Esto, dice, lo hacen para que os expulsen, y perezcáis tanto vosotros, como los profetas que os profetizan. Y por tanto, tanto de los que son engañados, como de los que engañan, es similar la destrucción. Esto que hemos puesto del hebreo: Bajo el yugo del rey de Babilonia, y servidle, y a su pueblo, y viviréis. ¿Por qué morirás tú y tu pueblo por la espada, el hambre y la peste: como ha hablado el Señor a la nación que no quiera servir al rey de Babilonia? No escuchéis las palabras de los profetas que os dicen, no se encuentra en los LXX. Y por eso advierto, para que el lector prudente entienda cuánto falta en los códigos griegos y latinos.

(Vers. 16, 17.) Y hablé a los sacerdotes, y a este pueblo, diciendo: así dice el Señor: No escuchéis las palabras de vuestros profetas, que os profetizan, diciendo: He aquí que los vasos del Señor volverán de Babilonia ahora pronto: porque os profetizan mentira. Esto que hemos puesto, ahora pronto, no se encuentra en los LXX: y lo que sigue, No los escuchéis, sino servid al rey de Babilonia, para que viváis. ¿Por qué se da esta ciudad a la desolación? Después de las naciones y el rey, habla a los sacerdotes y al pueblo, a quienes ya había anunciado la destrucción de los profetas, diciendo: para que os expulse, y perezcáis, tanto vosotros, como los profetas que os profetizan. Habla, pues, las mismas cosas que había hablado al rey y a las naciones, para que no escuchen las palabras de sus profetas, y digan que los vasos del templo del Señor serán devueltos ya, que con Jeconías y los príncipes y su madre habían sido llevados: y les aconseja que sirvan al rey de Babilonia, y vivan, y que la ciudad, al someterse voluntariamente, no sea entregada al fuego. Y en esto la clemencia del Señor, quiere entregarlos a un castigo más leve, para que no sufran uno más grave.

(Vers. 18.) Y si son profetas, y la palabra del Señor está en ellos, que se presenten. Lo que sigue, y que añadiremos hasta el final de este capítulo, no se encuentra en los LXX.

(Vers. 19 y ss.) Al Señor de los ejércitos, para que no vengan los vasos que quedaron en la casa del Señor, y en la casa del rey de Judá, y en Jerusalén, y en Babilonia. Porque así dice el Señor de los ejércitos a las columnas, y al mar, y a las bases (para las cuales en hebreo está escrito MECHONOTH) y a los demás vasos, que quedaron en esta ciudad, que no llevó Nabucodonosor, rey de Babilonia, cuando trasladó a Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, de Jerusalén a Babilonia, y a todos los nobles de Judá y Jerusalén. Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a los vasos que quedaron en la casa del Señor; y en la casa del rey de Judá y Jerusalén. Serán llevados a Babilonia, y allí estarán hasta el día de su visita, dice el Señor; y haré que sean traídos, y restituidos en este lugar. Esto, como dijimos, no se encuentra en los Setenta, sino que ha sido traducido de la verdad hebrea: por lo cual pusieron algo que no estaba escrito, diciendo: A mí porque así dijo el Señor: Y los demás vasos que no llevó el rey de Babilonia, cuando trasladó a Jeconías de Jerusalén a Babilonia, entrarán, dice el Señor, poniendo el sentido más que las palabras: quizás consideraron irracional que Dios hablara a las columnas, y al mar, y a las bases, y a los demás vasos que quedaron en Jerusalén, como si no leyéramos que también increpó al gusano matutino, y habló al mar: Calla, enmudece (Jonás IV). Y lo que dice: Que se presenten a mí, o al Señor de los ejércitos (Marcos IV, 39), muestra que el verdadero profeta puede resistir al Señor con oraciones, según lo que también Moisés se interpuso en la plaga contra el Señor, para apartar la ira de su furor. También Samuel hizo lo mismo (I Sam. VIII). Y el Señor a Moisés: Déjame, dice, para que hiera a este pueblo (Éxodo XXXII, 10). Cuando dice, Déjame, muestra que puede ser retenido por las oraciones de los santos. Que se presenten, dice, los profetas, y lo que predicán, lo demuestren cumplido con obras: y entonces se comprobará la verdad de la profecía. Las columnas, el mar, las bases, y los demás vasos, los leemos en los Reyes y en el último volumen de este profeta (IV Reyes último). Y se enumeran los vasos que fueron trasladados a Babilonia, cuando Sedecías fue capturado, y la ciudad incendiada, y el templo destruido.

(Cap. XXVIII.---Vers. 1 y ss.) Y sucedió en aquel año, al principio del reino de Sedecías, rey de Judá, en el cuarto año, en el quinto mes, que Ananías, hijo de Azur, profeta de Gabaón, me habló en la casa del Señor, delante de los sacerdotes y de todo el pueblo, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He quebrado el yugo del rey de Babilonia, aún dos años de días, y haré que sean devueltos a este lugar todos los vasos del Señor. Los hebreos llaman profetas, esto es, NEBEIM, los LXX los interpretaron como falsos profetas, para hacer más clara la comprensión. Finalmente, también en el presente lugar se le llama profeta, esto es,

NEBIA (), y no falso profeta. La palabra del Señor se hace bajo el rey Sedecías, en el cuarto año de su reino, y en el quinto mes (aún no profetizando el profeta Ezequiel en Babilonia a los que habían sido llevados con Jeconías); y tiene la confianza de hablar en el templo del Señor contra el profeta, porque promete prosperidad al pueblo, y las mentiras se escuchan con agrado, especialmente las que prometen cosas alegres. Jeremías había dicho que también los demás vasos, ya sea del templo, o de la casa real, y de todo el pueblo, que Nabucodonosor había dejado, serían trasladados a Babilonia. Pero este, por el contrario, promete que también los que habían sido trasladados, serían devueltos.

(Vers. 3, 4.) Que Nabucodonosor, rey de Babilonia, trasladó de este lugar, y los trasladó a Babilonia. Y a Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, y a toda la transmigración de Judá, que entraron en Babilonia, los convertiré en este lugar, dice el Señor. Porque quebraré el yugo del rey de Babilonia. Por los cuales los LXX tradujeron: Jeconías, y la transmigración de Judá; porque quebraré el yugo del rey de Babilonia, poniendo brevemente el sentido de la verdad hebrea más que las palabras. Ananías promete, quien entonces parecía ser profeta al pueblo, no solo los vasos, sino también que el rey Jeconías sería devuelto a Jerusalén; y que el yugo del rey de Babilonia sería quebrado, es decir, destruido su imperio, y esto aún no completado el bienio, para que la magnitud del gozo aumentara con el tiempo cercano de la promesa.

(Vers. 5, 6.) Y dijo el profeta Jeremías al profeta Ananías, ante los ojos de los sacerdotes y de todo el pueblo que estaba en la casa del Señor. Y dijo el profeta Jeremías: Amén, así haga el Señor. Que el Señor suscite tus palabras que profetizaste; para que sean devueltos los vasos a la casa del Señor, y toda la transmigración de Babilonia a este lugar. Desea que se haga lo que el falso profeta miente, pues eso significa Amén: palabra que a menudo usa el Señor en el Evangelio: Amén, amén os digo (Juan V, 19). Y desea, por la prosperidad de las cosas, que él diga la verdad más que él. Por eso otro profeta testifica, diciendo: Ojalá no fuera un hombre con espíritu, y hablara más bien mentira (Miqueas II, 11). Por el contrario, Jonás se entristece por haber mentido, y es reprendido por el Señor, siendo más útil la mentira del profeta que la ruina de tanta multitud (Jon. III). Y para que no pareciera aprobar el vaticinio del falso profeta, bajo el ejemplo de otros, sin injuria del mentiroso, afirma la verdad.

(Vers. 7 seqq.) Sin embargo, escucha esta palabra que hablo en tus oídos y en los oídos de todo el pueblo: Los profetas que fueron antes de mí y de ti desde el principio, profetizaron sobre muchas tierras y sobre grandes reinos acerca de la guerra, la aflicción y el hambre. El profeta que profetizó paz, cuando venga su palabra, se sabrá que el profeta ha sido enviado por el Señor en verdad. Jeremías podría haberle dicho a Ananías: Hablas falsamente, engañas al pueblo, no eres profeta, sino un falso profeta. Si lo hubiera dicho, el falso profeta podría haberle devuelto lo mismo a Jeremías, por lo tanto, no hace injuria. Y habla como a un profeta. No solo, dice, soy profeta yo y tú, sino que antes de ti y de mí hubo muchos otros, entre los cuales estaban Isaías, Oseas, Joel y Amós, y los demás. Profetizaron, dice, contra muchas tierras y reinos no pequeños, sino grandes, anunciando guerra y adversidades, y escasez de todas las cosas. Y por el contrario, hubo otros que prometieron paz y prosperidad. La sentencia de ambos se comprobó no por adulación de mentira, sino por el resultado de los hechos. Por el ejemplo de otros, habla de sí mismo y de Ananías, que cuando llegue el fin de los hechos, entonces se mostrará la verdad de los profetas. Esto mismo también lo dijo el Señor por medio de Moisés (Deut. XXIII), que el profeta se mostrará al final de la profecía. Y esto debe observarse, que no increpa al mentiroso de manera amenazante ni violenta, sino con la confianza de la verdad, y lo difiere al futuro, para que quienes escuchan esperen el resultado de los hechos.

(Vers. 10, 11.) Y tomó el profeta Ananías la cadena (o yugo, que en hebreo se dice MUTOTH) del cuello del profeta Jeremías y la rompió. Y dijo Ananías en presencia de todo el pueblo, diciendo: Así dice el Señor: así romperé el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, en dos años de días del cuello de todas las naciones. Y se fue Jeremías por su camino [Vulg. añade profeta]. Los Setenta no tradujeron dos años. Tampoco llamaron profeta a Ananías; para que no pareciera que llamaban profeta a quien no lo era: como si muchas cosas en las Sagradas Escrituras se dijieran según la opinión de aquel tiempo en que se refieren los hechos, y no según lo que contenía la verdad de la cosa. Por ejemplo, José en el Evangelio es llamado padre del Señor: y la misma María, que sabía que había concebido del Espíritu Santo, y había respondido al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? (Luc. I, 34), habla al Hijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí, tu padre y yo te buscábamos con dolor (Luc. II, 48). Al mismo tiempo, se debe considerar la prudencia de Jeremías, y la humildad y paciencia. El falso profeta hace injuria a las cosas, y rompe el yugo que había tomado de su cuello, lo cual ciertamente no podría haber hecho si fuera de hierro. Él calla y disimula el dolor: pues aún no le había sido revelado por el Señor qué debía decir: para que la Sagrada Escritura demuestre que los profetas no hablan por su propio arbitrio, sino por la voluntad del Señor: especialmente sobre el futuro, cuyo conocimiento es solo de Dios. Se fue, dice, y se retiró por su camino, como vencido, cumpliendo aquello profético: Me he convertido en un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones.

(Vers. 2 seqq.) Y fue la palabra del Señor a Jeremías, después que Ananías el profeta rompió la cadena (o yugo) del cuello del profeta Jeremías, diciendo: Ve y di a Ananías: Así dice el Señor: Rompiste cadenas (o yugos) de madera, y harás (o haré) por ellas yugos de hierro. Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He puesto un yugo de hierro sobre el cuello de todas estas naciones, para que sirvan a Nabucodonosor, rey de Babilonia. Lo que sigue: Y le servirán, además de que le he dado las bestias de la tierra, no se encuentra en los Setenta. Y en el presente lugar, según los LXX, Ananías no es llamado profeta, y en lo que sigue, para que no pareciera que llamaban profeta a un falso profeta. Pero, ¿qué dice la verdad hebrea? después que Jeremías se fue por su camino, y devoró la injuria en silencio, la palabra del Señor le fue dada, para que el profeta no hablara con sus propias palabras al falso profeta que se gloria en la mentira; sino que dijera: así dice el Señor: aunque Ananías, rompiendo el yugo de madera, habló con la misma autoridad en presencia del Señor: así dice el Señor. Porque la mentira siempre imita a la verdad. Lo que añadió: Rompiste yugos de madera, y harás (o haré) [Al. hiciste], por ellos cadenas de hierro, esto muestra que al rechazar un castigo menor, fue causa de un mayor suplicio para el pueblo. Delira en este lugar el intérprete alegórico, llamando a los yugos y cadenas de madera cuerpos etéreos y aéreos, es decir, de demonios y potestades adversarias. Pero los yugos o cadenas de hierro, nuestros cuerpos más densos, que están tejidos con nervios, huesos, carnes y venas, para que quienes no quisieron sufrir menores tormentos por la calidad del pecado, sean condenados a las cadenas de nuestros cuerpos; y soporten los llantos de la infancia, las ataduras de los pañales y las suciedades; y sirvan al diablo, rey de Babilonia, es decir, de este mundo, como dice la Escritura: El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19), junto con las bestias de la tierra, que están ligadas en los cuerpos de los animales irracionales [Al. ligadas]. Me ha obligado un tratador indocto, y seguidor de la calumnia Grunniana, a exponer abiertamente los vicios ajenos, que antes decía con disimulo, dejando a la prudencia del lector.

(Vers. 5 seqq.) Y dijo el profeta Jeremías al profeta Ananías: Escucha, Ananías: No te envió el Señor, y tú has hecho confiar a este pueblo [Vulg. aquel] en la mentira. Por eso, así dice el Señor: He aquí que te enviaré (o te echaré) de la faz de la tierra, este año morirás. Lo que sigue: Porque has hablado contra el Señor. Y murió el profeta Ananías en ese año, en el mes

séptimo, no se encuentra en los Setenta. Por lo cual solo pusieron: Y murió en el mes séptimo. Y aquí en los LXX Ananías no es llamado profeta, aunque según el hebreo la Escritura santa lo llama profeta, aunque en lo que Jeremías lo reprende diciendo: Escucha, Ananías, no te envió el Señor, no lo llama profeta. Pues, ¿cómo podría llamarlo profeta, a quien negaba que había sido enviado por el Señor? Pero se mantiene la verdad y el orden de la historia, como hemos dicho antes, no según lo que era, sino según lo que se pensaba en aquel tiempo. Engañaste, dice, al pueblo con la mentira, para que no se sometiera a la sentencia de Dios. Por lo cual debes saber que este año morirás. Si cuando morimos, somos liberados de las cárceles de los cuerpos, según aquel testimonio que los herejes interpretan mal: Saca mi alma de la cárcel (Sal. CXLI, 8): ¿cómo ahora se impone la muerte al falso profeta como castigo? Pero en este lugar se debe notar que Jeremías, habiendo sufrido injuria del falso profeta, aún no habiendo recibido la palabra del Señor, calla; pero después, enviado por el Señor, reprende audazmente al mentiroso, y anuncia la muerte cercana. Y lo que murió en el mes séptimo, que siempre suelen interpretar, que bajo este número se demuestra el descanso, tal vez por eso dicen que murió en el mes séptimo, para que se liberara de los males del cuerpo, según lo que está escrito. La muerte es descanso para el hombre. Pero nosotros sabemos que los cuerpos de los creyentes son templos de Dios, si el Espíritu Santo habita en ellos (Eclo. XXII, 11).

(Cap. XXIX.---Vers. 1 seqq.) Y estas son las palabras del libro que envió el profeta Jeremías desde Jerusalén, a los restos de los ancianos de la transmigración, y a los sacerdotes, y a los profetas, y a todo el pueblo que Nabucodonosor había llevado de Jerusalén a Babilonia. Después que salió el rey Jeconías, y la señora (o reina) y los eunucos, y los príncipes de Judá y Jerusalén (o nobles) y los artesanos [Vulg. y el herrero y el cerrajero] de Jerusalén en manos de Elasa hijo de Safán, y de Gamalías hijo de Helcías, que Sedecías, rey de Judá, envió a Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Babilonia, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a toda la transmigración que trasladé de Jerusalén a Babilonia, edificad casas y habitad en ellas, y plantad huertos (o vergeles) y comed su fruto. Tomad esposas, y engendrad hijos e hijas; dad a vuestros hijos esposas, y a vuestras hijas dad maridos, y engendrad hijos e hijas, y multiplicaos [Vulg. multiplicaos], y no seáis pocos en número. Y buscad la paz de la ciudad (o tierra) a la que os trasladé [Vulg. os hice emigrar], y orad por ella al Señor: porque en su paz habrá paz para vosotros. Esta carta, o más bien librito del profeta Jeremías, es enviado por los legados de Sedecías, Elasa y Gamalías, a Babilonia, a aquellos que con Jeconías y su madre habían sido trasladados por Nabucodonosor: para que por ocasión de la legación real, el profeta cumpliera también su obra, y advirtiera al pueblo trasladado lo que le había sido mandado por el Señor. Y dijo bien: Salió el rey Jeconías y la señora, y los eunucos, y los príncipes de Judá, y los demás. Y: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a toda la transmigración que trasladé de Jerusalén a Babilonia, para que no pareciera que fueron trasladados por el poder del rey de Babilonia, sino por la voluntad del Señor. Y primero a los ancianos, luego a los sacerdotes, tercero a los profetas, cuarto a todo el pueblo de Dios se dirige la palabra: para que según el orden de la edad, las cartas del profeta llegaran también a aquellos que eran advertidos. Les advierte no con sus propias palabras, sino con las del Señor, que edifiquen casas y habiten en ellas, y planten huertos, o vergeles, y coman su fruto, tomen esposas, y engendren hijos e hijas, y se multipliquen en el lugar de la transmigración: y no sean pocos en número, y busquen la paz de la ciudad, o tierra, a la que el Señor los trasladó, y oren por ella [Al. ella] al Señor. Y dando las razones, dice, porque en la paz de esa tierra habrá paz para vosotros. A Jeremías, porque después de poco tiempo iba a seguir la cautividad de Jerusalén, se le ordena no tomar esposa, ni engendrar hijos. Por eso también se nos dice por el Apóstol: El tiempo es breve [Al. abreviado], resta, que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran [Al. así sean

como si no las tuvieran] (I Cor. VII, 19). Si por la angustia del tiempo se les quita a los que tienen el uso de las esposas, ¡cuánto más se les ordena a los que no tienen que no tomen! Todo esto lo ordena la profecía, para que no se sometan a los falsos profetas, que les prometían un regreso a Jerusalén después de poco tiempo; sino que sepan que van a permanecer mucho tiempo en Babilonia: de modo que deben tomar esposas, plantar vergeles, sembrar huertos, edificar casas, y engendrar hijos. Lo que añadió: Buscad la paz de la ciudad, o tierra. Y de nuevo: Porque en su paz habrá paz para vosotros, se comparará con aquello del Apóstol, en el que ordena: Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias, por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y sosegada en toda piedad y honestidad (II Tim. II, 1, 2). Según los entendimientos místicos, después que hayamos sido expulsados de Jerusalén, es decir, de la Iglesia, por nuestros pecados, y entregados a Nabucodonosor, de quien dice el mismo Apóstol: He entregado a tal a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor (I Cor. V, 5). Y de nuevo: A quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar (I Tim. I, 20), no debemos estar seguros, ni perezosos en el ocio, ni desesperar completamente de la salvación; sino primero edificar casas, no sobre la arena, sino sobre la roca, y tales casas, como las que edificaron las parteras en Éxodo: porque temían al Señor (Éxod. I). Luego plantar huertos, o vergeles, como el Señor plantó el paraíso en Edén, y puso en él el árbol de la vida, de lo cual está escrito: El árbol de la vida es para los que lo toman: y quien lo retenga, será bienaventurado (Prov. III, 18). Tercero, tomar esposas, de las cuales una es la sabiduría, de la que escribe Salomón: Ámala, y te guardará; y rodéala, y te exaltará (Prov. IV, 6). Y en otro lugar: Esta busqué tomarla por esposa, y me hice amante de su belleza (Sab. VIII, 2). No nos basta una sola esposa, la sabiduría, si no tenemos también las demás, la fortaleza, la templanza, y la justicia, para que de ellas engendremos muchos hijos. También demos nuestras hijas a maridos, para que la verdad de la fe, que se interpreta en los hijos, se una a las buenas obras, que se refieren a las hijas, y las buenas obras se unan a la salud de la fe: y engendrando tales hijos e hijas, nos multipliquemos en número, para que destruyendo lo que es de niños, y creciendo en el varón perfecto, merezcamos oír: Os escribo, padres: porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 13); y con el Apóstol digamos a nuestros hijos: Porque en Cristo Jesús por el Evangelio yo os engendré (I Cor. IV, 15). Busquemos también la paz de la Iglesia, de la ciudad, y de nuestra tierra: para que merezcamos regresar a ella, de la cual fuimos trasladados por el juicio del Señor, para que habitáramos en el error de la confusión. Si ella nos recibe, tenemos paz. Al mismo tiempo, se debe considerar la clemencia del Señor: nos manda orar por nuestros enemigos, y hacer el bien a los que nos persiguen, para que no estemos contentos solo con nuestra salvación, sino que busquemos también la salvación de los enemigos (Luc. VI).

(Vers. 8, 9.) Porque así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: No os seduzcan vuestros profetas, que están en medio de vosotros, y vuestros adivinos; y no atendáis a vuestros sueños, que soñáis, porque falsamente [Vulg. falso] profetizan en mi nombre: y no los envié, dice el Señor. Que había profetas, o más bien falsos profetas, y adivinos y soñadores en Babilonia, entre aquellos que Nabucodonosor había llevado con Jeconías y su madre, lo testifica el profeta Ezequiel, escribiendo contra ellos, a quienes también Jeremías les ordena no creer (Ezequiel XIII). Sin embargo, aún no había comenzado Ezequiel a profetizar en Babilonia cuando se enviaba esta carta. Este discurso se envía al principio del reinado de Sedecías. Ezequiel comenzó a profetizar en el quinto año de la transmigración de Jeconías, que era el mismo año del reinado de Sedecías. Según la tropología, debemos entender por falsos profetas a aquellos que interpretan las palabras de las Escrituras de manera diferente a como las expresa el Espíritu Santo. Y por adivinos, a aquellos que pronuncian como

verdaderas las conjeturas de su mente y las incertidumbres del futuro, sin la autoridad de las palabras divinas. También a los soñadores, que no escuchan lo que está escrito: No des sueño a tus ojos, ni dormitación a tus párpados (Prov. VI, 4); de los cuales habla Judas apóstol: De la misma manera también estos soñadores, contaminan la carne: desprecian la autoridad (Judas 8): cuya mente no está vigilante, sino que, oprimida por el sopor de la arrogancia y el error, está rodeada por el horror de la noche, a quienes también el apóstol Pablo les dice: Despiértate, ¿por qué duermes? y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14).

(Vers. 10 seqq.) Porque así dice el Señor: Cuando comiencen a cumplirse en Babilonia setenta años, os visitaré, y levantaré sobre vosotros mi buena palabra, para que os haga volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que pienso sobre vosotros, dice el Señor: pensamientos de paz, y no de aflicción: para daros un fin [Al. añade bueno] y paciencia [o esperanza]. Y me invocaréis, e iréis [o según Símaco encontraréis], y oraréis [Al. adoraréis] a mí, y os escucharé. Me buscaréis, y me encontraréis, cuando me busquéis con todo vuestro corazón, y seré hallado por vosotros [o apareceré a vosotros], dice el Señor. No creáis, dice, a los falsos profetas, adivinos, y soñadores vuestros, que os prometen un regreso cercano a Jerusalén. Porque si no se cumplen setenta años, con Ciro, rey de los persas, liberando a los cautivos, no volveréis a la patria; y entonces cumpliré mis promesas, para que os haga volver a este lugar: Porque yo sé los pensamientos que pienso sobre vosotros, dice el Señor. Dice que él sabe lo que piensa: pero ellos con sus profetas, adivinos, y soñadores lo ignoran. Por lo tanto, el conocimiento del futuro solo compete a Dios. Para daros, dice, un fin y paciencia: el fin de la cautividad, y la paciencia de los trabajos presentes, o la esperanza de los futuros. Entonces me invocaréis, e iréis a Jerusalén: y oraréis, y os escucharé. Ciertamente, sin la invocación y oración de los cautivos, el Señor podría cumplir lo que había prometido; pero los exhorta a la oración, para que merezcan recibir lo prometido. Me buscaréis, y me encontraréis, cuando me busquéis con todo vuestro corazón; según aquello del Evangelio: Pedid, y recibiréis: buscad, y encontraréis: llamad, y se os abrirá (Matt. VII, 7). Según la anagogía, estamos en la confusión de este siglo mientras no merezcamos recibir el descanso del número septenario, y habiendo recibido la penitencia, Dios cumpla lo que prometió, y seamos devueltos a nuestro lugar, la Iglesia. Por eso el Señor parece golpear, para sanar: y nos dará el fin de nuestro trabajo y paciencia: e invocaremos a él, y volveremos a la Iglesia, y oraremos, y seremos escuchados: buscaremos, y lo encontraremos, cuando lo busquemos con todo nuestro corazón, y entonces se nos aparecerá. Algunos interpretan los setenta años según lo que está escrito: Los días de nuestros años son en ellos setenta años (Sal. LXXXIX, 10), que cuando se hayan cumplido, entonces volvamos al Señor con todo nuestro corazón, y seamos escuchados, y sea el fin de nuestro trabajo y paciencia: ahora poseemos todo en sombra y en imagen.

(Vers. 14 seqq.). + Y restauraré vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares a los que os expulsé, dice el Señor. Y os haré volver del lugar al que os hice emigrar. Porque dijisteis: El Señor nos ha suscitado profetas en Babilonia. Así dice el Señor al rey que se sienta sobre el trono de David, y a todo el pueblo habitante de esta ciudad, y a vuestros hermanos que no salieron con vosotros en la emigración. Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que enviaré contra ellos espada, hambre y peste: y los pondré como higos malos que no se pueden comer, porque son pésimos. Y los perseguiré con espada, hambre y pestilencia, y los daré en escarnio a todos los reinos de la tierra, en maldición, y en asombro, y en silbido, y en oprobio a todas las naciones a las que los expulsaré, porque no escucharon mis palabras, dice el Señor; que envié a ellos por medio de mis siervos los profetas, levantándome de noche y enviando: y no escuchasteis, dice el Señor. Vosotros, pues,

escuchad la palabra del Señor, toda la emigración que envié de Jerusalén a Babilonia. + Hasta aquí en la LXX no se encuentra, lo que he señalado con asteriscos. Pues lo demás, en lo que o bien se omiten versos individuales o pocas palabras, vencido por el tedio, no quise anotar, para no causar fastidio a los lectores. Sin embargo, el Señor promete a aquellos que estaban en la emigración, que después de setenta años de cautiverio los hará regresar de todas las naciones y de todos los lugares a los que los haya expulsado, y liberados de la cautividad, recuperar su estado original y su patria. Y aunque yo, dice, haré esto por mi propia voluntad, y en un tiempo determinado os haré regresar, en vano os engañáis, y pensáis que tenéis profetas en Babilonia, que os prometen falsedades. Así pues, sabed que no debéis esperar el regreso ahora: sino construir casas, plantar huertos, tomar esposas, y engendrar hijos, y multiplicaros en número, y esperar el tiempo prometido. Escuchad lo que el Señor dice a Sedequías, que ahora reina en Jerusalén, y a todos los habitantes de su ciudad, es decir, a vuestros hermanos, que no quisieron obedecer mi sentencia, y emigrar a Babilonia con vosotros, que de ninguna manera podrán escapar de la cautividad, sino que morirán por la espada, el hambre y la peste. Y los pondré como higos malos; que Teodocio interpretó como sudrinas: Segunda como pésimas: Símaco, como últimas: que en hebreo se llaman SUARIM (), pero por error de los escribas, en lugar de la sílaba media, o la letra Alfa, se introdujo la Delta griega: de modo que en lugar de SUARIM se lea SUDRIM. Así como el cesto, o canasta, que tenía higos buenos, se dice que tenía higos primitivos: así el otro cesto, que tenía higos malos, se dice que tenía higos últimos. Y los perseguiré, dice, a aquellos que ahora están en la ciudad de Jerusalén, con espada, hambre y pestilencia: para que primero por el asedio, inmediatamente los que puedan permanecer y escapar, se dispersen por todas las tierras, y sean ejemplo para todos de maldición, asombro, silbido y oprobio: a los que yo los expulsaré, porque no escucharon mis palabras, dice el Señor, que hablé a ellos por medio de mis siervos, levantándome de noche y enviando: y nunca dejé de advertirles, para que os imitaran a vosotros que ahora disfrutáis de un ocio seguro en la emigración, hasta que se cumpla la promesa del Señor. Pero vosotros que obedecisteis mi sentencia, y os entregasteis al rey de Babilonia, escuchad lo que voy a decir. Y en este lugar el intérprete delirante sueña con la ruina de la Jerusalén celestial, y sospecha que la profecía se dirige a aquellos que se encuentran en la región de Babilonia de este mundo: que hicieron bien en descender voluntariamente a estos cuerpos, y en la tierra de los caldeos construir casas, plantar huertos, tomar esposas, engendrar hijos, y ser restaurados por buenas obras después de setenta años en su lugar original, y en la Jerusalén celestial. Pero aquellos que no quisieron descender voluntariamente a lo terrenal, sufrirán esto que el Señor amenaza a Sedequías y a su pueblo. Que no quisieron imitar a sus hermanos, ni venir a Babilonia, que enviará contra ellos espada, hambre y peste, es decir, la escasez de todas las cosas, y los pondrá como higos pésimos, que no se pueden comer en absoluto; y los perseguirá con espada eterna, y los dará en escarnio a todos los reinos de la tierra: para que de ninguna manera se conviertan en hombres, sino en demonios de potestades aéreas: y sean para todos los ángeles, que presiden cada provincia, en maldición, asombro, silbido y oprobio a todas las naciones. Y esto lo sufrirán porque no quisieron escuchar las palabras de los profetas en la Jerusalén celestial, que los exhortaban a descender a lo terrenal, y asumir el cuerpo de humildad; y después de hacer penitencia, poseer el lugar original después del verdadero sabbatismo. Esto diría él. Y cuando sus discípulos y los excrementos de la familia Grunniana escuchan esto, piensan que están escuchando misterios divinos. Y nosotros que despreciamos estas cosas, nos consideramos como si fuéramos bestias, y nos llaman πηλουσιώτας, porque estando constituidos en el lodo de este cuerpo no podemos sentir las cosas celestiales.

(Vers. 21 seqq.). Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a Acab hijo de Colías, y a Sedequías hijo de Maasías, que profetizan falsamente en mi nombre: he aquí que los

entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y los herirá ante vuestros ojos. Y se tomará de ellos una maldición para toda la emigración de Judá que está en Babilonia, diciendo: Que el Señor te ponga como a Sedequías, y como a Acab, a quienes el rey de Babilonia asó en el fuego, porque cometieron necedad (o iniquidad) en Israel, y adulteraron con las esposas de sus amigos (o ciudadanos), y hablaron falsamente en mi nombre, lo que no les mandé: yo soy juez y testigo, dice el Señor. Los hebreos dicen que estos son los ancianos que cometieron necedad en Israel, y adulteraron con las esposas de sus ciudadanos, a uno de los cuales Daniel dice: Viejo en días de maldad. Y al otro: Semilla de Canaán, y no de Judá, la apariencia te engañó, y la concupiscencia pervirtió tu corazón. Así hacíais con las hijas de Israel, y ellas, temiendo, hablaban con vosotros; pero la hija de Judá no soportó vuestra iniquidad (Dan. XIII, 56, 57). Y lo que el profeta dice ahora: Y hablaron falsamente en mi nombre, lo que no les mandé, piensan que se refiere a que engañaron a las pobres mujeres que son llevadas por todo viento de doctrina, diciéndoles que, porque eran de la tribu de Judá, Cristo iba a ser engendrado de su semilla: las cuales, seducidas por la codicia, ofrecían sus cuerpos, como si fueran a ser madres de Cristo. Pero lo que se dice ahora: a quienes el rey de Babilonia asó en el fuego, parece contradecir la historia de Daniel. Pues él afirma que fueron lapidados por el pueblo según la sentencia de Daniel: aquí está escrito que el rey de Babilonia los asó en el fuego. Por lo cual, muchos y casi todos los hebreos no aceptan esto como una fábula, ni se lee en sus sinagogas. Pues dicen que, ¿cómo podría ser que los cautivos tuvieran poder para lapidar a sus príncipes y profetas? Y afirman que es más cierto lo que escribe Jeremías, que los ancianos fueron condenados por Daniel, pero la sentencia fue dictada por el rey de Babilonia, quien, como vencedor y señor, tenía poder sobre los cautivos. Cuántos de nuestro rebaño son como Acab y Sedequías, profetizan en el nombre del Señor mentira, y cometen necedad en Israel, y adulteran con las esposas de sus ciudadanos, que han sido engendrados en la misma ciudad de la Iglesia. A quienes el verdadero Nabucodonosor asará en el fuego del pecado: como dice el profeta Oseas: Todos adulteran como horno encendido por el panadero (Oseas VII, 4). Feliz el que quita el yugo desde su juventud, y se sienta solo, porque está lleno de amargura (Lamentaciones III); y puede decir con David: No me senté en el consejo de los malignos, y con los que hacen iniquidad no entraré (Salmo XXV, 4). Y lo que el profeta añade ahora: Yo soy juez y testigo, dice el Señor, tiene este sentido: Estas cosas que digo sobre los dos falsos profetas, que hablan falsamente en mi nombre, lo que no les mandé, no las conocí por opinión: sino que yo mismo sé que son verdaderas, a quien nadie puede ocultar, ni escapar de la verdad de mi juicio.

(Vers. 24 seqq.) Y a Semaías el Neelamita dirás. Y lo que sigue: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Por cuanto enviaste en tu nombre libros a todo el pueblo que está en Jerusalén, no se encuentra en la LXX. Y nuevamente añadieron de su parte, No te envié en mi nombre. Y consecuentemente según el orden: Y a Sofonías hijo de Maasías sacerdote. Y de nuevo del hebreo: Y a todos los sacerdotes [Vulg. añade diciendo]. Y luego se teje la historia: El Señor te ha puesto sacerdote en lugar de Joiada sacerdote: para que seas jefe (o preceptor y obispo) en la casa del Señor sobre todo hombre arrebatado, y profetizando, para que lo pongas en el cepo y en la cárcel (o en custodia) y en la catarata, que Símaco traduce como μόχλον, Aquila puso la misma palabra hebrea SINAC.

Y ahora, ¿por qué no increpaste a Jeremías el anatotita, que os profetiza? Porque sobre esto nos envió a Babilonia, diciendo: Es largo, edificad casas, y habitad: y plantad huertos, y comed sus frutos. Leyó, pues, Sofonías sacerdote este libro en los oídos de Jeremías profeta. Semaías del lugar de Neelam, que se interpreta torrente, había sido llevado con el rey Jeconías a Babilonia, y profetizaba falsamente al pueblo, diciendo que pronto regresarían a Jerusalén. Que era un falso profeta, lo demuestran las palabras siguientes de Jeremías: Así

dice el Señor a Semaías el Neelamita, por cuanto os profetizó Semaías, y yo no lo envié. Porque Jeremías había enviado cartas a los que estaban en Babilonia diciendo: Edificad casas, y habad: plantad huertos, y comed sus frutos: tomad esposas, y engendrad hijos; y después de otras cosas añadió: No os engañen vuestros profetas que están en medio de vosotros [Al. vuestro], y vuestros adivinos; y luego, Porque estos os profetizan falsamente en mi nombre, y no los envié, dice el Señor: entendiendo Semaías que bajo el nombre común de falsos profetas se escribía contra él, envía cartas a Jerusalén a Sofonías hijo de Maasías sacerdote, y a los demás sacerdotes, contra Jeremías, por qué no es increpado por Sofonías sacerdote, cuyo oficio es discernir entre los profetas, quién habla por el Espíritu Santo y quién por el contrario, y se le ordena [Al. se le ordena] encarcelar, para que pague las penas de su mentira, y deje de engañar al pueblo. Joiada fue el sacerdote que entregó el imperio a Joás después de la muerte de Atalía, y mató a los sacerdotes de Baal (IV Reyes XI; II Crónicas XXIII). Esto es, pues, lo que escribe: ¿Por qué no imitas a Joiada sacerdote, y matas a Jeremías falso profeta? Pues el Señor te ha puesto en lugar de Joiada, para que tengas cuidado del Templo; y especialmente disciernas quién habla por el Espíritu Santo, quién por el demoníaco. Las discernimientos de los espíritus son una gracia divina, y el Apóstol lo menciona (I Juan IV). ¿Por qué, dice, no increpaste a Jeremías el anatotita? Y lo que él merecía como falso profeta, lo refiere al profeta, y previene con mentira la verdad. Por lo cual se consideran más prudentes los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz en esta generación. Y mientras nosotros actuamos pacientemente, y esperamos la salvación de los miserables, los herejes nos previenen, y nos llaman por su nombre, conduciendo ciegos a ciegos al hoyo. Envio, dice, a nosotros en Babilonia, diciendo: Es largo. Esto es todo lo que duele: por qué Jeremías escribió la verdad contra su mentira, que el regreso es lejano, y que después de setenta años regresarán a Jerusalén: por lo cual deben edificar casas, plantar huertos, y comer sus frutos, tomar esposas, y engendrar hijos, lo que el discurso anterior narró. Estas cartas, cuando las recibió Sofonías sacerdote, a cuyo nombre especialmente estaban escritas, las leyó a Jeremías como si lo reprendiera, y con la misma lectura lo increpaba, por qué se atrevía a escribir tales cosas a Babilonia.

(Vers. 30 seqq.) Y vino la palabra del Señor a Jeremías, diciendo: Envía a toda la emigración, diciendo: Así dice el Señor a Semaías el Neelamita: Por cuanto os profetizó Semaías, y yo no lo envié, y os hizo confiar en mentira: por eso dice el Señor: He aquí que yo visitaré sobre Semaías el Neelamita, y sobre su descendencia. No habrá hombre que se siente en medio de este pueblo, y no verá el bien que yo haré a mi pueblo, dice el Señor, porque habló prevaricación contra el Señor. El falso profeta Semaías, verdaderamente Neelamita, que había tomado aguas ajenas y turbias del torrente, se enfurece porque Jeremías escribió la verdad contra su mentira, y envía cartas a Sofonías sacerdote, por qué se atrevió el profeta a escribir la verdad, y desea que sea encarcelado, para que no hable. Sofonías también acusa al profeta en secreto, mientras lee la carta del mentiroso, y se jacta de tener su acusación. Cuánto más culpables son aquellos que defienden a los falsos profetas, y fomentan a los mentirosos, y hacen de los inventos malvados de otros, sus propios pecados. Escuche, pues, el falso profeta, entienda el sacerdote lo que por él mismo merece escuchar: Así dice el Señor: He aquí que yo visitaré sobre Semaías. Esto lo dice el Señor, no el profeta, que visitará sobre Semaías el Neelamita, no para remedio, sino para castigo del mentiroso, según lo que está escrito: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados (Salmo LXXXVIII, 33). Y no solo visita sobre el falso profeta, sino también sobre su descendencia, todos los discípulos que engañó con su error. No habrá, dice, hombre que se siente en medio de este pueblo. Sea borrada del concilio de los santos la stirpe malvada, y no se siente en medio de los que descansan, quien no pudo estar con los que están de pie, ni escuchó aquello: Si hubiera permanecido en mi sustancia (Jer. XXIII). Y cuando el Señor promete la perfección de todas

las virtudes al final del tiempo septenario, él no verá el bien, que se atribuía a sí mismo en el tiempo presente. Todo esto sucederá porque habló prevaricación contra el Señor, al decir que ya se había liberado la cautividad de los pecados y que regresarían a Jerusalén; a quienes el Apóstol amenaza: Ya estáis saciados, ya sois ricos, habéis reinado sin nosotros; y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinásemos con vosotros (I Cor. IV, 8).

LIBRO SEXTO.

La extensión del volumen del profeta Jeremías supera nuestro propósito, de modo que aunque brevemente, sin embargo, decimos muchas cosas. Por lo cual, el presente sexto libro de Comentarios sobre Jeremías contendrá las promesas místicas, que los judíos creen, y nuestros judaizantes piensan que se cumplirán en la consumación del mundo: pues no pueden demostrar que se cumplieron bajo Zorobabel. Pero nosotros, siguiendo la autoridad de los Apóstoles y Evangelistas, y especialmente del apóstol Pablo, mostramos que todo lo que se promete carnalmente al pueblo de Israel, se ha cumplido espiritualmente en nosotros, y se cumple hoy: y que no hay otra disputa entre judíos y cristianos, sino esta: que aunque ellos y nosotros creemos que Cristo, el Hijo de Dios, ha sido prometido; y que las cosas que se dicen futuras bajo Cristo, se han cumplido por nosotros, y se dicen por ellos que se cumplirán. Porque creemos que Cristo ya ha venido, es necesario que enseñemos que las cosas que se dicen futuras bajo Cristo, se han cumplido; y que nosotros somos los hijos de Abraham, de quienes está escrito: Dios puede levantar de estas piedras hijos a Abraham (Mateo III, 9), a quien se hizo la promesa: Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18). La cual bendición el vaso de elección enseña que se ha cumplido en Cristo: No dijo, dice, en las simientes, sino en la simiente, que es Cristo (Gálatas III, 16). Ora, pues, hermano Eusebio, al Señor Jesucristo, para que con el mismo esfuerzo y gracia del Espíritu, con que hemos interpretado las promesas de otros profetas, y especialmente de Isaías, también podamos explicar las de este profeta. Que cuanto más simple parece en palabras, tanto más profundo es en la majestad de los sentidos.

(Cap. XXX.---Vers. 1 seqq.) Esta palabra, que vino a Jeremías de parte del Señor, diciendo: Así dice el Señor, Dios de Israel, diciendo: Escribe para ti todas las palabras que te he hablado, en un libro. Porque he aquí que vienen días, dice el Señor, y restauraré la conversión de mi pueblo Israel y Judá, dice el Señor, y los haré volver (o los haré sentar) en la tierra que di a sus padres, y la poseerán. Prometiéndolo los falsos profetas en Babilonia que el pueblo que fue capturado con Jeconías regresaría pronto, y Ananías hijo de Azur en Jerusalén predicando lo mismo, el profeta Jeremías, aunque afirmó que eso sucedería, no dentro de dos años, como ellos mentían, sino al cabo de setenta años: y entonces se le ordena escribir en un libro, y dejar en memoria lo que el Señor predice que sucederá. De lo cual es evidente que no es un tiempo cercano al vaticinio, sino que se cumplirá después de mucho tiempo, cuando Israel y Judá regresen a su tierra, y se cumpla lo que Ezequiel profetizó: dos varas unidas entre sí, y reinará David, de quien escribe: Y mi siervo David será rey sobre ellos, y será un pastor para todos ellos (Ezequiel XXXVII, 24). Si algo dijimos en esa profecía, también debe entenderse en el presente lugar, especialmente cuando Ezequiel profetizó en Babilonia y Jeremías en Jerusalén al mismo tiempo.

(Vers. 4 seqq.) Y estas son las palabras que el Señor habló a Israel y a Judá, porque así dice el Señor: Hemos oído una voz de terror (o de miedo), temor, y no hay paz. Preguntad y ved si un hombre da a luz. ¿Por qué, entonces, he visto a todos los hombres con las manos sobre sus lomos como una mujer de parto, y todos los rostros se han vuelto pálidos? Primero se anuncian cosas tristes, para que después de la magnitud de los males, sucedan cosas alegres.

Pues la salud es más grata cuando se ha alejado la enfermedad; y la magnitud del dolor se convierte en magnitud de alegrías. Lo que dice es que habrá tal temor y tal miedo, que, expulsada la paz, todo se llenará de guerras y sangre, y también los hombres (cuyo deber es luchar contra los adversarios) serán dominados por un miedo femenino: y no llevarán las manos a las armas, sino a sostener sus lomos, como si una mujer en parto sostuviera sus caderas y lomos. Por eso, todos los rostros se volverán pálidos, mostrando el miedo del corazón con la palidez del rostro. Algunos interpretan este pasaje según la tropología, pensando que aquel testimonio: "Por tu temor, Señor, hemos concebido, y hemos dado a luz, y hemos parido: hemos hecho el espíritu de tu salvación sobre la tierra" (Isaías XXVI, 17, 18), y aquel del Apóstol donde dice: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gálatas IV, 19), se compara con este ejemplo: lo cual es evidente que no pertenece al terror, sino al gozo, cuando la presente Escritura significa el tiempo de la devastación de Israel y de la ruina.

(Vers. 7.) ¡Ay, porque grande es aquel día, y no hay otro semejante a él, y es tiempo de tribulación para Jacob, y de él será salvado! Predice un tiempo de miseria, para introducir un tiempo de alegría. Cuando, dice, hayan precedido tantos males, que el dolor de todos los hombres se compare con el dolor de una mujer de parto: sin embargo, el tiempo de tribulación de Jacob, es decir, del pueblo de Dios, se convertirá en prosperidad; y de él también será salvado, se sobreentiende en el tiempo del que se había hablado. Pero entiende a Jacob como las doce tribus, que de ninguna manera fueron salvadas bajo Zorobabel, como algunos falsamente piensan; sino que fueron salvadas por la vocación evangélica.

(Vers. 8, 9.) Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, romperé su yugo de tu cuello, y romperé sus cadenas: y no le dominarán más extranjeros, sino que servirán (o trabajarán) al Señor su Dios, y a David su rey, a quien levantaré para ellos. Este es el David, de quien también el Evangelio recuerda (Lucas I), que se nos dará, para que, liberados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor; en santidad y justicia delante de él todos nuestros días. Pues así como el primer Adán y el segundo Adán se escriben según la verdad del cuerpo; así también David el Señor y Salvador: porque según la carne de David, todo en él lo aportó santa María, lo que fue de la estirpe de David, y teniendo origen y concepción del Espíritu Santo. Y lo que dice: "Romperé su yugo de tu cuello, y romperé sus cadenas", no hay duda de que bajo el tipo de Nabucodonosor debe entenderse del diablo.

(Vers. 10, 11.) Tú, pues, no temas, siervo mío Jacob, dice el Señor; ni te asustes, Israel. Porque he aquí que yo te salvaré de tierra lejana, y a tu descendencia de la tierra de su cautiverio; y Jacob volverá, y descansará, y se llenará de todos los bienes, y no habrá quien le atemorice: porque yo estoy contigo, dice el Señor, para salvarte. Pues haré consumación en todas las naciones, en las que te dispersé. Pero a ti no te haré consumación: sino que te castigaré (o te instruiré) en juicio, para que no te parezcas inocente (o limpiando no te limpiaré). Este pasaje no se encuentra en los Setenta, y en muchos códices de la edición Vulgata se ha añadido con asteriscos de Teodoción. Sin embargo, la palabra divina promete, y familiarmente llama a su siervo Jacob, e Israel, así como Abraham, Isaac y Jacob son llamados siervos de Dios (también Moisés, y otros profetas, y el apóstol Pablo al principio de sus epístolas se gloria con este título); para que las dos y diez tribus, es decir, las doce, sepan que serán salvadas de tierra lejana, y que se les liberará del cautiverio, se les devolverá la paz, y se les llenará de toda abundancia, según lo que se dice en el salmo: "Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres" (Salmo CXXI, 7). Esto será porque disfrutarán de la presencia del Señor, cuando también las naciones adversarias, que los habían capturado, perecerán, y ellos serán liberados de las naciones. Y les enseña que no han sido entregados al castigo, sino a la instrucción, para que sean juzgados como propios, y no se pierdan como

extraños. Porque el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18), es decir, prejuzgado para la perdición. Y lo que añadió: "Para que no te parezcas inocente", o según Símaco, "y limpiando no te limpiaré"; o según Aquila, "cuando te instruya por juicio, de ninguna manera te haré inocente", significa que todo el mundo necesita la misericordia de Dios, y nadie, por muy santo que sea, puede ir seguro al juez: contra la nueva herejía del viejo, que piensa que en este mundo, y en esta carne mortal, antes de que esto corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal se vista de inmortalidad, hay perfección en alguien, y todos juntos pueden cumplir las virtudes justas.

(Vers. 12 seqq.) Porque así dice el Señor, incurable es tu fractura, pésima tu herida. No hay quien juzgue tu juicio para atar, no hay utilidad de curaciones para ti. Todos tus amantes te han olvidado, no te buscarán. Porque con la herida de un enemigo te he golpeado, con castigo cruel (o fuerte) por la multitud de tus iniquidades, se han hecho duras (o se han multiplicado) tus pecados. ¿Por qué clamas por tu destrucción? Incurable es tu dolor, por la multitud de tus iniquidades, y por tus duros pecados te hice esto. Habla como a una mujer hermosa, a quien antes había dicho: "Te castigaré en juicio, para que no te parezcas inocente", o "inocente"; y por metáfora a Jerusalén, que por el juicio de Dios ha sido gravemente herida, y no puede ser curada por otro, sino por el mismo que la hirió. No hay, dice el Señor, quien juzgue tu juicio: ni pueda cubrir con piel de cicatriz la herida más alta. A donde quiera que te vuelvas, no hay utilidad para ti, porque has ofendido al que es verdadero, y el único médico. Todos tus amantes te han olvidado, ya sean sacerdotes, o príncipes, o ciertamente las defensas de los ángeles, con las que antes de ofender al Señor, estabas rodeada. No te buscarán, haciendo lo contrario al Apóstol, que buscaban a los creyentes, y no lo que era de los creyentes (II Cor. XII). Con la herida de un enemigo te he golpeado, con castigo cruel. De manera diferente golpea un amigo, de manera diferente un enemigo: de manera diferente un padre, de manera diferente un enemigo. Aquel golpea para corregir, este golpea para matar (Salmo VI). Por eso el Profeta dice llorando: "Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira" (Salmo XXXVII, 1). Esto ha sucedido porque por la multitud de tus iniquidades, se han hecho duros tus pecados. Y lo que sigue: "¿Por qué clamas por tu destrucción? incurable es tu dolor por la multitud de tus iniquidades", no se encuentra en los Setenta; evidentemente porque se dice por segunda vez, "por la multitud de tus iniquidades, y tus duros pecados"; y los que escribían desde el principio, pensaron que se había añadido. Y el sentido es: Para que te golpeará con la herida de un enemigo, y te golpeará con castigo cruel, lo hizo la multitud de tus iniquidades, y tus duros pecados, que no podían ser sanados, sino con polvo mordaz, y cauterio ardiente, y hierro muy afilado, con el que amputara las carnes podridas e incurables. Y sin embargo, por la multitud de tus iniquidades, y tus duros pecados, te hice esto, no por mi voluntad, sino por la razón de la medicina que me obligaba.

(Vers. 16, 17.) Por eso todos los que te devoran, serán devorados: y todos tus enemigos serán llevados en cautiverio: y los que te devastan, serán devastados: y a todos tus saqueadores los daré en saqueo. Porque te cubriré con cicatriz, y de tus heridas te sanaré, dice el Señor. Porque te llamaron Sion desechada (o dispersa). Esta es la que no tenía quien la buscara. Y bajo Zorobabel conocemos que esto se hizo, cuando los asirios, es decir, Nínive, fueron devastados por los babilonios y caldeos, y nuevamente los babilonios y caldeos fueron capturados por los medos y persas, y Babilonia fue destruida. Entonces Sion comenzó a tener al Señor buscándola, y se cubrió la cicatriz de sus heridas, y fue sanada de sus llagas, lo cual se completa más plena y perfectamente en Cristo.

(Vers. 18 seqq.) Así dice el Señor: He aquí que yo convertiré la conversión de las tiendas de Jacob: y me compadeceré de sus techos (o cautiverio). Y la ciudad será edificada en su altura, y el Templo será fundado según su orden. Y de ellos saldrá alabanza, y la voz de los que se

alegran. Y los multiplicaré, y no disminuirán. (Y lo que sigue: "Y los glorificaré, y no serán disminuidos", no se encuentra en los Setenta). Y serán, dice, sus hijos como al principio, y su congregación permanecerá delante de mí, y visitaré contra todos los que lo afligen. Y su jefe será de él, y su príncipe será sacado de en medio de él. Y lo acercaré, y se acercará a mí. ¿Quién es este que aplicará su corazón, para acercarse a mí, dice el Señor? (Y nuevamente esto no se encuentra en los Setenta.) Y seréis para mí un pueblo, y yo seré para vosotros un Dios. De los cuales el tipo precedió en Zorobabel y Esdras, cuando el pueblo regresó, y comenzó a edificarse la ciudad en su altura, y a observarse la religión del Templo, y las demás cosas que se contienen en el libro de Esdras. Pero más plena y perfectamente se completó en el Señor Salvador y los Apóstoles, cuando se edificó la ciudad en su altura, de la cual está escrito: "No se puede esconder una ciudad situada en un monte" (Mateo V, 14); y el Templo fue fundado según su orden y ceremonias, para que todo lo que se hacía carnalmente en el pueblo anterior, se cumpliera espiritualmente en la Iglesia. Entonces salió la alabanza o acción de gracias. Esto significa THODA (), para que todos los Apóstoles dijeran: "Gracia y paz a vosotros" (I Cor. I, 3). Y la voz de los que se alegran, no con aquel juego, en el que el pueblo comió y bebió y se levantó para jugar (Éxodo XXIII); sino con aquel en el que David jugó delante del Arca del Señor (II Samuel VI). Y fueron multiplicados y no disminuidos, para que todo el mundo creyera en el Señor Salvador: y fueron glorificados, para que se cumpliera lo que está escrito: "Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios" (Salmo LXXXVI, 2). Y fueron sus hijos, es decir, los Apóstoles como fueron al principio, Abraham, Isaac y Jacob, príncipes del linaje israelita. Entonces el Señor visitó contra todos los que afligieron al pueblo de Dios, es decir, las potestades adversarias. Y su jefe fue de él: sin duda el Señor y Salvador según la carne del linaje de Israel, y su príncipe fue sacado de en medio de él. El Padre lo acercó a él, y él se acercó a él, para que el Hijo dijera: "Yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 11): porque nadie puede así aplicar su corazón a Dios, ni estar tan unido al Padre como el Hijo. Y lo que dice según los Setenta: "Y seréis para mí un pueblo, y yo seré para vosotros un Dios", vemos que se ha cumplido en parte en Israel, y en su totalidad en la multitud de las naciones.

(Vers. 23, 24.) He aquí el torbellino del Señor, furor que sale, y tormenta que ruge, descansará sobre la cabeza de los impíos. No apartará el Señor la ira de su indignación, hasta que haga y complete el pensamiento de su corazón, al final de los días lo entenderéis. El torbellino del furor del Señor y la tormenta que ruge y la tempestad descansará sobre la cabeza de ellos, ya sean demonios, o aquellos que blasfemaron contra el Hijo de Dios: y no apartará la ira de su indignación, hasta que haga y complete el pensamiento de su corazón; y Jerusalén sea rodeada por un ejército, y completamente destruida. Pues así como el artífice no puede ser entendido sino cuando la obra está completa; ni la industria de la medicina, sino después de que se haya conseguido la salud: así cuando sea la destrucción de Jerusalén, y el rechazo del pueblo anterior, entonces entenderán los creyentes, que el rechazo de los judíos es ocasión de nuestra salvación.

(Cap. XXXI.---Vers. 1.) En aquel tiempo dice el Señor, seré Dios de todas las familias de Israel (o del linaje de Israel) y ellos serán para mí un pueblo. A menos que el pensamiento del Señor se haya cumplido, y su furor haya descansado sobre la cabeza de los impíos, el Señor de la universalidad no podrá ser Dios de las familias de Israel. Esto lo dice a los restos que han sido salvados. Pero si se nos opone lo que se ha dicho: "Seré Dios del linaje de Israel", o "de todas las familias de Israel", tomemos el ejemplo: "Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de vuestro padre" (Juan VIII, 39). Y el Apóstol escribe: "Mirad a Israel según la carne" (I Cor. X, 8). De lo cual enseña que hay otro Israel según el espíritu. Aquel, pues, es

Israel, que ve a Dios con la mente, o es el más recto del Señor, y tal Israel será el pueblo de Dios.

(Vers. 2.) Así dice el Señor: Halló gracia en el desierto el pueblo que había escapado de la espada, vaya a su descanso Israel. LXX: Así dice el Señor: Hallé calor en el desierto con aquellos que habían perecido por la espada. Id y no matéis a Israel. Ridículamente los códices latinos en este lugar, por la ambigüedad de la palabra griega, han interpretado por "calor", "altramuces": pues el griego θερμὸν significa ambas cosas, lo cual tampoco se encuentra en hebreo. Está escrito HEN, que Aquila, Símaco y Teodoción han interpretado como χάρις, es decir, "gracia". Solo los Setenta han puesto "calor", pensando que la última letra es MEM. Pues si leemos HEN con la letra NUN, se dice "gracia", si con MEM, se interpreta "calor". Pero el sentido según el hebreo es: El pueblo de los judíos, que había escapado de la espada romana; o ciertamente había podido evitar la ira del furor del Señor, halló gracia en el desierto de las naciones; para que dentro de la multitud de las naciones se salve en la Iglesia, de donde también irá y hallará su descanso Israel, que siempre había esperado, que le habían prometido las profecías de los profetas. Por otro lado, según los Setenta, esta es la inteligencia: El Señor halló a los apóstoles y sus compañeros cálidos y vivientes en el desierto de las naciones, entre aquellos que por su infidelidad habían sido muertos, y no tenían el calor de la vida. Por eso se ordena a los ángeles, y a aquellos que están en el ministerio de Dios, que no maten a todos, para que Israel no sea completamente destruido, y se les dice: "Id, y no matéis a Israel"; que haya algunos que vivan, que haya quienes ardan con el ardor de la fe, que haya quienes escapen del frío de la infidelidad y de la muerte, a quienes el Señor halle en el desierto.

(Vers. 3 seqq.) De lejos el Señor se me apareció (o a él): y con amor eterno te he amado: por eso te atraje con misericordia. Nuevamente te edificaré, y serás edificada, virgen de Israel: aún te adornarás con tus panderos (o tomarás tus panderos) y saldrás en el coro de los que se alegran: aún plantarás viñas en los montes de Samaria: plantad plantaciones, y cosechad: porque vendrá el día en que los guardianes clamarán en el monte de Efraín: "Levantémonos y subamos a Sion al Señor nuestro Dios". Porque Israel había ofendido al Señor, y había dicho: "No tenemos rey sino a César" (Juan XIX, 15). Y: "Venid y matémoslo, y la herencia será nuestra" (Marcos XII, 7); y se había alejado mucho de Dios: por eso el Señor después de mucho tiempo se le apareció, no en el tiempo de Zorobabel y Esdras, después de que fueron nuevamente capturados, sino que con amor eterno lo amó, que no será borrado por ningún fin. Y lo atrajo con misericordia. Pues no fue salvado por mérito, sino por clemencia. Y nuevamente dice: "Te edificaré, y serás edificada, virgen de Israel". Esto lo entendamos propiamente en la Iglesia. Deliran aquellos que suspiran por una Jerusalén de oro y gemas, consagrando su avaricia en el misterio de la ciudad del Señor. Aún te adornarás con tus panderos, para que cantes al Señor en las Iglesias, consumida en ti toda carne de malas obras. Y saldrás en el coro de los que se alegran con las multitudes de las naciones, plantarás viñas en los montes de Samaria. No en los valles y lugares bajos; sino en los montes de Samaria, que después de la cautividad del pueblo de Israel fueron poseídos por extranjeros, a quienes se les dice: "Plantad plantaciones, y cosechad". Entonces fue el día del Señor, en el que clamaron los guardianes, es decir, los apóstoles y hombres apostólicos en el monte de Samaria, y en el monte de Efraín, de los cuales uno significa "custodia", el otro "abundancia". ¿Qué dicen los guardianes de Samaria, o más bien qué claman en el monte de Efraín? Levantaos los que yacéis, dejad lo bajo, despreciad las ofrendas de las víctimas. El sacrificio al Señor es un espíritu contrito (Salmo L). Subamos a Sion, es decir, a la Iglesia, donde está la contemplación y la visión de Dios. Y cuando estemos en Sion, o más bien hayamos subido a ella, subamos juntos al Señor nuestro Dios.

(Vers. 7.) Porque así dice el Señor: Regocijaos en la alegría de Jacob, y clamad contra la cabeza de las naciones: proclamad, cantad, y decid: Salva, Señor, a tu pueblo, las reliquias de Israel. Significativamente no se salva todo Israel, sino las reliquias de Israel, por mandato del Señor y diciendo: "Regocijaos en la alegría, los que sois de Jacob, y clamad", refiriendo todo a la cabeza de las naciones, porque la cola se ha convertido en cabeza. Proclamad, cantad, y decid. ¿Qué es lo que se les ordena decir? Salva, Señor, a tu pueblo. ¿Qué pueblo? Sin duda las reliquias de Israel, que han sido salvadas según la elección. De las cuales también Pablo, tomando el testimonio de Isaías, habla: "Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, como Sodoma habríamos sido, y como Gomorra nos habríamos parecido" (Isaías I, 9; Romanos IX, 29).

(Vers. 8.) He aquí que yo los traeré de la tierra del Norte, y los reuniré desde los confines de la tierra. Lo que sigue: En la solemnidad de la Pascua, y engendrará muchos hijos, no se encuentra en el hebreo, sino que solo se lee en la Septuaginta, donde los hebreos escriben: Entre ellos habrá ciegos, cojos, mujeres embarazadas y parturientas al mismo tiempo: una gran Iglesia de los que regresan aquí. Las reliquias del pueblo de Israel son reunidas por los Apóstoles y hombres apostólicos, de quienes leímos antes: Clamarán los guardianes en el monte, y a quienes se les ordena: Tocad, cantad y decid, para que las reliquias de Israel sean salvadas. El mismo Señor promete traerlos de la tierra del Norte, que es el viento más duro, llamado por nombre derecho, de la incredulidad, del frío de la caridad del Señor; y reunirlos desde los confines de la tierra, no en otro tiempo, sino en la solemnidad de la Pascua, es decir, en los días de la pasión del Señor: cuando el Señor fue crucificado, y se cumplió lo que Él mismo prometió en el Evangelio. Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí (Juan XII, 23). Entonces engendró un gran pueblo, para que se cumpliera lo de Isaías: Porque nació una generación de una vez (Isaías LXVI, según la LXX). En un solo día, tres mil, y en otro, cinco mil hombres creyeron (Hechos II y IV). Y lo que se escribe en hebreo: Entre ellos habrá ciegos y cojos, y mujeres embarazadas y parturientas al mismo tiempo, una gran iglesia de los que regresan aquí: aunque también se cumplió literalmente, que los ciegos vieron, los cojos caminaron: sin embargo, se puede entender mejor según la anagogía, que los que antes eran ciegos por la perfidia, después creyeron en el Salvador; y los que eran cojos, a quienes Elías una vez habló: ¿Hasta cuándo claudicaréis con ambos pies? (III Reyes XVIII, 21), después caminaron [o vieron]. Y: El pueblo que estaba sentado en tinieblas y en sombra de muerte, vio una gran luz (Isaías IX, 2); y los cojos corrieron, y la embarazada dio a luz hijos, la gran Iglesia de los que regresan a la fe. Los judíos piensan que esto se cumplió cuando bajo Esdras, después del día de la Pascua, salieron de Babilonia para regresar a Jerusalén, en lo cual fue un tipo, y no la verdad. Pues no pueden [o podían] demostrar que en ese tiempo se completaron todas las cosas que leemos y leeremos.

(Vers. 9.) Vendrán con llanto (o saldrán): y con misericordia los haré regresar, y los llevaré por torrentes de aguas en un camino recto, y no tropezarán (o no errarán) en él. Porque me he convertido en padre de Israel, y Efraín es mi primogénito. Si leemos según el hebreo, vendrán con llanto: esto indica JABU (); diremos que a veces, el llanto es indicio de una alegría excesiva, según aquello: Lloro de alegría. Pero si según la Septuaginta que dijeron: Saldrá con llanto, y con misericordia, o en consolación los haré regresar, pondremos ese sentido, que también se dice en los salmos: Iban y lloraban, llevando su semilla: Volverán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 7, 8). Pues lloraron cuando fueron llevados cautivos: y recibieron la máxima consolación cuando por la misericordia del Señor fueron devueltos. Y el Señor los llevó por medio de los apóstoles y hombres apostólicos, llenos de aguas y de un río muy abundante, en un camino recto [o recta], es decir, de fe, no en la perfidia de los judíos. Y no, dice, tropezarán en él, porque dejaron de ser ciegos, a quienes una vez se les

dijo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero ahora que decís: vemos, vuestro pecado permanece (Juan IX, 41). Podemos entender el camino recto, y a Cristo, en el cual quienquiera que camine, no tropezará (Rom. V). Me he convertido, dice, en padre de Israel, que ha sido devuelto, y Efraín es mi primogénito. Pues donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. La Escritura testifica que Efraín es un tipo del pueblo reunido de las naciones. Pues fue el hijo menor de José, y arrebató la primogenitura a Manasés, que era primogénito por naturaleza (Génesis XLVIII); pero en el misterio de la cruz, con las manos cruzadas, quien estaba a la izquierda de Jacob, recibió la bendición de su mano derecha. Y quien estaba a la derecha, bendecido con la izquierda, fue relegado al segundo grado. Y así como Jacob arrebató la primogenitura a Esaú, así Efraín a Manasés. Y todo el pueblo de las diez tribus fue llamado Efraín, porque Jeroboam hijo de Nabat, de esta tribu, fue el primero en obtener el reino en Samaria (Ibid., 27).

(Vers. 10 y siguientes.) Escuchad la palabra del Señor, naciones, y anunciad en las islas que están lejos, y decid: Quien dispersó a Israel, lo reunirá, y lo guardará como un pastor a su rebaño, porque el Señor redimió a Jacob, y lo liberó [Vulg. redimirá y liberará] de la mano del más poderoso (o del más fuerte). Y vendrán, y alabarán en el monte Sion, y confluirán a los bienes del Señor sobre el trigo, el vino, el aceite, y el fruto del ganado y de los rebaños. Y su alma será como un huerto regado (o como un árbol fructífero), y ya no tendrán hambre. Entonces se alegrará la virgen en el coro (o las vírgenes) y los jóvenes y los ancianos juntos, y convertiré su luto en gozo, y los consolaré, y los alegraré de su dolor. Y embriagaré el alma de los sacerdotes con gordura (o de los hijos de Leví) y mi pueblo se saciará de mis bienes, dice el Señor. Claramente se demuestra la vocación de las naciones, diciendo la Escritura: Escuchad la palabra del Señor, naciones, y anunciad en las islas que están lejos, y decid. ¿Qué anuncian a las islas que están lejos? Que el Señor, quien dispersó a Israel, él mismo lo reunirá. Por lo tanto, no fue por el poder de los adversarios que fueron dispersados, sino por la voluntad del Señor. Y lo guardará como un pastor a su rebaño. Pues el buen pastor da su vida por sus ovejas (Juan X). Porque el Señor redimió a Jacob, con el precio de su sangre, y lo liberó de la mano del más poderoso, o del más fuerte. Por lo cual se muestran las potestades adversarias más fuertes por naturaleza de la fragilidad humana. Y en cuanto a las fuerzas de ambos, aquellas son más fuertes por naturaleza, pero nosotros somos más fuertes por la fe, si merecemos ser liberados por aquel que puede atar al fuerte y saquear su casa. Y vendrán, dice, sin duda liberados de la mano de los poderosos, y alabarán a su libertador en el monte Sion, es decir, en la Iglesia, y confluirán a los bienes del Señor, la abundancia de todas las cosas, que no se siente en los frutos y alimentos de esta carne, sino en la variedad de virtudes. Sobre el trigo, dice, y el vino, y el aceite, de lo cual se hace el pan del Señor, y se llena el tipo de su sangre, y se muestra la bendición de la santificación, diciendo la Escritura: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8). Y el fruto del ganado, que en la Iglesia son los simples, y de los rebaños, que tienen cuernos y enfrentan a los adversarios. Para que sepamos que estas bendiciones no pertenecen al cuerpo, sino al alma, sigue: Y su alma será como un huerto regado, o como un árbol fructífero, plantado junto a corrientes de aguas, y el paraíso del Señor en delicias (Salmo I). Y ya no tendrán hambre. No de aquella hambre de la que está escrito: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo V, 6); sino de aquella que se cambia en saciedad, y excluye la penuria de todas las cosas. Entonces se alegrará la virgen en el coro, de la que escribe el Apóstol: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen pura a Cristo (II Cor. XI, 2). Y los jóvenes, a quienes Juan habla: Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al maligno: Y los ancianos, a quienes el mismo testifica con lenguaje místico: Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio (I Juan II, 14). Y convertiré, dice, su luto en gozo, para que aquellos a quienes aterrorizó la cruz, los alegre la

resurrección. Y los consolaré, y los alegraré de su dolor, según lo que el Señor dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Y embriagaré el alma de los sacerdotes, que tienen el conocimiento de Dios, de cuya boca preguntan la ley del Señor, que creen en aquel a quien el Profeta canta: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 4). Lo que sigue según la Septuaginta: De los hijos de Leví, no se encuentra en el hebreo. Y es claro que no se dice de esos sacerdotes que son hijos de Leví, sino de aquellos en cuyo tipo precedió Melquisedec. La embriaguez de los sacerdotes también se comprueba en los Apóstoles, cuando ardían en fe, y se decía que estaban llenos de mosto (Hechos II). Por lo cual el lugar donde el Señor fue apresado se llama Getsemaní (Mateo XXVI, 36), que en nuestra lengua significa valle de gordura. Y cuando los sacerdotes estén llenos de la doctrina del Señor, y embriagados en el banquete de José digan: ¡Tu copa embriagadora, cuán gloriosa es! (Génesis XLIII y XLIV), entonces será lo que ahora el Señor promete: Y mi pueblo se saciará de mis bienes (Salmo XXII, 5). Todo esto ahora se concede en parte: pero se dará en plenitud cuando veamos cara a cara, y el cuerpo de nuestra humillación sea transformado en la gloria de la resurrección.

(Vers. 15.) Así dice el Señor: Se oyó una voz en lo alto de lamentación, llanto y luto, de Raquel llorando por sus hijos, y no quiso [Vulg. no queriendo] ser consolada por sus hijos [Vulg. ellos], porque ya no existen. LXX: Así dice el Señor: Se oyó una voz en Ramá, lamentación y llanto, y luto, de Raquel llorando por sus hijos, y no quiso descansar, porque ya no existen. Ni según el hebreo, ni según la Septuaginta, Mateo tomó el testimonio. Pues leemos en él después de la descripción de la matanza de los niños: Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías diciendo: Se oyó una voz en Ramá, llanto y gran lamento: Raquel, llorando [o llorando] por sus hijos, y no quiso ser consolada, porque ya no existen (Mateo II, 17, 18). De lo cual es claro que los evangelistas y apóstoles no siguieron una interpretación del hebreo; sino que, como hebreos de hebreos, lo que leían en hebreo, lo expresaron con sus propias palabras. Raquel, madre de José, cuando venía a Belén, de repente, atrapada por el dolor del parto, dio a luz un hijo, a quien la partera, porque moría al dar a luz, llamó Benoni, es decir, hijo de mi dolor. Pero el padre Jacob cambió el nombre y lo llamó Benjamín, es decir, hijo de la derecha (Gén. XXXV, 18). Se pregunta, entonces, cómo el evangelista Mateo trasladó el testimonio del profeta a la matanza de los niños: cuando claramente está escrito sobre las diez tribus, cuyo príncipe no fue Efrata, y no está en la tribu de Efraín, sino en la tribu de Judá: pues ella es, y Belén es llamada con dos nombres. De donde también los nombres de ambos concuerdan. Belén se llama casa de pan. Efrata, fructificación, que podemos decir abundancia. Porque Raquel fue enterrada en Efrata, es decir, en Belén, como lo testifican la Escritura santa y el título de su sepulcro hasta hoy, se dice que llora por los niños que fueron asesinados cerca de ella y en sus regiones. Algunos judíos interpretan este lugar de esta manera, que cuando Jerusalén fue capturada bajo Vespasiano, por este camino a Gaza y Alejandría, innumerables miles de cautivos fueron enviados a Roma. Otros, que en la última cautividad bajo Adriano, cuando también la ciudad de Jerusalén fue destruida, un pueblo innumerable de diversas edades y de ambos sexos fue vendido en el mercado de Terebinto. Y por eso es execrable para los judíos visitar el mercado más famoso. Que digan lo que quieran, nosotros diremos que el evangelista Mateo tomó correctamente el testimonio, por el lugar donde Raquel fue enterrada, para que llorara a los niños que fueron asesinados cerca de ella y en sus regiones.

(Vers. 16, 17.) Así dice el Señor: Que tu voz cese de llorar, y tus ojos de lágrimas: porque hay recompensa para tu obra, dice el Señor. Y regresarán de la tierra del enemigo (o de los enemigos) y habrá [Vulg. hay] esperanza para tus últimos, dice el Señor: y regresarán los hijos a sus límites. Esto según la letra aún no ha sucedido, pues no leemos que las diez tribus,

que están exiliadas en las ciudades de los medos y persas, hayan regresado a la tierra de Judá: pero según el espíritu, se cumplió en la pasión del Señor, y se sigue cumpliendo: cuando de todo el mundo se salva Israel, y se dice a Raquel: Que tu voz cese de llorar, y tus ojos de lágrimas. Y el sentido es: Deja de llorar, pues el Señor ha mirado tus obras anteriores: Y regresarán tus hijos de la tierra del enemigo, para que no te detenga el dolor presente. Pues hay esperanza para tus últimos, dice el Señor. Y regresarán tus hijos a sus límites, que tuvieron sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Pero mejor entendemos esto de los niños, que tienen la recompensa de su sangre derramada por Cristo: y por la tierra del enemigo Herodes, poseen los reinos de los cielos: y regresarán a su sede original, cuando por el cuerpo de humillación, reciban un cuerpo glorioso. Esta es la última esperanza, cuando los justos brillarán como el sol (Sab. III), y los niños que una vez fueron pequeños, y lactantes, sin aumento de edad, y sin las injurias y el trabajo corporal, resucitarán en un hombre perfecto, en la medida de la plenitud de Cristo (Efes. IV).

(Vers. 18, 19.) Oyendo he oído a Efraín transmigrando (o lamentándose); me castigaste, y fui instruido como un novillo indómito (o como un ternero, y no aprendí); conviérteme, y me convertiré; porque tú, Señor, eres mi Dios. Pues después que me convertiste (o fui capturado) hice penitencia. Y después que conocí (o me mostraste), golpeé mi muslo (o gemí), me avergoncé, y me sonrojé (o desde el día de la confusión, y te mostré), porque soporté el oprobio de mi juventud. Dios habla, que oyó a Efraín diciendo, y lamentándose. No hay duda de que significa las diez tribus, a las que primero gobernó Jeroboam hijo de Nabat, quien también hizo becerros de oro en Dan y Betel, para que el pueblo, seducido por este error, dejara de adorar y adorar al Dios de Israel. Me castigaste, dice, y fui castigado. Toda corrección aprovecha para la salvación, que al presente parece ser de tristeza; y después produce frutos pacíficos. Y lo que dice: Como un novillo indómito, o como un ternero, y no aprendí, esto significa que fue instruido con mucho trabajo y golpes, para que se convirtiera en penitencia, y no progresó. Conviérteme, dice, y me convertiré. Por lo tanto, eso mismo que hacemos penitencia, a menos que nos apoyemos en la ayuda de Dios, no podemos cumplirlo. Pues después que me convertiste, y me volví a ti, entonces conoceré, porque tú eres mi Señor Dios, y mis errores y pecados no me matarán. Y después que me convertiste, hice penitencia. Mira cuán grande es la ayuda de Dios, y cuán frágil es la condición humana: que eso mismo que hacemos penitencia, a menos que el Señor nos convierta antes, no podemos cumplirlo. Y después, dice, me mostraste, o la misma penitencia, o tu conocimiento, o te conocí, golpeé mi muslo. Lo cual es indicio de dolor y llanto, y de lamentarse por el error pasado, para que golpee su muslo con la mano, y confiese que antes fue necio. Me avergoncé, dice, y me sonrojé, o desde el día de la confusión. Pues ¿qué tiempo no es de nuestra confusión, si recordamos los pecados antiguos, y tomamos memoria de todo lo que hicimos mal? Y lo que dijeron los LXX, y te mostré, significa que después que gimió, y conoció sus delitos, entonces llegó a tal progreso, que incluso mostró a otros que ignoraban a Dios, según lo que David penitente dice: Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti (Salmo L, 15). Y lo que dice: Porque soporté el oprobio de mi juventud, dice que pecó por ignorancia de la edad, para que más fácilmente obtenga el perdón, según lo que David canta: No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ignorancias (Salmo XXIV, 7). Por lo cual en lo siguiente Dios lo llama niño y lleno de delicias. Esto lo dice por la magnitud de las riquezas y la fertilidad de la tierra, con la que la tribu de Efraín hasta hoy se deleita.

(Vers. 20.) ¿Es acaso Efraín para mí un hijo honorable o un hijo amado? Porque desde que hablé de él, recordándolo, lo recordaré aún: por eso se han conmovido mis entrañas por él: tendré misericordia de él, dice el Señor. Cuando Efraín se arrepiente y dice: Al principio me enseñaste, y fui enseñado como un novillo indómito; y al final: Porque soportaste la afrenta

de mi juventud; el Señor responde, y al que se ha vuelto a Él con plena mente, lo sostiene con este oráculo: Efraín es un hijo amado para mí (Gén. XLVIII), a quien amé tanto desde el principio que lo preferí a su hermano Manasés. Un hijo honorable, que contra el orden natural, recibió el honor del primogénito por la dignación del Señor. Un hijo delicado, de quien está escrito: Los hijos de Efraín, armados y lanzadores de arco, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII, 9). Contra quien y hacia quien, todo el libro de Oseas es profético, a quien Jacob bendijo. Tomemos las delicias en este lugar según lo que se dice en el salmo: Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón (Sal. XXXVI, 4). En griego y hebreo se dice, abunda en delicias. Por eso el paraíso en Edén se llama paraíso de delicias. Porque, dice, mis palabras estaban en él, lo recordaré aún. Para que no se piense que la bendición es gratuita, y más por indulgencia del dador que por mérito de quien la recibe, dice: Lo recordaré, porque mis palabras estaban en él. No en su boca, no en sus labios, sino en el afecto profundo de su corazón. Por esta razón se han conmovido mis entrañas por él. A quien también habla a través de Oseas: ¿Qué haré contigo, Efraín? ¿Qué haré contigo, Israel? ¿Te pondré como Adama, y como Seboim? (Ose. VI, 4; XI, 8). Mi corazón se ha vuelto en mí: se han conmovido mis entrañas. No haré la furia de mi ira, y no destruiré a Efraín. Tendré misericordia de él, dice el Señor. Mis palabras estuvieron en él, y recibió todos mis mandamientos con ánimo ávido, y los guardó en su corazón: pero aún así, tendré misericordia de él, dice el Señor, para mostrar que toda justicia humana necesita la misericordia de Dios.

(Vers. 21, 22.) Coloca para ti atalayas, pon para ti amarguras: dirige tu corazón en el camino recto en el que caminaste. Regresa, virgen de Israel, regresa a estas tus ciudades. ¿Hasta cuándo te disolverás en delicias, hija errante? Porque el Señor ha creado algo nuevo sobre la tierra: la mujer rodeará al hombre. LXX: Coloca para ti vigilantes: haz penitencia: pon tu corazón en tus hombros: el camino en el que caminaste. Regresa, virgen de Israel, regresa a tus ciudades llorando. ¿Hasta cuándo te convertirás, hija despreciada? Porque el Señor te ha creado salvación en una nueva plantación: en tu salvación los hombres te rodearán. Donde nosotros dijimos, ¿hasta cuándo te disolverás en delicias?, Symmachus puso, ¿Hasta cuándo te sumergirás en lo profundo? He puesto ambas ediciones en su totalidad, para mostrar que este pasaje, muy oscuro y que contiene los sacramentos de la Iglesia, fue ignorado u omitido por los Setenta (o quien haya interpretado a este profeta). La palabra hebrea SIONIM (), se traduce como vigilantes o atalayas; como lo interpretaron Aquila y Symmachus. Por eso me sorprende lo que quiso la edición Vulgata al poner Sion por SIONIM, es decir, por vigilantes, y confundir la comprensión del lector, quien pensaría que después de Efraín, el discurso de Dios se dirigió repentinamente a Sion y a la tribu de Judá, cuando el discurso continuo es para Efraín, a quien habló antes: Escuché a Efraín. Y: Efraín es un hijo honorable para mí, o un hijo delicado, a quien ahora le dice: Coloca para ti atalayas o vigilantes, que te anuncien la llegada de tanta felicidad en todas las cosas. Lo que sigue, amarguras, que en hebreo se dice THEMRURIM (), para lo cual Symmachus interpretó como transmutaciones, indica que debe llorar ya sea por los pecados antiguos o por la magnitud de la alegría, y volverse completamente al Señor con la mente, y poner o dirigir su corazón en el camino por el que partió, pues de allí regresará. Lo que los Setenta dijeron: Pon tu corazón en tus hombros, significa que debe unir sus pensamientos con sus obras, o contemplar los hombros de quienes lo llevan, de quienes lo sacan de la cautividad. Isaías lo explica más plenamente en camellos, carros y literas, afirmando que serán llevados de regreso (Isa. LX). Regresa, dice, virgen de Israel, regresa a tus ciudades, que abandonaste cautiva: ¿hasta cuándo te disolverás en negligencia y vagarás en profundo error? Observa lo que voy a decir, y de dónde debes esperar tanta felicidad, presta atención diligente. Escucha lo que nunca antes habías conocido. El Señor ha creado algo nuevo sobre la tierra. Sin semilla de hombre, sin coito ni concepción,

la mujer rodeará al hombre en el seno de su útero, quien según el crecimiento de la edad parecerá avanzar en sabiduría y edad a través de llantos e infancia; pero el hombre perfecto será contenido en el vientre femenino durante los meses habituales. Symmachus y Aquila lo interpretaron según nuestra edición. Lo que la edición Vulgata quiso en este lugar, podría decirlo y encontrar algún sentido, si no fuera sacrílego argumentar con sentido humano sobre las palabras de Dios; sin embargo, Theodotion, también coincidiendo con la edición Vulgata, interpretó: El Señor ha creado una nueva salvación, en la salvación el hombre rodeará, usando el singular por el plural. También es notable que el nacimiento del Salvador y la concepción de Dios se llame creación.

(Vers. 23, 24.) Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando restaure su cautividad: bendiga el Señor, la belleza de la justicia, el monte santo. Y habitarán en él Judá, y todas sus ciudades juntas, los agricultores y los que pastorean rebaños. LXX: Así dijo el Señor de las virtudes, Dios de Israel: Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando restaure su transmigración: bendito sea el Señor sobre el justo monte santo suyo, y los que habitan en la tierra de Judea, y en toda su ciudad, con el agricultor, y se elevará en el rebaño. Según el hebreo, es claro que en el regreso de Israel, y con la cautividad convertida en su tierra, habitarán las ciudades de Judá, y se les dirá por cada una: Bendiga el Señor, quien es verdaderamente la belleza de la justicia, y el monte santo, en el cual quien habite no temerá insidias. Y Judá habitará sin iniquidad en sus ciudades: y habrá agricultores, y multitud de ganado, lo cual en parte parece haberse cumplido bajo Zorobabel y Esdras. Sin embargo, la plenitud de la profecía se refiere a los tiempos de Cristo: ya sea en el primer advenimiento, cuando espiritualmente estas cosas se hicieron; o en el segundo, todo se cumplirá, según nosotros espiritualmente, según los judíos y nuestros judaizantes carnalmente. Por otro lado, según los Setenta, este es el sentido: Aún se dirá esta palabra en la tierra de Judá, y en sus ciudades, cuando restaure su cautividad. ¿Qué se dirá? Bendito sea el Señor sobre el justo monte santo suyo. No hay otro monte que merezca la significación de justicia y santidad, sino el Salvador. De lo contrario, es necio creer, por error judío, que un monte irracional e insensible sea justo y santo. Él es, de quien también se escribe en lo siguiente: Y en toda su ciudad, se sobreentiende del Salvador: con el agricultor, no hay duda de que significa al Señor, de quien en el Evangelio está escrito: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: mi Padre es el agricultor (Juan XV, 1). De donde también el Apóstol habla: Sois labranza de Dios: sois edificio de Dios (I Cor. III, 9). Lo que sigue: Y se elevará en el rebaño, esto muestra que en cada rebaño el justo, y santo, y agricultor, el mismo Señor se elevará, y en sus siervos y creyentes ascenderá a las alturas.

(Vers. 25, 26.) Porque embriagué el alma cansada (o porque embriagué toda alma sedienta) y toda alma hambrienta la saturé (o llené): por eso me desperté, y vi: y mi sueño fue dulce para mí. El cambio de personas hace oscura la comprensión de los Profetas. El Señor había dicho, Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando restaure su cautividad. ¿Qué dirán? No hay duda de que lo que sigue: Bendiga el Señor, la belleza de la justicia, el monte santo, etc. Y nuevamente, al decirles estas cosas, el Señor respondió: Porque embriagué el alma cansada, o sedienta, y toda alma hambrienta la saturé. Y al decir esto, el pueblo que había venido de la cautividad respondió: Por eso me desperté, y vi, y mi sueño fue dulce para mí. Porque el Señor embriaga el alma cansada, o sedienta, y dice en el Evangelio: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). Y: El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Ibid., 38). Y toda alma hambrienta la sacia, y sedienta. De la cual sed y hambre el mismo en el Evangelio testifica: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados (Mat. V,

6). Y es notable que la embriaguez en este lugar se ponga en buena parte, de la cual en el Cantar se dice: Comed, amigos, bebed, y embriagaos, amados (Cant. V, 1). Con esta embriaguez también José se embriagó con sus hermanos al mediodía (Gén. XLIII). Embriagados y saciados estos, que estaban cansados y hambrientos, dan gracias, respondiendo: Me desperté, y vi al Señor, es decir, despertando y diciendo: Levántate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Y mi sueño, dice, fue dulce para mí, para imitar las palabras de mi Señor diciendo: Yo dormí, y me adormecí, y me levanté, porque el Señor me sostuvo (Sal. III, 6).

(Vers. 27 seqq.) He aquí vienen días, dice el Señor, y sembraré la casa de Israel, y la casa de Judá con semilla de hombres, y con semilla de animales. Y como velé sobre ellos, para arrancar, y demoler, y disipar, y destruir, y afligir: así velaré sobre ellos, para edificar y plantar, dice el Señor. En aquellos días no dirán más, Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se embotaron, sino que cada uno morirá por su iniquidad. Todo hombre que coma uva agria, sus dientes se embotarán. Casa y casa, es decir, casa de Israel, y casa de Judá, no se encuentra en los Setenta: sino solo Israel y Judá, para que sea: y sembraré a Israel y a Judá. Lo que añadió: Con semilla de hombres y de animales, debemos referirlo a los racionales y simples. Y como al principio de Jeremías se le dijo: He aquí te he puesto hoy sobre naciones, y sobre reinos, para arrancar, y destruir, y disipar, y destruir, y edificar, y plantar; y velé sobre ellos para hacer lo que amenacé: así, dice, velaré ahora sobre ellos, para edificar y plantar. Porque sois labranza de Dios, sois edificio de Dios (I Cor. III, 9). Todas estas promesas según los judíos y nuestros judaizantes, se cree que se cumplirán en el reino de mil años. Pero nosotros, diciendo el Apóstol: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (Ibid., 6): y el profeta Isaías, que el Salvador se recuerda como edificador de cercas, y casas (Isa. LVIII), defendemos que se cumplieron espiritualmente en el primer advenimiento de Cristo, y cumplidas en parte, no en su totalidad: porque ahora vemos en un espejo, y en enigma, y no sabemos como debemos saber (I Cor. XIII). Pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte será destruido. O ciertamente creemos que se cumplirán en el segundo, cuando el Señor aparezca en su majestad, y haya entrado la plenitud de los gentiles, para que todo Israel sea salvo, y no en parte por cada uno, sino que Dios sea todo en todos (Rom. XI, y I Cor. XV). Lo que se añade: En aquellos días no dirán más, los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se embotaron, y lo demás, lo hemos discutido más plenamente en las explicaciones de Ezequiel, cuando interpretamos ese lugar: Hijo de hombre, ¿qué tenéis vosotros y esta parábola entre los hijos de Israel que dicen: Los padres comieron uva agria, y los dientes de los hijos se embotaron? Vivo yo, dice el Señor, si esta parábola será más en Israel, porque todas las almas son mías, como el alma del padre, así también el alma del hijo. El alma que pecare, esa morirá (Ezeq. XVIII, 1 seqq). Por lo cual aprendemos, que no es el Señor quien causa la muerte, sino el pecado. Porque el alma que pecare, esa morirá. Y esto se dice en el presente lugar, que no será para siempre que Israel ofenda por los pecados de los padres; sino que por sus propios méritos, y fe en Cristo después de mucho tiempo será salvo. Y es de observar que los vicios y pecados se llaman uva agria, para que los dientes de los que la comen se emboten, y no puedan sentir su dulzura, de quien se dice: Gustad y ved, que el Señor es bueno (Sal. XXXIII, 9). Cualquiera que no entienda las Escrituras como la verdad de la cosa es, come uva agria. Por eso todos los herejes creyendo perversamente, no pueden comer el pan que descende del cielo, sino que sus dientes se embotan, no por la aspereza de los alimentos, sino por el defecto de los dientes.

(Vers. 31, 32.) He aquí vienen días, dice el Señor, y haré un pacto (o testamento) nuevo con la casa de Israel, y con la casa de Judá, no como el pacto (o testamento) que hice con sus padres el día que tomé su mano, para sacarlos de la tierra de Egipto. Pacto (o testamento) que

invalidaron, y yo dominé sobre ellos (o los deseché) dice el Señor. Y este será el pacto (o testamento) que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mi ley en sus entrañas (o en su mente), y en su corazón la escribiré, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñará más cada uno a su prójimo, y cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor, porque perdonaré su iniquidad, y no recordaré más su pecado. Este testimonio lo usó el apóstol Pablo, o quien haya escrito la Epístola a los Hebreos, y todos los hombres eclesiásticos después dicen que todo se cumplió en el primer advenimiento del Salvador, y que el nuevo Testamento, es decir, el Evangelio, sucedió al antiguo Testamento, del cual la ley de la letra, la ley del espíritu fue cambiada, para que también todos los sacrificios, y la circuncisión, y el sábado se cumplieran espiritualmente. Lo que ponemos pacto por Testamento, es de la verdad hebrea, aunque el Testamento se llame correctamente pacto; porque en él se contiene la voluntad y testamento de aquellos que hacen el pacto. Cuando Israel fue sacado de la tierra de Egipto, tanta familiaridad de Dios hubo en ese pueblo, que se dice que tomó su mano, y dio un pacto, que ellos invalidaron, y por eso el Señor los desechó. Ahora, sin embargo, en el Evangelio después de la cruz, resurrección, y ascensión, promete dar un pacto, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Y cuando el Testamento del Señor esté escrito en la mente de los creyentes, Él será su Dios, y ellos serán su pueblo, para que no busquen maestros judíos, y tradiciones, y mandamientos de hombres, sino que sean enseñados por el Espíritu Santo, si merecen escuchar: Sois templo de Dios, y el espíritu de Dios habita en vosotros (I Cor. III, 19). Pero el Espíritu sopla donde quiere, y tiene diversas gracias. Y el conocimiento de un solo Dios, es la posesión de todas las virtudes. Y esto, dice, sucederá, porque seré propicio a su iniquidad; y no recordaré más su pecado. De lo cual es claro según la inteligencia de este περικοπής, que los anteriores deben entenderse en el primer advenimiento del Salvador, cuando ambos pueblos, Israel y Judá, se unieron a Él. Si a alguien le causa escrúpulo, por qué dijo: Haré un pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, o Testamento nuevo, no como el pacto que hice con sus padres, entienda que primero la Iglesia de Cristo vino de los judíos, y a ellos vino el Señor Salvador y dijo: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24); y los Apóstoles confirmaron lo mismo: A vosotros ciertamente primero era necesario hablar la palabra de Dios; ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí nos volvemos a los gentiles (Hech. XIII, 46). No era apropiado dar el pan de los hijos a los perros, pero porque los hijos no quisieron recibir al padre que venía a ellos, dio a todos el poder, para que quienes lo recibieran, se convirtieran en hijos de Dios (Mat. XV; Juan I).

(Vers. 35, 36.) Así dice el Señor, que da el sol para la luz del día, el orden de la luna y las estrellas para la luz de la noche, que agita el mar y sus olas rugen: Señor de los ejércitos es su nombre. Si cesaran estas leyes (o estos estatutos) ante mí, dice el Señor, entonces también la descendencia de Israel dejará de ser una nación ante mí todos los días. Y en el principio del Génesis leemos que el sol fue puesto en el cielo para la luz del día, la luna y las estrellas para la luz de la noche (Gén. I). Y en el salmo: Un día comunica su mensaje al otro día, y una noche a la otra noche transmite conocimiento (Sal. XVIII, 2), lo que indica que la noche y el día se suceden mutuamente. Así como, dice, el orden de las cosas, especialmente de los astros celestiales, no puede cambiarse, y las olas del mar rugiente se vuelven hacia las costas, y se escucha el terrible estruendo de los abismos y las olas hinchadas, y no pueden avanzar más allá de lo que se les ha ordenado por mandato de Dios, según aquello: Has puesto un límite que no pasarán, ni volverán a cubrir la tierra (Sal. CIII, 9): así, dice, la descendencia y el linaje de Israel, por voluntad del Señor, será perpetuo, y nunca dejará de existir. Las leyes aquí no deben entenderse como las de Moisés, sino como la constitución y el orden de la

naturaleza. Preguntemos a los judíos, si los cielos perecerán, y todos se envejecerán como un vestido; y se dice al Señor: Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán (Sal. CI, 28), ¿cómo puede ser perpetua la descendencia de Israel? O bien, si los cielos perecen, también perecerá la descendencia de Israel; o si ha de ser perpetua, entonces tampoco los cielos perecerán. Pero si la Escritura no puede mentir, y los cielos han de perecer, entonces también perecerá la descendencia de Israel, especialmente cuando Jacob habla a sus hijos: Venid, y os anunciaré lo que os sucederá en los últimos días (Gén. XLIX, 1). Pero cuando se dice, en los últimos días, entonces el mundo dejará de existir, y se hará otra disposición de las cosas. Esto es contra ellos. Sin embargo, para nosotros, que este mundo no es perpetuo, también lo demuestra el Evangelio, diciendo: El cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35). Y: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Digamos también de otra manera: Mientras este mundo exista, la descendencia de Israel y la nación judía permanecerán, no en aquellos que ahora son incrédulos, sino en aquellos que creyeron con los Apóstoles y por los Apóstoles, para que el remanente sea salvo.

(Vers. 37). Así dice el Señor: Si pudieran medirse los cielos arriba, e investigarse los fundamentos de la tierra abajo, también yo desecharé toda la descendencia de Israel, por todo lo que han hecho, dice el Señor. LXX: Así dice el Señor: Si el cielo se elevara más alto, y si el pavimento de la tierra se humillara abajo, tampoco yo rechazaré al linaje de Israel, dice el Señor, por todo lo que han hecho. Hay una gran diferencia en este lugar entre el hebreo y la edición Vulgata. Digamos primero según el hebreo: Si pudieran medirse los cielos arriba, y conocerse su altura, o investigarse los fundamentos de la tierra, y comprenderse sus extremos con razón, también yo, dice, desecharé toda la descendencia de Israel, por todo lo que han hecho, dice el Señor. Así como es imposible conocer la altura de los cielos y los fundamentos de la tierra, así también será imposible que yo deseche toda la descendencia de Israel. Pero si desechara toda la descendencia de Israel, entonces se medirá la altura de los cielos y los extremos de la tierra. Este silogismo también se teje en el Evangelio: cuando lo imposible se compara con lo imposible: Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. XIX). Así como eso no puede suceder, tampoco esto podrá suceder; pero si esto sucediera, entonces sucederá aquello que se consideraba imposible. Por lo tanto, se equivocan quienes interpretan este lugar de otra manera, poniendo también aquel testimonio de que el Hijo podría pedir al Padre, y traer doce legiones de ángeles en su ayuda. A este sentido, los Setenta tradujeron lo contrario, diciendo: Si el cielo se elevara más alto, y el pavimento de la tierra se humillara abajo; y yo, dice, no rechazaré la descendencia de Israel, dice el Señor, por todo lo que han hecho. Pero si es así, el linaje de Israel será rechazado. Porque así como el cielo no puede ser más alto de lo que es, ni la tierra más baja de lo que es: así tampoco el linaje de Israel podrá ser rechazado. Si vemos a los judíos gloriarse en este testimonio según el hebreo, estemos de acuerdo con ellos en que no toda la descendencia de Israel ha sido rechazada. No todos han sido rechazados, sino solo aquellos que fueron incrédulos.

(Vers. 38). He aquí, vienen días, dice el Señor, y la ciudad será edificada para el Señor, desde la torre de Hananeel [o Anamehel] hasta la puerta del ángulo, y la cuerda de medir saldrá más allá de ella sobre el monte Gareb, y rodeará Goatha [o según los Setenta, de piedras escogidas]. Y todo el valle de las ruinas [para lo cual Theodotion puso la misma palabra hebrea PHAGARIM ()], y las cenizas y todo Asaremoth [que mejor leemos ASADEMOTH (), para lo cual Aquila interpretó suburbios] hasta el torrente Cedrón, hasta el ángulo de la puerta de los caballos orientales, será santo para el Señor, no será arrancado ni destruido para siempre. Aquellos que reciben el reino de Cristo de mil años en la tierra de Judea, a saber, los judíos y nuestros judaizantes, intentan mostrar la torre de Hananeel y la puerta del ángulo, y

el monte Gareb, y Goatha, y el valle de Phagarim, y todo Asademoth, y el torrente Cedrón, y el lugar del ángulo de la puerta de los caballos orientales: y allí dicen que se construirá el santuario del Señor, es decir, el templo, y que permanecerá para siempre. Como no pueden mostrar que esto se haya cumplido después del cautiverio en tiempos de Zorobabel y Esdras, pasan a los tiempos de Cristo, a quien dicen que vendrá en la consumación del mundo, para que Jerusalén descienda dorada y adornada con gemas según el Apocalipsis de Juan, y que se construya alrededor de este espacio de tierra, es decir, desde ese lugar hasta ese lugar (Apoc. XXI). Toman esta pequeña esperanza de su sospecha, que desde la torre de Anathoth, que hoy se llama de Jeremías, separada por tres mil de Jerusalén, hasta el torrente Cedrón, que se menciona en el Evangelio (Juan XVIII), y está en el valle de Josafat, donde estaba el huerto en el que Judas el traidor entregó al Salvador, se echarán los cimientos de la ciudad. Dicen que leeremos en lo que sigue que Anameel, hijo de Sallum, era primo de Jeremías, cuyo campo compró, y esta es la torre de Hananeel, ignorando la verdad hebrea. Aquí, según el hebreo, se escribe, desde la torre HANANEEL () con la letra NUN en medio; pero allí: He aquí que ANAMEEL () hijo de Sallum, tu primo, vendrá a ti, con la letra MEM en medio. Invocando, por tanto, al Señor Salvador, que tiene la llave de David, que abre, y nadie cierra; que cierra, y nadie abre; que también abrió el libro sellado de Isaías y de todos los Profetas (Isaías XXII); y adoraron los veinticuatro ancianos con arpas (Apoc. III), porque solo él pudo revelar los misterios divinos, emprendamos la edificación de la ciudad a la que se dirige el discurso profético: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXV, 2); y: El río de Dios alegra la ciudad de Dios (Sal. XLV, 4). Así, la Iglesia se edifica desde la torre de la obediencia, o de la gracia, y de los dones de Dios (esto es lo que significa Hananeel), hasta la puerta del ángulo, que aunque parece tener un principio sublime, mientras estemos en esta carne, no podemos poseer la línea recta de la verdad: sino que estamos en el ángulo y con líneas quebradas, y la cuerda de medir sale más allá de ella, es decir, de la puerta del ángulo, sobre el monte Gareb, que en nuestra lengua se traduce como residencia o sarna: para enseñarnos a ser extranjeros y peregrinos, y no tener oídos que se inclinen a las novedades de las malas doctrinas. Y rodeará, dice, Goatha, para lo cual los Setenta interpretaron alrededor, de piedras escogidas, que se ruedan sobre la faz de la tierra, y se unen con la piedra angular, diciendo el apóstol Pedro: Y vosotros, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual, sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (I Pedro II, 5). Y todo, dice, el valle de Phagarim, que se interpreta como ruinas; y las cenizas, se sobreentiende rodeará, para que aunque nos parezcamos estar en las colinas: sin embargo, siempre temamos las ruinas y consideremos las cenizas; y arrepentidos digamos con David: Porque he comido ceniza como pan, y he mezclado mi bebida con llanto (Sal. CI, 10). Por eso se dice a los caídos: ¿Acaso el que cae no se levanta? dice el Señor (Jerem. VIII, 4). Y todo, dice, sademoth, que traducimos como región de la muerte: dividiendo un nombre en dos palabras; SADE (), que se dice región, y MOTH (), que se interpreta como muerte: para lo cual Aquila traduce suburbios, o campos, y tierras. La región de la muerte es la región de los pecados; y los suburbios son la región de los placeres, que se extiende hasta el torrente Cedrón, donde el Señor fue entregado, que se interpreta como tinieblas (Juan XVIII). Mira cuántos lugares tiene la Iglesia, y cómo aquello del Apóstol: Para que sea sin mancha ni arruga (Efes. V, 27), se guarda en el futuro y en los cielos. Oyes ángulos, oyes sarna, oyes ruinas y cenizas, y región de la muerte, y tinieblas, y te glorías de tu virtud e impecabilidad. Finalmente sigue: y hasta el ángulo de la puerta. Y este ángulo, para que no se demuestre ninguna verdadera justicia, ninguna victoria cierta en este siglo. Este mismo ángulo de la puerta, aunque sea oriental, de donde sale la luz; sin embargo, se llama de los caballos: para enseñarnos que necesitamos carrera y lucha, y finalmente merezcamos oír con el Señor: Subiste a tus caballos, y tu cabalgadura es salvación (Habac. III, 8). En la puerta oriental, en la puerta de los carros, está la santificación del Señor. Y [Al. Para que] entonces nos

consideremos perfectos, cuando digamos al Señor: Los carros de Dios son diez mil, múltiples miles de regocijantes: el Señor está en ellos en Sinaí en el santuario (Sal. LXVII, 18). Esta clase de edificación, que está sobre el fundamento de Cristo, de la cual también habla el Apóstol: Como sabio arquitecto puse el fundamento (I Cor. III, 10), nunca será destruida, sino que permanecerá para siempre. Las cosas oscuras y difíciles deben ser discutidas más ampliamente, para que las manifiestas las recorramos brevemente.

(Cap. XXXII.---Vers. 1 y ss.) La palabra que fue dicha a Jeremías por el Señor en el décimo año de Sedecías, rey de Judá, es el año decimoctavo de Nabucodonosor. Entonces el ejército del rey de Babilonia sitiaba Jerusalén, y Jeremías el Profeta estaba encerrado en el atrio de la cárcel, que estaba en la casa del rey de Judá. Porque Sedecías, rey de Judá, lo había encerrado, diciendo: ¿Por qué profetizas, diciendo: Así dice el Señor? No solo las palabras y obras de los Profetas nos son ejemplo de virtud. Jeremías podría haber anunciado cosas prósperas, y disfrutar de la amistad del rey Sedecías; pero prefería obedecer más a Dios que a los hombres (Hechos V), y a aquel que puede perder tanto el alma como el cuerpo en el infierno, que a aquel que solo podía tener poder sobre el cuerpo (Mat. X). Y esto debe considerarse, que era el décimo año del reinado de Sedecías, con Jerusalén ya sitiada, y consumida por la espada, el hambre y la peste, y con la cautividad cercana, y sin embargo Sedecías persiste en su sentencia, y en parte se muestra su clemencia, al no haberlo encerrado en la cárcel, sino en el vestíbulo de la cárcel: una custodia libre, para que no pudiera escapar, como si no toda Jerusalén, cerrada con fortificaciones, fuera una cárcel común para sus habitantes. Este es el año decimoctavo del reinado de Nabucodonosor, que comenzó su imperio en el cuarto año del rey Joacim. Toda la causa de la ira del rey es esta, por qué prefiere la verdad a la mentira, y dice que tanto la ciudad de Jerusalén como el rey Sedecías serán capturados: y lo que es más grave, que verá el rostro del rey de Babilonia, y hablará humilde y cautivo con la locura del rey poderosísimo. Porque es un terror más grave ver a quien temes, y antes de la increpación de las palabras, soportar el tormento de las penas. Y a Babilonia, dice, llevará a Sedecías, y allí estará. Para lo cual los Setenta tradujeron, y entrará en Babilonia; de los cuales uno significa ser llevado a la fuerza, el otro ir por voluntad. Y allí, dice, estará. Pone una palabra ambigua, para que no parezca profetizar tormentos y miserias. Y lo que sigue: Hasta que lo visite, dice el Señor: y si peleáis contra los caldeos, no tendréis éxito, no se encuentra en los Setenta. Prudente y sabiamente moderó la sentencia, que puede referirse tanto a la parte buena como a la mala. Porque la visita, como he dicho a menudo, significa tanto consuelo como castigo.

(Vers. 6, 7.) Y Jeremías dijo: la palabra del Señor vino a mí, diciendo: He aquí que Anameel [Vulg. Anemeel] hijo de Sellum (o Sallom) tu primo (que en hebreo se dice DODACH ()) viene a ti, diciendo: Compra para ti mi campo, que está en Anathoth, porque a ti te corresponde la compra por proximidad. Que la palabra del Señor fuera un hecho oculto para Jeremías, nadie podría saberlo, excepto él mismo al indicarlo, a quien le había sido dicho: y se le predice que vendrá a él Anameel su primo, y le ofrecerá la posesión del campo que era suyo; siendo el lugar en Anathoth, de los suburbios que se daban a los sacerdotes por cada tribu y ciudad según la ley: y no era lícito que la posesión pasara de una tribu a otra, ni de una familia a otra (de donde también las hijas de Salphaad reciben su parte entre sus hermanos), especialmente los suburbios de los sacerdotes no podían ser vendidos a nadie más hasta el año de la remisión (Núm. XXVII), excepto a aquel a quien la proximidad de sangre lo requería (Lev. XXV). Viene, pues, a él su primo, y le ofrece la compra que le corresponde por proximidad. Helcías y Sellum fueron hermanos de sangre. Helcías, padre de Jeremías: Sellum, padre de Anameel. Helcías se interpreta como parte del Señor: Jeremías, sublimidad del Señor. Y correctamente, la altura del Señor nace de la parte del Señor. Sellum se traduce

en nuestra lengua como paz, o pacífico. Anameel, don, o gracia de Dios. Y no nos maravillaremos de que se unan la paz y la gracia, ya que también este es el principio de las Epístolas Apostólicas: Gracia y paz a vosotros (Rom. I, 7). Primero, pues, merezcamos la paz de Dios, y después de la paz, la gracia nos nace, que no está en el poder del poseedor, sino en el arbitrio del donante. La compra de la gracia de Dios se ofrece, pues, a aquel que está colocado en lo alto, para que aunque parezca elevado, sin embargo, necesite la gracia de Dios. Aquello que en el Cantar de los Cantares a menudo canta la esposa: Mi primo, es decir, ὁ ἀδελφιδόῦς μου, en hebreo se dice DODI (); por lo tanto, no debe decirse primo, sino πατράδελφος, es decir, tío. Que Jeremías era hijo de Helcías de los Sacerdotes que estaban en Anathoth en la tierra de Benjamín, lo testifica el comienzo de este volumen.

(Vers. 8.) Y vino a mí Anameel, hijo de mi tío, según la palabra del Señor, al vestíbulo (o atrio) de la cárcel, y me dijo: Posee (o compra) mi campo, que está en Anathoth en la tierra de Benjamín, porque a ti te corresponde la herencia, y tú eres el pariente cercano para poseer (o comprar). Lo que la palabra del Señor había anunciado al Profeta que sucedería, inmediatamente se cumplió en obra. Vino, dice, a mí Anameel, gracia de Dios, hijo de mi tío, es decir, hijo de la paz. Vino al vestíbulo de la cárcel, y me dijo lo que el Señor había predicho que diría. Este campo sacerdotal, cuya compra y posesión se ofrecía a Jeremías, está en Anathoth, en la tierra de Benjamín, que primero significa obediencia, y segundo hijo de la diestra. Y consecuentemente desea su compra, en quien la obediencia y la virtud del Señor residían. Para lo cual los Setenta interpretaron πρεσβύτερον, es decir, anciano, lo cual no conviene a este lugar.

(Vers. 9 seqq.) Entendí, pues, que era palabra del Señor, y compré el campo de Anamel, hijo de mi tío, que está en Anatot, y le pesé el dinero, siete siclos y diez monedas de plata. Y escribí en un libro, y lo sellé, y puse testigos, y pesé el dinero en la balanza. Y tomé el libro de la compra sellado, las estipulaciones y las condiciones, y las señales por fuera. Era ciertamente algo difícil y casi inconsecuente, y digno de risa, que aquel que profetizaba que Jerusalén iba a ser tomada, y que todos serían llevados cautivos, o perecerían por la espada, el hambre y la peste, comprara un campo en Anatot, que no iba a poseer. Pero entendí, dice, que era palabra del Señor, y que mi compra debía ser un argumento y un presagio del Señor: y por eso obedecí su mandato de comprar; y no en vano se me había dirigido la palabra de Dios sobre este asunto: y pesé diez y siete siclos de plata, que nosotros convertimos en siclos. El siclo tiene veinte óbolos, como está escrito al final del libro de Ezequiel (Ezequiel XLV). Y el Profeta compró por diez y siete siclos, en cuyo número cantó el siervo del Señor David, el día en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl, y dijo: Te amo, Señor, fortaleza mía; el Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador. Mi Dios, mi roca en quien me refugio, mi escudo, el cuerno de mi salvación (Salmo XVII, 1). Que el número diez sea místico, lo muestra el Decálogo que fue escrito en tablas de piedra con el dedo de Dios, y el día de ayuno y expiación del séptimo mes (Éxodo XIII). También el siete, en el que está el verdadero descanso sabático, es santo, como comprobamos con muchos testimonios de las Escrituras, de los cuales habría puesto al menos unos pocos, si no fuera ocioso enseñar lo que ya se sabe. En este número, pues, el profeta y sacerdote compra la posesión, se escribe en un libro y se sella, y se ponen testigos, y se pesa cuidadosamente el dinero, para que se guarden todos los derechos de venta y compra, y sea una posesión segura, fortalecida con estipulaciones y promesas. Oigan esto aquellos que intentan reclamar falsos testamentos, y a veces ni siquiera testamentos, sin testigos.

(Vers. 12.) Y di el libro de la compra a Baruc, hijo de Nerías, hijo de Maasías, en presencia de Anamel, mi primo, y en presencia de los testigos que estaban escritos en el libro de la

compra; en presencia de todos los judíos que estaban sentados en el atrio de la cárcel. Aunque la posesión debía ser dejada inmediatamente, o más bien comprada para los descendientes, y comprada por aquel que no tenía hijos (pues no había tomado esposa), sin embargo, obedeciendo el mandato del Señor, celebra todo debidamente: y da el libro sellado de la compra a Baruc, hijo de Nerías, hijo de Maasías. Baruc en nuestra lengua significa bendito; que era hijo de Nerías, que se interpreta como mi lámpara, diciendo el Profeta: Lámpara es a mis pies tu palabra, y luz para mi camino (Salmo CXVIII, 105). Nerías también, padre de Baruc, hijo de Maasías, es decir, de la obra y acción del Señor. Observemos, pues, cuántos privilegios de virtudes tenía el discípulo Baruc al servir a Jeremías, diciendo David: El que andaba en camino perfecto, éste me servía (Salmo CVIII, 6). De donde también Eliseo, siervo de Elías, agradó tanto a Dios, que después de la traslación de su maestro mereció recibir el doble espíritu (IV Reyes II). Digo esto para advertir a aquellos que abusan de los servicios de hombres malvados, y no se atreven a rechazar a aquellos que saben que están unidos a ellos por el vínculo de una mala conciencia. El libro se entrega a Baruc, un hombre tan grande y noble, en presencia de Anamel, que había vendido, y de los testigos que habían firmado, y cuyos nombres estaban en el volumen de la compra. Y, dice, en presencia de todos los judíos que estaban sentados en el atrio de la cárcel: que habían venido a consolar al Profeta, o por el deseo de escuchar las palabras del Señor.

(Vers. 13 seqq.) Y ordené a Baruc delante de ellos, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Toma estos libros, este libro de la compra sellado, y este libro que está abierto, y ponlos en un vaso de barro, para que puedan durar muchos días. Porque así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Aún se poseerán casas y campos y viñas en esta tierra. A todos los que el discurso anterior narró presentes y viendo, se le ordena a Baruc, el ministro y discípulo, no por las palabras del maestro, sino por el mandato del Dios que ordena, que tome los libros, uno sellado, otro abierto, que es la costumbre de las compras hasta ahora, para que lo que está cerrado con sellos por dentro, el volumen abierto lo muestre a los que desean leer: ambos en un vaso de barro, para que puedan durar muchos días. Era, pues, una posesión firme y futura después de mucho tiempo, que se guardaba con tanta custodia, para que los libros de la compra no estuvieran expuestos al robo, ni enterrados en la tierra se disolvieran por la humedad. Todo esto se hace para que los que veían entiendan que Jerusalén será habitada de nuevo, y los campos poseídos, lo que aunque sin la palabra de Jeremías debían haber entendido por sí mismos, sin embargo, son advertidos por las palabras del Señor, y se les dice: Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: aún se poseerán casas y campos y viñas en esta tierra. Esto es lo que Jeremías había dicho antes: Entendí que era palabra del Señor; y por eso compró el campo, que no iba a poseer.

(Vers. 16 seqq.) Y oré al Señor después de haber entregado el libro de la compra a Baruc, hijo de Nerías, diciendo: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios (o quien eres, Señor Dios)! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido (o elevado) no será difícil para ti (o imposible) ninguna palabra (o según los LXX, Nada está oculto para ti). Que haces misericordia a millares, y devuelves la iniquidad de los padres en el seno de sus hijos después de ellos, fuerte, grande, poderoso (que en hebreo se dice) GIBBOR (): Señor de los ejércitos (o de las virtudes) es tu nombre. Grande en consejo e incomprensible en pensamiento. Cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de Adán (o de los hombres) para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus invenciones. Después de la compra del campo debidamente celebrada, y después de la sentencia del Señor, que prometió que las casas, los campos y las viñas serían poseídas en adelante, el Profeta ora al Señor, y expresa el dolor de su corazón con gemidos, diciendo: ¡Ay, ay, ay, Señor Dios: por lo cual los LXX tradujeron, ó òv, es decir, quien eres, Señor Dios, según lo que se dice a

Moisés: Ve, di al pueblo de Israel: El que es, me envió a vosotros (Éxodo III, 14). No porque no haya otros; pero una cosa es ser por el beneficio del Creador, que subsista; otra, por la eternidad de la naturaleza. Alaba al Señor, y proclama al Creador a partir de las criaturas. Y primero eleva con voces su poder y misericordia, y justicia sobre todo el género humano: luego pasa a Israel, y describe con breve discurso cuánto le ha concedido. Y después de tantos beneficios dice que ellos, olvidando sus bondades, provocaron su clemencia en amargura, de modo que la ciudad está sitiada, y antes de que los enemigos irrumpieran en ella, ha sido consumida por el hambre, la espada y la peste. Todo esto lo ha dicho para introducir lo que parecía hacer en reproche de la sentencia divina. Y tú me dices, Señor Dios, compra el campo con dinero, y pon testigos, cuando la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos. Esto es lo que contiene toda la perícopa de este lugar. Ahora volvamos a cada punto. Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder. Y Juan dice del Hijo: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3). Esta es la fortaleza del Señor, como lo comprueba el Apóstol: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Y con tu brazo extendido, o elevado, ambos son indicios de quien golpea. Este es el brazo del que habla Isaías: ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). No será difícil para ti ninguna palabra. Porque lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios; o para quien nada está oculto (Miqueas XIX), según lo que dice el salmista: Porque las tinieblas no serán oscuras para ti, y la noche será clara como el día (Salmo CXXXVIII, 12). Que haces misericordia a millares; y devuelves la iniquidad de los padres en el seno de sus hijos después de ellos. Grande es la clemencia del Creador, extender su misericordia a mil generaciones, y mostrar su justicia inmediatamente en la siguiente generación, que sin embargo también está mezclada con misericordia. No castiga inmediatamente al delincuente, sino que espera su arrepentimiento, para que si los hijos imitan los vicios de los padres, la pena largamente diferida se devuelva. Fuerte, grande, poderoso, Señor de los ejércitos, o de las virtudes, es tu nombre. Estos nombres indican el poder del Creador. Sin embargo, propiamente el nombre de Dios es Padre, que en el Evangelio se revela por el Señor diciendo: Padre, he manifestado tu nombre a los hombres (Juan XVII, 6). Grande en consejo. ¿Y se atreve alguien a inmiscuirse en el secreto del Señor, y juzgar sus juicios? E incomprensible en pensamiento. A quien no comprende el pensamiento, ¿cómo puede comprenderlo la palabra? Cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de Adán. En vano, pues, el hombre piensa ocultar su conocimiento de Dios. Y lo que añade: Para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus invenciones, esto indica que a veces por su gran paciencia, sus juicios parecen injustos. Este lugar lo explica más plenamente el Apóstol a los Romanos: ¿O ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? pero según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 4, 5). Cuanto más tardía es la venganza de los pecadores, tanto más justa: a semejanza de Faraón, que advertido por diez plagas, no castigado, y perseverando en su dureza, al final fue sepultado por las olas del Mar Rojo (Éxodo XIV).

(Vers. 20 seqq.) Que pusiste señales y prodigios en la tierra de Egipto hasta el día de hoy, y en Israel y en los hombres (o terrígenas) e hiciste para ti un nombre como es este día, y sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto, con señales y prodigios, y con mano fuerte, y brazo extendido, y con gran terror. Y les diste esta tierra, que juraste a sus padres, que les darías una tierra que fluye leche y miel. Y entraron, y la poseyeron, y no obedecieron a tu voz, y no caminaron en tu ley; todo lo que les mandaste hacer, no lo hicieron, y les sucedieron todos estos males. De lo general pasa a lo específico, y recorre brevemente lo que ha hecho específicamente por Israel. Que pusiste, dice, señales y prodigios en la tierra de Egipto, con los cuales Egipto fue afligido hasta el día de hoy, y en Israel y en los hombres o

terrígenas. Esto que se dice, hasta el día de hoy, debe unirse a lo posterior, para que leamos, y en Israel, y en todos los mortales diariamente se cumplen tus señales. O de otra manera, no solo realizaste señales y prodigios en Egipto, sino que hasta hoy la misma fortaleza de tu misericordia ha salvado a tu pueblo, y al género humano entero ayudas con el poder del Creador. Y esto es notable, que separa a Israel de los hombres y terrígenas, según aquello: Mi hijo primogénito es Israel. Y te hiciste un nombre como este día (Éxodo IV, 22). Tus alabanzas, dice, son celebradas por el discurso de todo el mundo. Y sacaste a tu pueblo Israel de la tierra de Egipto. Bien dijo, tu pueblo, pues en ese tiempo que fue sacado, servía al mandato del Señor. Lo sacaste con señales y prodigios, con los cuales Egipto era golpeado, y con mano fuerte, y brazo extendido, y con gran terror: cuando el Mar Rojo ofreció camino al pueblo de Israel que pasaba, y oprimió al ejército egipcio: Y les diste esta tierra, que juraste a sus padres que les darías: a Abraham, Isaac y Jacob. Por lo tanto, no por su mérito recibieron la tierra de la promesa, sino por las virtudes de los padres, una tierra que fluye leche y miel. Pues aún no podían tomar alimento sólido, sino que eran alimentados con miel y leche en su infancia. O ciertamente leche y miel, en la abundancia y riqueza de todas las cosas. Y entraron, y la poseyeron. Y entre la posesión y la desobediencia no hubo nada intermedio. Pues la abundancia produce seguridad, la seguridad negligencia, la negligencia desprecio. Y no obedecieron, dice, a tu voz, y no caminaron en tu ley. En vano, pues, prometieron en el desierto diciendo: Todo lo que el Señor ha mandado, lo haremos (Éxodo XIX, 8). Pues no hay recompensa en la promesa, sino en la obra: para refutar la impudencia de aquellos que piensan que el hombre puede cumplir todo lo que ha prometido hacer. Todo lo que les mandaste hacer, no lo hicieron, y ciertamente prometieron hacerlo. Y les sucedieron todos estos males. Males para los que los padecen, pero según la sentencia del Señor, buenos, que devuelve a cada uno según sus caminos.

(Vers. 24, 25.) He aquí que las fortificaciones están construidas contra la ciudad, para que sea tomada: y la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos, que luchan contra ella a causa de la espada, el hambre y la peste. Y todo lo que has dicho, ha sucedido, como tú mismo ves: y tú me dices, Señor Dios, compra el campo con dinero, y pon testigos, cuando la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos. Era el décimo año del rey Sedequías, pues así está escrito: La palabra que vino a Jeremías de parte del Señor en el décimo año del rey Sedequías de Judá: entonces el ejército del rey de Babilonia sitiaba Jerusalén, y Jeremías el profeta estaba encerrado en el atrio de la cárcel. Y ahora se dice correctamente: He aquí que las fortificaciones están construidas contra la ciudad, para que sea tomada: y la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos; y no tienen a quienes vencer, o a quienes capturar. Pues ya han sido consumidos por la espada, el hambre y la peste: y todo lo que dijiste, vemos que se ha cumplido; ¿cómo, pues, me dices, Señor: Compra el campo con dinero, y pon testigos; cuando la ciudad ha sido entregada en manos de los caldeos? Por lo tanto, no reprende, sino que pregunta: y no tanto para sí mismo, como para que otros aprendan, que estaban sentados en el atrio de la cárcel; y tal vez en silencio criticaban, cómo el mismo profeta, que creían que anunciaba la verdad, decía que la ciudad iba a ser tomada y compraba un campo como si fuera a poseerlo.

(Vers. 26 seqq.) Y vino la palabra del Señor a Jeremías, diciendo: He aquí yo soy el Señor Dios de toda carne. ¿Acaso me será difícil (o imposible) algo: o se ocultará de mí toda palabra? Por eso dice el Señor: He aquí yo entregaré esta ciudad en manos de los caldeos, y en manos del rey de Babilonia, y la tomarán. Y vendrán los caldeos (o entrarán) combatiendo: vendrán los caldeos contra esta ciudad, y la prenderán fuego, y la quemarán, y las casas, en cuyos terrados sacrificaban a Baal, y ofrecían libaciones a dioses extraños para irritarme. A las cosas tristes añade las alegres, y después de la destrucción de Jerusalén,

promete el regreso del pueblo cautivo. Primero expone las causas de la ofensa y la justa ira de Dios, para que cuanto mayor sea la culpa de los pecadores, tanto mayor sea la clemencia del Creador hacia ellos. Yo, dice, soy el Señor Dios de toda carne. No de todas las naciones, ni del pueblo de Israel, o ciertamente, como suele decir de los santos, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob: sino que dijo Dios de toda carne, para que se crea que Él mismo hizo tanto a los seres racionales como a los irracionales. Hay quienes reconocen la providencia del Creador solo hasta los seres racionales: pero afirman que los irracionales perecen o viven por casualidades fortuitas. Y el discurso profético declara que no hay nada que escape a la providencia y al conocimiento de Dios; porque unas cosas fueron creadas para sí mismas, y otras para el uso de los hombres. ¿Acaso me será difícil o imposible: o ciertamente se ocultará de mí toda palabra? Y dijimos antes: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Pero aquí y en muchos otros lugares debemos entender "palabra" como "cosas". ¿Qué es, dice, lo que se ha hecho palabra? Por eso dice el Señor. ¿Qué había precedido para que pusiera la conjunción causal, diciendo: Por eso dice el Señor? Porque, dice, es mi cuidado gobernar todo, disponer todo, y dar a cada uno según sus caminos: por eso yo entregaré esta ciudad en manos de los caldeos, y en manos del rey de Babilonia, y la tomarán. Primero es rodeada por el ejército, y es capturada en ausencia de Nabucodonosor, y Sedecías es llevado a Reblatha, y allí es entregado al rey. Y vendrán, dice, los caldeos combatiendo contra esta ciudad. Mejor Aquila, quien en lugar de lo que está escrito, vendrán, tradujo εἰσελεύσονται, es decir, entrarán en la ciudad. Pues no estaban ausentes para venir, ya que habían rodeado Jerusalén, como testifica la Escritura. Entonces el ejército del rey de Babilonia sitiaba Jerusalén. Y luego: He aquí las fortificaciones construidas contra la ciudad para que sea tomada: y la ciudad es entregada en manos de los caldeos. ¿Cómo, pues, vendrán los que estaban presentes? Pero aquellos que sitiaban la ciudad, entrarán, dice, y la tomarán, y la prenderán fuego, y la quemarán hasta los cimientos (pues la palabra hebrea BAU (), por su ambigüedad, significa tanto vendrán como entrarán). Y las casas en cuyos terrados sacrificaban a Baal, el ídolo de los sidonios, y ofrecían libaciones a dioses extraños para irritarme, para que no pareciera un error de religión, sino una cierta contienda y afrenta contra el Creador. Y así como se dice que el mundo perecerá, según lo que está escrito: El cielo y la tierra pasarán (Mat. XXIV, 35), porque está puesto en el mal: así también las mismas casas y los lugares en los que se perpetraron crímenes están sujetos a la ira de Dios. Hay quienes interpretan de manera contenciosa lo que está escrito: El lugar donde fue crucificado el Señor y Salvador, espiritualmente se llama Gomorra y Egipto (Apoc. XI, 8), refiriéndose a esos mismos lugares. Otros creen que todo el mundo está significado bajo el nombre de Egipto y Gomorra. Pues así como Gomorra fue destruida por fuego divino; así también el mundo será consumido por el juicio de Dios.

(Vers. 30.) Porque los hijos de Judá, y los hijos de Israel continuamente (o solo) hacían el mal ante mis ojos desde su juventud. La palabra hebrea ACH (), Aquila la interpretó como πλὴν, que significa la conjunción, sin embargo. La primera edición de Symmachus, y los Setenta, y Theodotion, la interpretaron como solos. La segunda edición de Symmachus tradujo διόλον, que también nosotros en el presente hemos seguido, para decir continuamente. Digamos, pues, primero según el hebreo, los hijos de Israel, y los hijos de Judá haciendo continuamente el mal. Y dice, las diez y dos tribus hicieron el mal sin cesar, y fue constante para ellos la perseverancia en las malas obras. Pero si fue constante y siempre en todo el pueblo, ¿dónde está la justicia sempiterna? Por otro lado, según los LXX, que dijeron: Solo haciendo el mal, surge la cuestión: ¿Acaso las otras naciones en el tiempo en que Israel y Judá pecaban, no hicieron el mal? Esto se resuelve así: Quien tiene conocimiento de Dios y se aparta de Él, solo peca ante los ojos de Dios; pero quienes permanecen incrédulos, como si Él no los viera y los descuidara, delinquen. Por eso también David, hombre santo, porque había caído en el

pecado con la esposa de Urías, Betsabé, haciendo después penitencia (II Reg. XII), dice: A ti solo he pecado, y he hecho el mal ante ti (Sal. L, 6), es decir, en tu presencia. Finalmente se añade: Solo haciendo el mal ante mis ojos, en mi presencia desde su juventud. Y lo que sigue: Los hijos de Israel que hasta ahora me irritan con la obra de sus manos, dice el Señor, no se encuentra en los LXX, y se ha añadido del hebreo. Porque desde su juventud hasta el día presente han pecado continuamente, por eso es justa la sentencia de Dios, y con razón la Escritura concluye:

(Vers. 31.) En mi furor y en mi indignación se ha hecho esta ciudad para mí desde el día en que la edificaron hasta este día, en que es quitada de mi presencia. Si desde el tiempo en que se echaron los cimientos de la ciudad, hasta este día, cuando fue capturada, y quemada, y quitada de la presencia del Señor, siempre estuvo en vicio, y provocó la indignación del Señor contra ella: ¿dónde está (como ya hemos dicho muchas veces) el descanso de los pecados?

(Vers. 32.) Por la maldad, dice, de los hijos de Israel, y de los hijos de Judá, que hicieron, provocándome a ira, ellos y sus reyes, y sus príncipes, sus sacerdotes, y sus profetas, los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén. Porque había dicho antes: En mi furor y en mi indignación se ha hecho esta ciudad para mí, desde el día en que la edificaron hasta este día, en que es quitada de mi presencia; y no había mostrado a ninguno en general sin pecado, ahora enumera por partes, y sus reyes, y sus príncipes, y sus sacerdotes, y sus profetas, y abarcando todo en una sola palabra: Los hombres, dice, de Judá, y los habitantes de Jerusalén. Y bellamente no dijo: Mis reyes, y mis príncipes, y mis sacerdotes, y mis profetas: sino porque pecaron sus reyes, y sus príncipes, y sus sacerdotes, y sus profetas.

Y me dieron la espalda, y no el rostro. Según lo que está escrito en otro lugar: Y me dieron la espalda rebelde (Zac. VII, 11). Porque quien ora, con el cuello inclinado se postra en tierra: pero quien da la espalda, con ese gesto del cuerpo indica que desprecia al que amenaza. Y esto, dice, hacían.

(Vers. 33.) Cuando les enseñaba de madrugada, y los instruía, y no querían escuchar, para recibir la disciplina. Disipadas las tinieblas del error, y refutado todo culto de ídolos, deseaba diariamente iluminar sus corazones, y enseñarles lo que es recto. Y para preservar el libre albedrío, añade y dice: Y no querían escuchar para recibir la disciplina. Sigue:

(Vers. 34.) Y pusieron sus ídolos en la casa, en la cual fue invocado mi nombre, para profanarla. No solo en ese tiempo Judá puso en el Templo de Dios la estatua de un ídolo, que leemos al principio de Ezequiel (Ezeq. VIII): sino que hasta hoy en la casa de Dios, que se interpreta como Iglesia, o en el corazón y alma de los creyentes se pone un ídolo, cuando se establece un nuevo dogma, y según el Deuteronomio se adora en secreto (Deut. IV): ¿No sabéis, dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (I Cor. III, 16).

(Vers. 35.) Y edificaron altos (o altares) a Baal: que están en el valle del hijo de Enom: para iniciar a sus hijos, y a sus hijas al ídolo Moloc. En lugar de iniciar, en hebreo está escrito EBIR (), que Aquila y Symmachus tradujeron como transducir; los Setenta y Theodotion interpretaron como ofrecer. Del valle del hijo de Enom, que en hebreo se dice GEENNOM (), hemos hablado más extensamente antes: que está bajo las fuentes de Siloé, y por su amenidad, porque es un lugar irrigado, provocó al pueblo [Al. añade Israel] a la lujuria, que sigue al culto de los ídolos. También es de notar que los altares y los altos, en el lenguaje hebreo se llaman BAMOTH (), para aquellos que en los volúmenes de Samuel y de los Reyes

dudan de lo que significa esta palabra. Moloc es el ídolo de los amonitas, que se traduce como rey. La Escritura divina significa que no solo al ídolo Baal, sino también a Moloc y a todos los demonios en ese mismo lugar sirvió el pueblo.

Lo que no les mandé: ni subió a mi corazón, para que hicieran esta abominación, y llevaran a Judá al pecado. Propiamente la tribu de Judá y Benjamín en el templo de Baal y Moloc, adoraron las imágenes de los demonios (III Reg. XII). Pero es evidente que las diez tribus, que se llaman Samaria, José y Efraín, habitaron [Al. quisieron] los becerros de oro en Betel y Dan. Y fue tanto el mal que hizo el pueblo, que Dios testifica que nunca lo pensó, ni subió a su corazón, lo que ellos iban a hacer. Pero todo esto es antropopático.

Y ahora por estas cosas, dice el Señor, Dios de Israel, a esta ciudad, de la cual decís, que será entregada en manos del rey de Babilonia con espada, y con hambre, y con peste. Así como a los que esperan ayuda, y confían en la firmeza de los muros, se les profetiza que Jerusalén será destruida, y el pueblo está a punto de ser capturado, y antes de la cautividad perecerá por espada, hambre y peste: así a los que desesperan, y después de la destrucción de la ciudad no esperan salvación, se les promete su ayuda, para que tanto la confianza y la soberbia merezcan la justa sentencia; y la desesperación, y la humildad merezcan la ayuda de Dios.

(Vers. 37 seqq.) He aquí yo los reuniré de todas las tierras a las que los eché en mi furor, y en mi ira, y en gran indignación, y los traeré a este lugar, y los haré habitar con fiadamente. Y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos un Dios. Y les daré un corazón uno, y un camino uno, para que me teman todos los días, y les vaya bien a ellos y a sus hijos después de ellos. Y haré con ellos un pacto eterno (o dispondré un testamento eterno), y no cesaré de hacerles bien, y pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí. Y me alegraré sobre ellos, cuando les haya hecho bien (o y los visitaré, para hacerles bien). Y los plantaré en esta tierra en verdad (o en fe), con todo mi corazón, y con toda mi alma. Muchos piensan que esto se cumplió en el tiempo de Zorobabel hijo de Salatiel, y de Jesús hijo de Josadac el sumo sacerdote, cuando Ageo y Zacarías profetizaron bajo el sacerdote Esdras, cuando se edificó el Templo, y bajo Nehemías se construyeron los muros alrededor: para que a los que antes había derribado en furor, y en ira, y en gran indignación de Jerusalén, y había dispersado por todo el mundo; después los hizo habitar con fiadamente, y fueron ellos un pueblo de Dios; y el Señor fue un Dios para ellos, y las demás cosas que la Escritura relata. Pero ¿cómo puede esto aplicarse a ese tiempo: Los haré habitar con fiadamente, y haré con ellos un pacto eterno, o dispondré para ellos un testamento eterno, no puede en absoluto ser aprobado: ya que hemos leído, y la historia sagrada narra, que no solo por las naciones vecinas, sino también por los persas y macedonios, y egipcios y romanos fueron a menudo capturados, y hasta ahora sirven. Por lo tanto, todo debe referirse a la venida del Salvador: que en nuestro tiempo y en el tiempo de la fe vemos cumplido, y la elección según el Apóstol de las reliquias ha sido salvada (Rom. IX). Y quienes habitan en Cristo con fiadamente, se les ha dado un corazón uno según lo que está escrito: Y la multitud de los que creyeron era de un corazón y un alma (Hech. IV, 32). Y un camino, dice, aquel que dice: Yo soy el camino, la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Y me teman todos los días. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. IX). Dice todos los días: que si no se aplica a los judíos, debe tomarse de nuestro pueblo: al cual le ha ido bien, y le va, y le irá, no solo a ellos, sino también a sus hijos después de ellos. Con nosotros ha hecho un pacto eterno: ni cesará de hacernos bien. Y lo que sigue: Y pondré mi temor en su corazón, para que no se aparten de mí, así concede el libre albedrío, pero sin embargo el mismo temor que se da, permanece como gracia del dador. Y cuando, dice, les haya hecho bien, me alegraré. Pues se alegra porque ve a su criatura ser salvada. Por eso también hay gozo de los ángeles en los cielos por un pecador que se arrepiente (Luc. XV). Y los plantaré, dice, en esta tierra en verdad, o (como tradujeron los

LXX) en fe, para que propiamente signifique al pueblo cristiano cuya religión es la fe. Con todo mi corazón, y con toda mi alma. Si son palabras del Señor Salvador, correctamente se cree que es su corazón y su alma, quien dice en el Evangelio: Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18). Pero si lo tomamos desde la persona de Dios Padre, debe entenderse según aquello: Vuestras lunas nuevas y vuestros sábados, y vuestras fiestas mi alma aborrece.

(Vers. 41 seqq.) Porque así dice el Señor: como traje sobre este pueblo todo este gran mal: así traeré sobre ellos todo el bien que yo hablo a ellos. Y serán poseídos campos en esta tierra, de la cual decís que está desierta porque no queda hombre, ni animal, y está entregada en manos de los caldeos. Se comprarán campos con dinero, y se escribirán en el libro, y se imprimirá el sello, y se pondrá testigo en la tierra de Benjamín, y en los alrededores de Jerusalén, en las ciudades de Judá, y en las ciudades montañosas, y en las ciudades de la llanura (o Sephela) y en las ciudades del Nageb (esto es, las que están al sur), porque restauraré su cautiverio, dice el Señor. Estas cosas según la letra, aunque en tipo precedieron después del regreso de los caldeos, cuando por mandato del rey Ciro el pueblo regresó a Judea: sin embargo, espiritualmente en Cristo y en los apóstoles se cumplen más verdaderamente y plenamente. Entonces tanto hombres como animales fueron devueltos a la Iglesia según lo que está escrito: hombres y animales salvarás, Señor, racionales y simples. Entonces se compraron campos con dinero, para que hiciéramos amigos del mamón de iniquidad, que nos recibieran en las moradas eternas (Luc. XVI). Y escritos en el libro, sin duda el de los vivientes. Y se imprimió el signo del estandarte de la cruz del Señor y de la victoria; y se pusieron testigos los mártires, y toda la asamblea de los santos. En la tierra de Benjamín, donde está la fortaleza del Señor, y en los alrededores de Jerusalén, donde está la visión de paz, y la seguridad eterna: en las ciudades de Judá, donde está la verdadera confesión de Cristo. Y en las ciudades montañosas, de las cuales una es, de la que se dice: no se puede esconder una ciudad situada en un monte (Mat. V). Y en las ciudades de la llanura, que en hebreo se llaman SEPHELA; para que de las profundidades y depresiones a través de la igualdad de los campos ascendamos a las alturas. Y en las ciudades que están al sur: lo que los LXX tradujeron como Nageb, donde está el mediodía y la plena luz de la verdad. Y cuando todas estas cosas se hayan hecho, se cumplirá lo que está escrito: Restauraré su cautiverio, dice el Señor, de lo que está escrito: subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad (Sal. LXVII, 19). Recibió, o (como dice el Apóstol) dio dones a los hombres (Efes. IV, 8).